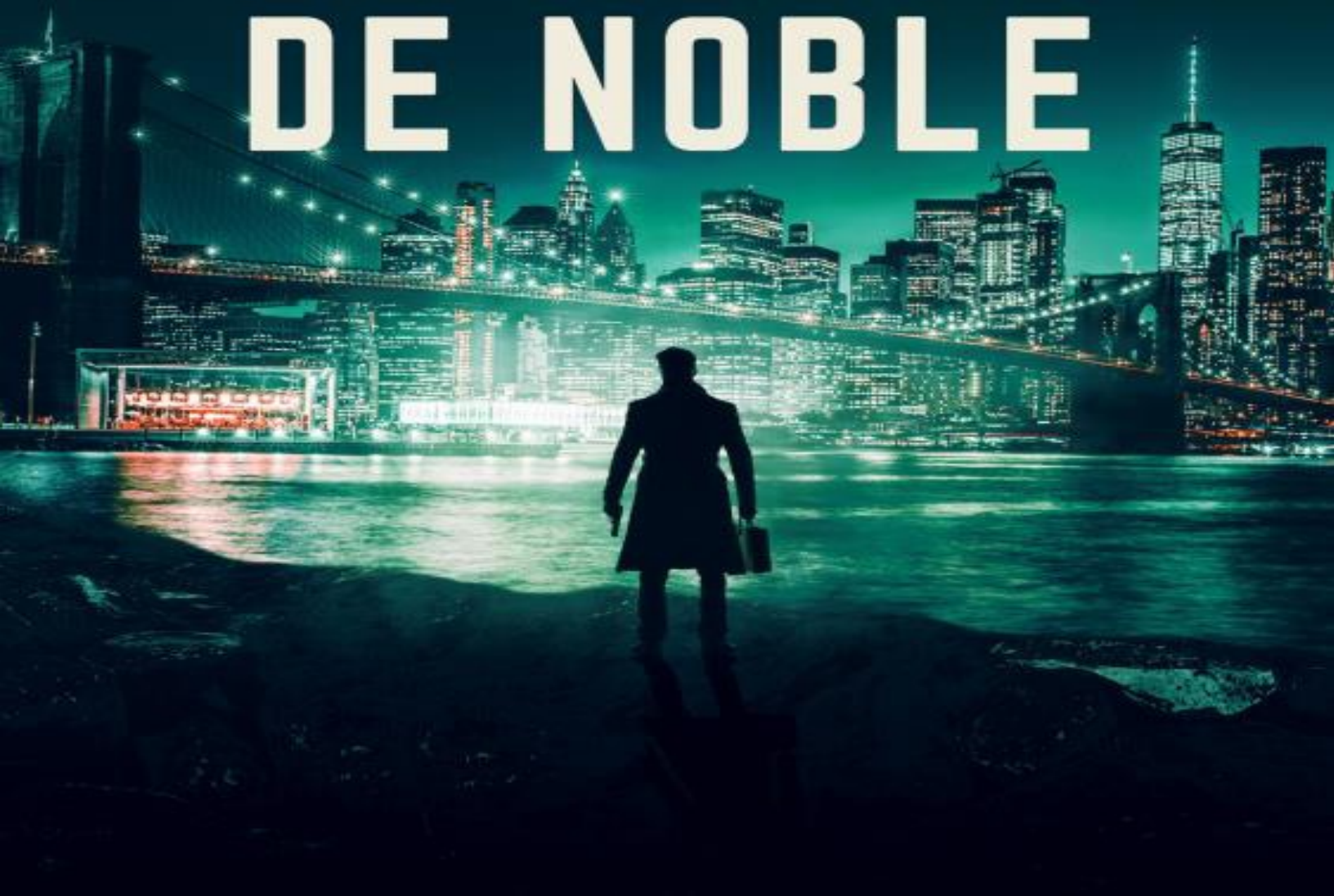
AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LAS INTENCIONES DE NOBLE



LAS INTENCIONES DE NOBLE

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 4

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Sin título
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Sin título
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Sin título
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Sin título
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87

Muerte en Grecia: Capítulo 1

Muerte en Grecia: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

Copyright © 2012, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

CAPÍTULO 1

—¡Mamá! — gritó la niña con voz asustada.

Jack Noble miró y la vio sola. Parecía tener ocho o nueve años. Observó a la gente pasar junto a la niña que lloraba, sin prestarle atención. Su primer pensamiento fue ignorarla como los demás, que no se dieron cuenta ni les importó que una niña pequeña estuviera parada en medio de la acera, sola y perdida.

—¿Mamá? ¿Dónde estás? — Preguntaba entre sollozos.

Jack corrió y se arrodilló frente a la niña. —¿Cómo te llamas, cariño?

—Mandy—. Se secó las lágrimas de sus grandes ojos azules. —¿Me puedes ayudar?

Jack miró a la concurrida calle a su alrededor y luego a su reloj. El viejo llegaría pronto. Las instrucciones eran explícitas; tenía que estar en la esquina de la calle central y la avenida Roosevelt a las 9:30 a. m. Al anciano no le gustaba que la gente llegara tarde.

Jack miró a la niña. —¿Nadie te dijo nunca que no hablaras con extraños?

Ella le devolvió la mirada.

—Vamos, Mandy—. Él la levantó sobre sus hombros. —¿Puedes verla?

Mandy miró a un lado y a otro de la calle. —No. No la veo por ningún lado.

—¿Cuánto tiempo llevas perdida?

—No sé. Mucho tiempo—. Su llanto había cesado.

Jack giró en un círculo cerrado para que Mandy pudiera explorar la multitud.

—No puedo verla, señor.

Jack la bajó de su hombro y la sostuvo contra su pecho. —¿Dónde vives?

—23423 Calle 52, Apartamento D—. Ella recitó la dirección rápidamente, como un robot, y él supo que su madre o su padre se la habían ensenado.

—¿Sabes el número de celular de tu mamá?

Tan pronto como le dio su dirección, la pequeña le dio el número de celular de su madre.

Jack metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono celular, marcó el número y esperó a que sonara.

—Lo sentimos, el número que has marcado ha sido desconectado. Por favor verifique el número y vuelva a intentarlo—, dijo la operadora.

Volvió a marcar, pero sonó el mismo mensaje.

—¡Mierda!

—Oh, dijiste una mala palabra—, dijo Mandy.

Le sonrió a la chica, pero su sonrisa se convirtió en una mirada de preocupación cuando vio el Mercedes blanco acercarse. El viejo llegó a las 9:30 en punto. Miró a su alrededor para ver si alguien reconocía a la niña. La gente pasaba con los ojos al frente mirando a lo lejos como zombis. Siempre fue lo mismo en cada gran ciudad que visitó. Todos caminaban con la mirada

perdida, mirando al frente. No se preocupaban por él ni por sus problemas.

El Mercedes se detuvo junto a la acera. La ventanilla trasera bajó. Un anciano asiático lo miró a través de unas gafas finas. —Hola, señor Jack.

Jack le devolvió el gesto al hombre.

—¿Tienes los documentos contigo?

Jack levantó el maletín para que el anciano lo viera. —Aquí mismo.

—¿Hoy es el día de traer a tu hija al trabajo?

—Muy condescendiente—. Jack continuó buscando a alguien, cualquiera, que reconociera a Mandy. —Necesito que me des un par de minutos aquí.

—No hay minutos para dar, señor Jack. Nuestro acuerdo era a las 9:30 a. m. Ahora son las 9:30 a. m.

—Sólo dame un minuto. Ella está perdida. Necesito encontrarle un lugar seguro.

—Puedo asegurarle que mi coche es el lugar más seguro para ella—. Su astuta sonrisa amarilla fue suficiente para poner a Jack en alerta.

—Sólo dame un minuto—, dijo Jack.

Sabía que el anciano no pestañearía ante la niña si no estuviera con Jack. Y si la entregaba, entonces el viejo conduciría cinco minutos fuera de la ciudad y la dejaría en la acera, si no la mataba primero.

—Tiene 30 segundos, señor Jack. Si no regresa en 30 segundos y… bueno, no tengo que decirle lo que está por venir. ¿No?

—No. Soy muy consciente de ello—. En seis años había realizado al menos cuatro docenas de trabajos para el anciano. Jack sabía que la única razón por la que el jefe criminal seguía dándole tareas era porque Jack no cometía errores. No llamaba la atención y definitivamente nunca le dijo al anciano que esperara.

—Está perdiendo el tiempo, señor Jack.

Jack echó a correr por la acera. Recordó haber visto a un oficial de policía estacionado a una cuadra de distancia. Tratar con un policía no era lo ideal. Siempre existía el riesgo de que la cara de Jack apareciera en algún cartel de búsqueda. Pero si quería que Mandy estuviera en un lugar seguro, no tenía otra opción.

—¡Oficial! — gritó Jack.

El oficial de policía se volvió hacia Jack con una expresión de indiferencia en su rostro.

—Oficial, esta niña está perdida. Necesito que la lleves. Sabe su dirección y el teléfono celular de su mamá—. Jack empujó a la niña hacia el policía. Ella se giró y alcanzó a Jack, aparentemente no queriendo alejarse de su lado.

—Vaya, espera, espera—, dijo el policía. Extendió la mano y la puso frente a la cara de Jack. —¿Qué diablos está pasando aquí? No puedes simplemente dejarme una niña.

—Sé lo que parece, oficial, pero ella está en peligro. Llévala de vuelta a la comisaría hasta que aparezca su madre.

El policía miró de arriba abajo el metro ochenta y cinco de Jack. Su mirada se demoró un segundo más y Jack tuvo la sensación de que al policía no le importaba demasiado. Observó que los ojos del policía se detenían en las esposas sujetas a la muñeca izquierda de Jack. Se ampliaron cuando el policía pareció darse cuenta de que el otro extremo estaba atado a un maletín. El policía retrocedió.

—¿Qué diablos está atado a tu muñeca?

Jack comprobó cuántas personas había alrededor. Estaba lleno de gente. ¡Por Dios!, estaba en Nueva York, por supuesto que estaba lleno de gente. Prefería no montar una escena con tanta

gente cerca, pero no tenía muchas opciones. Volvió a mirar al policía. El oficial regordete tenía la mano en el arma. Jack supo en ese momento que no tenía otra opción.

Jack levantó lentamente su mano izquierda y distrajo al oficial empujando a Mandy hacia él. En el momento en que el policía miró a la niña, la oportunidad de Jack se abrió. Metió la mano en el bolsillo y sacó una granada paralizante, o granada aturdidora, como él la llamaba. Con un movimiento fluido, arrojó la granada a los pies del policía, tiró de Mandy hacia atrás y se giró para que la luz no lo cegara.

El policía no tuvo tiempo de reaccionar. ¡BOOM! La granada explotó con un estallido de luz brillante que cegó instantánea y temporalmente a cualquiera que la haya visto. La explosión fue lo suficientemente fuerte como para alterar el líquido del oído interno, afectando todo sentido de equilibrio y dirección. El oficial cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con la acera. Horas más tarde, ni el policía ni ninguno de los transeúntes pudieron describir a Jack. Lo único que recordaba el policía era el maletín.

Jack levantó a Mandy como un bombero y echó a correr. Recorrió la calle en busca del Mercedes, pero ya no estaba. Parecía que el viejo lo abandonó a su suerte.

De nuevo.

Jack maldijo en voz alta.

Mandy se rio.

—¿Crees que es gracioso?

Ella dejó de reír y empujó con las manos para bajarse de su hombro. Jack apretó con más fuerza mientras buscaba el Mercedes. Lo vio estacionado a una cuadra y media de distancia. Estaba casi sin aliento cuando finalmente llegó al coche.

—Señor Jack—, dijo el anciano, —habría pensado que alguien en su línea de trabajo estaría en mejor forma.

—Culpa de los cigarrillos—, dijo Jack.

—Sabe, esos te matarán—. El anciano metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un cigarrillo, lo encendió con una cerilla de madera y la arrojó por la ventana hacia Jack.

—¿Cuándo? — Jack preguntó en tono sarcástico. Dejó a la niña en el suelo y se pasó la mano por el cabello castaño. —Déjanos entrar—, dijo, —lo solucionaremos en el camino.

—Señor. Jack, llega tarde. No sólo eso, ha llamado la atención de la policía. Esta reunión se ha visto comprometida—. Subió la ventanilla y el Mercedes arrancó.

—¡Espera! — Dijo Jack. —Déjanos entrar. Tengo lo que quieres aquí mismo.

El Mercedes se detuvo, el anciano asomó la cabeza por la ventanilla y se volvió para mirarlo —. —En otra ocasión, señor Jack—. El anciano hizo una pausa y se bajó las gafas de sol para que Jack pudiera mirar sus ojos cubiertos de cataratas. —Me pondré en contacto pronto.

El Mercedes se alejó a toda velocidad y Jack escuchó el sonido de las sirenas que se acercaban. La policía llegaría pronto. Tenía que ponerse en marcha o sería sólo cuestión de segundos antes de que lo encontraran.

—Es hora del plan B, Mandy—. Él la levantó sobre su hombro.

—¿Cuál es el plan B, señor Jack?

—Te lo haré saber tan pronto como lo sepa, cariño.

Jack trotó media cuadra y se metió en un callejón. Sacó un mapa del área que estaba marcada con la ubicación de los lugares que consideraba casas seguras. Durante la última década había realizado suficientes favores como para siempre poder recurrir a alguien cuando se encontraba en una situación difícil.

El departamento de Clarissa estaba a una cuadra de distancia. Ella era una amiga. A decir

verdad, ella era más que una amiga. Había dos personas a las que Jack confiaba su vida y Clarissa era una de ellas. Ella lo escondería esta noche, sin hacer preguntas. Incluso podría ser capaz de entregarle a Mandy. Miró a la niña y se rio al pensar en Clarissa cuidando a una niña.

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Aparte de tu cara?

—¡Ey! ¡Eso no es gracioso! — Mandy sacó el labio inferior en un puchero exagerado.

Jack se rio. —Estoy bromeando, cariño. Son sólo bromas.

Se escondieron en el callejón hasta que oscureció. El apartamento de Clarissa no estaba muy lejos, pero no quería correr el riesgo de que la policía los descubriera. No quería matar a un policía delante de Mandy. Podría ser un asesino, pero tenía cierta moral.

CAPÍTULO 2

—¿Quién es? — Preguntó Clarissa desde el otro lado de la puerta.

Jack sostuvo a Mandy contra su pecho. Estaba dormida, lo había estado desde antes de que abandonaran el callejón. Él respondió en voz baja: —Es Jack.

—¿Jack?

—Vamos, Clarissa. Estoy en problemas. Necesitamos tu ayuda.

La puerta se abrió y Jack fue recibido por la hermosa pelirroja. No había muchas mujeres que pudieran mirarlo a los ojos, pero Clarissa, que medía un metro setenta y llevaba tacones, sí podía. Le hizo un gesto con la mano a Jack para que entrara. Cuando pasó junto a ella, notó lo bien que olía. Ella siempre olía genial. No era barata como la mayoría de las bailarinas exóticas que conocía.

—¿Quién diablos es ella?

—Su nombre es Mandy. Está perdida—. Jack hizo una pausa. —Estaba esperando a un asocio y la vi. Ella estaba allí parada, llorando por su mamá. Nadie la ayudaba.

Clarissa alzó una ceja con curiosidad. —Ahhh, te has vuelto suave, bebé.

—Cállate.

—Entonces... ¿Te acercaste a ella y…?

—Me ofrecí a ayudar. Supuse que su mamá estaba en una tienda cercana. Sabes, algo tan simple como eso.

—¿Supongo que entonces asumiste mal?

—Sí, muy mal. Lo peor es que perdí mi reunión, lo que enojó a algunas personas muy malas —. Abrió las esposas y dejó el maletín.

Clarissa miró con curiosidad el maletín. —¿Entonces por qué estás aquí? ¿Necesitas que te esconda? Ella rio.

—También cabreé a la policía—. Miré hacia el techo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—Déjame traerte una bebida.

Jack asintió.

—¿Qué deseas? Compré cerveza, whisky, tequila.

—Uno de cada uno—, respondió Jack. —Oye, ¿tienes algún lugar donde pueda acostarse?

—Claro, adelante y ponla en mi habitación por ahora—. Clarissa señaló la parte trasera del apartamento con una mano mientras llenaba vasos de chupito con la otra.

Jack caminó hacia el sofá y levantó a la niña dormida. Había sido un día largo para ella. Abrió los ojos y lo miró fijamente, con los labios apretados y el ceño fruncido. Jack esperó a que ella le hiciera alguna pregunta, pero antes de que pudiera abrir la boca, su cabeza cayó sobre su hombro y volvió a dormirse. Le acarició el pelo mientras la llevaba al dormitorio de Clarissa, la

acostó y la cubrió con una manta.

Regresó a la cocina y fue directamente al mostrador, donde estaban esperando sus vasos de chupito. Se bebió un trago de tequila e hizo una mueca ante el ardor y el regusto. Sólo tres trabajos en su vida habían salido mal. Dos de esos tres fueron por el tequila.

—Nunca te había visto tan amable con nadie—, dijo Clarissa. Ella colocó su mano sobre su hombro, le dio un suave masaje y luego arrastró sus uñas ligeramente por su espalda.

Cogió el segundo vaso y se lo llevó a los labios. —Cometí un error—. Bebió el whisky, puso el vaso de golpe sobre la mesa y luego abrió la botella de cerveza. —A lo grande.

—¿Más?

—Sí, uno de cada uno—. Deslizó los vasos de chupito por el mostrador.

Clarissa sirvió sus recargas. —¿Qué tan malo puede ser?

Jack no dijo nada. Bebió sus tragos uno tras otro y volvió a su botella de cerveza. —Solo estaremos aquí esta noche.

—Jack, sabes que puedes quedarte todo el tiempo que necesites. No me importa. Incluso con la niña, por mí está bien—. Ella le pasó el brazo por los hombros. —Con todo lo que has hecho por mí, es lo menos que puedo hacer.

—Es el viejo—, dijo.

Clarissa miró al suelo, hacia el maletín. —¿Supongo que ese maletín tiene algo que ver con eso?

Jack asintió y no dijo nada.

—¿Qué hay adentro? — Preguntó ella.

—Sólo algunos papeles—. Hizo una pausa. —Es mejor que no lo sepas.

—¿Intentará matarte?

Jack lo pensó por un momento y se encogió de hombros. ¿*Me mataría*?

—Si me quisiera muerto, me habría matado después de que estropeé el trato.

—Entonces, ¿por qué no vas con él esta noche y completas el trato? — Preguntó Clarissa.

—El policía de la esquina. Me vio lo suficiente como para poder identificarme. Además, el anciano dijo que estaría en contacto. Es mejor simplemente esperar.

—¿Quieres encender la televisión? ¿Consultar las noticias?

—No, esa basura es deprimente.

Ambos rieron, pero el momento duró poco, lo interrumpió un grito estridente. Jack corrió a la parte trasera del apartamento para ver cómo estaba Mandy.

—¡Mami!

Jack se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo. —Shhh—, susurró, —te llevaremos con tu mamá. Lo prometo—. Se sentó con ella hasta que se volvió a dormir.

Clarissa lo saludó con una sonrisa cuando regresó a la cocina. Él le devolvió la sonrisa. Se veía bien esta noche. Demonios, se veía bien a cualquier hora del día. Pero esa noche parecía más vibrante que de costumbre. Aunque él tenía diez años más que ella, siempre habían tenido una conexión. Sin embargo, las cosas habían progresado aún más en los últimos años y eso asustó a Jack. En su negocio no valía la pena estar cerca de nadie.

—¿Otro trago? — Preguntó ella.

Jack asintió.

Clarissa lo rozó de camino al frigorífico.

Jack la siguió y la esperó esperando detrás de la puerta abierta del frigorífico. El aire que escapaba se sentía frío en su rostro sonrojado.

Ella se puso de pie, se giró y se detuvo a centímetros de él. Se mordió el labio inferior.

Él levantó la mano y le pasó algunos mechones de pelo detrás de la oreja. Se inclinó y besó su cuello. Sus manos bajaron por sus costados. Unos dedos firmes le desabrocharon los vaqueros y se los quitaron de la cintura. —Para ser stripper usas unas bragas bastante aburridas.

—Bailarina exótica—, dijo entre mordiscos en su oreja. Ella envolvió una pierna alrededor de la de él.

—La niña—, dijo Jack. —Ella está durmiendo en la otra habitación.

Clarissa hizo caso omiso de la protesta de Jack. —Seré silenciosa.

—Pero sabes que yo no puedo serlo—, dijo con una sonrisa irónica.

Encontraron el sofá y cayeron el uno sobre el otro.

CAPÍTULO 3

Clarissa se despertó cuando el sol se asomó por una rendija de las cortinas, proyectando largos rayos de luz sobre su cuerpo. Se sentó, extendió los brazos y abrió los ojos para encontrarse sola. —Hijo de puta—, murmuró mientras se levantaba. Le palpitaba la cabeza por la combinación de sexo, alcohol y falta de sueño.

Caminó hasta la parte trasera del apartamento para ver si Jack estaba en el baño o se había metido en su cama. Le habían dicho que roncaba. No era tan raro que sus amantes se escabulleran y encontraran un lugar tranquilo para dormir.

Había una nota en la puerta del dormitorio. La leyó en voz alta para sí misma:

Clarissa,

Lo siento, tengo que ocuparme de algo esta mañana. Cuida a Mandy por mí. Regreso por la tarde.

Jack.

—Hijo de puta—, volvió a decir.

Abrió un poco la puerta del dormitorio y se asomó para ver cómo estaba Mandy. Los cobertores abrazaban a la niña mientras dormía. Clarissa volvió a la cocina y tomó su móvil. Buscó el número de Jack. Estaba allí hace unos días, pero no pudo encontrarlo ahora. Debió haber borrado su número de su teléfono antes de irse. Ella puso los ojos en blanco ante la idea.

—¿Mamá?

Clarissa posó su teléfono de golpe y se mordió el labio con frustración. Se giró y vio a Mandy parada allí con expresión tímida.

—¿Dónde está mi mamá? ¿Dónde está el señor Jack?

—Jack tuvo que salir por un rato cariño. Está buscando a tu mamá.

—¿Quién eres? ¿Eres la señora Jack?

Clarissa se rio. —No, cariño, pero somos muy buenos amigos.

—Eso significa que tú también eres mi amiga—, dijo Mandy.

Clarissa le sonrió. *Las cosas son muy simples para los niños*. —¿Tienes hambre?

—Mmmm—. Mandy se frotó el vientre.

Clarissa sirvió un plato de cereales y lo colocó delante de la niña. —Ahora come. Tenemos que limpiarte. No puedes permitir que tu mamá aparezca contigo luciendo hecha un desastre.

Mandy levantó la vista y le sonrió con la boca llena de cereal y leche. La leche goteó por su barbilla mientras sonreía. Clarissa no pudo evitar reírse, lo que provocó que la leche y el cereal se esparcieran sobre la mesa cuando la niña se unió. Su risa fue interrumpida por un fuerte golpe en la puerta.

CAPÍTULO 4

Jack presionó el arma en la nuca de Lester. El hombre se arrodilló en el suelo, con los pies cruzados, los brazos atados a la espalda y el rostro a pocos centímetros de la pared fría y gris. Lester luchó por evitar que su cabeza tocara la pared. Jack le había dicho que, si la tocaba, estaba muerto.

El sótano poco iluminado tenía una única bombilla amarilla colgando del techo que se balanceaba ligeramente, proyectando sombras de lado a lado.

—Yo... no sé más de lo que te dije, Jack—, dijo Lester.

—Por alguna razón no te creo, Lester—. Jack miró a Oso y asintió.

Riley "Oso" Logan fue el compañero de Jack en la mayoría de sus asignaciones. Oso era un hombre grande, como se podría suponer por su apodo. Medía más de dos metros y pesaba más de ciento treinta kilos. Tenía una barba marrón grande y espesa. Había apoyado a Jack desde que tenían 19 años, recién salidos del entrenamiento de reclutas de la Marina.

Los dientes de Lester castañeteaban y su cuerpo convulsionaba aproximadamente cada diez segundos.

Hubo un tiempo en que Jack habría sentido pena por el pobre bastardo. Esos días ya eran pasado. De hecho, sólo habían sido necesarias unas cuantas muertes de civiles para limpiarlo de cualquier sentimiento de remordimiento. Hoy lo único que quería era un nombre. Realmente no le importaba si mataba a Lester o si lo dejaba salir de la celda. Pero matarlo sería justo, ya que a Lester seguro que no le importó que Oso casi muriera hace un mes debido a su imprudencia.

—Lester, sólo necesito un nombre. Cualquier nombre que me lleve a él. Te pusiste en contacto con él para preparar ese trabajo. ¿Cómo ocurrió eso? No intentes decirme que por telepatía o alguna basura mística.

—Me matarán, Jack.

—Te mataré, Lester.

Lester inclinó la cabeza. —Haz lo que tengas que hacer entonces. Al menos serás rápido. Esos tipos me torturarán y probablemente también matarán a mi familia—. Su voz tembló todo el tiempo. La valentía no le convenía. Era mejor experto en informática que espía.

—¿Por qué proteges a esta gente?

—¿Protegerlos? No me importan. Estoy protegiendo a mi esposa y a mis hijos.

Jack permaneció en silencio y empujó el cañón de su arma en la nuca de Lester.

—Eres un asesino, Jack, pero no perseguirás a mi familia.

Jack sonrió. Iría tras la familia de Lester si eso le permitiese conseguir lo que quería. Y Lester sabía lo suficiente sobre Jack para saberlo. —¿Qué pasaría si pudiera ofrecerte protección hasta que se limpie este desastre?

—¿Cómo? Pensé que ahora trabajabas solo.

—Mucha gente me debe favores—, respondió Jack.

En ese momento sonó su teléfono celular. *Cristo, ¿cómo encontró mi número?* Sacó su teléfono del bolsillo y miró el identificador de llamadas. No era Clarissa. No reconoció el número en absoluto.

Salió del sótano y le dijo a Oso que vigilara a Lester. Oso era la única persona, además de Clarissa, en quien Jack confiaba. Habían trabajado juntos como contratistas independientes durante la mayor parte de una década, y Oso le había salvado la vida al menos una docena de veces. En su anterior vida los dos eran soldados. Asesinos entrenados. Pero ahora mataban para obtener ganancias.

—¿Quién es? — preguntó Jack.

—Hola, señor Jack.

Reconoció la voz. —¿Estás listo para terminar el trato?

—¿Qué tiene usted con Lester, señor Jack?

Jack subió las escaleras y se asomó por las ventanas altas y delgadas junto a la puerta principal. —No estoy seguro de qué estás hablando.

—Señor Jack, sabe que tengo ojos y oídos en todas partes—, dijo el anciano. —No intente engañarme.

—Mi negocio con Lester es mi negocio. No trabajo para ti.

—Como desee. Señor. Jack, lo único que quiero es el maletín. Quiero completar nuestro trato.

—Me dejaste solo ahí afuera ayer. ¿Por qué debería confiar en ti ahora?

El viejo se rio. —¿Confianza? No se trata de confianza, se trata de dinero, señor Jack.

—¿Dónde quieres que nos encontremos? — Jack preguntó mientras se asomaba al sótano.

—Hace demasiado calor en la ciudad en este momento. Su cara está en todas las noticias. Algo sobre secuestrar a una chica y atacar a un policía. Terrible.

—Cristo. Turistas con sus malditos teléfonos con cámara—. Jack tendría que pedir otro favor para arreglar esto. —Bien, ¿entonces dónde?

—Me pondré en contacto pronto, señor Jack—, respondió el anciano. —Ah, y dele mis saludos al Señor. Lester. Dígale que su esposa y sus hijos no sufrieron, que se fueron mientras dormían.

Jack guardó silencio. Resolvió lo que había sucedido en su cabeza. El viejo debió haber tenido tipos en la casa de Lester o siguiendo a Oso. Los hombres vieron a Oso entrar y salir con Lester. Tan pronto como Oso se fue, entraron y mataron a la familia de Lester.

Probablemente tengan fotografías de Oso entrando y saliendo con Lester que podrán usar para culparle de los asesinatos. Qué desastre.

—Su silencio es confirmación suficiente para mí, señor Jack. Adiós.

La línea quedó en silencio. Jack se paró en la puerta y asintió con la cabeza hacia Oso.

El gran hombre caminó hacia él. —¿Cuál es el trato?

—Parece que Lester enojó a mucha gente.

—¿Qué significa eso? — preguntó Oso

—Era el viejo—, Jack dio un paso atrás y cerró la puerta. El sótano quedaba aislado del sonido mientras la puerta estuviera cerrada. —Él se hizo cargo de la familia de Lester.

—No crees que está detrás...

—No—, dijo Jack. —Es otra cosa. Espera aquí.

Jack entró en el sótano. —¿Estás listo para darme un nombre? — Se colocó detrás de Lester.

—Te lo dije Jack, no tengo nada.

—¿Sabes quién llamó? — preguntó Jack. No esperó a que Lester respondiera. —El viejo. Cabreaste a mucha gente, Lester. Gente poderosa.

Esto era un juego para Jack. Lester le diera un nombre o no, Jack iba a matarlo. Le estaría haciendo un favor a Lester. La familia de Lester estaba muerta y el pobre bastardo quedaría devastado cuando descubriera su destino. Además, el viejo mataría a Lester si Jack no lo hacía, y seguro que no sería rápido ni indoloro. ¿Por qué no ahorrarle el dolor de saber que su familia había sido asesinada?

—¡Hazlo! — gritó Lester.

Jack agarró un trozo de plexiglás para proteger su cuerpo del chorro de sangre. Prefería mantenerse limpio siempre que fuera posible. Disparó una bala en la nuca de Lester y dio un paso atrás.

El cuerpo de Lester se desplomó lentamente contra la pared de bloques de hormigón dejando un rastro de sangre.

Jack abrió la puerta e hizo señas a Oso para que entrara en la habitación. —Ocúpate de eso.

Jack no sabía exactamente qué haría Oso después de salir de la habitación, pero seguro nunca encontrarían el cuerpo de Lester. Eso era suficiente para él.

—¿Lo obtuviste? — Preguntó Oso.

—No—, dijo Jack. —Tal vez el viejo lo sepa. Lo sabré cuando complete este trato.

Oso asintió.

Jack subió las escaleras y notó manchas de sangre en su camisa. Puso los ojos en blanco y se metió en el baño para lavarse y cambiarse antes de salir del edificio. Cada uno guardaba una muda de ropa en el armario de la ropa blanca. Jack cogió un traje informal, una gorra de béisbol y un par de gafas de sol.

Llamó a un socio que podía modificar las imágenes que mostraban las noticias y quitarle algo de presión.

—¿Hola?

—Hola, Brandon. Es Jack—. Puso el teléfono en altavoz para poder cambiarse y hablar al mismo tiempo.

—Jesús, Jack. Tu cara está en todas las noticias. ¿En qué diablos te metiste?

—Sí, sobre eso... necesito un favor.

—Ya estoy en eso. Pero me deberás mucho por esto. Estoy hablando de que me hagas un favor.

—Lo tienes—. Jack colgó el teléfono y se maldijo a sí mismo. Luego se dirigió a la calle 52 para encontrar a la madre de Mandy.

CAPÍTULO 5

—¿Crees que se hizo cargo de Lester?

—Realmente no me importa—, respondió el anciano. —Pago a mis hombres para que maten. Si el señor Jack no lo mató, lo harán ellos.

Charles se rio. —Entiendo su punto, jefe—. Se recostó y pensó por un segundo, frotándose las sienes con sus grandes dedos. —Señor, ¿qué vamos a hacer con Jack?

—Oh, tengo planes para el Señor. Jack—. El anciano sonrió y juntó sus huesudas manos. —Grandes planes.

—¿Le importaría contarme algo? — Charles se acercó más al anciano.

La sonrisa del anciano se amplió. —Cuando llegue el momento, señor Charles, tendrá todos los detalles. Por ahora, quíteme su aliento maloliente de la cara.

Charles se recostó en su asiento. Se llevó la mano a la cara y exhaló, comprobando qué tan mal olía su aliento. Pensó en presionar a su jefe para obtener más información, pero sabía que eso no funcionaría. Había visto a su jefe hacer matar a hombres por menos. No, ahora no era el momento, el viejo lo había dejado claro. Pero tan pronto como el anciano decidiera confiar en él, Charles estaría listo. Lo había demostrado durante los últimos doce años.

El anciano giró la cabeza y Charles empezó a recordar sus primeros años trabajando para el anciano...

Empezó trabajando como mecánico para el anciano. Una cosa que era diferente acerca de este jefe criminal es que les daba autos a sus muchachos. Y siempre quiso que sus coches estuvieran en óptimas condiciones. Contaba con un equipo de mecánicos disponibles las 24 horas del día. Charles nunca había estado involucrado en ninguna actividad criminal antes de eso. Aceptó el trabajo por el sueldo. No tenía idea de quién era el anciano ni cuál era su negocio, pero le gustaba la idea de ser mecánico privado. Sonaba oficial.

Trabajó en el garaje durante dos años. Era un buen empleado, mantenía la cabeza gacha y hacía su trabajo. En ese momento, él sabía lo que realmente estaba pasando y también lo sabían los demás mecánicos. La mayoría de ellos lo sabían antes de aceptar el trabajo. Normalmente, los mecánicos que trabajaban para el anciano eran familiares de sus empleados de mayor confianza. Sólo que los mecánicos no tenían lo necesario para ser un asesino, al menos no el tipo de asesinos que podían salirse con la suya. Para algunos fue una cuestión mental. O fueron descuidados o fueron incapaces de apretar el gatillo. Para otros fue físico. Los matarían en su primera misión. Pero todos compartían un rasgo común. Todos pensaban que eran malos.

Charles ignoró las bromas y la holgazanería que veía todos los días en el trabajo. Algunos de los otros mecánicos se sentían ofendidos por esto y comentaban que Charles se creía demasiado bueno para ellos. Individualmente, nunca pensarían en confrontar a Charles. Con dos metros y ciento veintisiete kilos, era enorme. Si no hubiera abandonado la escuela, habría ido a la Universidad de Miami con una beca de fútbol.

Un día, cuatro de los otros mecánicos decidieron que ya estaban hartos de Charles y su actitud de "*soy mejor que ustedes*". Lo rodearon con un plan de ataque, todos armados con herramientas. Charles no tardó mucho en darse cuenta de lo que estaba pasando. Esta no era la primera vez que lo atacaban. No sería la última.

Charles no esperó a que los otros mecánicos hicieran su movimiento. Esos cuatro idiotas nunca tuvieron ninguna posibilidad. Mató a dos de ellos y envió a los otros dos al hospital. Las heridas fueron tan graves que el anciano pudo atribuirlo al derrumbe de un ascensor. La policía no hizo preguntas. Por supuesto, eso no era nada nuevo cuando el viejo estaba involucrado.

El anciano revisó las imágenes de la pelea. Le gustó lo que vio y llamó a Charles a su oficina. Charles estaba asustado cuando entró. Tenía treinta centímetros y cincuenta kilos más que el viejo. Pero sabía que, a veces, los hombres entraban en esa oficina y no salían por sus propios medios. El anciano era cruel y despiadado, razón por la cual era uno de los jefes criminales más poderosos de la costa este.

—Señor, Charles—, dijo el anciano. Se sentó con el respaldo de su silla frente a la puerta. —Por favor, entre y tome asiento.

Charles se hundió en la silla, con el corazón acelerado. —¿Quería verme, señor?

—¿No me hable de señor? Sólo llámeme jefe.

—Sí, señor. Quiero decir, jefe.

—Me enteré del incidente del garaje. Mataste a cuatro de mis mecánicos.

—jefe, yo… lo siento por eso. No me dejaron otra opción. Me rodearon. Todos estaban armados con herramientas. Supongo que mis instintos entraron en acción.

El anciano giró en su silla y miró hacia la esquina de la habitación, asintiendo con la cabeza al hombre que estaba allí.

Charles se tensó y cerró los ojos. Esperaba sentir el frío cañón de una pistola presionar contra su cabeza en cualquier momento. Levantó los hombros y se encorvó ligeramente cuando escuchó cerrarse la puerta.

El viejo se rio. —Señor Charles, si lo quisiera muerto ya no estaría aquí. ¿Por qué lo invitaría a mi oficina para matarlo?

Charles se levantó lentamente y miró al anciano. La sonrisa parecía genuina y todavía estaba vivo. Volvió la cabeza y vio que la habitación estaba vacía. —Usted… ¿No va a matarme?

—¿Matarlo? ¡Dios no! Quiero ascenderlo, señor Charles.

—¿Ascenderme? ¿Qué?

—Esos cuatro hombres que usted mató—, dijo el anciano, —no eran sólo mecánicos. Eran un equipo de ataque. Los usé para trabajos que tenían que parecer amateur. El tipo de golpes que sería demasiado fácil atribuirle a un profesional. ¿Lo entiende?

Charles negó con la cabeza hacia el anciano.

—Sé que no es estúpido, señor Charles, así que iré directo al grano. Usted eliminó a cuatro asesinos entrenados y apenas sufrió un rasguño. Quiero que sea mi guardaespaldas. Conducirá mi limusina y me acompañará todo el día, todos los días. ¿Lo entiende?

Esta vez Charles asintió. —Sí, señor. Quiero decir, sí, jefe—. No tenía otra opción. Si decía que no, el viejo lo mataría. Aunque le gustaba trabajar en el garaje, ésta era una oportunidad de

estar en acción.

El auto cayó en un bache y la cabeza de Charles chocó con el techo mientras el Mercedes rebotaba. El dolor en la parte superior de su cabeza fue suficiente para llamar su atención nuevamente hacia Jack y la situación actual. —Se ha convertido en un dolor de cabeza. Jack, claro.

—Pero es un verdadero dolor de cabeza, señor Charles—, dijo el anciano. —Muy parecido a usted—. Él sonrió.

Charles se rio entre dientes mientras se frotaba la parte superior de la cabeza. —Simplemente no veo de dónde saca ser tan arrogante. Ojalá me dejara...

—Señor, Charles—, interrumpió el anciano. —Cuando llegue el momento, si llega el momento, obtendrá el visto bueno. Por ahora, deje de hablar del señor Jack. Me está dando indigestión.

—Está bien jefe. ¿Qué opina de comida tailandesa para cenar?

El anciano lo miró y sonrió. —Buena elección, señor Charles.

CAPÍTULO 6

El sótano de interrogatorio de Jack no estaba muy lejos de la dirección que Mandy le había dado. Supuso que la niña y su madre no tenían mucho, a juzgar por el vecindario y el estado del edificio. El barrio era una zona conocida como difícil, con demasiados traficantes de drogas, adictos y prostitutas. Se preguntó si la madre de Mandy era una de ellas, o tal vez las tres.

Entró en el viejo edificio y se resistió al olor a orina rancia. —Vagabundos—, murmuró en voz baja. No había seguridad en un edificio como este. Cualquiera podía colarse por la noche y dormir en los pasillos. Estos edificios no tenían baños públicos, por lo que los vagabundos simplemente orinaban en el pasillo. A los encargados de estos edificios no les importaba nada, por eso todo el lugar apestaba a infierno.

El ascensor tenía un cartel de *Fuera de servicio*. Probablemente sea lo mejor, pensó Jack. ¿Quién querría quedarse atrapado en un ascensor en un lugar como éste? Abrió la puerta de la escalera y escuchó los sonidos de una prostituta atendiendo a un hombre debajo de los escalones de concreto. Imaginó que era una mujer, pero sabía que no podía estar seguro de ello. En estos lugares, la gente haría cualquier cosa para conseguir su próxima dosis.

Jack subió las escaleras industriales pintadas de gris hasta el cuarto piso, acercándose con cautela a cada esquina y puerta. Cualquiera podría estar escondido allí, simplemente esperando que llegue algún tonto al que poder robar, violar y/o matar.

Llegó al cuarto piso, abrió la puerta y salió al pasillo. Estaba oscuro, la mayoría de las luces del suelo estaban apagadas. Bajó al apartamento D y llamó a la puerta. Sin respuesta. Esperó un minuto y notó que la puerta estaba abollada con la pintura agrietada y cayendo en pedazos. Volvió a llamar. Aún sin respuesta.

Jack giró el pomo de la puerta. Estaba abierta y empujó para abrirla. Tenía una idea preconcebida de cómo sería el apartamento desde el momento en que entró al edificio. No lo decepcionó. En todo caso, era más repugnante de lo que había imaginado.

Esa pobre chica. No puedo creer que tenga que vivir en esta pocilga.

Le preocupaba pensar que esa dulce niña probablemente terminaría como su madre, una prostituta adicta o traficante de drogas. Al menos esa era su suposición.

Entró al apartamento y cerró la puerta detrás de él. No había señales de nadie. —¿Hola? —gritó.

Ninguna respuesta.

Intentó alcanzar el interruptor de la luz, pero se detuvo. Había existido el tiempo suficiente para saber que se podía utilizar un interruptor de luz para hacer cosas bastante desagradables. En lugar de eso, se acercó a las ventanas y abrió las persianas.

Cuando la luz llenó la habitación, se dio cuenta de que tal vez la madre de Mandy no era la

vaga que él pensaba. El apartamento no estaba desordenado, sino saqueado. Los instintos de Jack se activaron y se puso en alerta máxima. Sacó su arma y avanzó con cautela por el resto del apartamento.

La pequeña vivienda sólo tenía unas pocas habitaciones. Las revisó todas para asegurarse de que nadie se estuviera escondiendo. Sabía que no descubriría ningún cadáver. No olía lo suficientemente mal.

Entró en el dormitorio, que estaba tan destrozado como el resto del apartamento. Sobre la cómoda había una foto de Mandy con quien Jack supuso que era su madre. Sacó la fotografía del marco y la guardó en su mochila. En el suelo yacía un viejo y andrajoso osito de peluche. Lo agarró, pensando que Mandy estaría feliz de reunirse con su animal de peluche.

Jack registró minuciosamente el apartamento y no encontró nada concreto. Se trataba de un trabajo profesional, no de un robo fortuito. ¿Qué había hecho la mujer para merecer esto? Se le pasó por la cabeza la idea de que, quienquiera que hubiera entrado, podría estar mirando. Además de eso, el anciano sabía que tenía a Lester, lo que significaba que habían seguido a Oso. Quienquiera que haya seguido a Oso probablemente se habría colocado fuera del sótano de interrogatorios y habría seguido a Jack hasta aquí.

Se asomó por la puerta y vio que el pasillo estaba vacío.

Hora de irse.

CUANDO ESTABA JUSTO EN LA ENTRADA DEL EDIFICIO DE APARTAMENTOS, JACK OBSERVÓ LA escena exterior a través del cristal sucio de la ventana, buscando alguna señal de que lo estuviera esperando la tripulación del anciano.

Un vagabundo con un sombrero anticuado y una gabardina entró por la puerta.

—Oye—, dijo Jack. —Dame tu sombrero y tu abrigo.

—Que te jodan, hombre—, dijo el vagabundo.

—Te pagaré.

—Bien. Mil dólares y es tuyo, hombre.

Jack sacó un fajo de billetes y le tendió un billete de cien dólares delante de la cara del vagabundo.

Los ojos del vagabundo se iluminaron. —¡Tenemos un trato, hermano! — Se quitó el abrigo y el sombrero y se los entregó a Jack.

El hedor de la gabardina abrumaba a Jack, pero no tenía otra elección. Sin él, estaría muerto en el instante en que saliera por la puerta. Se abotonó el abrigo y se puso el sombrero, rezando para que no estuviera infestado de piojos. Odiaba la apariencia de la cabeza rapada. Abrió la puerta, se volvió hacia el hombre y le arrojó la gorra de béisbol y la chaqueta que llevaba cuando entró al edificio.

Jack agachó la cabeza mientras bajaba los escalones desde el edificio hasta la acera. Mientras bajaba, por el rabillo del ojo vio que dos de los muchachos del anciano lo observaban. Uno de ellos le apuntaba y Jack metió la mano en su abrigo y agarró la empuñadura de su arma.

Los ojos de los hombres volvieron a la puerta.

Jack exhaló un suspiro de alivio mientras giraba hacia la acera y se dirigía de regreso al apartamento de Clarissa.

CAPÍTULO 7

A un par de cuadras de distancia, Jack miró y vio el Mercedes blanco del anciano que luego se detuvo junto a él. Su corazón se aceleró. Lo habían visto saliendo del edificio.

—Hola Jack—, dijo Charles desde el interior del Mercedes.

—¿Qué está haciendo alguien como tu aquí? — preguntó Jack.

—Recogiendo la ropa de la tintorería del anciano—, respondió Charles.

Jack fingió una sonrisa.

—Necesito que subas al auto, Jack—. Charles apoyó el cañón de su arma en la ventana.

Jack buscó una ruta de escape. Los altos muros de los bloques de apartamentos lo atraparon.

—No hay ningún lugar a donde huir, Jack. Tenemos muchachos por todos lados —.

Jack sintió el cañón de una pistola apuntándole por la espalda. Levantó lentamente los brazos. La persona detrás de él se acercó y sacó el arma de su bolsillo, luego lo empujó hacia adelante. Jack tropezó, se giró y vio al vagabundo del edificio con sombrero y chaqueta.

—Gracias por los cien, hermano—, dijo el vagabundo.

Charles y el vagabundo se echaron a reír.

Jack se preguntó cómo había sido tan estúpido. —Muy inteligente, me tienes—. Escuchó la puerta del auto abrirse detrás de él y se preparó para lo que vendría. ¿Bala al cerebro? ¿Bate en la cabeza?

Charles puso su enorme mano sobre el hombro de Jack. —Vamos, Jack. ¿Por qué no te subes al coche?

Jack obedeció. No tuvo elección.

El vagabundo cerró la puerta detrás de Jack y se alejó, silbando una melodía.

Charles le hizo una señal al conductor y el coche arrancó.

—Jack, abandona la búsqueda de la madre de la niña. Es un callejón sin salida—, dijo Charles.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? — preguntó Jack.

—Se suponía que la niña sería una distracción. La pusimos allí para que nadie te viera entrar al auto del jefe—. Charles le dio un golpe en el pecho.

Jack miró a Charles y apretó los puños.

Me tendieron una trampa. Plantaron a la niña. Y ahora ella y su mamá están en peligro por mi culpa.

Charles miró las manos de Jack. —No te molestes, Jack. No tendrías ninguna posibilidad en la parte trasera de este auto—. Hizo una pausa. —De todos modos, cuando ayudaste a la niña, arruinaste los planes del anciano. La mamá había hecho un trabajo para él. Puede que esté enojada porque él la secuestró a ella y a su hija, pero no se atrevería a enfrentarlo.

—Ella estaba allí parada llorando. Dijo que no sabía dónde estaba su madre—, dijo Jack.

—Imagina que eres un niño de 8 o 9 años, Jack. ¿Qué harías si te dijera "*no digas la verdad*" y que si lo hicieras mataría a tu madre? Y no importa donde estés, yo te estaré observando y le cortare la cabeza a tu mamá si dices algo. ¿Hablarías? — Charles tenía las manos extendidas y los ojos muy abiertos.

—Supongo que ser el mejor hombre del viejo es un trabajo aburrido, ¿eh, Chuck? — Dijo Jack. —¿Ahora te diviertes asustando a las niñas pequeñas?

Charles echó la cabeza hacia atrás y se rio. Ya no se ensuciaba mucho, pero tampoco se dejaba insultar así. Dejó de reír y luego golpeó con su gran codo la cara de Jack.

El impacto lanzó la cabeza de Jack contra el asiento. El codo le rompió la nariz. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sintió que la sangre le corría por el labio superior. Levantó la mano y se palpó la nariz. No estaba rota. Charles no tenía suficiente espacio para atacar con ese tipo de fuerza. Pero fue un claro recordatorio de la desventaja que tenía Jack en el asiento trasero de un auto frente a un hombre como Charles.

—¿Tienes algo más que decir, Jack? — Charles se rio entre dientes.

Jack se secó los ojos y se apretó la nariz. Miró a Charles, que seguía sonriendo. Se quedó mirando la cicatriz que iba desde unos centímetros por encima de la ceja derecha de Charles hasta su mandíbula.

Charles miró hacia arriba. Entrecerró los ojos y apretó los labios. —No me he olvidado de esa noche, Jack. Nunca olvidaré que me hiciste esto—. Señaló su cicatriz y la trazó hasta la mitad.

Jack intentó aclararse la sangre de la garganta.

—Ya le dije al viejo que, en el momento en que decida que no vales nada para nosotros, quiero el trabajo—. Le dedicó una sonrisa a Jack. Charles tenía una sonrisa como la de un jugador de hockey. Jack contó que faltaban al menos cuatro dientes.

Jack no dejó que ningún hombre lo intimidara, pero desde el punto de vista físico, Charles lo había vencido. Charles sabía pelear y podía soportar muchísimos castigos. Jack tenía que cuidarse a sí mismo en esta situación. Podría salirse de control rápidamente. Si había una persona a la que el anciano no mataría inmediatamente por desobedecer sus órdenes, era Charles. Claro, podría recibir una reprimenda por matar a Jack, pero eso sería todo. Charles lo sabía. Más importante aún, Jack también lo sabía.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que Charles se hizo a un lado.

Jack se giró, con los brazos en alto. Listo para defenderse.

Charles se rio. —Jesús, Jack. Voy a invitarnos a tomar una copa. Sacó una quinta parte de whisky y sacó dos vasos de la consola central. Sirvió un trago a cada uno.

Jack tomó el vaso y se limpió la sangre de los labios con la manga de la gabardina sucia, tratando de no pensar en lo que podría estar viviendo en ese trapo. Inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que el whisky bajara por su garganta y luego extendió el vaso para servirlo de nuevo.

—¿Sediento? —preguntó Charles.

—Sólo sírveme otro.

Charles se rio entre dientes. —Oye, cuantos más, mejor. Sólo hará que, de ser necesario, sea más fácil matarte".

Jack forzó una sonrisa. —Entonces, ¿qué pasa con la mamá de la niña?

—Ella ya no le sirve de nada al viejo. Basura, así la llamó.

—¿Dónde está ella?

—¿Qué haces con la basura, Jack?

Jack se llevó la mano detrás de la cabeza y agarró un mechón de su cabello.

—Olvídate de la madre, Jack.

—Sólo dime si está muerta—. Miró a Charles a los ojos.

—Simplemente completa el trato, Jack. Completa el trato y obtendrás a la madre.

Jack le tendió el vaso vacío. —Déjame bajar en la siguiente esquina e iré a buscar el maletín.

—Eres gracioso—, dijo Charles, pero no se reía. Parecía más serio que nunca. —¿Crees que te dejaré salir de este auto? ¿Has perdido la cabeza?

—No te llevaré allí. Si lo quieres, déjame salir.

—No estás en posición de exigir nada, amigo mío—, dijo Charles.

Jack se frotó los ojos y se revisó la nariz dos veces, asegurándose de que no estuviera rota. Tenía un cuchillo escondido en su pierna, pero no había manera de alcanzarlo sin que Charles se diera cuenta.

—¿Bien? ¿Me vas a decir dónde está? — preguntó Charles. —Y no me digas que en el departamento de la puta. Ya buscamos allí. No encontré nada.

Jack entró en pánico al pensar en los chicos del anciano en el apartamento con Clarissa y Mandy. Controló sus emociones y preguntó: —¿Qué puta? ¿Qué apartamento?

—No juguemos—. Charles cambió su bebida de mano. —Tenemos a alguien encima de ti desde ayer. Anoche entraste en el apartamento con la niña y el maletín. Charles señaló la muñeca izquierda de Jack. —Entonces saliste esta mañana sin nada. Mis muchachos registraron el apartamento y no encontraron nada. Sin maletín. Sin documentos. La puta dijo que no sabía nada al respecto—. Miró a Jack y extendió las manos.

Jack contempló su próximo movimiento. Se preguntó qué habían hecho con Clarissa y Mandy. —¿Las mataste?

—Jack, podemos ser criminales, pero no matamos a niños inocentes—. Dijo Charles, levantando las palmas de las manos. —La niña está bien. La tenemos en un lugar seguro.

—¿Qué pasa con la mujer?

—¿La puta? También la tenemos.

Jack apretó la mandíbula. —¿Está a salvo?

—Bueno…—, Charles hizo una pausa. Buscó las palabras adecuadas. —Ella no está muerta, Jack. Pero tuvimos que... interrogarla.

—Bastardos—, dijo Jack.

—Tienes algunos amigos peligrosos, Jack. Teníamos que asegurarnos de que ella no fuera una amenaza. Y necesitábamos saber con certeza qué sabía ella sobre los documentos.

Jack guardó silencio. Pensó en lo que probablemente había pasado Clarissa. Aunque Jack la había visto derrotar a un hombre de noventa kilos. Pero se trataba de un cliente borracho en un callejón detrás de un club, no de un grupo de asesinos entrenados.

—No es nada, con un poco de tiempo y unos cuantos puntos se solucionará. Así que mientras consigamos lo que queremos, ella será libre de volver a ser tu puta.

Jack no podía dejar de pensar en Mandy y en lo asustada que debía estar. Recordó el osito de peluche andrajoso que encontró en el apartamento. Extendió la mano por encima del hombro para agarrar su bolso.

—¡Whoa Whoa! ¿Qué estás haciendo? — gritó Charles-. Sacó su arma y la clavó en el estómago de Jack.

—Relájate, Chuck—, dijo. —Cogí el osito de peluche de la niña de su apartamento. Sólo quería pedirte que se lo dieras—. Contuvo la respiración esperando que el gigante apretara el gatillo o le quitara el arma del estómago.

—Mírate—, dijo Charles, enfundando su arma. —Convertido en un gran coño.

Conoció a Charles hace mucho tiempo, antes de que el gran hombre fuera un tipo rudo. El grandullón tenía debilidad por los niños. Jack estaba seguro de que Charles odiaba que el anciano autorizara llevarse a la niña. Pero Charles era un buen soldado e hizo lo que le decían.

Jack rebuscó en el fondo de su bolso hasta que encontró lo que realmente estaba buscando. Los nudillos de bronce se sentían fríos contra su palma sudorosa. Con la otra mano sacó el osito de peluche. Lo levantó frente a Charles y le dedicó una gran sonrisa.

—Esto la hará sentir mejor, estoy seguro.

Charles no miró.

—Vamos, echa un vistazo, Chuck.

—Te dije que no me llamaras Chuck, idiota arrogante. Una vez más…

No logró terminar la frase. Cuando Charles giró la cabeza, Jack lo recibió con un gancho de derecha reforzado con un puño de bronce. La frente de Charles se abrió tras el impacto. La sangre salpicó el techo, los asientos y a ambos hombres. Los ojos del hombretón se pusieron en blanco mientras se desplomaba contra la puerta.

El conductor se enderezó, sobresaltado. —¿Qué diablos hiciste?

Jack metió la mano en la chaqueta de Charles y agarró su pistola. Apuntó al conductor. —No muevas ni un músculo a menos que yo lo diga.

El conductor se quedó inmóvil. El sudor cubría su frente. Empezó a gotear por su rostro.

—Abre la puerta y dame tu celular—, dijo Jack.

El conductor abrió las puertas del coche y entregó su teléfono móvil.

Jack salió lentamente del auto, manteniendo su arma apuntando a la cabeza del conductor. Disparó un tiro al sistema de navegación y luego salió.

CAPÍTULO 8

—Limpia la sangre de tu cara, niña.

Clarissa se acercó, agarró la toalla que estaba a su lado y se limpió la sangre y la suciedad de la cara. Las últimas ocho horas habían sido un infierno. Tres interrogadores diferentes la habían golpeado, cada uno usando una táctica diferente. Todos querían saber la ubicación de los documentos. Pensó que con tanta tortura por la que había pasado, ellos creerían sus negaciones. Pero todos conocían a Jack, y cualquier persona asociada con él debería ser considerada tan entrenada y peligrosa como él.

—Ahora, ¿vas a decirme lo que quiero saber? — preguntó el hombre misterioso.

Ella empujó su cabeza y su torso del suelo y lo miró. Este hombre era diferente. No tan grande en comparación con los otros tres que se habían turnado para golpearla. Parecía tan alto como ella, pero probablemente no pesaba más de setenta kilos. Su rostro estaba demacrado y pálido, con un fino bigote plateado y gris. Sin embargo, tenía una mirada siniestra. Su nariz estaba torcida como la de un luchador. Su ojo izquierdo era completamente blanco, resaltado por el hecho de que el derecho parecía negro.

Sus ojos se encontraron con los de ella y continuó. —¿O tendré que persuadirte? — Se puso un par de guantes de cuero oscuro.

Clarissa se estabilizó, esperando a que la habitación dejara de girar. Ella se sentó y miró fijamente al hombre.

—Estoy esperando—. Golpeó con el pie.

Clarissa se aclaró la garganta para hablar.

El hombre arqueó una ceja con anticipación.

En lugar de hablar, ella le escupió. Ella apuntó a su cara, pero los golpes la habían dejado débil. Su saliva salpicó su pecho, el suelo y sus zapatos.

El hombre miró la mezcla de sangre y saliva que cubría sus zapatos de diseñador italiano de setecientos dólares. Él sacudió la cabeza y le sonrió. —Si estos zapatos no fueran tan costosos, te rompería las costillas con ellos.

Clarissa soltó una carcajada. —¿Quién eres?

—¿Por qué debería decírtelo? — preguntó el hombre.

—Los otros cobardes lo hicieron.

—Los otros cobardes tampoco lograron obligarte a entregar la información que se les encomendó obtener de ti.

Clarissa sonrió. Había cabreado a los interrogadores, de eso no había duda. No pudieron sacarle nada. Ni una sola palabra.

El hombre le devolvió la sonrisa. Parecía estar intrigado por ella. —Mi nombre es Sinclair—, dijo. Sinclair dio un paso atrás y agarró un bolso de cuero negro de la mesa. Se parecía a uno de

esos maletines que llevaban los médicos hace cien años.

Miró fijamente a Sinclair mientras él buscaba en su bolso. *Esto es diferente*. Ninguno de los otros hombres había traído nada consigo, sólo sus puños. Usaron fuerza bruta contra ella. —No eres como los demás—, dijo.

Sinclair la miró con los labios apretados. —Gracias, querida. No soy parte de la asociación del anciano. Trabajo de forma independiente. La gente me llama cuando necesitan extraer información. Me llaman cuando nadie más puede descifrar el código—. Volvió a buscar en su bolso y sacó una gran aguja hipodérmica y un frasco con líquido. —Soy un especialista—, dijo mientras hundía la aguja en el vial, llenándolo hasta las tres cuartas partes de su capacidad. Sacó la aguja del vial. Movió la punta con el dedo medio y envió una gota de líquido al suelo.

Clarissa se estabilizó, eliminando cualquier expresión de su rostro. Su ritmo cardíaco aumentó, al igual que su respiración. Quería preguntar para qué servía la aguja, pero lo sabía. En lugar de eso, preguntó: —¿Realmente hace algo cuando mueves la punta de una aguja de esa manera? Pensé que era sólo para generar un poco de suspenso en las películas.

Sinclair se rio. —Tú eres otra cosa, niña.

Ella sonrió y se encogió de hombros. Sintió la sinceridad en sus palabras, pero no iba a engañarse. Al final, esto sucedería de la misma manera que los otros intentos de hacerla hablar.

—Ahora, niña, podemos hacer esto de la manera fácil o de la manera difícil.

Seis horas antes, Clarissa habría saltado sobre él, cogido la jeringa y se la habría hundido en el cuello. Sin embargo, las horas de golpizas la habían dejado exhausta. Ella extendió los brazos con las palmas hacia arriba y esperó a que él le inyectara la droga.

—Muy bien—, dijo Sinclair. —Haré esto rápido.

Los párpados de Clarissa temblaron. Sus ojos reaccionaron a la luz. El mundo parecía gris y borroso. La droga que Sinclair le inyectó la dejó inconsciente. ¿Pero por cuánto tiempo? Ella parpadeó y su visión comenzó a aclararse. Vio los caros zapatos de Sinclair a unos metros de su cara.

—Bienvenida de nuevo—, dijo Sinclair.

Intentó levantarse, pero descubrió que sus brazos no se movían. Intentó patear las piernas y no pasó nada. Intentó hablar, pero su boca permaneció cerrada. Su garganta no produjo un solo sonido. Podía sentir algunas cosas. Su cuerpo se estremeció. El escozor de los cortes y los moretones no habían desaparecido. Ella simplemente no podía moverse.

—No te preocupes—, le dijo. —Te inyecté un agente paralizante. Tus músculos están congelados, eso es todo. En unos minutos volverá la capacidad de controlar tu cuerpo. Intenta hablar ahora.

Clarissa intentó hablar. Un chillido se escapó de su garganta. Sin embargo, su boca permaneció cerrada, todavía incapaz de ejercitar los músculos de su cara.

—Excelente. Así es como funcionará esto. Te voy a hacer una pregunta y me vas a dar una respuesta. Si no me proporcionas una respuesta, sentirás dolor. ¿Entiendes?

Clarissa permaneció quieta.

—Parpadea dos veces para hacerme saber que entiendes—, dijo.

Ella parpadeó dos veces con los ojos muy abiertos.

Sus labios se estrecharon. —No te preocupes. No te voy a pegar. No creo en eso. Puedo ver que te han golpeado bastante. Sin embargo, ¿a dónde los llevó eso? — Él se encogió de hombros. —Verás, mis métodos son mucho más efectivos. Una chica dura como tú puede recibir un puñetazo en la cara, pero ¿realmente quieres perder los pulgares? — Levantó un par de tijeras de podar y golpeó las hojas para hacer una demostración.

Una lágrima rodó por la mejilla de Clarissa. Sus labios temblaron. Intentó pronunciar una palabra, pero no pasó nada.

—No tienes nada que temer. Dime lo que quiero saber y seguiré mi camino. ¿Has recuperado tu voz?

Ella apartó la mirada y cerró los ojos. Disfrutó de unos momentos de silencio, intentando convencerse de que aquello era sólo un sueño. El silbido de un soplete perturbó la serenidad que había construido en su mente. Abrió los ojos y miró a Sinclair.

Sostuvo el extremo de un picahielos sobre una llama. —Te pregunté si habías recuperado la voz.

Ella se negó a responder y miró hacia otro lado.

Sinclair se arrodilló sobre ella y le susurró al oído: —Podemos hacer esto como quieras. No hace diferencia para mí—. Esperó unos segundos por una respuesta y luego le tocó la mejilla con el picahielos caliente y ardiente.

Clarissa apretó los dientes e hizo todo lo posible por contener el grito. El dolor aumentaba a cada segundo que le acercaba el picahielos a la cara. Ella gritó: —¡Bastardo!

—Eso no fue tan difícil, ¿verdad? Ahora que hemos establecido que puedes hablar, procederemos con el interrogatorio—. La levantó del suelo y la sentó en una silla provista de restricciones. Cruzó los grandes cinturones de cuero sobre su torso y los envolvió alrededor de sus brazos. También colocó cinturones separados alrededor de su cintura, por encima de sus rodillas y a través de sus tobillos, asegurándolos a la silla. Sinclair agarró su silla y su bolsa de suministros. Colocó su silla frente a Clarissa y se sentó. —Ya les he dado instrucciones sobre cómo funciona esto, así que comencemos.

Clarissa miró su cuerpo atado. La sensación volvió a sus brazos y piernas, pero no estaba en condiciones de defenderse.

—Primera pregunta. ¿Cómo te llamas?

Ella no respondió.

Encendió el soplete y agarró las tijeras. —Lo bueno de calentarlas es que cauterizarán parcialmente la carne restante después de que te corte el pulgar, reduciendo la cantidad de pérdida de sangre. Bastante revolucionario para los equipos de limpieza.

Observó atentamente cómo las hojas se volvían de color rojo brillante. Ella sabía que estaba muerta. Sólo sería una cuestión de cuánto sufrimiento podría tolerar antes del golpe final.

Sinclair se inclinó y agarró su mano derecha. —Preguntaré una vez más. Después de eso pierdes el pulgar. ¿Cómo te llamas?

Sintió el calor de las cuchillas. Ella apretó los puños. —Clarissa—, susurró. —Clarissa Abbot.

—Hermoso nombre, Sra. Abbot. No puedo creer que estuvieras casi dispuesta a renunciar a tu pulgar para ocultarme esa información. Garabateó su nombre en una libreta.

Sabía lo que él haría con su nombre. Probablemente pensaron que ella no les iba a dar ninguna información, pero matarla sería un desperdicio. Sin embargo, con su nombre podrían localizar a su familia e intentar encontrar a alguien cercano a ella. Si no hablaba para salvar su propia vida, tal vez lo haría para salvar a alguien a quien amaba. Afortunadamente, no tenía a nadie excepto a Jack.

—Próxima pregunta. ¿A qué te dedicas?

—Soy bailarina.

—Ah, ¿ballet?

Ella le sonrió. —Exótica.

—Intrigante. ¿Quién es la niña?

—¿Mandy? — preguntó ella.

—¿Hay más de una?

—No. Mandy es su nombre. Pensé que sabrías sobre ella. No sé mucho sobre ella. Estaba perdida. Jack la trajo a mi apartamento.

—Háblame de Jack. ¿Cómo lo conociste?

—Mi padre. Sirvió bajo el mando de mi padre.

—¿Entonces tu padre te lo presentó? — preguntó.

—Sí—. Sus ojos bajaron al suelo.

—Continúa—, dijo Sinclair.

—Jack fue quien me informó que mi padre había sido asesinado. Y luego, no lo sé.

—Siento que hay más, señora Abbot. ¿Jack te acogió después de la muerte de tu padre?

Ella rio. —Tenía diecinueve años y llevaba dos años sola. No necesitaba un héroe que me acogiera. Él me dijo que si alguna vez necesitaba algo. él estaría allí y me ayudaría.

—¿Conoce el trabajo de Jack?

Clarissa asintió. No conocía todos los detalles, pero sabía lo suficiente.

—Jack llevaba un maletín la noche que llegó a tu apartamento. ¿Correcto?

—Sí, esposado a la muñeca.

—¿Te dijo lo que había en el maletín?

—No—, respondió Clarissa. —Él nunca dijo nada al respecto. No le pregunté, él no me dijo.

Sinclair volvió a coger el picahielos y el soplete. Se reposicionó y dijo: —¿Dónde está ese maletín ahora?

Ella sacudió la cabeza, con los ojos centrados en el picahielos. Le dolía la quemadura en la cara y se preguntó si él le daría una igual en la mejilla opuesta.

—No lo sé—, dijo.

—¿Está segura? — preguntó mientras encendía el soplete.

—Sí—, respondió ella. —Jack se había ido antes de que yo despertara. Se lo llevó.

—¿Lo viste llevárselo? — Sinclair sostuvo el extremo del picahielos en la llama.

—Como dije, estaba durmiendo. Cuando me levanté, ya no estaba. Tampoco el maletín.

—¿Entonces buscaste el maletín?

—¿Qué? No, quiero decir, simplemente me di cuenta de que ya no estaba.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Jack? — Su tono se hizo más profundo, sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas y sus labios se tensaron y apretaron.

—¿Trabajar para él? No trabajo para él. Soy sólo una amiga.

—¿A menudo dejas que tus amigos duerman en tu casa?

El interrogatorio la puso nerviosa.

—Te lo preguntaré una vez más, Clarissa. ¿Dónde está el maletín? — Apagó el soplete y lo puso sobre la mesa. Luego se levantó y la agarró por la nuca, tirando de su cabello hacia atrás y obligándola a mirarlo. Sostuvo el picahielos a centímetros de su ojo.

Clarissa empezó a llorar. —No sé.

—Clarissa, no me mientas. ¿Dónde está el maletín?

—Si lo supiera, te lo diría.

—No te metas conmigo, Clarissa—. Se inclinó de modo que su rostro apenas se cernía sobre el de ella. —¿Ves mi ojo? ¿Ves mi ojo muerto? Eso es lo que sucede cuando se inserta un picahielos hirviendo en un ojo. ¿Es esto lo que quieres?

Clarissa sollozó. Su corazón se aceleró y su estómago se apretó. Nunca había estado tan

asustada. —No sé dónde está.

Sinclair retrocedió y volvió a encender el soplete. —Esta es tu última oportunidad—. Se aclaró la garganta y se apartó mechones de su cabello plateado y negro de la cara. —¿Dónde está ese maletín?

Ella no dijo nada y miró hacia otro lado. No había esperanza. Su mano enguantada agarró su barbilla y atrajo su rostro hacia él.

—Que así sea, señora Abbot—. Movió el picahielos directamente encima de su ojo. —No haré esto rápidamente. Verás, es bastante indoloro una vez que el pico penetra tu ojo.

El verdadero daño fue la acumulación del evento, el terror de saber que un trozo de metal en llamas estaba a punto de ser insertado en su ojo, cegándola. El miedo se extendió a medida que el picahielo rojo brillante se acercaba cada vez más.

—Disfruta de estos últimos diez segundos de vista.

La puerta de la celda se abrió de golpe. Sinclair soltó el rostro de Clarissa y se dio la vuelta. —¿Qué demonios estás haciendo?

Clarissa vio la silueta de un hombre corpulento en la puerta.

Charles salió a la luz. —Dame la puta—. La sangre seca cubría su rostro. Una venda blanca teñida de rojo cubría su frente. Un hilo de sangre corría entre sus cejas y a lo largo del lado derecho de su nariz.

—El viejo me llamó para sacarme información. Podrás quedártela cuando termine—, dijo Sinclair.

—Ya terminaste—, dijo Charles. —Te relevo de tus deberes.

—Vete al infierno. Ve a buscar al viejo.

Charles agarró a Sinclair por el cuello y lo levantó en el aire. Sinclair blandió el picahielos y lo hundió en la parte posterior del hombro de Charles. Charles arrojó al hombre contra la pared. Sinclair se puso de pie tambaleándose. Charles cargó y golpeó con el hombro a Sinclair, empujándolo contra la pared. Levantó a Sinclair por el cuello y le dio dos puñetazos en la cara. Luego lo soltó y vio su cuerpo colapsar en el suelo.

Luego dirigió su atención a Clarissa. —Eres mía—. La desató, se la echó al hombro y la sacó de la habitación.

Una parte de ella se sintió aliviada. Y la otra parte de ella se sintió más aterrorizada que nunca.

CAPÍTULO 9

Jack estaba en las sombras, a media manzana del edificio de apartamentos de Clarissa. El maletín y los documentos que contenía estaban escondidos en el interior del apartamento. Fueron la clave para sacar con vida a Mandy y Clarissa del complejo del anciano.

Sabía que el anciano tendría un equipo vigilando el edificio de apartamentos, esperándolo. Como cualquier equipo táctico, habría un patrón en sus movimientos. Estudió el área para localizar a los hombres y analizar su patrón de patrulla. En lo alto del edificio había dos hombres. Cada dos minutos se producía un intervalo de 15 segundos en el que ninguno de los dos hombres vigilaba el frente del edificio. El nivel del suelo parecía más fácil. Dos hombres patrullaban el terreno. Caminaron juntos alrededor del edificio, dejando un gran espacio de tiempo en el que el frente no estaba patrullado.

Oyeron hablar de mí. Deben de tener miedo de estar solos.

Jack se acercó poco a poco al edificio, pegado a una fachada de ladrillo, manteniéndose alejado de la luz. Cuando se presentó la oportunidad, corrió hacia la entrada. Entró al edificio con el arma que le robó a Charles en la mano. Se dirigió al apartamento donde había escondido el maletín. Mientras forzaba la cerradura nuevamente, pensó para sí mismo: *¿Quién diablos es tan tonto como para no usar el seguro en esta ciudad?* El pestillo hizo clic.

Abrió la puerta y se asomó al interior. El hombre corpulento que dormía en el sofá no había estado allí la última vez que estuvo dentro. Estaba completamente vacío. Jack deseó que el hombre corpulento llevara algo más que un par de boxers con dibujos de cachorros.

Jack se deslizó hasta el armario en la esquina trasera de la habitación. El hombre dormido tosió y pareció despertarse.

Mataría por un silenciador para esta arma.

Contuvo la respiración hasta que el hombre se dio la vuelta y volvió a dormir.

Jack abrió la puerta del armario y movió mantas y sábanas hasta que tuvo el maletín en sus manos. Salió del armario y se giró para ver a una mujer parada allí, medio desnuda. Ella, a diferencia de su novio durmiente, se veía bien en ropa interior. Al principio él sonrió y le guiñó un ojo, pero cuando ella abrió la boca para gritar, él sostuvo el arma en una mano y se llevó la otra a la boca y le dio la señal universal de: "*Cállate, si no lo haces, ¡vas a morir!*

Ella se quedó allí, congelada. Con los brazos extendidos, la boca abierta y los ojos sin parpadear. Jack esperaba que ella se orinara encima.

Regresó a la puerta, manteniendo la espalda contra la pared. Mantuvo el arma apuntando hacia arriba y el dedo sobre su boca. Ella giró su cuerpo, reflejando sus movimientos. Abrió la puerta y salió. Antes de cerrar completamente la puerta, asomó la cabeza y dijo: —Realmente deberías usar el cerrojo y conseguir también un candado de cadena. Especialmente con un cuerpo así. Esto fue demasiado fácil.

El hombre empezó a despertar.

Jack le sonrió a la mujer y cerró la puerta. No estaba cien por ciento seguro, pero pensó que ella podría haberle devuelto la sonrisa.

La sonrisa de Jack se desvaneció cuando centró su atención en salir del edificio. Subió las escaleras hasta el segundo piso y corrió hacia atrás. El pasillo estaba débilmente iluminado. Miró por la ventana. El callejón oscuro detrás del edificio de apartamentos proporcionaba justo el tipo de protección que necesitaba. Levantó la ventana y subió a la escalera de incendios de metal. Metió una pierna y se detuvo. El sonido de los coches de policía acercándose llenó el aire. Jack gimió, seguro de que había sido el hombre gordo quien había hecho la llamada.

De hecho, le hicieron un favor llamando a la policía. Los hombres en lo alto del edificio tendrían que agacharse para que no los vieran. El equipo que patrullaba afuera se dividiría y huiría en dos direcciones. Al menos, Jack esperaba que eso sucediera.

Jack descendió hasta el suelo, utilizando los espacios entre los grandes ladrillos que formaban el exterior como manijas y puntos de apoyo. Se agachó cuando escuchó que los hombres de patrulla se acercaban. Tal como esperaba, cada uno tomó una dirección diferente después de llegar a la parte trasera del edificio. Siguió al hombre más pesado, pensando que dejaría de correr antes. Jack Noble, por encima de todo, se consideraba un hombre de oportunidades.

El hombre corpulento lo impresionó y recorrió casi un kilómetro antes de detenerse para descansar y recuperar el aliento. Cuando Jack se acercó a él, pisoteó deliberadamente la acera para alertar al hombre corpulento de su presencia. Jack nunca disfrutaba mucho atacando a un hombre por detrás. Lo haría si fuera necesario. Sin embargo, le gustaba mirar a su víctima a los ojos mientras la dejaba incapacitada.

El hombre giró. Sus ojos se abrieron al ver a Jack y tomó su arma entre respiraciones laboriosas. Jack acortó la distancia con una carrera, se abalanzó sobre el hombre y le dio un golpe en la garganta. El único golpe colapsó la tráquea del hombre. Cayó de rodillas y boca abajo.

Jack buscó en los bolsillos de su víctima. Nunca había estado dentro del recinto del anciano, pero había escuchado muchas historias de sus asociados. Necesitabas una tarjeta de acceso para atravesar la puerta principal y para ingresar a ciertas habitaciones. Encontró la tarjeta metida en un bolsillo en el interior del abrigo del hombre. Decidió quedarse con la chaqueta y deshacerse de la asquerosa gabardina. Por último, agarró el arma y la billetera del hombre. Se deslizó hacia la oscuridad. Tenía que hacer una parada más antes de dirigirse al recinto.

CAPÍTULO 10

Jack permaneció detrás del edificio de apartamentos donde vivía Oso durante casi quince minutos, cada vez más agitado con cada segundo que pasaba. —¡Vamos Oso! — Siguió murmurando en voz baja.

—Estoy aquí—, dijo una voz profunda desde atrás.

—¡Jesús! — Dijo Jack. —Te habría matado si te hubiera oído venir detrás de mí de esa manera.

—Sin embargo, no me escuchaste. ¿O sí?

Jack se preguntó cómo un hombre tan grande podía ser tan invisible y silencioso. Había estado en varias situaciones difíciles con Oso y ni una sola vez el enemigo había logrado derrotar al gran hombre. Jack podía asociarse con cualquier espía, ladrón o asesino a sueldo del país, pero una y otra vez elegía a Oso.

—¿Trajiste todo? — preguntó Jack.

Oso le puso los ojos en blanco y suspiró. —¿En serio, Jack? — Le tendió una bolsa de lona.

Jack agarró la bolsa e inspeccionó las armas una por una para asegurarse de que todo estuviera allí. —Está bien, me parece bien.

—¿Cuándo dejarás de dudar de mí? — Dijo Oso riendo.

—Cuando podamos superar un trabajo sin que yo tenga que salvarte el trasero—, dijo Jack.

Oso se rio.

El estrés del día finalmente había llegado a Jack. Estas misiones normalmente no implicaban sentimientos personales. Esta noche fue diferente. Fue su culpa que dos mujeres y una niña estuvieran en peligro de perder la vida. Le hizo un juramento a un moribundo afirmando que protegería a Clarissa. Bien podría haber hecho lo mismo por Mandy, porque no había manera de que dejara que ella o su madre, si todavía estaba viva, murieran.

Jack hizo callar a Oso, pero la carcajada del hombre corpulento fue demasiado para él y se unió. Estaban histéricos, tanto que no se dieron cuenta de que un hombre se les acercaba sigilosamente.

—¡Quietos!

Jack y Oso se giraron y vieron al hombre parado allí con un arma apuntándoles. Sus risas cesaron, pero sus sonrisas persistieron.

—¿Qué opinas de esto, Jack? — preguntó Oso.

—Hmmm, no estoy seguro, Oso—, respondió Jack. —Solo hay uno, así que no es una convención de idiotas.

Oso se rio entre dientes.

—Sabes que no te pagarán por esto, Oso. No tienes que reírte de mis chistes—, dijo Jack.

—En ese caso no sé si vale la pena—. Oso actuó como si fuera a marcharse.

—Ustedes dos simplemente cállense o disparo—, dijo el hombre.

Jack miró a Oso. Los dos habían trabajado juntos el tiempo suficiente como para poder comunicarse sin decir una palabra. El tiempo se estaba acabando. La pareja del hombre llegaría pronto. Jack se sorprendió de que no estuviera ya allí.

Oso le guiñó un ojo a Jack. El hombretón se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas. Sus ojos se pusieron en blanco. Cayó al suelo mientras dejaba escapar un fuerte gemido.

—¡Oso! —, dijo Jack.

—¿Qué demonios está mal con él? — preguntó el hombre.

—Parece que está sufriendo un ataque al corazón—, dijo Jack.

—Qué diablos es eso—, dijo el hombre mientras señalaba a Oso. —¿Qué están tratando de hacer ustedes dos?

Eso fue todo lo que el tipo dijo. En el instante en que el hombre miró a Oso, Jack levantó su rodilla derecha y sacó el cuchillo táctico de bota que mantenía atado a su pantorrilla. Con un movimiento fluido cerró la brecha y hundió el cuchillo en el cuello del hombre, cortando su arteria carótida. Jack recuperó el equilibrio y cortó el cuello del hombre con el cuchillo, sellando su destino.

—Vámonos de aquí, Oso.

Corrieron una cuadra y se subieron a uno de los autos de Oso. Con suerte, el viejo no había manipulado éste todavía.

CAPÍTULO 11

—Eres una dama afortunada. ¿Lo sabes?

Clarissa no dijo nada. Se limitó a mirar la cicatriz que recorría el rostro de Charles.

—El viejo piensa que eres un activo valioso, o una basura así. Si fuera yo, te mataría. Aunque lentamente. No sucedería en una noche—. Se movió en su asiento. —Dejaría que la esperanza siguiera viva en ti durante un par de días. En los que podrías seguir pensando que tu novio aparecería y sería el héroe. Rescatarte o alguna basura así. ¿Ya sabes?

Clarissa se llevó la mano a la frente y trazó una línea imaginaria a lo largo de su rostro. Vio que su burla había empezado a cabrearlo. —¿Cómo te hiciste esa cicatriz desagradable y repugnante? — Ella ya conocía la historia. Jack le había contado una docena de veces sobre la noche en que Charles intentó matar a Oso y Jack intervino para salvar la vida de su amigo. Observó divertida cómo los ojos de Charles se agrandaban y sus fosas nasales se dilataban con ira.

Se puso de pie, se quitó la chaqueta, se giró ligeramente y la colgó sobre la silla en la que estaba sentado. La miró fijamente mientras se quitaba los cinco anillos que normalmente adornaban sus dedos grandes. Los anillos fueron un punto de discordia entre algunos chicos. Había quienes disfrutaban del daño adicional que un anillo grande podía infligir a su objetivo. Pero otros preferían no tener que limpiar la sangre de sus anillos favoritos, así que cuando tenían la opción, nunca los usaban en una pelea.

O, como en este caso, una paliza.

—¿Tienes miedo de ensuciar tus bonitas joyas?

Charles le enseñó los dientes mientras inclinaba el cuello de lado a lado. Ella se encogió ante los lentos chasquidos que emanaban cuando él se crujía el cuello. Él se encogió de hombros. *Pop, pop, pop, pop*. Parecía un luchador preparándose para 12 asaltos.

Él la miró fijamente. —Estúpida idiota.

—No puedes tocarme—, dijo. —Escuché al viejo darte esa orden.

—No, dijo que no podía matarte—. Charles sonrió. —No dijo nada sobre tocarte—. Sus ojos recorrieron su cuerpo.

Ella se tensó cuando él se acercó. Las ataduras la sujetaban con fuerza y poco podía hacer para defenderse. Se preparó para lo que estaba por venir.

Él se paró frente a ella, su cuerpo enorme, construido como una pared de ladrillos. Él dio un paso atrás y se inclinó sobre ella, colocando sus manos a cada lado de su cabeza.

—Estabas admirando mi cicatriz antes—, dijo con una sonrisa. —¿Sabes cómo me hice esta cicatriz? — Él levantó una ceja.

Clarissa no dijo nada, ni siquiera parpadeó. Ella continuó mirándolo a los ojos.

—Me la hizo tu novio, imbécil. Nos estaba ayudando en un trabajo…

Clarissa lo interrumpió: —No necesito una lección de historia, imbécil. Sé todo sobre tu preciosa cicatriz. Así que quítame tu apestoso aliento de la cara.

Charles le sonrió y se levantó. —Eres luchadora—. Se lamió los labios. —Me gusta eso.

Ella no respondió. Se limitó a observarlo mientras se desabrochaba la camisa y se la quitaba. Él se agachó y la agarró por la mandíbula.

—¿Te gusta lo que ves?

—Que te jodan—. Sus brazos tiraron de las ataduras.

—Ese es el punto—, dijo.

Él se inclinó y le abrió la blusa. Clarissa cerró los ojos y escuchó el sonido de los botones de su camisa rebotando en el suelo. Se le formó un nudo en la garganta. Las lágrimas brotaron de sus ojos. *Conócete a ti misma. No llores delante de este chico. Ella se negó a permitirle el placer de asustarla.*

—Sí, me gusta—, dijo mirándola mientras limpiaba las lágrimas que se formaban en sus ojos. Colocó sus enormes manos sobre sus hombros y le masajeó la parte superior de la espalda y el cuello.

Ella luchó con todo lo que tenía para no estremecerse ante su toque.

—Tal vez cuando todo esto termine, tú y yo podamos hacer un viaje a las islas. El jefe tiene un buen lugar allí.

—Que te jodan—, susurró.

—Eso estaría incluido en las actividades diarias.

Clarissa se quedó mirando el muro de hormigón gris. Ya no podía mirarlo a los ojos.

—No te preocupes, te voy a cuidar mucho…— Su celular lo interrumpió. —Por el amor de Dios.

Ella lo observó acercarse pesadamente a su abrigo y subirse los pantalones para no tropezarse con ellos. Si pudiera liberar su mano o su pierna, podría sorprenderlo cuando regresara. Puede que no tuviera la constitución de un boxeador, pero sabía dónde golpear a un hombre para derribarlo. Su padre y Jack le habían dado muchas lecciones de defensa personal y ella no tuvo ningún problema en poner esas lecciones en práctica.

—¿Qué? — gritó en su teléfono. Se quedó allí con el teléfono celular presionado contra su oreja mientras se sujetaba los pantalones con la otra mano. —Está bien jefe. Estaré allí en un minuto.

—¿Te vas tan pronto? — preguntó Clarissa.

Él no dijo nada. Regresó y se detuvo unos metros delante de ella.

—Corre con tu jefe, Sally—, dijo Clarissa.

Charles le sonrió.

Ella no sabía cuánto podía soportar él.

Comenzó a girar hacia la puerta y luego se detuvo. —Vete al infierno—, dijo mientras le daba una patada en el pecho que la envió a ella y a la silla hacia la pared. Su cabeza golpeó la pared de concreto, dejándola inconsciente. La silla se cayó al suelo y ella se quedó allí con un pequeño charco de sangre formándose alrededor de su cabeza.

CAPÍTULO 12

Jack nunca había estado dentro del recinto del anciano. Tampoco Oso. Pero ambos hombres habían oído muchas historias sobre el lugar: las prostitutas que el anciano mantenía en su personal, las glamorosas habitaciones para huéspedes, el campo de golf de tres hoyos y las celdas subterráneas de interrogatorio y prisión. Jack tenía una idea bastante clara de dónde estaban retenidas Clarissa y Mandy.

—Así que, ¿cuál es el plan? — preguntó Oso.

Jack sacó la tarjeta de acceso y la levantó para que Oso la viera. —Esto nos permitirá entrar. Se lo quité a uno de los hombres que patrullaban el edificio de Clarissa.

—¿Y entonces qué?

—Tengo algo que él quiere. No me hará nada—, dijo Jack.

—¿Tienes los documentos contigo?

—No—, dijo Jack. —Están escondidos.

—Eso es reconfortante—, dijo Oso. —¿Qué hay de mí?

Jack le sonrió a su gran amigo. —No te preocupes, tampoco te harán daño.

—No pueden.

El recinto estaba bien vigilado. En los quince minutos que habían estado explorando la entrada, contaron al menos cuatro grupos de guardias patrullando, asegurándose de que la entrada permaneciera a la vista en todo momento. Dos guardias más estaban ubicados dentro de la puerta y había al menos media docena de cámaras, que escaneaban en todas direcciones, puestas en lo alto. —Diez—, dijo Oso.

—Sí, además de las cámaras.

—Incluso si entramos, nos descubrirán, Jack. Y no hay manera de que entremos sin matar al menos a seis de esos guardias.

Jack empezó a repensar su idea. Todo su plan se basó en la emoción. No había ninguna lógica en ello. Había visto los resultados de planes como este. Sería mejor que se pegaran un tiro que entrar en un avispero sin previo aviso. —Maldita sea—. Sacó su teléfono celular.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a anunciar nuestra presencia.

—¿Estás bromeando? Jack, piensa en esto por un segundo.

—Él no va a hacer nada. Para él, esos documentos valen más que cualquier otra cosa.

—¿Qué son esos documentos?

Jack frunció el ceño y miró a Oso. No fue una mirada cualquiera. —Sabes que no debes hacer preguntas como esa.

Oso se secó el sudor de su gran frente. —Cristo todopoderoso. ¿Por qué sigo trabajando contigo?

Jack se rio. —Te aburrirías sin mí, Oso. Admítelo.

El hombre corpulento forzó una sonrisa mientras negaba con la cabeza. —Continúa entonces. Llámalo.

Jack buscó en el historial de llamadas de su móvil hasta que encontró el número del anciano. Lo resaltó y presionó enviar.

—Hola, señor Jack. Lo he estado esperando. Me alegra ver que no fue tan tonto como para usar esa tarjeta de acceso para cruzar la puerta principal.

—Déjanos entrar—, dijo Jack.

—¿No me haría la cortesía de tener una conversación educada primero?

—Vete al infierno.

—Señor Jack, sus malas palabras no serán toleradas. Un arrebato más y la niña pierde un dedo.

Jack se mordió la lengua mientras la ira y la frustración aumentaban. Deseó que hubieran atravesado la puerta principal. Respiró hondo para calmarse. —Eso no será necesario.

—Bien, me alegra que lo vea a mi manera, señor Jack.

Odiaba la forma en que el anciano lo llamaba señor Jack. Durante años lo había soportado y, ni siquiera, sabía el nombre completo del anciano. Hasta donde Jack sabía, nadie sabía su nombre. Tenía el presentimiento de que Charles sí, pero cuando le preguntó a Charles, el gran patán sonrió y dijo "*Jefe*".

—Señor Jack, tiene algo que quiero. Tengo algunas cosas que usted quiere. Tengo una propuesta para usted.

—Estoy escuchando.

—En media hora enviaré a uno de mis empleados afuera. Saldrá por la puerta y caminará exactamente siete metros. Usted bajará de su escondite en la cima de la colina y le entregará los documentos. Después de que el señor Charles y yo hayamos verificado el contenido de los documentos, liberaré a la niña y a la puta. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Y la madre de la niña?

El anciano alzó la voz. —Señor Jack, este no es momento para preguntas. ¿Estamos de acuerdo?

—No hay trato—, respondió Jack. —Sabes que puedo vender esos documentos al mejor postor y obtener diez veces más de lo que me pagas.

El viejo se rio. —¿Está tratando de jugar duro conmigo, joven?

—¿Qué garantía tengo de que las dejarás ir?

—¿Garantía? En todos los años que hemos trabajado juntos, ¿alguna vez hemos tenido algún problema, señor Jack?

—No. Pero claro, nunca intentaste que me mataran como lo hiciste hoy—, respondió Jack.

—Al menos eso sabe usted, señor Jack—, dijo el anciano.

—Espera—. Jack cubrió el micrófono del teléfono y habló con Oso. —No confío en él. Quiere los documentos y dice que las entregará después de eso.

El consejo de Oso fue simple y directo. —Dile que se meta la oferta por la garganta. O mejor aún, por la garganta de Charles.

Jack volvió al teléfono. —Necesito más que eso. Entrégame a una de ellas. Entonces iré a buscar los documentos. Podemos reunirnos en algún lugar público para completar el intercambio.

—Señor Jack, escúcheme—, dijo el anciano en un tono que Jack nunca había escuchado antes. —Empleo a más de 200 de los mejores sicarios, ladrones y limpiadores de la costa este. Puedo hacerlo desaparecer con un chasquido de mis dedos—. Chasqueó los dedos cerca del

teléfono para dar énfasis. —¿Quién se cree que es para exigirme esto?

—Con el debido respeto, viejo—, dijo Jack. —Si son los mejores, ¿por qué me necesitabas para este trabajo?

El viejo no dijo nada. Jack escuchó voces apagadas de fondo. El anciano estaba discutiéndolo con Charles. Jack tenía la sensación de que esto funcionaría a su favor. Charles haría cualquier cosa para crear una situación en la que él y Jack se encontraran cara a cara. Eso significaba que haría todo lo posible para persuadir al anciano de que aceptara los términos de Jack.

—Señor Jack, tenemos un trato.

Jack exhaló un suspiro de alivio y levantó el pulgar hacia Oso. El grandulón se secó la frente y exhaló ruidosamente mientras fingía caerse y desmayarse.

—Elija ahora—, dijo el anciano.

—Envía a la niña y a su madre.

—Oh, señor Jack, lamento decirle que mientras la niña estuvo aquí conmigo, su madre no sobrevivió.

Jack luchó contra su ira. Se imaginó al anciano sentado allí con la niña a su lado, acariciándole el cabello mientras hablaba de la muerte de su madre. Se preguntó cuándo sucedió y cómo sucedió. Se sintió culpable. Ella murió por su culpa. Mandy quedó huérfana por su culpa.

—¿Todavía quiere a la niña, señor Jack? ¿O mando a buscar a la puta?

—La niña—, dijo Jack. Sabía que Clarissa podía cuidar de sí misma. Estos tipos no pudieron doblegarla.

—Ella saldrá en veinte minutos. Cuando se abra la puerta, la enviarán sola. La encontrarás al otro lado de la calle. No ponga un pie en la calle, señor Jack. Si lo hace, mis guardias recibirán instrucciones de disparar a usted y a la niña.

PASARON VEINTE MINUTOS. OSO SE QUEDÓ EN LA COLINA DEL NORTE. JACK ESTABA AL OTRO lado de la calle, frente a la puerta. Pudo distinguir a cuatro guardias flanqueando cada lado de la puerta. Todos ellos tenían sus armas apuntándole. Miró divertido las luces rojas que parpadeaban en su pecho. Aficionados. Sonrió y saludó a los pistoleros escondidos.

El área detrás de la puerta se iluminó cuando ésta se abrió. Podía distinguir la forma de una niña caminando por el patio. Mandy. La puerta se abrió automáticamente. Se acercó lentamente a la acera, vio a Jack y sonrió.

Levantó una mano para evitar que ella corriera hacia la calle. Comprobó que no vinieran coches y luego le indicó que cruzara hacia él.

Mandy corrió lo más rápido que pudo y Jack se arrodilló, manteniendo los brazos abiertos para ella. Tenía el osito de peluche agarrado con fuerza en su mano derecha.

El osito que él le había dado.

Jack la abrazó con fuerza, la besó en la frente y le dijo que todo iba a estar bien. —Nadie te volverá a lastimar nunca más—, dijo.

Los guardias mantuvieron sus armas apuntando a Jack. Vio las luces rojas bailando sobre su pecho y la nuca de la niña. —Bastardos—, gritó. —Ella es una sólo una niña. Guarden sus armas.

No cedieron.

Jack levantó a la niña y la sostuvo cerca de su pecho con un brazo. Su otra mano sostenía su arma con fuerza. Retrocedió lentamente, dejando que la noche los envolviera.

CAPÍTULO 13

Jack y Oso poseían o alquilaban más de treinta y cinco apartamentos y casas. Algunas ubicadas dentro y otras fuera de la ciudad. Anoche fueron a la más alejada del recinto del anciano. Aunque nunca estarían completamente fuera de su alcance. Su red era enorme. Era dueño de comisarías de policía. Era dueño de otras organizaciones criminales. El Padrino no tenía nada contra el viejo bastardo.

Jack estaba sentado en una mecedora en el porche delantero. Había estado allí desde antes del amanecer, observando, esperando. Esperaba que uno de los equipos del anciano apareciera en cualquier momento. Estaba tan concentrado en la calle y las casas circundantes que no se dio cuenta cuando Oso se sentó a su lado.

—Buenos días—, dijo Oso.

—Jesús, Oso. Me asustaste muchísimo.

Oso soltó una carcajada y le entregó a Jack una taza de café.

—Gracias—, dijo Jack. Tomó la taza y tomó un sorbo de café. —¿Ella todavía duerme?

—Profundamente.

—Pobre niña. Debe haber estado en pánico todo el tiempo.

Oso asintió.

—Quiero acabar con él, Oso.

Oso levantó una ceja y me miró por el rabillo del ojo mientras se rascaba la espesa barba.

—Sé que no sucederá de la noche a la mañana, pero podemos hacerlo.

—Jack, necesitas relajarte. Haz este trabajo y luego tómate unas semanas para pensar en ello. No andas simplemente por ahí declarándole la guerra al viejo. Tiene más contactos dentro del gobierno que tú y yo juntos.

Jack no dijo nada. Sus ojos recorrieron la calle buscando algo fuera de lo común.

—Él no sabe nada de este lugar, Jack—. Oso se levantó y abrió la puerta mosquitera. —Vamos a desayunar y preparar a la niña para irnos.

Jack siguió a Oso al interior de la casa, se sentó a la mesa de la cocina y siguió mirando por la ventana en busca de alguna señal de los muchachos del anciano.

—Buenos días, señor Jack—, dijo una voz suave.

Jack se volvió y sonrió. Mandy estaba parada allí, sosteniendo su osito de peluche, con los ojos brillantes y azules. —¿Cómo estás, cariño?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué te gustaría para el desayuno? — Se puso de pie y caminó hacia el armario para buscar algo de cereal, seguro de que ella querría algo cargado de azúcar.

—¿Puedo comer algunos huevos?

—Seguro cariño. ¡Apuesto a que no sabías que Oso es el mejor chef de huevos del noreste!

—¿Tu nombre es Oso? — ella preguntó.

—Sí—, dijo Oso. —¿Te parece bien?

—Como el Osito Ted—. Ella sonrió, sosteniendo su andrajoso osito de peluche.

El gran hombre se rio entre dientes. —No, osito no. Más bien como el oso Grizz Lee—. Levantó los brazos, echó la cabeza hacia atrás y emitió un fuerte rugido.

Mandy se rio incontrolablemente y al poco tiempo los dos hombres se unieron a ella.

La risa fue interrumpida por el sonido del teléfono celular de Jack. —Es el viejo—, dijo mientras sostenía el teléfono.

Oso asintió. —Vamos Mandy, vamos a ver qué hay en la televisión.

La niña se levantó de un salto y siguió a Oso a la otra habitación.

—Estoy aquí—, dijo Jack por teléfono.

—Señor Jack, seré breve.

—Déjame hablar con Clarissa.

—No hay tiempo para eso, señor Jack.

—Si quieres los documentos, me dejarás hablar con ella—. Jack no estaba seguro de si era la falta de sueño, pero nunca le había hablado así al anciano.

Hubo silencio al otro lado de la línea. Luego Jack escuchó voces apagadas y pensó que podía distinguir al anciano diciéndole a Charles que la trajera.

—Jack—, dijo una voz suave a través del teléfono.

—¡Jesús!, Clarissa, lo siento. ¿Estás bien?

—Un poco golpeada, una ligera conmoción cerebral. Pero aparte de eso, estoy bien.

—Voy a arreglar esto—, dijo. —Necesito que te mantengas fuerte por un poco más de tiempo. No te hará nada hasta que tenga lo que quiere. Aguanta, ¿vale?

—De acuerdo.

—Ahora di adiós. Necesito terminar con esto.

—Adiós, Jack.

El anciano tomó el teléfono. —Señor Jack. París. Jueves. Trae los documentos. Ve solo. ¿Comprendido?

—Sí, lo tengo—, respondió Jack. —¿A dónde quieres…

El viejo lo interrumpió. —Nos pondremos en contacto el jueves por la mañana. Adiós.

Se cortó la comunicación.

—Viejo bastardo—, dijo Jack, mirando el teléfono celular.

Oso estaba apoyado contra el frigorífico. Medía unos buenos quince centímetros más que el aparato. —¿Qué dijo él?

—Tengo que ir a París… solo. Tengo que estar allí el jueves—, dijo Jack. Pensó por un segundo y luego comenzó a preguntar: —Oso, ¿puedes...

—No tienes que preguntar. No la perderé de vista.

Jack le sonrió. Las gracias no fueron necesarias. —Deberíamos salir de esta casa. Lo mejor es considerarlo una ubicación comprometida de ahora en adelante.

CAPÍTULO 14

Jack estaba sentado solo en una puerta vacía de la terminal internacional del aeropuerto Hartsfield-Jackson de Atlanta, esperando su vuelo a París. Un hombre lo había estado observando durante los últimos veinticinco minutos. El hombre incluso lo había seguido hasta el baño. Pero no entró con él. Cuando Jack salió, el hombre lo siguió hasta la puerta, manteniéndose siempre a unos quince metros de distancia. Siempre mantuvo su rostro oculto. El hombre era un federal. Quizás incluso un fantasma. El traje azul y la conservadora corbata roja con rayas verticales azules lo delataban. Algunos podrían decir que podría ser simplemente un hombre de negocios. Pero un hombre de negocios no usaría esos zapatos con un traje de mil doscientos dólares. Jack no lo miró el tiempo suficiente para poder reconocerlo, pero lo conocía.

Jack fingió interés en una revista y revisaba a su acompañante de vez en cuando. Levantó la vista y se dio cuenta de que el hombre se había ido. Miró a su alrededor. El hombre estaba fuera de vista.

—Hola Jack.

Jack se volvió hacia el hombre que estaba detrás de él. —Jesús, Frank. Pensé que iba a tener que matarte. Te ves diferente. Y no en el buen sentido.

Frank se rio. —No tienes ninguna posibilidad contra mí, Jack.

—Oye, ¿cómo va esa agencia ultrasecreta e inexistente para la que trabajas?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Jack. Pero si lo hiciera, diría genial—. Frank le guiñó un ojo.

La pequeña charla continuó durante unos minutos más. Jack sabía muy bien quién era Frank y para quién trabajaba. No hace mucho tiempo, Jack trabajó para la misma agencia. No había tratado con su antiguo socio en aproximadamente dos años, pero habitualmente aceptaba contratos para la agencia. Llamaban a Jack cuando necesitaban hacer trabajo sucio, el tipo de trabajos que no podían simplemente explicar a sus patrocinadores en el gobierno.

—Ve al grano, Frank. ¿Que necesitas que haga?

—Nos enteramos de que viajas a París esta mañana. Tenemos algo de ropa que necesita ser lavada allí. El tipo de cosa que te conviene.

Jack miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie les estuviera prestando atención. —¿Pago?

—Cien.

Jack levantó una ceja. —Eso es bastante generoso. Pero mis razones para viajar, ya sabes, van a tomar bastante tiempo. Y una vez que mi negocio esté resuelto, es posible que me sienta demasiado agobiado para completar otro trabajo.

—Doscientos—, dijo Frank.

—Trato hecho—, dijo Jack. Extendió la mano. —¿Detalles?

Frank sacó una carpeta manila y se la entregó a Jack. —Está todo ahí. No necesito decirte que nunca tuvimos esta conversación, ¿verdad, Jack?

Ambos hombres se pusieron de pie. Jack extendió su mano. —¿Qué conversación? — Observó cómo Frank se alejaba y luego miró la carpeta manila y sacudió la cabeza con incredulidad. Toda la tecnología disponible hoy en día y una de las organizaciones más secretas del país, diablos, del mundo, acaban de darle una tarea en una carpeta manila.

—Ahora abordamos pasajeros de primera clase para el vuelo 8985 de Air France, sin escalas al aeropuerto Charles de Gaulle, París—, dijo la azafata por el intercomunicador.

Jack guardó la carpeta manila en su bolso de mano y caminó hacia la puerta. La azafata tomó su billete y le dio la bienvenida a bordo. Caminó por el pasillo y se acomodó en su asiento de primera clase, pidió una bebida y se recostó. Se sintió relajado por primera vez en semanas.

Jack pensó en Mandy, tranquilizado por el hecho de que ella estaba con Oso. Volaron juntos a Atlanta y luego el trío se separó. Oso y Mandy volaban a San Diego para pasar unos días tranquilos. Jack viajaba a París para cerrar el trato con el anciano y recuperar a Clarissa.

Pensó en Clarissa y en el juramento que le había hecho a su padre cuando el hombre murió en sus brazos. Él había prometido que nunca le pasaría nada malo. Tomó un sorbo de whisky e hizo una mueca al aceptar su fracaso en cumplir su juramento a Roger Abbot, su ex oficial al mando durante su estancia en la Infantería de Marina.

Voy a rescatarla, Rog. Te lo prometo.

Siguió su primer trago con dos más. El alcohol hizo su trabajo. Empezó a sentirse entumecido. Llegaría a París el lunes por la tarde. Eso le dejaría mucho tiempo para encargarse del trabajo para los federales mientras exploraba posibles lugares para el intercambio de documentos con el anciano.

Pensó que sería mejor familiarizarse con su nueva asignación y abrió la carpeta de manila. Levantó una ceja y se quedó con la boca abierta cuando vio la fotografía. —¿Qué tal esto? No es de extrañar que me necesiten—. Cerró la carpeta y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estuviera mirando. Captó la atención de la bella azafata que caminaba por el pasillo. — Azafata, Otro whiskey por favor.

SIN TÍTULO

EPISODIO 2

CAPÍTULO 15

Jack Noble bajó del avión y llegó al aeropuerto Charles de Gaulle a las dos y media de la tarde del lunes. Tenía tres días hasta su reunión con Charles y el anciano. Faltaban tres días para que entregara los documentos a cambio de Clarissa. Mientras tanto, tenía una tarea que realizar para una agencia gubernamental tan clandestina que pocas personas habían oído hablar de ella. Todavía no podía superar el hecho de que alguien en un lugar suficientemente alto en la cadena alimenticia, como es el gobierno de los Estados Unidos, quisiera eliminar ese objetivo.

Sabía que lo pararían en la aduana. Sucedía cada vez. Llevó al baño los documentos que el anciano quería, tomó fotos de cada uno y los guardó en las carpetas de archivos de su teléfono, así como en la nube usando una aplicación poco conocida, reservada para ciertos asociados del gobierno. Este método funcionó bien para la información de su tarea, pero tenía la sensación de que el anciano estaría molesto por no recibir los originales.

Bien por mí. Si lo desea, puede buscar restos manchados de azul entre los desechos del inodoro de los aviones.

Jack tuvo que pasar la aduana antes de poder preocuparse por el anciano. Claro, se dirigiría hacia el letrero que decía: Nada que declarar, pero sabía que lo detendrían.

Jack atravesó la terminal, haciendo todo lo posible por pasar desapercibido. No es una tarea fácil cuando mides un metro ochenta y dos y todo en ti grita agente del gobierno, una mirada que no podía evitar. Habría encajado perfectamente con la CIA o la NSA, las cuales lo habían reclutado cuando su mandato con los Marinos llegó a su fin. Pero ya no era más que un soplón del gobierno. Había oído hablar de las oportunidades disponibles para los autónomos y le parecían mucho más atractivas. Fue Riley "Oso" Logan quien primero le hizo pensar en la idea.

Oso fue su socio y amigo más cercano desde los diecinueve años, cuando se conocieron en el entrenamiento de reclutas de la Marina. Habían estado en los mismos lugares y realizado misiones juntos. A pesar de todo, Oso siempre le apoyó.

Los pensamientos de Jack volvieron al presente y se preguntó si Oso y Mandy habían llegado bien a California. Debieron aterrizar un par de horas antes que él. Pensó que se pondría en contacto tan pronto como se instalara.

—Señor, s'il vous plait.

Jack miró y vio al oficial de aduanas, flanqueado por dos agentes militares. Le estaba indicando a Jack que se acercara a su mesa.

Jack asintió y cambió de rumbo. Dejó su bolso sobre la mesa y sacó su billetera.

—Pasaporte, s'il vous plait.

—Justo aquí—, dijo Jack.

El agente miró el pasaporte de arriba abajo. El hombre tenía un aspecto frágil, muy pálido, con un bigote fino y un gran lunar justo a la izquierda de la nariz.

Jack pensó que podría eliminar al agente de un tiro en la garganta y aplastarle la tráquea. Luego levantaría la mesa y la usaría para golpear a los dos agentes militares. Por supuesto, solo era un poco de ejercicio mental para mantener la mente alerta.

—¿Señor Howard Blair? — preguntó el agente mientras buscaba en el bolso de Jack.

—Ese soy yo—, respondió Jack.

—¿Qué asuntos tienes en Francia esta semana?

—Mi prima llamó hace dos noches. La tía Josephine está muy enferma. Esperan que fallezca en cualquier momento. Cuando era niño, pasaba mucho tiempo con ella. La conozco mejor que mi propia madre. Usé parte de mis vacaciones en el trabajo y compré un vuelo.

—Mi más sentido pésame, señor Blair—. Cerró el bolso y lo deslizó sobre la mesa hacia Jack, aparentemente contento con el contenido. Luego tomó el teléfono celular, lo giró unas cuantas veces, presionó un par de botones, lo colocó sobre la mesa y lo deslizó. —Disfrute de su estancia en Francia.

Jack se echó el bolso al hombro, se metió el teléfono en el bolsillo y levantó la vista para dar las gracias, pero el oficial ya había centrado su atención en otra persona.

—Señor, s'il vous plait.

JACK SE ACERCÓ A LA ACERA Y MIRÓ LA FILA DE TAXIS DE MÁS UN KILÓMETRO DE LARGO QUE esperaban para recoger a turistas, empresarios y lugareños, todos los cuales se formaron en una fila confusa. Jack imaginó que desde arriba parecía una oruga color carne retorciéndose en el suelo.

Delante de él había al menos dos docenas de personas. Observó cómo una joven intentaba meter a sus tres hijos pequeños en la parte trasera de un taxi. Un golpe en la espalda interrumpió sus cavilaciones.

—Jack, ¿verdad?

—No, mi nombre es Blair. Howard Blair. Debes haberme confundido—. Jack escuchó el sonido distintivo de un arma al quitar el seguro. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y suspiró aliviado. —Pierre… Jesucristo, podría haberte matado de siete maneras para el domingo, sucio bastardo.

Esto atrajo un número considerable de miradas de la multitud que los rodeaba.

—Ven conmigo Jack, no hay necesidad de hacer fila para tomar un taxi.

Jack miró a su alrededor, asegurándose de que nadie lo hubiera seguido a él ni a Pierre. El área estaba despejada, al menos lo que podía ver. —Está bien, me quedaré en el Hotel de Crillon.

Pierre dejó escapar un largo silbido. —Muy elegante amigo mío. El negocio debe ir bien.

Jack se rio. —No tienes idea, Pierre. Ni idea en absoluto.

Pierre alcanzó los bolsos de Jack, pero Jack retrocedió.

—Ni se te ocurra Pierre.

—Haz lo que quieras. Sólo estaba siendo hospitalario.

—Conozco tu tipo de hospitalidad y con mucho gusto pasaré.

Pierre se rio y le hizo señas a Jack para que lo siguiera. —Mi coche está en ese lote de allí.

Caminaron en silencio hasta el coche. Jack miraba por encima del hombro de vez en cuando, asegurándose de que nadie los siguiera.

—Entonces este trabajo es grande, ¿no?

Jack asintió. —Te contaré más en el hotel.

CAPÍTULO 16

—Él es un gran problema ahora. ¿Por qué no puedes verlo? — Charles caminaba de un lado a otro por la habitación del hotel, con los ojos fijos en el anciano.

—Señor Charles—, dijo el anciano. —El hecho de que usted y el señor Jack tengan una historia juntos no significa que deba matar al mejor operador que *no* empleo a tiempo completo.

Charles se detuvo, levantó los brazos y apretó los grandes puños detrás de la cabeza.

—Cuando tengo un trabajo que requiere un cierto nivel de... separación... el señor Jack es el hombre al que recurro—. El anciano se levantó y clavó un dedo huesudo en el pecho de Charles. —Ni siquiera tendrías este puesto si él hubiera aceptado el trabajo.

Charles miró a su jefe, abrió las fosas nasales y frunció el ceño, haciendo todo lo posible por intimidar al anciano. Pero sabía que cualquier intento de asustar al anciano era una causa perdida. Su jefe no temía a ningún hombre.

El anciano le dio la espalda a Charles. —Tengo planes para el señor Jack. Sólo tiene que aceptarlo. No menos de seis asignaciones están planeadas para él, cualquiera de las cuales podría no sobrevivir. Pero estoy bastante seguro de que él es el único que puede manejarlas.

Charles asintió. —Jefe, todo lo que digo es...

—Todo lo que me está diciendo son tonterías—, gritó el anciano. —Le he dicho repetidamente que deje pasar esto, pero continúa acosándome con estas sugerencias de que eliminemos al señor Jack. Si escucho esto nuevamente, lo relevaré de su puesto.

Charles dio un paso atrás. Sabía exactamente lo que su jefe quería decir con esas palabras. Esta era la primera vez que el anciano lo amenazaba y eso lo perturbaba. *¿Habla en serio?* Charles decidió no forzar demasiado su suerte. Dio unos pasos hacia atrás y se sentó.

—Lo siento, jefe—, dijo. —A veces me pongo un poco nervioso. Es simplemente la forma en que actuó en el auto, me atacó. Me cuesta no tomar represalias contra eso.

—Un día entenderá, o debería esperar entenderlo, si quiere apoderarse de mi imperio, que hay momentos en los que tomar represalias y momentos en los que es más prudente morderse la lengua—. El anciano acercó una silla a Charles y se sentó. —Si fuera cualquier otra persona, enviaría un equipo para traerlo de regreso. Se lo entregaría a usted personalmente y lo dejaría hacer lo que quisiera con él.

—Sí, lo sé—, dijo Charles.

—No, no lo sabe. Si lo supiera, no estaríamos teniendo esta conversación.

El anciano tenía mal genio, pero nunca había actuado de esa manera con Charles. Nunca le había hablado así. ¿Por qué elegiría a Jack antes que a él? ¿Había algo que él no sabía? Tonterías, él sabía todo lo que estaba pasando. Nada llegaba al viejo a menos que pasara por Charles. El viejo ni siquiera llevaba su propio móvil, por Dios.

—Sólo tengo que saberlo—, dijo Charles. —¿Por qué lo defiendes? ¿Eliges su lado sobre el mío?

El anciano se levantó y se acercó a Charles. Puso sus manos sobre los hombros del hombre corpulento, se inclinó y puso su boca junto a la oreja izquierda de Charles. —Escúcheme. Ninguna persona está por encima de la organización. Nadie. Ni usted, ni el señor Jack, ni los guardias que están afuera de esta habitación del hotel.

Charles pensó en lo que le acababa de decir su jefe. El frágil anciano se encontraba en una mala situación. Un golpe sería suficiente. Un golpe y estaría fuera. Juntó las manos e hizo crujir los nudillos, uno a la vez. —¿Ni siquiera tú?

El anciano se enderezó y se rio. Comenzó a darse la vuelta, pero giró sobre sus talones y pasó la mano abierta por el rostro de Charles.

—¿Cómo se atreve a hablarme así, señor Charles?

La cabeza de Charles se giró hacia un lado, no tanto por la fuerza sino por el impacto de que el viejo bastardo realmente lo hubiera golpeado. Enderezó la cabeza y se inclinó hacia adelante, con los ojos entrecerrados y los labios curvados. —No me importa quién seas, no me abofetees.

Su jefe se rio de él. —¿Qué vas a hacer?

Charles extendió las manos, agarró la camisa del anciano con los puños y lo atrajo hacia él. Acercó el rostro del anciano al suyo. —Puedo hacer que parezca un accidente. Sabes que nadie me cuestionaría. Yo tomaría el control y poco después Jack se uniría a ti en el infierno.

El anciano besó a Charles en la mejilla y sonrió.

¿Qué pasa con este viejo bastardo?

—Oh, señor Charles—, dijo el anciano. —Ahora lo sé con certeza. Sé que está listo para tomar el control. Usted, como yo, no teme a ningún hombre.

Charles soltó la camisa de su jefe y se recostó en la silla. Se frotó las sienes y trazó los puntos de su gran frente, pensó en lo que acababa de decirle el anciano. Abrió la boca para hablar, pero el anciano se le adelantó.

—Cuatro asignaciones más y luego el señor Jack será suyo. ¿Le parece?

—¿La mujer? — Charles preguntó señalando con la cabeza hacia la habitación de al lado.

—Me inclino a dejar eso a su discreción, pero debe tener en cuenta que ella significa mucho para el señor Jack. Debe estar disponible el jueves para el intercambio. Después de eso, y mientras no esté bajo su custodia, puede hacer lo que quiera.

Charles asintió.

—Sea cuidadoso, señor Charles. No quiero venganzas contra mí.

Charles se puso de pie, empujando al anciano hacia atrás con el pecho. Señaló con el dedo al anciano, abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor. Apartó al anciano y salió de la habitación.

CAPÍTULO 17

—¿Quieres panqueques para desayunar, cariño? — preguntó Oso a la niña.

Una melena de cabello rubio apareció desde el borde de la mesa del comedor seguida de un par de grandes ojos azules. —Mmm, panqueques. Sí, por favor.

—Debe ser tu día de suerte porque ahora mismo están sirviendo panqueques abajo—. El hotel en el que se hospedaban era de primera clase. No había desayuno continental allí. —Pero tenemos que darnos prisa antes de que dejen de cocinarlos.

Mandy saltó de su silla y corrió hacia la puerta, todavía vestida con su pijama.

—¿No te vas a poner algo de ropa?

Ella lo miró como si estuviera loco. —Mamá siempre decía que los panqueques se debían comer en pijama, Oso.

Él se encogió de hombros. ¿Quién era él para discutir esa lógica? —Me parece bien, cariño. Vámonos.

Abrió la puerta y condujo a Mandy por el pasillo hasta el ascensor. Era el típico pasillo de un hotel, pintura monótona, papel tapiz feo en algunos puntos, alfombra de cachemira y máquinas expendedoras con hielo y refrescos en la mitad del camino. Nada fuera de lo común, y eso era exactamente lo que Oso quería. Cuanto más tranquila fuera su estancia en San Diego, mejor. No conocía a nadie en la ciudad y nadie lo conocía a él.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Mandy dio un paso adelante. Oso extendió la mano y tiró de ella hacia atrás, insistiendo en mirar primero.

—¿Por qué miras al techo, Oso?

Él sonrió. —No se puede ser demasiado cauteloso, ¿sabes?

Ella se rio. Por supuesto que ella no lo sabía. O tal vez sí después de todo había pasado en los últimos días: perdida en medio de la ciudad, rescatada por Jack, secuestrada y huérfana cuando mataron a su madre.

—Entra ahí, bribona—. Le dio un codazo a la niña en el ascensor. —Presiona el botón L.

—L de Loretta. Ese es el nombre de mamá.

¿Se habrá dado cuenta de que su madre estaba muerta? Ella era una rehén en el complejo cuando sucedió y Jack y Oso asumieron que había sido testigo. Tal vez lo bloqueó y ahora estaba en shock, o algo así, porque seguía hablando de su madre como si los estuviera esperando en el aeropuerto cuando regresaran a casa.

Si regresaran a casa.

Ding. Las puertas del ascensor se abrieron. Oso volvió a sujetar a la niña y comprobó que era seguro salir. Él tomó su mano y la llevó al comedor. El vestíbulo estaba bastante vacío y él era libre poder inspeccionar las pinturas más monótonas, el terrible papel tapiz y las alfombras de cachemira.

—¿Hueles eso? — preguntó.

—Sí, huele delicioso—, respondió Mandy.

—Puedes apostar que sí.

La comida estaba dispuesta en forma de buffet. Tomaron sus platos y los llenaron con panqueques, fresas, mantequilla y almíbar. Oso llevó a Mandy a una mesa en la esquina, lo que le dio una vista completa del comedor y de la calle frente al hotel.

Mandy se metió medio panqueque en la boca antes de sentarse. Oso le sonrió mientras lentamente se abría camino a través de un bocado de comida.

Su teléfono móvil vibró sobre la mesa. *Número restringido*. —¿Hola?

—Hola Riley—, dijo una voz de un hombre.

—¿Quién es?

—Quién no es importante, solo debes saber que soy amigo de Jack.

—¿Independiente?

—No—, respondió el hombre. —Financiado por el gobierno.

—¿Qué puedo hacer por ti? — Le sonrió a Mandy, que lo miraba con los ojos muy abiertos. Le indicó que siguiera comiendo.

—Acabo de enterarme de que alguien envió un equipo a California buscándote.

Oso se tapó la boca con la mano y bajó la voz. —¿Los envió cierto amigo asiático?

—Creemos que son sus muchachos, pero él no los envió.

Charles, ese bastardo.

—Estoy seguro de que puedes averiguar quién lo hizo—, dijo el hombre.

—¿Cuánto falta para que lleguen aquí? ¿Lo sabes?

—Desafortunadamente, nuestra inteligencia estaba sesgada y recibimos esta información tarde. Ya están en el terreno.

Oso empujó su silla hacia atrás y se levantó. Se asomó por la ventana y volvió a escanear el comedor. Nada fuera de lo normal.

—¿Riley? ¿Estás ahí?

—Llámame si escuchas algo más—. Oso colgó el teléfono. —Lo siento cariño, tenemos que irnos.

—Pero aún no he terminado—, protestó Mandy.

Él ignoró sus quejas, la levantó y se la echó al hombro. —Te traeré más en un momento. Pero tenemos que salir de aquí ahora.

Se dirigió directamente hacia la salida, dejando sus pertenencias en la habitación del hotel.

Oso giró a la izquierda al salir del hotel y se escondió detrás de un carrito de tacos a unos treinta metros de la entrada.

—Oso, ¿qué estamos haciendo aquí? — preguntó Mandy.

—Shh, necesito que te calles. ¿Está bien?

—Pero tengo hambre—, dijo. —¿Puedo comer un taco?

Sacó su billetera y le entregó un billete de cinco dólares. —Toma, consigue todos los tacos que puedas por cinco dólares—. Ahora tenía que vigilar dos lugares a la vez, el frente del puesto de tacos y la entrada del hotel, pero al menos ella estaría tranquila y él podría concentrarse.

Se reposicionó para poder ver a Mandy, la calle y la entrada del hotel. Todo parecía normal. Los turistas caminaban con pantalones cortos y camisetas o camisas hawaianas de colores, gente de negocios camino a almorzar temprano, niños en bicicleta. Nada fuera de lo común.

Excepto por los cuatro tipos con trajes oscuros que cruzaban la calle.

Oso se agachó detrás del carro, se dirigió al otro lado y colocó su cabeza para ver a los

hombres mientras se acercaban al hotel. No reconoció a tres de los hombres, pero uno era alguien que conocía, y eso era una mala señal. Carlos Solano, un sicario que trabajaba para el viejo.

Volvió a tomar posición detrás del carro, fuera de la vista desde el hotel. —Mandy—, dijo. —Vamos, tenemos que irnos.

—Un segundo—, dijo.

—Vamos niña—, dijo. —No tenemos tiempo para...

Mandy gritó.

Oso se quedó helado. Temía lo peor. Lo habían descubierto y ahora tenían a la niña. Respiró hondo, sacó el arma de su cintura, se dio la vuelta y se agachó, en dirección al frente del puesto de tacos. Se encontró cara a cara con Mandy, que estaba arrodillada y recogiendo el taco que se le había caído.

—¡Jesús, niña! —, dijo. —Pensé... Me asustaste.

Mandy se rio. —¿Tienes miedo?

Él sonrió y se obligó a reír. —Sí, incluso yo me asusto.

Oso guardó su arma, levantó a Mandy y comenzó a caminar calle abajo. El auto alquilado estaba estacionado a cuatro cuadras.

—Mucho movimiento—, dijo Mandy. —No puedo comer.

—Reduciré la velocidad dentro de poco—. Caminaba lo suficientemente rápido como para haberlo clasificado como trotar en algunos círculos. Ahora estaban a dos cuadras de distancia y se sentía mejor acerca de sus posibilidades de lograr salir. Se detuvo y miró hacia atrás.

—Mierda—, dijo.

Mandy le lanzó una mirada de reprimenda.

Él frunció el ceño. Los seguía un hombre de traje oscuro. Reconoció al hombre. No por su nombre. Conocía su cara, otra más de la tripulación del anciano. Oso miró a su alrededor buscando un lugar donde esconderse y volvió su atención al sicario. Él se había ido. Debió haberlos visto y ahora estaba en modo de acecho.

Oso empezó a caminar de nuevo, más rápido que antes. El carro estaba a menos de dos cuadras de distancia, pero tendría que desviarse. Giró a la derecha en la primera oportunidad que tuvo. Estaban en una gran desventaja aquí. No conocía estas calles en absoluto y no tenía tiempo para mirar pequeños mapas en su teléfono. Su único pensamiento era encontrar un lugar donde esconderse. Sólo entonces tendrían una oportunidad. A mitad de la calle había un callejón. Se giró y se escondió detrás de un contenedor de basura.

—¿Que estamos haciendo? — preguntó Mandy.

—Shhh—, dijo Oso. Levantó la mano hasta la boca de Mandy. —Tienes que estar callada como un ratón.

Mandy sonrió. Oso supuso que estaba tratando de descubrir qué tan silencioso era en realidad un ratón.

Oso escuchó el sonido de pasos acercándose. Golpearon el pavimento, corriendo. Redujeron la velocidad a medida que se acercaban al callejón y luego se detuvieron.

—Sal—, llamó una voz. —No te haré daño. Sólo tenemos que acompañarte al puerto deportivo.

Mandy miró a Oso con los ojos muy abiertos y la mano sobre la boca.

Oso asintió y señaló con la cabeza hacia otro lado. Sacó su arma y luego se agachó.

Los pasos comenzaron de nuevo. Pasaron por el callejón y se detuvieron. Regresó y ahora se dirigían hacia el escondite de Oso.

Oso se preparó. Intentaría neutralizar al hombre en lugar de dispararle.

Los pasos se hicieron más lentos. El hombre debía haber estado cerca del contenedor de basura. Sus movimientos fueron cautelosos. Finalmente apareció un pie.

Oso extendió la mano, agarró el pie y tiró. El hombre se estrelló con un ruido sordo. Oso tiró con fuerza, estrellando el cuerpo del hombre contra el contenedor de basura. Lo escuchó soltar un gruñido y tomar aire. Oso se levantó, con el arma apuntando hacia abajo, rodeó el contenedor de basura y se paró junto al hombre. El sicario dejó caer su arma cuando su cabeza golpeó el suelo. Oso pateó el arma hacia el otro lado del callejón, luego se agachó y levantó al hombre por la camisa. Lo levantó en el aire, caminó alrededor del contenedor de basura y lo estrelló contra la pared de ladrillos.

—¿Qué deseas? — Oso le preguntó al hombre.

El hombre le escupió a Oso.

Oso le dio un codazo en el costado con tanta fuerza que le rompió una costilla o dos. —¿Quién te envió?

- La Niña—, dijo. —Ella está muerta.

Oso miró a Mandy. Se había deslizado hasta el final del callejón y se había escondido en un rincón, con la cabeza apoyada en las rodillas y las manos sobre la cabeza. Volvió su atención al hombre.

—Dije, ¿quién te envió?

El hombre frunció los labios para escupir de nuevo, pero Oso lo golpeó y lo dejó caer. El hombre cayó al suelo con un ruido sordo y luego se apresuró a agarrar las piernas de Oso. Oso se inclinó y golpeó con su gran puño la cabeza del hombre, haciéndolo caer al suelo. Lo levantó de nuevo y lo inmovilizó contra la pared por el cuello.

—Última oportunidad—, dijo Oso. —¿Quién te envió?

El hombre jadeó, resolló y tragó con dificultad. —Y antes de matarla, nos turnaremos para violarla—. Él sonrió.

Oso se estiró hacia atrás y lanzó todo su peso detrás de un gancho de derecha que dislocó la mandíbula del hombre y le arrancó cuatro dientes. Oso no se detuvo. Lo golpeó una y otra vez. Su mano izquierda apretó más el cuello del hombre con cada golpe. El cuerpo del hombre quedó inerte. Oso lo soltó y el cuerpo cayó al suelo y se dobló sobre sí mismo.

Oso se volvió hacia Mandy. La niña se quedó allí, con la boca abierta, el ceño fruncido y los ojos bajos. Las lágrimas corrían por su rostro. Ella jadeó entre fuertes sollozos.

—Mandy—, dijo.

Extendió los brazos, pero Mandy retrocedió hasta la pared detrás de ella. A Oso se le hizo un nudo en el estómago. Caminó hacia ella, se arrodilló frente a ella y puso sus manos sobre su hombro.

—Él iba a hacerte daño, Mandy—, dijo. —Te estaba protegiendo de él. Quería hacerte cosas malas. No me dejó otra opción.

La pequeña lloró más fuerte y se tapó los ojos.

Oso miró por encima del hombro su reflejo en una ventana. Su rostro estaba manchado de sangre, su cabello, su barba, todo cubierto con la sangre del hombre. Se quitó la camisa y se limpió la sangre de la cara y las manos. Revisó su camiseta y se aseguró de que no estuviera cubierta también.

—Mírame Mandy.

Bajó las manos y abrió los ojos, todavía llorando.

—No te haré daño. Estoy aquí para protegerte de cualquiera y de cualquier cosa—. Él abrió los brazos para que ella lo abrazara.

Ella se enterró en su pecho, envolvió sus frágiles brazos alrededor de su gran torso y sollozó profundamente.

Oso la rodeó con los brazos y se puso de pie, abrazándola con fuerza contra su pecho. Empezó a caminar por el callejón hacia la calle. Se detuvo en el contenedor de basura y agarró algunas cajas de cartón, las arrojó sobre el sicario, luego fue al otro lado del callejón y agarró el arma del hombre.

Se tomó su tiempo antes de volver a salir a la calle principal. Sin embargo, una vez que lo hizo, no miró hacia atrás. Siguió hasta el estacionamiento, se subió al auto y arrancó en dirección norte por la autopista.

CAPÍTULO 18

Pierre se detuvo frente al Hotel de Crillon y le indicó a Jack que saliera. —Tú regístrate, yo estacionaré el auto.

Jack saltó, agarró su equipaje y entró en el lujoso hotel. El vestíbulo parecía sacado de una película antigua. Iluminado, tenía un brillo dorado. El suelo de ajedrez reflejaba la luz de los candelabros que colgaban elegantemente del techo. Las enormes columnas de mármol eran lo suficientemente grandes como para que un hombre pudiera esconderse detrás de ellas.

Sería un buen lugar para dar un golpe.

Fue al mostrador. —Howard Blair—, le dijo al conserje.

El conserje empezó a escribir en su teclado con dos dedos sin mirar a Jack. Era un hombre mayor, delgado, calvo en la parte de arriba y con el pelo corto y gris a los lados. Las líneas grabadas en el rostro del hombre llevaron a Jack a creer que tenía alrededor de sesenta años y que probablemente había pasado toda su vida sirviendo a ricos y famosos que vacacionaban en el elegante hotel.

—Señor Blair—, dijo. —Aquí tienes, habitación 314. ¿Cuántas tarjetas necesitarás?

—Una—, dijo Jack.

El hombre todavía no lo había mirado. Fue para mejor. Quizás más tarde le interrogarían sobre el hombre que se registró en la habitación 314, el hombre que dejó cuatro cadáveres y se escapó sin pagar la factura del teléfono.

Jack sonrió, imaginando el escenario en su cabeza. Se imaginó la expresión del rostro del ama de llaves cuando retirara el edredón, revelando cuatro caras, cada una con un único agujero de bala en la cabeza. Ella gritaría, por supuesto, probablemente se desmayaría y luego, volvería en sí, con una multitud parada a su lado. La policía querría interrogarla, tenía que saber algo. Interrogarían a todos los que pudieran haber entrado en contacto con Jack durante su estancia. ¿Quién era este hombre llamado Howard Blair y cómo terminaron muertas cuatro personas en su habitación de hotel?

—¿Señor? ¿Señor? — El conserje interrumpió el sueño de Jack. Le tendió una tarjeta de plástico del tamaño de una tarjeta de crédito. —La tarjeta de su habitación, monsieur Blair.

Jack agarró la tarjeta, asintió en señal de agradecimiento y se alejó, ignorando todo lo que dijo el conserje después de que le entregó la tarjeta de la habitación.

Se paró en la acera fuera del edificio, esperando a Pierre. La calle estaba concurrida, lo cual era de esperar ya que el hotel se encontraba en el corazón de París. Pasaron turistas y lugareños. Este era el mejor lugar para quedarse. Aquí él era sólo otra cara. En cualquier lugar menos poblado alguien podría recordarlo.

Pierre se acercó ligeramente sin aliento. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció a Jack.

—Gracias—, dijo Jack.

Pierre se lo encendió y luego cogió uno para él. —Hermoso edificio. Realmente lo es.

Jack miró los arcos y las largas columnas que adornaban la fachada del edificio. Él se encogió de hombros. Había visto mucha belleza en su vida. Un edificio realmente no era mucho para él. —Está bien.

—Realmente eres todo un conversador. Lo sabes, ¿verdad?

Jack puso los ojos en blanco. Sacó su teléfono. Ningún mensaje. Se preguntó por qué Oso no se había reportado todavía y tomó nota mental de llamarlo después de que Pierre se fuera.

—Entonces, cuéntame más sobre esta tarea.

Jack apretó los labios y frunció el ceño hacia Pierre. —No es el lugar correcto.

Pierre se encogió de hombros y frunció el ceño. —Tal vez.

Caminaron en silencio por el vestíbulo del hotel. Jack dirigió el camino hacia el ascensor con Pierre justo detrás de él.

—Tres—, dijo Jack.

Pierre presionó el botón del tercer piso y se volvió hacia Jack. —Tengo algunos muchachos que pueden ayudarte si necesitas un equipo.

Jack asintió. —Lo sabremos muy pronto.

El ascensor se abrió y se detuvieron frente a la habitación 314. Jack puso su tarjeta de acceso en la puerta y miró a Pierre. Ambos hombres hicieron una mueca. A pesar del alias, el anciano sabía que Jack vendría a Francia y probablemente sabía que estaba aquí ahora. Incluso podría saber dónde se alojaba. Era posible que el anciano hubiera hecho arreglos para que Jack se quedara en la habitación tres catorce. Y si lo hubiera hecho, con la misma facilidad podría haber preparado explosivos para que detonaran tan pronto como se insertara la tarjeta de acceso en la puerta, o podría haber dispuesto que alguien estuviera esperando adentro.

La puerta se abrió. Ninguna explosión. No había matones esperando al otro lado. Era simplemente una habitación vacía con una botella de champán de cortesía. A pesar de la categoría de hotel de lujo, la habitación era bastante mediocre. Puede que a algunas personas les haya parecido elegante, pero para Jack no era más que otra aburrida habitación de hotel en una larga lista de lugares en los que se había alojado.

Jack abrió el armario y miró a su alrededor. Palpó los rincones, deslizó las bolsas de ropa a un lado, miró debajo de la barra para colgar y abrió las bolsas de ropa. Cerró el armario y giró las sillas, levantó la mesa y la puso de lado.

—Entonces, Jack, dime. ¿Quién es el objetivo?

Jack entrecerró los ojos y miró a Pierre. Continuó su búsqueda por la habitación sin decir nada. Quitó las sábanas de la cama, levantó los colchones y se metió debajo para inspeccionar el armazón. Siguió así durante quince minutos. De vez en cuando Pierre decía algo y Jack lo ignoraba.

Finalmente, satisfecho, dijo: —Está bien, la habitación está limpia.

Pierre sonrió y sacó un pequeño dispositivo electrónico de su bolsillo. —Podrías haber usado esto, Jack—. Levantó un limpiador de insectos para que Jack lo viera. —Si la habitación tuviera micrófonos, se habría activado tan pronto como entré por la puerta.

Jack cerró la boca con fuerza, ejerciendo un músculo en su mandíbula. —Podrías haber dicho algo.

—No parecía que quisieras hablar, así que mantuve la boca cerrada.

—Dijiste todo lo que se te ocurrió—, dijo Jack.

Pierre se rio. —Debes aprender a confiar en mí.

Jack sacó su teléfono celular, lo conectó al televisor y mostró una foto del objetivo. —

¿Quieres confianza? Bueno, entonces aquí tienes.

Pierre estudió al hombre. Tez oscura, cabeza rapada, rostro ancho salpicado de una barba de cuatro días negra y plateada. Ambas orejas adornadas con aros de oro. Ojos cubiertos con costosas gafas de sol. Una boca llena, parcialmente abierta como si tuviera un secreto que contar y estuviera a punto de contárselo.

—¿Es ese quien creo que es? — preguntó Pierre. —Lo conozco. De las películas, ¿verdad?

—Sí, Mitchell Foster. Comenzó con papeles secundarios en los años noventa, se convirtió en protagonista hacia el final de la década. Usó su gran día de pago para empezar a producir.

—¿Cuál fue su gran día de pago?

Jack puso los ojos en blanco. —Alguna película sobre un equipo de asesinos. Basura.

Pierre se rio.

—Entonces, ¿por qué te contrataron para matar a un productor de cine? — preguntó Pierre. —No entiendo.

Jack se sentó en la esquina de la cama. Movió la cámara, puso el siguiente documento en la pantalla y asintió.

—Drogas, extorsión, liderar una organización criminal. Cosas bastante básicas, Jack.

Jack asintió. —Lea la última línea.

Pierre arqueó una ceja. —¿Trata de personas? Intrigante.

—Yo diría que sí—, dijo Jack. —Se rumorea que está involucrado en el secuestro de niños pequeños y luego su envío. Lo llaman comercio sexual.

Pierre frunció los labios y se pellizcó la nariz. —Bastardo enfermo. ¿Qué está haciendo en Francia?

—Lo acusaron de evasión fiscal y fraude electrónico. Son los únicos cargos que pudieron conseguir—. Jack se pasó las manos por el pelo oscuro. —Salió bajo fianza y huyó. Pasa su tiempo entre varios países. Ahora mismo creen que está aquí, en París.

Pierre volteó una silla y se sentó frente a Jack. —Entonces, ¿para qué me necesitas aquí? Ciertamente no para ser el tirador.

Jack sonrió. —No, puedo encargarme de esa parte. Necesito tu red de inteligencia. Tu gente podría estar rastreándolo y saber dónde está y a dónde va durante el día.

—Ya veo—, dijo Pierre. —Puedo investigar esto por ti. Pero una cosa.

—¿Sí?

—Quiero estar ahí para el golpe.

Jack estudió al hombre durante un minuto antes de responder. Tenía que asegurarse de que Pierre no pusiera en peligro el encargo. No eliminar el objetivo generaría grandes problemas para el gobierno. Pero eso no era lo que le importaba tanto. Estaba más preocupado por el desastre que podría crear. Un desastre que necesitaría limpiar. Un lío que podría interferir con el intercambio de documentos para Clarissa.

—Está bien, puedes estar ahí para el golpe. Incluso puedes ayudarme a planearlo.

—Excelente—, dijo Pierre.

Pierre se acercó y estrechó la mano de Jack. Se levantó y se detuvo en la puerta. —Te llamaré tan pronto como tenga alguna información. Comenzaré a trabajar en ello tan pronto regrese a mi oficina.

Con eso, se fue y Jack se recostó, cerró los ojos y se quedó dormido.

Pierre salió a la calle y silbó una vieja melodía, una que su abuelo solía silbar cuando salían a navegar cuando Pierre era niño. Caminó a paso normal hasta doblar por la calle lateral que conducía al aparcamiento donde estaba su coche. Luego echó a correr. Se las arregló para

mantener su entusiasmo por el caso al mínimo frente a Jack, pero ahora lo dejó salir libremente.

Se subió a su auto y aceleró hacia su oficina. Siguió repitiendo la escena en su cabeza, recordando cada detalle sobre el gran Mitchell Foster. Avergonzado de admitirlo delante de Jack, a Pierre le encantó *A Dance with Assassins*, el gran éxito de Foster, el que lo impulsó al estrellato. Sólo podía recordar algunas otras películas realizadas por este hombre. Fueron horribles. Acaparamiento de efectivo, básicamente. Luego lo perdió de vista y se olvidó por completo de él hasta hoy.

Perdido en sus pensamientos, Pierre no se dio cuenta de que el coche que tenía delante estaba detenido hasta que fue casi demasiado tarde. Pisó el freno, tocó la bocina y estuvo a centímetros de golpear el vehículo. Enterró la cara entre las manos, controló su respiración y consiguió que su ritmo cardíaco volviera a la normalidad. Cuando abrió los ojos vio a dos hombres grandes parados a cada lado de su auto en la parte delantera.

Levantó las manos e hizo una mueca avergonzada. Aparentemente eso no fue lo suficientemente bueno.

El tipo más cercano a él le indicó con el dedo a Pierre que saliera de su auto.

Pierre abrió la puerta y actuó como si fuera a salir. En lugar de eso, dio marcha atrás. Antes de que los hombres pudieran reaccionar, Pierre dobló una esquina, evitando por poco a una anciana que cruzaba la calle. Hizo girar el auto, pisó el acelerador, mantuvo los ojos en el espejo retrovisor y vio el auto con los dos hombres grandes doblar la esquina.

—Genial, justo lo que necesito—, murmuró.

El coche acortó la distancia y chocó con su parachoques. Perdió brevemente el control de su vehículo. Se detuvo a un lado de la carretera en lugar de intentar hacer otro giro arriesgado o ser empujado por completo por los maníacos detrás de él.

Pierre salió del coche, haciendo todo lo posible por mantener la calma. Se movió hacia la parte delantera de su auto, protegiéndose en caso de que el hombre que conducía el Audi decidiera atropellarlo. Esperó a que los hombres hicieran un movimiento.

El pasajero salió primero, llevando un bate. Caminó por la parte trasera del auto y se paró frente a la puerta del conductor. El conductor salió. Parecía que tenía algo en la mano, pero Pierre no pudo distinguirlo porque el otro tipo bloqueaba la vista.

Pierre levantó las manos. —Chicos, ¿no estoy muy seguro de cuál es el problema aquí?

El conductor salió de detrás de su enorme amigo, dio unos pasos hacia Pierre y se detuvo. Era alto, medía más de metro ochenta y estaba muy musculoso. Pierre calculó que pesaba más de noventa kilos. Ambos hombres tenían la cabeza rapada. El hombre en el asiento del pasajero era más alto que el conductor y pesaba al menos otros cincuenta kilos más. Su gran pecho dio paso a un estómago aún más grande. Sería prudente evitar el bate si venía en dirección a Pierre.

—Realmente no quieres meterte conmigo—, dijo Pierre. —Estoy de camino a la oficina.

—Cállate—, dijo el conductor. —Gírate.

—¿Girarme? Me temo que tengo que rechazarlo respetuosamente—. Pierre bajó los brazos. —Sin embargo, colocaré mis manos detrás de mi espalda.

El pasajero se dirigió hacia él. —Pon tus manos donde pueda verlas.

Pierre suspiró. —Como desee, señor.

Lanzó su brazo derecho más rápido de lo que el pasajero pudo reaccionar. Pierre apuntó con su nueve milímetros a la cabeza del hombre y apretó el gatillo.

El hombre corpulento se detuvo, casi suspendido a medio paso, cuando la bala le atravesó el cráneo y el cerebro. Casi tan pronto como sucedió, se desplomó.

Pierre volvió su atención al conductor. —Traté de advertirte que no querías meterte conmigo.

El conductor dio un paso atrás e intentó frenéticamente abrir la puerta.

Pierre acortó la distancia en un segundo y golpeó con el arma al puente de la nariz del hombre. La sangre salpicó y el conductor se cubrió la cara con las manos y cayó de espaldas contra su coche. La sangre se filtró entre sus dedos. Sus gafas rotas colgaban de sus orejas.

—Por favor—, dijo. —Haré lo que quieras.

—Quería que me dejaras en paz, pero ignoraste esa petición.

El hombre empezó a llorar.

Algún matón.

Pierre apuntó el arma a la cabeza del hombre y apretó el gatillo. El cuerpo del conductor se sacudió hacia atrás y luego cayó del auto al suelo.

Se había reunido una multitud. No era lo que Pierre quería, pero no era la primera vez que una multitud se reunía mientras él mataba o golpeaba a alguien. Ser uno de los principales asesinos del país tenía sus ventajas. Uno de esos beneficios era que tenía una tarjeta virtual para salir libre de la cárcel. Era, en esencia, un hombre al que no tocaban leyes.

Se encogió de hombros ante la multitud. —Matones callejeros—. Luego subió a su coche y se fue.

CAPÍTULO 19

Clarissa miró por la ventana. Tenía una vista decente de París, con la Torre Eiffel a lo lejos. Podría ver la puesta de sol detrás de ella. Pero no tenía idea de en qué hotel estaba. Si no fuera por la vista, ni siquiera sabría en qué ciudad se encontraba.

Recordó haber subido al avión y haber sido obligada a tomar una copa. Luego, su recuerdo de los acontecimientos simplemente se detuvo en algún lugar sobre el Atlántico y no se recuperó hasta el lunes por la noche, cuando se despertó en la habitación del hotel. Había una bandeja al lado de la cama. Contenía una comida decente que terminó en cinco minutos. El anciano vino a verla esa noche y le dijo que estaban aquí para hacer un intercambio con Jack. Ella por los documentos, le dijo. Mientras Jack cumpliera su parte, ella sería libre de irse. Clarissa le preguntó si Charles también estaba en el hotel. Él dijo que sí, que Charles estaba en el hotel, su habitación estaba frente a la de ella. Debió haber sentido su aprensión, o tal vez la vio llorar, porque regresó más tarde y le dijo que había trasladado a Charles a otro piso y había colocado dos guardias afuera de su puerta.

Eso fue todo, en lo que respecta al contacto. Cada cuatro horas, uno de los guardias llamaba a su puerta, ella la abría y metían un carrito lleno de comida en su habitación.

La habitación en sí estaba bien, sólo un poco aburrida. Las ventanas estaban cubiertas de volantes y encajes. Las sábanas de la cama eran de seda color crema con un estampado floral azul y rosa. Los muebles parecían antiguos. Ciertamente no era del gusto de Clarissa. Pero la vista... Podría perderse durante horas en esa vista. Y eso era bueno, porque tenía muchas horas libres.

Se sentó en una silla con respaldo alto, mirando por la ventana la Torre Eiffel. En ese momento deseaba tener un par de binoculares para poder observar a los turistas aferrados a la barandilla en la parte superior, observando la ciudad desde varios metros en el aire. En el alféizar de la ventana había una réplica de treinta centímetros de largo de la famosa torre. Ella la tomó. Era pesada, hecha de plata y con el sello .925 en la parte inferior. Giró la mini torre que tenía en la mano mientras observaba la fila de personas serpenteando alrededor de la real, esperando ver el monumento.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

Saltó de la silla, se acercó sigilosamente a la puerta y observó por la mirilla. Vio la espalda de uno de los guardias y de alguien que se parecía a Charles en medio del pasillo. Arrastró los pies hacia la pared para que sus dedos no pudieran verse debajo de la puerta y presionó su oreja contra la puerta en un intento de escuchar su conversación.

—No puedes entrar—, escuchó decir al guardia.

—Como si no pudiera—, dijo Charles.

—Órdenes del viejo. Nadie entra a esta habitación.

—Apártate de mi camino o…—, Charles hizo una pausa y ella escuchó el sonido de los nudillos crujiendo, —te romperé el maldito cuello.

—Maurice, ve a buscar al viejo—, le dijo el guardia a su compañero.

—Al diablo que lo harás.

Escuchó un chasquido seguido de un ruido sordo en la pared. Clarissa se levantó y volvió a acercar el ojo a la mirilla. Podía ver a Charles, con un brazo hacia atrás listo para golpear y el otro brazo atado al cuello del guardia que conocía como Jerry. Observó cómo Charles golpeaba con su gran puño la cara de Jerry. La cabeza del guardia se echó hacia atrás y la sangre salpicó la mirilla.

Clarissa se apresuró a bloquear la puerta. Corrió hacia el otro extremo de la habitación y comenzó a arrastrar la silla en la que había estado sentada momentos antes. Su plan era fijar la silla debajo de la manija de la puerta, lo que impediría que Charles entrara.

Clic.

El sonido distintivo de la puerta al abrirse.

Clarissa se quedó helada. La puerta se abrió. La gran figura de Charles ocupaba la mayor parte de la entrada. Él le sonrió.

—¿Me recuerdas? — preguntó.

Clarissa retrocedió hasta el rincón entre la mesa de noche y la ventana.

—Ah, no seas así—, dijo mientras le tendía la mano.

Miró a su alrededor buscando algo, cualquier cosa que pudiera usar para defenderse. Ella todavía llevaba las heridas de su primer encuentro y preferiría no aumentar la cuenta.

—Sacamos todo lo que puedas usar para defenderte. Así que no te molestes.

Casi todo.

Clarissa lanzó una rápida mirada hacia la lámpara de la mesa de noche.

Charles la miró y se rio. —¿Qué vas a hacer con eso?

Clarissa se acercó poco a poco a la lámpara.

—¿Sabes qué? ¿Quieres golpearme con esa lámpara? Te la daré—. Charles se inclinó y agachó la cabeza. —Adelante, haz tu mejor tiro.

Ella lo pensó detenidamente. Estaría listo para el disparo en la nuca y probablemente ni siquiera lo desconcertaría. Miró por la ventana, otra vez hacia la torre Eiffel. Si esto fuera todo, al menos saldría con un hermoso recuerdo. Sus ojos se dirigieron a la mini torre hecha de plata. Él no se esperaría eso.

Dio un paso hacia la izquierda, pero inclinó su cuerpo hacia la derecha, hacia el alféizar de la ventana. Recogió la réplica de la Torre Eiffel y la ajustó en su mano derecha. Se inclinó hacia la izquierda y dejó que el impulso la llevara mientras giraba sobre sus talones. Su brazo formó un magnífico gancho hacia atrás. Hizo un círculo completo cuando la lanzó. La punta de la torre fue lo primero que pasó por su cadera, seguido por su brazo trazando un arco hacia arriba.

Charles no tenía idea de lo que lo golpeó cuando Clarissa enterró la pesada réplica plateada de la Torre Eiffel en su cara.

No esperó para ver cuánto daño le había causado. Su grito fue suficiente para decirle que quedaría permanentemente desfigurado, más de lo que ya estaba. Saltó sobre la cama, usó el impulso de su paso para impulsarla hacia la puerta, hacia el pasillo, pasando por encima de los cuerpos de los guardias inconscientes. Una multitud de ancianos se había reunido junto al ascensor. Señalaron y susurraron entre ellos. Por un momento Clarissa pensó en correr hacia ellos, rogándoles que la escondieran. Pero el ascensor sonó y la multitud desapareció detrás de las sólidas puertas.

Clarissa llamó a la puerta del anciano. Tardó años en abrirla. Mientras tanto podía oír a Charles acercándose. A juzgar por sus gruñidos y el sonido de su cuerpo chocando con las paredes, parecía estar dando traspiés. Volvió a golpear la puerta con urgencia. Esta vez el anciano murmuró algo, pero ella no pudo entenderlo. Golpeó la puerta aún más fuerte y la pateó.

—Idiota—, dijo Charles en voz baja y gutural.

Ella miró hacia arriba y hacia abajo. Estaba boca abajo en el piso, atravesando la puerta con las manos. Se detuvo y se dio la vuelta para poder mirarla. Ella se llevó la mano a la boca al verlo. Por un momento pensó que devolvería su almuerzo. Ella le había golpeado bien. Directamente debajo de su ojo izquierdo. Lo único que quedó de su mejilla fue un agujero ensangrentado.

Se apoyó sobre los codos, se arrodilló y utilizó la pared para levantarse lentamente.

—Por favor—, gritó a la puerta.

Charles se tambaleó hacia ella. Tenía cinco metros de distancia.

Clarissa decidió que correría cuando él llegara al metro y medio.

Se detuvo y apoyó su cuerpo contra la pared. —Voy a matarte.

Hizo un último esfuerzo hacia la puerta, golpeando, pateando y gritando.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué estás haciendo en el pasillo, niña?

—Ayuda—, dijo entre lágrimas.

El anciano asomó la cabeza por la puerta y vio a Charles parado allí, con la sangre goteando de su rostro. —¿Qué diablos está pasando?

—Él irrumpió, intentó atacarme, pero lo golpeé.

El anciano llevó a Clarissa a la habitación y cerró la puerta. —Ve a sentarte en un rincón. Yo arreglaré esto.

Desapareció por la puerta. Levantó las piernas del suelo, acercó las rodillas al pecho y hundió la cabeza entre ellas. Sabía que él la mataría cuando volviera a entrar. O peor aún, dejaría que Charles la llevara de regreso a su habitación para hacer lo que quisiera y luego la mataría.

Pasaron los minutos. La puerta se abrió y el anciano entró solo. Se tomó su tiempo para caminar hacia ella y se sentó en la silla frente a ella. Levantó las manos y entrelazó los dedos frente a su pecho.

—El señor Charles estará bien—, dijo el anciano. —Uno de los guardias volvió en sí y me informó que había sido atacado por el señor Charles. Pudimos reanimar al otro guardia. Escoltaron al señor Charles a la enfermería para que le curaran la cara. En cuanto a usted, No he decidido qué hacer. No creo que esté segura aquí, así que tendré que encontrar un lugar donde guardarla durante unos días.

Guardarla, como un suéter viejo. ¿Era eso realmente lo que pensaba de ella?

—Si no fuera por el hecho de que la necesito como moneda de cambio con el señor Jack, estaría muerta ahora mismo. ¿Entiende?

Ella asintió.

El anciano se inclinó, a sólo unos centímetros de su cara. —No se tolerarán más escenas—. Dicho esto, se levantó y salió de la habitación.

CAPÍTULO 20

Jack se despertó con el sonido de su teléfono celular. La luz rojiza del sol poniente se filtraba a través de la ventana, tiñendo de rosa las monótonas paredes. Buscó su reloj en la mesita de noche. ¿Cuánto tiempo había estado dormido? Incapaz de encontrar su reloj, tomó su celular y contestó.

—¿Sí?

—Es Pierre.

—Sí, ¿qué tienes para mí?

—Después de una tarde agitada, he reunido algunos datos. Parece que a nuestro amigo le gustan las cenas informales. De hecho, lo disfruta tanto que come en el mismo lugar todos los días a la misma hora.

—Estás bromeando—. Jack giró la cabeza en círculos tratando de aflojar el cuello.

—Conozco el lugar. Podemos ir mañana.

—Suena bien.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Creo que simplemente me voy a quedar adentro. No tiene sentido salir y meterse en problemas.

—Ah, probablemente sea una buena idea, Jack.

—¿Pierre?

—Sí.

—Dijiste una tarde agitada. ¿Qué pasó hoy? — preguntó Jack.

—Ah—, Pierre hizo una pausa y se aclaró la garganta. —Digamos que esta noche hay dos matones menos en París.

—Entendido—. Jack decidió que no quería saber más. —Llámame a primera hora de la mañana.

Arrojó su teléfono sobre la cama, se levantó y se estiró. Se sorprendió un poco de haber dormido tanto tiempo. No había tiempo suficiente entre ese día y el jueves para perder horas así. Sería una buena idea salir y empezar a buscar algunos lugares para el intercambio. Además, tenía que haber algo que hacer un lunes por la noche en París. ¿Bien?

Fue al baño a lavarse. Se miró la cara en el espejo. ¿Cuándo diablos empezaron esas líneas a grabarse en su frente? Y esas patas de gallo, ¿de dónde salieron? Jack sacudió la cabeza y se echó agua en la cara. Sintió la agudeza de su barba de tres días y decidió dejar su rostro sin afeitar por un tiempo. Tal vez se dejaría la barba. Sonrió ante su reflejo. Siempre había sido un maestro en distraer su mente con pensamientos tontos como ese en medio de una crisis. Finalmente, se echó un puñado de agua sobre su cabello castaño y lo peinó hacia atrás.

La luz de su teléfono parpadeó en rojo. Un mensaje en espera.

—Jack, soy Oso. Tuve algunos problemas en San Diego. Resulta que nuestro amigo envió una fiesta de bienvenida. No te preocupes, Mandy está bien. Yo estoy bien. Hacia el norte. Cuida tu espalda.

Jack se sentó en el borde de la cama y pensó en el mensaje. Tendría que cuidar su espalda. Las cosas estaban llegando a un punto crítico entre Charles y el anciano y la situación se resolvería pronto. Aunque esperaba que no en París. Aun así, la noticia de que el anciano envió un equipo a San Diego preocupó a Jack. El desperdicio de recursos no estaba en la bolsa de trucos del viejo. Esto apestaba a un acto ordenado por Charles sin el permiso del anciano. Jack temía que Charles hiciera un juego de poder.

Dios los ayude a todos si lo hizo.

Jack salió del ascensor, caminó por el elaborado vestíbulo y asintió con la cabeza al portero mientras salía al aire fresco de la noche. Se sentía bien contra su piel, pero los olores de la ciudad eran un poco abrumadores, incluso para alguien que acababa de llegar de la ciudad de Nueva York.

Sacó su móvil y marcó el número de Pierre.

—¿Hola?

—Pierre, soy Jack. Mira, me siento un poco desnudo aquí. ¿Crees que puedes conectarme?

—¿Supongo que necesitas algo de protección?

—Eso es correcto.

—Hay una cafetería no muy lejos de tu hotel. Ve a la calle, gira a la derecha, sigue dos cuadras, a la izquierda y será el primer edificio a la izquierda.

—Entiendo.

—Bien, nos vemos en treinta minutos, Jack.

La camarera puso los ojos en blanco cuando Jack pidió un café americano. No hay posibilidad de que pida nada más. ¿Por qué no había confiado en su instinto y le había sugerido un bar en lugar de aceptar encontrarse en un café? El whisky es whisky, no importa a dónde vayas.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Miró a su alrededor mientras exhalaba. No había miradas sucias por parte de los no fumadores. Una de las únicas cosas buenas de estar en París, pensó. La mitad de la ciudad fumaba. Y los no fumadores no andaban mirando mal a los fumadores ni tosiendo ruidosamente para demostrar algo. Aunque quería dejarlo, no tenía ganas de ser juzgado por su vicio.

Había pedido la mesa en la esquina trasera de la terraza para poder ver a la gente entrar y salir, además de poder tener una buena vista de la calle y de la gente que pasaba. Estudió a la multitud sentada afuera del café con él. Dos parejas separadas, una de las cuales se negó a establecer contacto visual mientras bebían café, estaban sentadas a cada lado de él. Dos señoras sentadas cerca de la entrada estaban absortas en una animada conversación. Se parecían mucho, pero no creía que fueran gemelas. Por último, había dos hombres sentados afuera. Uno estaba leyendo una revista y el otro hablando por teléfono.

—Hola Jack.

Jack miró hacia arriba y vio a Pierre parado allí. Instintivamente había agarrado el tenedor tan pronto como escuchó su nombre.

—Siéntate—, dijo Jack. —Me asustaste.

Pierre sonrió. —Debes estar distraído, dejándome escabullirme así cuando debería haber estado a la vista.

Jack asintió. —Estaba tratando de descubrir qué decía ese tipo en e l teléfono. Me sonó como

si se estuviera disculpando por engañar a su esposa.

Pierre ladeó la cabeza y escuchó durante unos segundos.

—Estoy de acuerdo con esa evaluación—, dijo.

Pierre levantó la mano y le hizo una señal a la camarera.

Ella se acercó y no dijo nada mientras miraba hacia la calle.

—Un café—, dijo Pierre.

La camarera se alejó sin decir una palabra ni saludar a los hombres.

—Me encanta la hospitalidad—, dijo Jack.

Pierre se rio. —Toma algo de tiempo para acostumbrarse.

—¿Lo trajiste? — preguntó Jack, con un tono ahora serio.

Pierre tomó una servilleta de la mesa y envolvió algo en su regazo, colocó el objeto sobre la mesa y se lo deslizó hacia Jack.

Jack recogió el objeto, sintió su peso y se lo metió en la cintura detrás de él. Él asintió con aprobación. —Esto es sólo por protección. Podrás adquirir un M40 para el golpe, ¿verdad? — El rifle M40A3 era el arma preferida de Jack para este tipo de golpes, para disparar a distancia. Es el arma con la que creció en la Infantería de Marina y en la que había confiado innumerables veces.

—Sí—, respondió Pierre. —Elegiremos el lugar mañana y todo estará arreglado para el miércoles.

Jack estaba al otro lado de la calle de un pequeño restaurante llamado *Sensationnel*. Un toldo verde y blanco se extendía sobre un patio de hormigón. El patio estaba separado de la calle por un portón de hierro negro de un metro de altura. Alrededor de una docena de pequeñas mesas cubrían el patio. Era temprano, alrededor de las diez de la mañana. El negocio iba lento, solo unos pocos clientes tomaban café y revisaban sus correos electrónicos en sus teléfonos o leían periódicos. Una mujer hablaba en voz alta por teléfono, mientras su hija pequeña, de unos cuatro años, jugaba en una tableta. La niña seguía mirando a su madre y abriendo la boca para hablar. Su madre simplemente la ignoraba y continuaba con la conversación.

Vio a Pierre acercarse y asintió. Pierre lo reconoció, se giró y entró en el edificio detrás de Jack. Siguió al francés al interior. Subieron tres tramos de escaleras.

—Ahí está—, dijo Pierre mientras señalaba el apartamento etiquetado como C. —Está vacío. Ha estado así durante tres meses.

—¿Llave?

—Aquí tienes—, dijo Pierre mientras le entregaba las llaves a Jack.

Jack sacó la pistola que Pierre le había entregado la noche anterior, abrió la puerta y entró en el apartamento. La tierra y el polvo lo recibieron. Se abrió paso entre las telarañas hacia la ventana que daba a la calle y al café.

—Problemas—, dijo. —Si no está en una de esas primeras mesas, el toldo bloqueará la vista.

—Ellos levantan el toldo por la noche. Sólo está ahí para mantenerlo fresco durante el día.

Jack agarró una silla y la colocó frente a la ventana. Cogió un trapo de la mesa y limpió el polvo de la silla y del alféizar de la ventana. —Entonces, ¿cuál es su rutina?

—Viene a comer aquí dos veces al día. La primera, alrededor del mediodía, se queda treinta minutos. La segunda, a las cinco, y esta vez se queda hasta las ocho o nueve. A veces incluso más tarde. Depende de quién esté con él.

—¿Crees que es mejor hacer esto por la noche?

—Probablemente. Será difícil escapar durante el día, especialmente al mediodía. Lo verás en breve. Hay mucha gente afuera. Seguramente nos detectarían—. Pierre se acercó a la ventana y

miró hacia la calle. —¿Encuentras este lugar adecuado?

Jack asintió.

—Bien—. Pierre tomó una silla y la puso junto a la de Jack. Se sentó y apoyó los pies en el alféizar de la ventana. —Ahora esperamos.

Pasaron dos horas y los hombres apenas dijeron una palabra. Jack estaba pasando por su cabeza diferentes escenarios. De vez en cuando pensaba en Clarissa. Sus pensamientos se dirigieron a Oso y Mandy. Se preguntó dónde habían ido. Oso no lo dijo en su mensaje. Jack no podía culparlo por eso. Alguien le dio a Charles la información del vuelo. Esa misma persona también podría obtener información del buzón de Jack.

—Foster—, susurró Pierre.

—¿Dónde?

Pierre señaló al hombre vestido de negro, flanqueado por tres guardaespaldas.

Jack miró a través de un par de binoculares para vislumbrar a Foster antes de que desapareciera bajo el toldo, logrando verlo solo desde atrás. El hombre tenía la piel bronceada, la cabeza afeitada con uno o dos días de crecimiento en la parte superior y un tatuaje amenazador en la nuca.

—Sí, ese es él—, dijo Jack. —¿Se queda unos treinta minutos?

—Eso es lo que dice nuestro expediente.

—Voy a echar un vistazo más de cerca—. Jack se levantó y empujó la silla hacia atrás. —Necesito un poco de café de todos modos.

—Ten cuidado—, dijo Pierre.

Jack asintió sin mirar atrás. —Lo haré. Cúbreme.

Bajó corriendo las escaleras, atravesó el pequeño vestíbulo, cruzó la puerta y salió a la calle. Giró a la izquierda, caminó unos sesenta metros y luego cruzó. Girando a la derecha, regresó al restaurante. No quería que los guardaespaldas de Foster lo vieran cruzar la calle directamente desde el edificio de apartamentos.

Se tomó su tiempo para caminar hasta el restaurante. Atravesó la puerta y pasó junto a la mesa de Foster. Foster estaba sentado de espaldas a la carretera. Eso facilitaría el golpe si se sentaba así a cenar mañana por la noche. La mesa estaba a la izquierda de Jack. Giró la cabeza hacia la derecha al pasar.

—¿Puedo ayudarle? — preguntó la camarera cuando Jack entró al edificio principal.

—Me gustaría un par de sándwiches y un poco de café. ¿Puedo conseguirlo aquí?

—Oui señor. Síganme.

Lo llevó hasta un mostrador, se agachó y sacó un menú para Jack. Su cabello castaño quedó atrapado en el mostrador y arrancó un buen mechón de las bandas que lo sostenían en una cola de caballo. Su cabello cayó sobre su rostro, cubriendo sus ojos azules. Ella inclinó la cabeza y le sonrió a Jack. Sus grandes labios rojos y brillantes dieron paso a revelar dientes blancos cuando sus labios se separaron. Jack le devolvió la sonrisa. Se apartó el pelo de la cara, recuperó la compostura y tomó su orden.

—¿De vacaciones? — preguntó ella.

—¿Es tan obvio? — respondió.

Ella se encogió de hombros. —No pareces un turista. Eso es algo bueno.

Él rio. —Estoy aquí por negocios por unos días.

—¿Quizás podrías volver esta noche? — dijo ella. —Salgo alrededor de las nueve y estaré encantada de mostrarte la ciudad.

Lo pensó bien. No tenía ningún interés en la mujer, pero ella podría proporcionarle

información privilegiada sobre Foster. Cosas que ni siquiera las fuentes de Pierre sabían.

Desapareció un momento y regresó con una bolsa y dos tazas de café. —¿Bien?

—Claro—, dijo. —Mi nombre es Jack.

—Corinne—, dijo. —Esté aquí a las nueve en punto. No esperaré.

Salió al patio cubierto y caminó hacia la mesa de Foster.

—¿Mitchell Foster? — Dijo Jack. —¿De verdad eres tú? Soy un gran, gran admirador.

Foster lo miró con sus ojos oscuros. Fiel a su estilo, tenía aproximadamente una semana de crecimiento de cabello en la cara y llevaba un arete de oro en la oreja derecha. Aunque parecía mayor de lo que Jack imaginaba. Supuso que el hombre vivía un estilo de vida de hombre duro. Foster dio una calada a su cigarrillo y asintió hacia Jack. Esto debe haber sido una rutina para él. Un fan se acerca, dice que lo ama en tal o cual cosa, pide una foto y se marcha. Jack supuso que Foster había pasado exactamente por esta situación miles de veces, pero probablemente no tantas en Francia.

—Te amaba en *Asesinos*—. Jack sonrió ampliamente, realmente exagerando. —Pero mi favorita fue *A Wind Swept Shot*. Tenía que ser la película de sicarios más realista que jamás haya visto.

Foster sonrió. Parecía genuinamente complacido por los comentarios de Jack. —Gracias. Nadie menciona esa película. A decir verdad, desearía haberme mantenido en ese camino en lugar de buscar más dinero.

—Ah, pero el pago tiene sus méritos, ¿verdad?

Foster se rio. —¿Quieres sentarte?

Jack fingió mirar su reloj y luego echó un vistazo a los guardaespaldas que sacudían ligeramente la cabeza. El más grande frunció el ceño y sacó los labios.

—Quizás en otro momento—, dijo Jack. —Tengo que volver a la oficina.

Foster se encogió de hombros y asintió. —Fue un placer conocerte...

—¿Dónde están mis modales? Blair. Howard Blair.

—Encantado de conocerlo, señor Blair.

Jack se alejó silbando y su mente yendo en veinte direcciones diferentes. Se contuvo en el último segundo a punto de salir a la calle. Movió su pierna en la otra dirección, giró a la derecha y repitió su camino anterior en reversa.

De regreso al apartamento, dejó la comida y el café sobre la mesa polvorienta y le contó a Pierre la versión abreviada de los hechos. Decidió omitir la parte sobre Corinne. No quería que lo siguieran cuando se fuera con ella.

Comieron en silencio, como una pareja de ancianos sin nada más que decirse. Vieron cómo Foster y sus guardaespaldas salían del restaurante. Según la información de Pierre, pasarían más de cuatro horas hasta que Foster regresara. Jack decidió aprovechar ese tiempo para familiarizarse con la zona. Dio un paseo y conoció los nombres de las calles, así como las calles que las cruzaban. Buscó algunos posibles lugares para esconderse durante la noche si fuera necesario.

Cuando regresó por tercera vez al apartamento vacío, Pierre estaba dormido. Jack decidió poner a prueba las habilidades de su socio. Entró sin hacer ruido y se deslizó detrás de él. Tomó una de las tazas de la mesa y la presionó contra la nuca de Pierre.

—Ya estarías muerto, Jack—, dijo Pierre.

Jack se rio. —¿Estás seguro?

—Sí, es cierto—, dijo una voz profunda detrás de él.

Jack se dio la vuelta, tomó su arma y se encontró cara a cara con un hombre negro grande. —

¿Quién diablos eres tú?

El hombre corpulento sonrió. Le faltaban la mitad de los dientes. La otra mitad estaba descolorida y astillada. Tenía una espesa barba, cejas pobladas y la cabeza calva o afeitada. Jack supuso que estaba afeitado. La cabeza del hombre estaba cargada de cera, del tipo que se utiliza después de afeitarse el cuero cabelludo.

Pierre se levantó. —Este es Gastón. Él va a trabajar para nosotros. Le pedí que viniera para que pudieras instruirlo sobre lo que necesitas y dónde lo necesitas. Cuando lleguemos aquí mañana, Gastón tendrá todo arreglado para nosotros.

Jack le tendió la mano. —Encantado de conocerlo.

Gastón asintió y estrechó la mano de Jack.

—Si alguna vez vuelves a sorprenderme—, dijo Jack, —te mataré.

Gastón se rio, se dio la vuelta y pasó junto a la puerta.

Jack le dirigió a Pierre una mirada curiosa.

—No te preocupes, es digno de confianza—, dijo Pierre.

Pasó otra media hora sin mucha actividad. Jack casi se había quedado dormido cuando Pierre le dio un codazo y señaló por la ventana a Foster y su séquito.

El grupo había crecido considerablemente. Allí estaban los tres guardaespaldas, pero también lo acompañaban dos hombres y tres mujeres.

—¿Es esto típico? — preguntó Jack.

—Sí, se entretiene a la hora de la cena. Siempre están los guardaespaldas. A veces amigos. A veces su esposa e hijos. A veces su amante y su hijo ilegítimo.

—Ojalá no haya niños mañana—, dijo Jack.

Pierre asintió. —Sí, eso sería complicado.

El toldo se retrajo y vieron a Foster y su grupo. Había cuatro mesas unidas. Dos camareros lo atendieron. Una de ellas era Corinne. Después de todo, tendrían algo de qué hablar esta noche.

El resto de la tarde y la noche transcurrieron con relativamente poca actividad. El grupo cambió, unas cuantas personas se unieron y otras se marcharon. De vez en cuando alguien se acercaba y tomaba una fotografía o pedía un autógrafo. A veces Foster se levantaba y abrazaba a un visitante. Jack supuso que era entonces cuando se intercambiaban drogas o información. Foster y sus invitados bebieron mucho. Sus guardaespaldas no lo hicieron. A las ocho y cuarto se levantaron y se fueron.

—Daremos el golpe a las seis—, dijo Jack.

—¿Por qué seis? — preguntó Pierre.

—Es arbitrario—, respondió Jack.

Pierre se encogió de hombros. —Suficientemente bueno para mí—. Caminó hacia la puerta y se volvió hacia Jack. —¿Vienes? Mi vecina Suzette va a hacer un asado esta noche.

—Voy a observar un rato. A ver si Foster o sus guardaespaldas regresan. Nunca se sabe.

—Haz lo que quieras.

—Dale mis saludos a Suzette.

La puerta se cerró. Jack se recostó, sacó una petaca de su bolsillo y tomó un buen y largo trago de whisky.

Lo suficiente para calmar sus nervios.

CAPÍTULO 21

La calle estaba poco iluminada, tal vez lo suficiente como para poder cruzar sin que nadie lo viera. Pero Jack decidió seguir la misma rutina que antes. Giró a la izquierda, caminó setenta metros, cruzó, giró nuevamente a la derecha y entró al restaurante por el patio.

Corinne estaba sentada en la barra. Parecía unos quince años más joven que Jack. ¿Por qué estaría ella siquiera interesada en él? Claro, era un chico guapo y recibía una buena cantidad de atención por parte de las mujeres. Pero ¿por qué estaría interesada una chica de veintiún años?

Ella sonrió y le guiñó un ojo cuando lo vio. Él le devolvió la sonrisa y momentáneamente empujó las preguntas al fondo de su mente.

—¿Nos vamos? — preguntó ella.

Miró alrededor del restaurante tomando nota mental de dónde estaban ubicados la cocina y los baños.

—Sí, salgamos de aquí—, dijo.

Salieron al patio delantero. Miró las tiras de luces tejidas sobre ellos.

—¿Estas se ponen todas las noches? — preguntó.

Ella se encogió de hombros. —La mayoría de las noches, supongo.

Esto sería algo a considerar si el impacto se produjera después de la puesta del sol. Las luces podrían desviar su objetivo. Sería sólo un poco, pero podría ser suficiente. El golpe tenía que realizarse sin problemas.

—¿A qué hora las encienden normalmente?

Corinne fingió un bostezo. —¿Por qué me preguntas acerca de las estúpidas luces? — Ella saltó frente a él y le agarró las manos. —Vamos, vamos a divertirnos un poco.

Empezó a preguntarse si había sido un error aceptar salir con ella.

Ella lo empujó a través de la puerta y caminaron por la calle poco iluminada. Ella tenía su brazo alrededor del suyo. Pensó en hacerla a un lado, pero la verdad era que no le importaba que una mujer hermosa se colgara de él de esa manera. Sus pensamientos se dirigieron a Clarissa y, por un momento, se sintió incómodo. Siempre habían dicho que no había ningún apego, que cada uno podía ir y venir como quisiera. Y prácticamente lo habían hecho durante los últimos dos años. Jack no era realmente el tipo de persona que podría comprometerse en una relación a largo plazo. Tampoco era el tipo de persona con quien deberían comprometerse. Cualquiera en su línea de trabajo sólo ponía en peligro la vida de sus seres queridos.

Corinne lo empujó hacia la izquierda, atravesó otra puerta y entró en un bar. La habitación estaba a oscuras. Había algunas pequeñas luces colgantes sobre la barra y cada mesa tenía una lámpara. Jack sintió como si hubiera retrocedido ochenta años.

—¿Qué quieres? — preguntó el camarero en francés.

Corinne nombró una bebida de la que Jack nunca había oído hablar. Él pidió un whisky,

pensando que eso no se perdería en la traducción. El camarero asintió y caminó hasta el otro extremo de la barra para empezar a preparar la bebida de Corinne.

—¿Whisky? — dijo ella. —Qué aburrido. ¿Por qué no pruebas lo que voy a tomar? — Se llevó el vaso a la boca y lamió el borde.

Jack se encogió de hombros. —Me quedo con lo que funciona.

—Oh, apuesto a que usas los mismos boxers de color blanco todos los días y estos aburridos pantalones caqui todo el tiempo—. Ella rio.

El camarero regresó con otra ronda de bebidas. Jack señaló el brebaje verde de Corinne.

—Yo también tomaré uno de esos—, dijo.

El camarero asintió y volvió a desaparecer.

—Así que hoy vi a una estrella de cine en el restaurante—, dijo Jack, pensando que este era un buen momento para reunir algo de información.

Corinne arrugó la cara. —Foster. No me gusta ese hombre.

Jack arqueó una ceja y no dijo una palabra.

—Creo que le gustan algunas cosas malas.

—¿Por qué piensas eso?

—Algo que me dijo una de las otras camareras. Ella salió con él por un tiempo. Su tercera amante en ese momento. De todos modos, siempre había gente apareciendo y su teléfono sonaba todo el tiempo. Desaparecía durante días seguidos.

¿Días a la vez? Eso no se mencionó en los informes de Pierre.

—Y él siempre estaba drogado—, continuó Corinne. —Finalmente, un día la golpeó. Sin ningún motivo. Simplemente la golpeó. Estaba en tan mal estado que estuvo en el hospital durante una semana.

Jack se mostró sorprendido, pero pensó que Foster era el tipo de hombre que golpearía a una mujer. No valoraba a las mujeres. Eso era obvio por su participación en la trata de mujeres para el comercio sexual.

—De todos modos—, dijo Corinne, —cambiemos de tema.

El camarero regresó con la bebida de Jack. Jack la recogió y se la llevó a la boca. Miró su reflejo en el espejo, puso los ojos en blanco y se volvió hacia Corinne. —No se lo digas a nadie.

Ella rio.

Tomó un gran trago del vaso, lo sentó e hizo una mueca. —¿Cómo puedes beber eso?

Corinne siguió riendo. Ella le agarró la mano. —Vamos Jack, salgamos de aquí. Quiero ir a bailar.

Jack gimió. Él bebió el resto de la bebida verde y la siguió hasta la puerta.

Ella tomó su mano y lo guio calle abajo. —No está lejos.

No llegaron muy lejos cuando fueron confrontados por tres hombres. Ellos eran jóvenes. Jack les calculó la edad alrededor de la edad de Corinne.

—¿Qué estás haciendo con este tipo, Corinne? — dijo el alto y flaco. Tenía el pelo largo, recogido en una cola de caballo. Vestía una camisa polo a cuadros y jeans azules. Tenía una barba rubia irregular. —Dije, ¿qué estás haciendo con este tonto?

Los otros dos hombres se posicionaron a un lado. El gordo estaba a la derecha de Jack, tal vez a un metro de distancia. Era más bajo que Jack, pero pesaba al menos veinticinco kilos más. Aunque todo era grasa. Jack pensó que podría derribar al hombre de un solo golpe. Al otro lado de Corinne estaba el tercer hombre. Jack no lo miró bien y no iba a quitar los ojos del alto y delgado frente a él.

Corinne tartamudeó: —Él... él es un amigo mío de Estados Unidos.

—¿Un amigo tuyo? — el hombre flaco miró a Jack de arriba abajo. —¿O el de tu mamá? Apuesto a que él se folla a tu mamá todas las noches y simplemente tenías que probar un poco, ¿eh?

—No le hables así a la chica—, dijo Jack.

El hombre dio un paso hacia un lado y se alineó frente a Jack. —Hablaré con ella como quiera—. Extendió la mano hacia atrás y sacó una cachiporra, se puso la correa alrededor de la muñeca y la hizo girar frente a él. Se detuvo y golpeó a Jack en el pecho con el arma. —¿Lo entendiste, viejo?

¿Desde cuándo tenía treinta y seis años?

—Déjalo en paz, ¿quieres? — dijo Corinne.

El hombre flaco parecía enojado. Se inclinó hacia Jack, sus rostros estaban a sólo quince centímetros de distancia.

—Oh, ¿quieres que deje en paz a tu amante? — El hombre flaco giró la cabeza y miró a Corinne con mala cara.

Jack no dudó. Agarró la muñeca y el codo del hombre, empujó y tiró, separando el brazo de la articulación del codo. La cachiporra estaba atada a la muñeca. Jack ni siquiera se molestó en quitársela. Ante la objeción a gritos del hombre flaco, Jack destrozó la laringe del hombre gordo al clavarle el arma pesada. Luego hizo girar la cachiporra en círculos. Golpeó al hombre flaco de lleno en los testículos y el tipo cayó al suelo en posición acunada. El tercer hombre empezó a correr. Jack sacó la cachiporra de la muñeca del hombre flaco y se la arrojó al hombre que huía. Lo golpeó en la nuca y cayó al suelo inconsciente.

Corinne gritó, una reacción muy tardía. Ella retrocedió contra la pared. —¿Quién eres?

Se acercó a ella con los brazos extendidos, tratando de calmarla. —Está bien. Éramos nosotros o ellos.

Miró a los tres hombres en el suelo. Todos resultaron heridos, pero estaban vivos.

Jack escuchó que se acercaba un auto, se giró y vio que era un taxi. Salió corriendo a la calle y paró el taxi. Llevó a Corinne hacia la puerta abierta y la metió dentro. Él se inclinó y la besó en la mejilla. —No vayas a trabajar mañana, ¿de acuerdo?

—¿Qué? ¿Por qué?

—No preguntes. Simplemente llama y reporta que estás enferma—. Cerró la puerta y observó cómo se alejaba el taxi.

Cuando se dio la vuelta, vio que el hombre alto y delgado se había levantado y había levantado la cachiporra del suelo. Estaba recostado contra el edificio en un esfuerzo por recuperar el aliento. El gordo se levantó ayudándose de un árbol. El tercer hombre, mucho más bajo que los otros dos, todavía estaba en el suelo, aunque parecía haber recuperado el conocimiento.

—Estás muerto, viejo—, dijo el hombre flaco.

Jack se encogió de hombros. —¿Qué te hace pensar que puedes manejarme?

—Tuviste suerte la última vez. Un golpe bajo.

Jack se llevó la mano a la espalda y sacó su arma. Apuntó al gordo y apretó el gatillo. Sonaron dos disparos y el gordo cayó al suelo.

El hombre flaco levantó la cachiporra y dio un paso hacia Jack. Se detuvo y miró su camisa. Una mancha de sangre se extendió rápidamente desde el centro de su pecho. Dejó caer la cachiporra y cayó de rodillas. Jack caminó hacia él y lo pateó. La cabeza del hombre golpeó el suelo con un ruido sordo.

Jack miró a su alrededor y notó que se habían encendido algunas luces. Empezó a caminar

calle abajo, asegurándose de dispararle en la cabeza al tercer hombre que finalmente había logrado ponerse de rodillas.

Al menos estos tipos no volverían a molestar a Corinne. Con suerte, ella no aparecería en el trabajo la noche siguiente. Tendría que descubrir cómo localizarla, aunque sólo fuera para disculparse por asustarla.

CAPÍTULO 22

—Por el amor de Cristo.

—¿Está todo bien, Oso? — Mandy preguntó desde el asiento trasero.

—Sí, todo está bien—, dijo. Sólo que no era cierto. El sedán azul llevaba treinta minutos detrás de él. Reflejó cada movimiento que hizo. Si él aceleraba, también lo hacía el sedán. Si él disminuía la velocidad, el sedán también lo hacía. Cambió de carril y el sedán también cambió de carril.

Los bastardos lo estaban siguiendo. Pero ¿cómo? No había manera de que supieran en qué auto estaba. Además, habían estado en la carretera durante tres horas y él había estado constantemente buscando alguna señal de que lo estuvieran siguiendo. Hasta hacía treinta minutos, no había notado que nadie los seguía.

Siguió mirando el espejo cada diez segundos.

Mandy debe haberlo notado. Se inclinó entre los asientos delanteros. —¿Estás seguro de que estás bien?

Ignoró a la chica y redujo la velocidad a unos cincuenta kilómetros por hora. El sedán también redujo la velocidad y estaba justo detrás de él. En el coche viajaban cuatro hombres. Los dos en el asiento delantero estaban hablando. Parecía que el pasajero le estaba ladrando órdenes al conductor. El pasajero señaló la próxima salida y el sedán se salió de la carretera.

Oso suspiró ruidosamente, se inclinó hacia adelante y abrazó el volante.

—Ey, ¿qué es eso?

—¿Qué, cariño?

—Esa cosa en tu espalda.

Miró a Mandy de reojo. —¿Qué cosa?

—No sé, hay algo de metal pegado a tu camisa.

Oso gritó mientras desviaba el auto hacia el arcén de emergencia. Saltó y se quitó la camisa. En la parte de atrás encontró un transmisor. Arrancó el transmisor de la tela, maldiciéndose a sí mismo por permitir que lo colocaran allí.

El hombre del callejón debió habérselo plantado. Lo habían estado siguiendo durante horas. Sacó el transmisor de la camisa y se la volvió a poner. Se sentó sobre el capó de su auto y pensó por un momento. Sabían dónde estaba. Podía usar esto a su favor, sólo tenía que esconder a la niña primero.

Media hora más tarde, Oso entró en un callejón bordeado de almacenes a ambos lados. Había conducido el pequeño coche de alquiler a ciento sesenta kilómetros por hora en la autopista, lo que debería haberle proporcionado al menos diez minutos antes de que lo alcanzaran. Pensó que Mandy estaría a salvo en una sala de juegos. El único que podía sacarla del lugar era Oso. Si algo le sucediera, ella terminaría bajo custodia y llamarían a Jack. Ahora, Oso sólo tenía que atrapar al

equipo enviado para matarlo.

Entró en uno de los almacenes, todos parecían abandonados, y plantó el transmisor en una oficina cerrada. Paredes sólidas, sin ventanas, sólo una puerta. Igual que el propio almacén. Si el equipo era fiel a su forma, entonces entrarían tres y uno vigilaría la puerta.

Oso tomó posición en el edificio abandonado al otro lado de la calle y esperó.

Ocho minutos más tarde pasó el sedán azul. Redujo la velocidad al pasar por el edificio y luego giró a la izquierda en la siguiente calle. Oso supuso que estaban revisando la parte trasera del edificio, tal como él lo había hecho antes. Pasaron unos minutos más y los cuatro hombres aparecieron en la calle desde el costado del almacén. Todos iban vestidos igual, con trajes oscuros y zapatos negros. Los cuatro tenían el pelo muy corto, tres castaños y uno gris. Ninguno tenía vello facial. Todos estaban en bastante buen estado. Oso haría todo lo posible para evitar una pelea con estos tipos. Eran auténticos asesinos entrenados.

Tres entraron. Uno se quedó afuera. Sabía que el equipo tardaría treinta segundos en llegar a la oficina.

Oso lo cronometró y a los treinta segundos disparó al hombre ubicado afuera de la puerta del almacén. El disparo alcanzó al hombre en la frente y éste cayó al suelo. Medio minuto después, la puerta se abrió. Oso apuntó y disparó otro tiro entre la rendija de la puerta. Un hombre cayó al cemento, dejando la puerta abierta de par en par. Un tercer hombre se asomó para entrar el cuerpo de su compañero.

Oso no dudó. Disparó una tercera bala en la parte superior de la cabeza del hombre. El tipo se desplomó sobre el cuerpo de su compañero.

Oso esperó unos minutos, pero el cuarto hombre nunca cruzó la puerta. Ahora estaba en desventaja. Sólo había una puerta y no había ventanas. Oso sería el que correría peligro de recibir un disparo si atravesaba la puerta. Salió por la puerta lateral del edificio y comenzó a caminar hacia su auto. Pero la curiosidad pudo más que él. Tenía que saber quién estaba detrás de esto, confirmar sus sospechas. Dio media vuelta y llegó al costado del almacén. Se dirigió hacia la puerta, con la espalda apretada contra el edificio. La puerta estaba abierta y no podía cerrarse debido a los cadáveres en el suelo. Oso rápidamente asomó la cabeza y vio al hombre sentado en el suelo, con las rodillas levantadas y la cabeza hundida entre las rodillas.

Algún profesional.

Sin dudarlo, Oso se inclinó y le disparó al hombre en el hombro derecho.

El hombre gritó, cayó hacia atrás y rodó hacia su lado izquierdo. El arma que sostenía cayó cuando la bala atravesó la carne, los músculos y los huesos de la parte superior de su brazo.

Oso entró corriendo, pateó el arma y levantó al hombre, inmovilizándolo contra la pared.

El hombre gritó de dolor.

—¿Quién te envió? — preguntó Oso.

El hombre apretó los dientes. —Púdrete.

Oso apuntó el arma a la cabeza del hombre. —¿Ves a tus amigos allí? ¿Eh? ¿Quieres terminar como ellos?

El hombre apretó los ojos con fuerza y trató de escupirle a Oso, pero el líquido se le escapó de la boca y le colgó en mechones de la barbilla.

Oso dejó caer al hombre y le dio una patada en las costillas. Luego lo agarró por el hombro y lo arrastró hasta la puerta principal.

—Míralos—, gritó Oso. —Dime lo que quiero saber.

El hombre empezó a llorar. —Está bien, te lo diré. Pero no me mates.

Oso soltó al hombre y retrocedió unos pasos.

—Charles nos envió. Me dijo que el viejo no podía saberlo.

Oso dejó caer la cabeza y se frotó los ojos. Levantó el arma frente a él. —¿Me estás diciendo la verdad?

El hombre retrocedió. —Honestamente ante Dios, hombre. Es la verdad.

Oso suspiró y bajó el arma. —Gracias.

Caminó hacia la puerta. Al pasar junto al hombre, sacó el arma y le disparó un solo tiro en la cabeza.

CAPÍTULO 23

Mitchell Foster abrió los ojos, se sentó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Se dio la vuelta y se deslizó fuera de su cama hecha a medida, que era un metro más ancha y sesenta centímetros más larga que una cama tamaño matrimonial tradicional. Lo cubrían unas arrugadas sábanas de satín hechas a medida, de color azul y rosa. Foster fue al baño y luego bajó las escaleras. Su lujoso apartamento estaba lleno del olor a panqueques de arándanos.

Entró en la cocina y saludó a Gloria, su asistente personal, chef, criada y conductora. Ella había estado con él desde sus días de alto perfil como actor famoso.

—¿Hambriento? — preguntó ella.

Él asintió y tomó asiento a la mesa. Miró por la ventana la concurrida calle de abajo, llena de gente que se dirigía al trabajo y a la escuela, al mercado o simplemente a hacer turismo.

Gloria colocó una taza de café frente a él. —Hoy tienes una reunión para almorzar con Harstein.

—Genial—, dijo. —No puedo esperar.

Él y Jack Harstein habían producido películas juntos hace casi una década. Por lo que Foster había oído, Harstein ahora estaba arruinado y lo más probable era que hubiera gastado sus últimos dos mil dólares en un viaje a París para visitar a Foster y pedirle dinero para producir alguna película de acción de mierda.

Gloria lo miró por encima del hombro. —Ustedes dos solían ser amigos. ¿Qué daño haría colaborar en una nueva película?

—El pasado es el pasado, Gloria.

—Entonces, ¿por qué me mantienes cerca?

Él sonrió. —Tú eres la único que me entiende.

Oyó abrirse la puerta principal. Pies pequeños golpeaban la escalera.

—¡Papá, papá! —, dijo emocionada la hija de seis años de Foster. Su pálido rostro se iluminó al ver a su padre. Le faltaban dos dientes frontales, lo que hacía que su sonrisa pareciera mucho más grande, pero también le provocaba un ligero impedimento en el habla. Ella saltó a su regazo y su cabello rubio le hizo cosquillas en la nariz. —¿Qué hay para desayunar?

—Cuidado con el café de papá, muffin—, dijo Foster.

—Panqueques de arándanos—, dijo Gloria. —¿No huelen delicioso, Anna?

—Mmmmmmm—, dijo Anna.

—Hola, Mitch—. Sandra, la esposa de Foster, entró a la cocina cargando a sus otros dos hijos: Jake, su hijo de dieciocho meses, y Jessie, su hija de tres años. Ambos se aferraron a su madre.

Gloria acudió en ayuda de Sandra y agarró a Jessie.

Foster sentó a Anna en la silla junto a él y se acercó a Sandra. Se inclinó para besar sus

labios. Ella giró la cabeza hacia un lado.

—Todavía no—, dijo. —Todavía no lo sé.

—Simplemente regresa—, dijo Foster. —Te extraño. Extraño a los niños.

—¿Qué hay de ella?

Sandra se refería a Lorraine, la amante de Foster, con quien tuvo una hija ilegítima llamada Sophie.

Foster se dio la vuelta. —Te dije que eso se acabó.

Todos se sentaron a la mesa y desayunaron juntos. Luego, Sandra reunió a los niños y se dirigió a la puerta principal.

—¿Te veré esta noche, papá? — preguntó Anna.

—Sí, por supuesto—, respondió Foster. —¿Por qué no vienen todos a cenar al restaurante esta noche?

Sandra puso los ojos en blanco. —Bien, estaremos allí alrededor de las seis.

—Gloria—, gritó Foster desde la puerta principal.

—Sí—, dijo desde lo alto de las escaleras.

—Voy al restaurante a almorzar.

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto que indicaba que esperaba lo mismo.

—Hazme un favor—, dijo Foster. —Llama a Harstein y dile que se reúna conmigo allí hoy a las cuatro y media. Tengo otros asuntos que atender.

Salió y se unió a la corriente de gente que caminaba por la calle. Pasó por el mercado y se detuvo en el camino para comprar una manzana. Charló con varios proveedores diferentes. Todos los días hacía este paseo y disfrutaba conociendo a la gente común de la ciudad. Personas que no tenían ni idea de que alguna vez había sido un actor importante de Hollywood.

Después de pasar por el mercado, giró a la derecha y se detuvo frente a un edificio muy antiguo. Llamó a la sencilla puerta. Trozos de pintura roja colgaban de la puerta en tiras, y algunos estaban esparcidos por el suelo. Debajo de la pintura se hallaba una puerta que había sido testigo de siglos de actividad en la calle. Foster miró fijamente la calle y se preguntó cómo sería la escena hace doscientos años.

La puerta se abrió. —¿Sí?

Foster se dio la vuelta y asintió hacia el rostro medio oculto.

—Lo siento, Foster. No me di cuenta de que eras tú—. El hombre abrió la puerta.

Foster entró y le arrojó una manzana al hombre. —No hay problema, Adrien. No hay problema en absoluto.

Adrien llevó a Foster a una pequeña oficina. En la oficina había un escritorio antiguo cubierto de polvo. Había una pila de papeles de cerca de treinta centímetros de alto en un extremo.

Foster se aclaró la garganta. —Me encanta lo que has hecho con el lugar.

Adrien bajó los ojos. —Lo siento, amigo. He estado muy ocupado este mes y no he tenido mucho tiempo para limpiar.

—Sólo asegúrate de que nada que tenga mi nombre esté en este escritorio. ¿Entendido?

—Seguro.

—Entonces, ¿cuál es la noticia? ¿Cómo van las operaciones?

—Bueno, no tan bien—. Adrien jugueteó con una grapadora y evitó mirar a Foster.

Foster se inclinó hacia delante y puso el brazo sobre el escritorio. —¿Qué quieres decir con no tan bien?

—Bueno, eh, parece que tenemos... — Adrien se aclaró la garganta. —Hemos perdido un

envío.

Foster se levantó y empujó los papeles del escritorio.

—¿Perdiste un envío? — preguntó Foster. Puso sus manos sobre el escritorio y se cernió sobre Adrien. —¿Cómo se pierde un envío de dos docenas de mujeres?

—Creemos que el envío fue interceptado.

Foster se dio la vuelta, juntó las manos detrás de la cabeza y se echó a reír. Detrás de él, Adrien dejó escapar una risa nerviosa. Foster dejó de reír y miró a Adrien por el rabillo del ojo. El hombre estaba de espaldas a la pared y tenía algo en las manos. Foster buscó debajo de su camisa y sacó una pistola de nueve milímetros de su cintura. Se dio la vuelta y apuntó con el arma a Adrien, que sostenía un palo de golf.

—¿Qué diablos vas a hacer con eso? — preguntó Foster.

Adrián no respondió. Se quedó allí, con los ojos vidriosos y el cuerpo temblando.

Foster se acercó.

Adrien dejó escapar un zumbido agudo.

Foster escuchó el sonido de gotas cayendo al suelo. Miró hacia abajo y vio una creciente mancha húmeda en la parte delantera de los pantalones de Adrien. Él puso los ojos en blanco.

—Arréglalo—, dijo Foster. —Arréglalo para mañana o estarás muerto.

Foster atravesó la puerta principal, se detuvo bajo el toldo y ocupó su asiento habitual. Sacó su teléfono, llamó a su guardaespaldas Terrance y le dijo al equipo que se reunieran con él afuera de la casa de Lorraine a la una y media. Detuvo a una camarera, pidió una taza de café y un sándwich. Encendió un cigarrillo y se recostó, disfrutando de la brisa inusualmente cálida ese día en París.

La camarera le entregó el café. —Tu sándwich estará listo pronto.

Él asintió en señal de agradecimiento, apagó el cigarrillo y tomó un sorbo de café.

—Hola Mitchell.

Levantó la vista y vio a Lorraine, con un vestido blanco firmemente ceñido a su cintura que le llegaba hasta las rodillas. Él se puso de pie, le pasó el pelo castaño y rizado detrás de las orejas y la besó. Le puso una mano en el hombro, acercó una silla y le indicó que se sentara.

—¿Dónde está Sophie? — preguntó.

—Ella está con mi mamá—, le dijo Lorraine.

El asintió. —¿La traerás esta noche?

—Claro, puedo hacer eso.

—Sólo asegúrate de que sea después de las ocho.

—¿Ella estará aquí antes?

Foster suspiró. —Por favor, no empieces conmigo. Ella se mudó. Pronto nos divorciaremos y tú y yo podremos comenzar nuestra vida juntos.

Lorraine desvió la mirada y esperó para llamar la atención de la camarera. —Café y lo que sea que haya para almorzar.

Se sentaron en silencio esperando que llegara la comida.

CAPÍTULO 24

Clarissa se sentó en el alféizar de la ventana y contempló la ciudad. Parecía que era todo lo que podía hacer. El viejo la había trasladado a otro piso. Tenía dos guardias afuera de su habitación y uno adentro. Ella encontró eso extraño. ¿Por qué pondrían un guardia armado en la habitación con ella? El anciano tenía que saber que ella era capaz de desarmar a un hombre y que no lo pensaría dos veces antes de quitar una vida para salvar la suya. La única razón que se le ocurrió para obedecer fue Jack. Tenía la sensación de que, si hacía algo, Jack se metería en muchos problemas.

Volvió su atención a la ciudad de abajo y pensó en su padre. La última vez que lo vio tenía dieciséis años. Fue su cumpleaños. Decir que le organizó una fiesta sería una exageración. Fue una reunión familiar y con algunos de sus amigos. Jack estaba allí. Lo había conocido a lo largo de los años, pero ese día su padre se propuso presentárselo. Más tarde llevó a Clarissa a un lado.

—Cariño, escúchame—, había dicho. —Si alguna vez me pasa algo, acude a Jack. Es el mejor hombre que he tenido conmigo en el campo. Me salvó la vida. Jack Noble es el único hombre en quien confío para proteger a mi pequeña. ¿Entiendes?

Ella le había asentido, más que nada en un esfuerzo por seguirle el juego. ¿Qué pasaría con su padre? Era el mejor en lo que hacía. Y ¿Protección? ¿Por qué necesitaría protección? Desde que tenía cinco años, su padre la había criado para que fuera tan dura como él. Podía disparar tan bien como cualquier chico. Ella podía manejar a la mayoría de los chicos en una pelea. De hecho, una noche había derribado a dos tipos que intentaron atacarla en la calle.

Las últimas palabras que su padre le dirigió cuando cumplió dieciséis años, la última noche que lo vio con vida, fueron: —Si algún día no estoy cerca, acude a él. Señaló a Jack. Después de eso se fue con sus amigos. Cuando regresó al día siguiente, encontró una nota que él había dejado sobre la mesa diciendo que tenía que viajar al extranjero. Después de eso hablaron por teléfono esporádicamente. Un par de años más tarde, Jack apareció en su puerta con lágrimas en los ojos. Él no tuvo que decir nada, ella lo supo en el momento en que lo vio.

Jack cumplió su parte del trato, a pesar de la resistencia inicial de Clarissa. Cada vez que estaba en la ciudad, estaba con ella. Le recordaba a su padre. Con el tiempo, llegó a considerarlo un hermano mayor. Cuando él dejó el servicio y se mudó a Nueva York, ella lo acompañó. Él la ayudó a instalarse en un apartamento y a conseguir un trabajo de oficina. El trabajo no duró mucho. Era demasiado aburrido para ella. Discutió con ella cuando empezó a bailar, pero no pudo hacer mucho para detenerla. Ella no le habló de su trabajo independiente, pero sospechaba que él lo sabía.

Luego, hace unos cinco años, las cosas cambiaron. Fue atacada en el escenario y terminó en el hospital. No era nada grave, pero Jack estaba ahí para ella. Cómo lo había sabido, no estaba segura. Pero él apareció y la cuidó. Se quedó con ella todas las noches hasta que estuvo lo

suficientemente bien como para cuidar de sí misma. Unas semanas más tarde, vio la foto del hombre en las noticias. Había sido brutalmente asesinado. Le preguntó a Jack al respecto, pero él simplemente hizo caso omiso.

Fue en ese momento que supo que Jack Noble era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida.

Clarissa bajó del alféizar de la ventana y miró al guardia sentado al otro extremo de la habitación. Él le guiñó un ojo. Ella puso los ojos en blanco.

Su teléfono celular sonó. —¿Sí? —, dijo. —Claro, la llevaré.

Se apoyó contra la pared con los brazos y las piernas cruzadas.

—Vístete—, dijo. —El viejo quiere verte.

—Hola—, le dijo el anciano a Clarissa mientras ella se sentaba a la mesa. —Me tomé la libertad de hacer un pedido para usted. Espero que le guste la comida china.

Ella no dijo nada.

—Correcto—, dijo. —Mañana ocurrirá el intercambio. Nos comunicaremos con el señor Jack en breve para asegurarnos de que no se haya olvidado del trato—. Él sonrió. —Le agradezco por ser tan paciente durante esta terrible experiencia. Espero que se dé cuenta de que esto no es nada personal.

Ella asintió y tomó un trago.

—Admiro su dureza, Clarissa. Me pregunto si consideraría tomar un puesto en mi organización.

Una sonrisa cruzó los labios de Clarissa y una risa escapó de su boca.

El viejo ladeó la cabeza. —¿Algo gracioso?

—¿Crees que trabajaría para un peón insignificante y cobarde como tú?

El guardia a su derecha la agarró por la parte de atrás del cabello y le echó la cabeza hacia atrás. —Cuida tu boca—, le dijo.

El anciano extendió las manos. —Cálmate. Hay gente alrededor.

Clarissa miró a su alrededor. Había algunas parejas en el restaurante del hotel. La pareja más cercana a ellos la miró fijamente. El hombre se quitó el anillo de bodas y la miró como si le preguntara si necesitaba ayuda. Ella sonrió y negó con la cabeza, ante lo cual él se recostó en su silla, sin quitar los ojos de la mesa de Clarissa.

—Aprecio tu oferta—, dijo Clarissa. —Pero me niego.

—Muy bien—, dijo el anciano. —Sin resentimientos. De todos modos, como decía, el intercambio se realizará mañana. Podrá irse tan pronto como el señor Jack presente los documentos. Pero debo prepararla también para la otra posibilidad. Si el señor Jack no lo hace. Si no se presenta o no presenta los documentos, permanecerá bajo mi custodia.

Clarissa luchó contra el impulso de saltar y correr.

El anciano sacó un cuchillo de debajo de la mesa. Lo levantó y lo trazó a lo largo de sus dedos. —Cada día que pasa, perderá una parte del cuerpo. Un dedo, luego una mano. Un dedo del pie, luego un pie. Estos se entregarán al señor Jack hasta que cumpla su parte del trato.

—¿Por qué me dices esto? — gritó ella. —Sabes que cumplirá—. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

El hombre de la mesa se acercó corriendo. —¿Está bien, señorita?

Ella asintió hacia él. —Vuelve, no deberías haber...

Uno de los guardias apuntó con una pistola a un lado de la cabeza del hombre. La esposa del hombre jadeó.

—Escucha a la chica—, dijo el guardia. —Vuelve a tu mesa y toma tu sopa.

El hombre retrocedió con las manos en alto hasta llegar a su mesa. Tomó a su esposa de la mano y la acompañó hasta la puerta. El resto de la gente en el restaurante siguió su ejemplo.

El anciano continuó cuando estuvieron solos. —Estoy seguro de que lo hará, querida. Sólo quería prepararla para lo que podría venir.

Clarissa se cruzó de brazos y miró hacia otro lado. Él estaba jugando con ella y ella le seguía el juego.

CAPÍTULO 25

Jack llegó al apartamento abandonado antes de las ocho de la mañana. No conocía la rutina de Foster lo suficiente como para establecer si era o no el tipo de persona que tendría un guardaespaldas vigilando un lugar regular horas antes de él llegar.

Jack registró el apartamento, lenta y deliberadamente. Revisó los armarios, detrás de las cortinas, debajo de las camas y de las mesas. Si se hubiera escondido un error, lo encontraría. Después de veinte minutos, abandonó el apartamento, satisfecho de que Pierre y su socio no iban a volverse contra él.

Regresó a la cocina y a la sala y terminó su taza de café. Según lo solicitado, un rifle M40A3 descansaba en el suelo debajo de la ventana desde la que planeaba disparar. Junto al rifle había un estuche abierto y dentro había dos pistolas de nueve milímetros. Jack se arrodilló frente al estuche, sacó cada arma y la inspeccionó cuidadosamente. Estaban listas para la acción.

Por si acaso.

Había muchos escenarios en los que entraría en juego el "por si acaso". Jack hizo una mueca mientras los peores escenarios posibles se desarrollaban en su mente. Lo peor que podía pasar era que el disparo fallara y alguien descubriera de dónde venía. Los guardaespaldas de Foster encontrarían el camino al interior. No conocía a los hombres per se, pero conocía su tipo. Eran mercenarios. Y considerando la cantidad de dinero que Foster tuvo que gastar, serían algunos de los mejores en el negocio.

Al otro lado de la calle, los chefs y los camareros comenzaron a amontonarse en el patio del restaurante. Juntaron cuatro mesas y se sentaron a fumar cigarrillos, tomar café y comer pasteles antes de comenzar a trabajar. Jack estudió al grupo y determinó que Corinne no estaba entre ellos.

En unas horas llamaría al restaurante y verificaría que había seguido sus instrucciones y se había mantenido alejada.

Jack miró a un lado y a otro de la calle.

¿Dónde diablos está Pierre?

Le había pedido que estuviera en el apartamento a las nueve de la mañana. Eran las nueve y diez y Pierre no se presentó.

Jack jugueteó con una bala subsónica. El cartucho bailó a lo largo de los nudillos de su mano derecha.

Estaba bastante seguro de que el anciano tenía a alguien siguiéndolo o al menos informando cuándo salió del hotel. ¿Podría el viejo haber interceptado a Pierre? Sería un movimiento improbable, incluso para alguien tan poderoso como el anciano. Pierre era un agente del gobierno francés de alto rango. Eliminarlo sería como eliminar a uno de los principales agentes de la CIA. Sería como si el anciano se invitara a sí mismo a su propio funeral.

Aun así, Jack no podía quitarse ese pensamiento de la mente. ¿Qué pasaría si Pierre estuviera siendo torturado por el anciano para obtener información en este momento? Jack sabía muy bien que Pierre estaba entrenado para no ceder ante la tortura. ¿Pero el francés arriesgaría su vida por Jack? Todo lo que Jack tenía que hacer era mirarse a sí mismo para encontrar la respuesta. Sólo había dos personas por las que moriría: Clarissa y Oso. Bueno, que sean tres. Ahora daría su vida para salvar a Mandy.

Tenía que haber una explicación más sencilla. Quizás Pierre había sido arrestado. No, un hombre como Pierre no permanecería mucho tiempo en la cárcel, si es que lo metían tras las rejas. Una llamada y sus empleadores lo liberarían.

¿Una misión? Es posible que su empleador necesitara que él se ocupara de algo. ¿Pero no encontraría una manera de notificar a Jack si ese fuera el caso?

Jack paseaba por la habitación, observando la calle desde cada ventana por la que pasaba. Golpeó la pared con el puño. Estaba perdiendo el foco. Su atención debía estar en el restaurante, no en las calles buscando a Pierre.

Finalmente apareció Pierre. Caminó al otro lado de la calle, pasó por el restaurante y recorrió dos cuadras más. Luego cruzó la calle y se dirigió al edificio de apartamentos.

Jack vigilaba a la gente que se divertía antes de trabajar en el patio. Ninguno de ellos pareció darse cuenta o importarle que un hombre que había pasado junto a ellos minutos antes ahora estaba al otro lado de la calle.

Pierre desapareció de la vista cuando entró al edificio. Menos de un minuto después, estaba en el apartamento disculpándose profusamente con Jack.

—Llegas treinta minutos tarde—, lo regañó Jack.

—Lo siento mucho, Jack. Por favor acepta mis disculpas. Tenía algo de qué ocuparme anoche y solo terminé hace una hora.

Jack lo miró de arriba abajo desde su posición cerca del rifle y dos pistolas. —¿Qué era?

Pierre se rascó la barba incipiente. —Decirte eso sería violar mi juramento al gobierno francés—. Extendió las manos en tono de disculpa.

Jack pensó por un momento. —Entiendo—. Se volvió hacia la ventana. —¿Qué hay en la bolsa?

Pierre se acercó a él y abrió la bolsa. —Tinta—, dijo, —para las ventanas. Menos posibilidades de que nos vean.

—¿No crees que alguien podría notar que las ventanas se oscurecen de repente?

—¿Por qué les importaría? — dijo Pierre. —No es que supieran que este apartamento está vacío. E incluso si lo supieran, asumirían que el propietario lo hizo para atraer a un nuevo inquilino.

Jack se encogió de hombros. Sería mejor que alguien notara el tinte a que él o Pierre fueran vistos.

—Yo me encargo—, le dijo Pierre.

—Voy a tomar un café—. Jack salió del apartamento, bajó las escaleras y giró a la derecha hacia la acera.

Pierre señaló al hombre bronceado con la cabeza rapada que caminaba solo hacia ellos, al otro lado de la calle.

—Ese es él—, dijo.

—¿Por qué está solo? — preguntó Jack.

Pierre se encogió de hombros. —Nada de lo que tenemos sobre él dice que viaja solo. Nunca.

Jack se deslizó hasta la ventana al final de la habitación, se presionó contra la esquina donde

se unían las paredes y exploró la calle detrás de Foster. *¿Quizás sus guardias lo estén siguiendo?*

—¿Alguien más? — preguntó Pierre.

—No. No hay nadie con él.

—Extraño. Algo debe estar pasando.

Jack volvió a ocupar su lugar junto a Pierre y sacó un par de binoculares. Estudió el rostro de Foster a través de las lentes de alta potencia. No parecía diferente que el día anterior. De hecho, tenía una leve sonrisa y no la mirada aburrida que cruzaba por su rostro el día anterior.

—¿Lo sacamos ahora? — preguntó Pierre.

Jack se agachó y colocó el rifle sobre sus piernas.

—Dale un momento—, dijo. —No sabemos si sus guardaespaldas están debajo de nosotros, en el restaurante o en otro edificio.

—Está bien—, dijo Pierre. —Bueno, esperemos.

Pierre iba de ventana en ventana, presionando su rostro contra cada una. —Nadie. No veo a nadie en la calle.

Foster se había sentado en el patio. El cielo estaba nublado y, a juzgar por el balanceo de los árboles, una agradable brisa soplaba a través de la calle. El toldo estaba pegado al edificio. Jack podría disparar ahora mismo y terminar con el trabajo.

—Voy a disparar—, dijo.

Pierre se enderezó. —Está bien. Monta todo y yo supervisaré.

Jack levantó la ventanilla lentamente. Metió la mano en la bolsa junto a donde había estado descansando el rifle M40A3 y sacó el trípode. Una vez erigido, colocó el rifle encima, se estabilizó y apuntó a la cabeza de Foster.

—¿Cabeza o corazón? — preguntó Pierre.

—Cabeza—, respondió Jack. —¿Por qué arriesgarse?

Aunque no importaba. Te acercabas lo suficiente a cualquiera de los dos y esta arma abriría un agujero en el cuerpo lo suficientemente grande como para asegurar la muerte. Sí, haría un desastre. Pero en un caso como éste, un desastre era aceptable.

Jack se inclinó y se preparó para disparar. —Tranquilo—, susurró un par de veces. Encogió los hombros, hizo crujir el cuello y exhaló ruidosamente. —Aquí vamos.

—Espera—, dijo Pierre.

—¿Qué? — preguntó Jack.

—Allí, a la derecha.

Jack miró al francés y siguió su brazo extendido.

—Santo Cristo—, dijo Jack. —Policías.

Tres policías entraron al patio por la puerta de hierro forjado y se sentaron en la mesa frente a la mesa de Foster.

—Podríamos matarlos a ellos también—, dijo Jack. Miró a Pierre con una sonrisa.

Al francés no le hizo ninguna gracia. —Aquí en mi país no aceptamos daños colaterales—. Su voz se intensificó cuando se volvió hacia Jack. —Especialmente no cuando los objetivos son miembros de las fuerzas militares o policiales.

Jack levantó las manos.

—Mal chiste, Pierre. Pido disculpas.

Los hombres permanecieron en silencio durante la siguiente hora. Jack intentó disculparse varias veces, pero Pierre se negó a escucharlo. El sol salió y el toldo verde y blanco cubría ahora el patio. Los policías se fueron hace diez minutos, pero con el toldo bajado, lo único que Jack y Pierre pudieron hacer fue esperar a que Foster se fuera. Aunque sería un tiro arriesgado. Foster

podría caer hacia la acera, tal vez a la calle. Habría una multitud. Seguramente alguien entre la multitud vería a Jack y Pierre salir del edificio.

Unos minutos más tarde, Jack se sentó. Foster estaba de pie al borde del toldo, fumando un cigarrillo.

—¿Qué te parece ahora? — preguntó Jack.

Pierre se sentó y miró por la ventana. —¿Sabemos quién más está bajo el toldo?

—Hace un rato entró una mujer. Los policías se fueron hace unos quince minutos.

—Esto podría funcionar entonces.

—Mejor que en la puerta—, dijo Jack.

Volvió a situarse detrás del rifle, apuntó y se preparó para apretar el gatillo. Los segundos parecieron minutos cuando Jack estabilizó sus manos y desaceleró su respiración. El más mínimo movimiento podría desviar la bala de su curso. Desconocer la posición de las personas bajo el toldo podría significar un desastre. Podría eliminar a dos o tres personas si el tiro estuviera correctamente alineado.

Una mujer vestida con un vestido blanco corto se encontraba justo en el camino de su disparo. Era alta y su cabeza casi bloqueaba la de Foster.

—¿Daños colaterales? — preguntó.

—No—, respondió Pierre. —Regresará. Haremos el tiro esta noche.

Jack se levantó y caminó hacia el otro lado de la habitación. Hizo dos agujeros en la pared, uno para cada puño.

—Se han ido—, dijo Pierre.

—¿Izquierda?

—Sí.

Foster regresó al restaurante antes de lo esperado. Jack ni siquiera se habría dado cuenta si no hubiera levantado los ojos del libro que tenía en el regazo precisamente en el momento adecuado.

—Ha vuelto—, dijo Jack.

Pierre abrió los ojos y bostezó. —Hoy no está en su carácter, ¿no? Son sólo las cuatro de la tarde.

Los guardaespaldas de Foster lo flanqueaban. Uno de los camareros le hizo un gesto con la cabeza al hombre que entró y se deslizó bajo el toldo.

Media hora más tarde, uno de los guardaespaldas de Foster salió de debajo del toldo y saludó a un hombre en la puerta. Jack tomó los binoculares para ver al hombre alto con cabello gris descuidado. Vestía jeans azules y una chaqueta. Se giró para mirar por encima del hombro y Jack vio fijamente su rostro. Le resultaba familiar, pero Jack no podía localizarlo. En lo que respecta a Foster, este tipo podría ser cualquiera: un traficante de drogas, un actor, literalmente cualquiera.

El hombre desapareció bajo el dosel junto con el guardaespaldas.

Pasó otra media hora y el sol se había escondido detrás de los edificios al otro lado de la calle, proyectando una sombra sobre el cañón urbano. Un miembro del personal de servicio apareció y desenganchó las líneas de soporte del toldo. Unos minutos más tarde yacía plano contra el costado del edificio.

Foster estaba sentado en un rincón, con la espalda contra la pared. Exactamente el lugar que Jack habría elegido para sí mismo. Dos de los guardaespaldas de Foster estaban sentados a la mesa a cada lado de él. El tercero estaba cerca de la puerta que daba al restaurante. El hombre del pelo gris revuelto estaba sentado de espaldas a Jack. Estaba hablando bastante animadamente. Foster negó con la cabeza ante casi todo lo que decía el hombre.

Observaron cómo se desarrollaba la conversación durante otros treinta minutos.

—Lo que daría hoy por un micrófono parabólico—, dijo Jack.

—¿Un qué?

—Es un micrófono grande con forma de cúpula. Excelente para captar conversaciones, movimientos y cosas así.

—Ah, ya veo—, dijo Pierre.

El hombre de la chaqueta se puso de pie. Jack cogió los binoculares.

—Harstein—, dijo Jack. —Es productor de cine. Él y Foster hicieron algunas películas juntos hace una década.

—¿Crees que está involucrado en las operaciones de Foster?

Jack se encogió de hombros. Era posible, pero a juzgar por el lenguaje corporal de Harstein, parecía un hombre rechazado. —No lo creo, pero es posible que quieras averiguar eso"

—¿Lo harás?

Jack miró a Pierre. —Sólo si alguien me paga para hacerlo.

El guardaespaldas de pie condujo a Harstein hasta la puerta y luego regresó a la mesa mientras el abatido productor de cine caminaba encorvado por la calle.

—Creo que voy a hacerle a ese hombre una o dos preguntas—, dijo Pierre.

Jack asintió. —No es una mala idea.

Pierre salió del apartamento. Jack se puso de pie para verlo mejor saliendo del edificio. Mientras Pierre corría por la calle, Jack alternaba entre mirar a Foster y a Pierre. Hasta el momento nadie lo había visto. Pierre alcanzó a Harstein y los dos hombres doblaron una esquina y desaparecieron de la vista.

Era casi de noche cuando Pierre regresó al apartamento.

—Tenías razón, Jack. Él no está involucrado con Foster.

—¿Que quería él?

—Capital para una nueva película.

—¿Foster mordió?

Pierre ladeó la cabeza y arqueó una ceja. —¿Quieres decir que si está de acuerdo?

Jack asintió.

—No. De hecho, le dijo a Harstein que se fuera al infierno.

Jack se encogió de hombros. Se inclinó y señaló el cuello de Pierre.

—¿Sangre? — preguntó Jack.

Pierre sonrió. —No podía permitir que volviera al restaurante preguntando por qué un francés extraño, pero increíblemente guapo lo había seguido y le había preguntado sobre su encuentro.

Jack asintió y apoyó los pies en el alféizar de la ventana.

—Se acerca el momento—, dijo Jack.

—De acuerdo. ¿Me perdí algo?

Jack señaló. —Parece que su esposa y sus hijos se han unido a él.

—Mierda.

—Concuerdo.

Jack se movió en su asiento y se colocó detrás del rifle. Cambió de posición al menos una docena de veces desde que regresó Pierre.

—No puedo hacerlo—, dijo. —Al menos no mientras los hijos del hombre estén cerca.

Pierre suspiró. —Es mi debilidad también.

—¿Crees que se quedarán toda la noche?

—Normalmente diría que no. Pero todo lo que Foster ha hecho hoy está fuera de lugar según mis archivos. Entonces, ¿quién sabe?

—Me voy a acercar—, dijo Jack. —¿Crees que puedes cubrirme desde aquí arriba?

—No soy tan buen tirador como tú, Jack. Mi especialidad es matar de cerca.

—¿Quieres unirte a mí en el restaurante?

Pierre cogió los binoculares. Al cabo de un minuto sacudió la cabeza.

—Desafortunadamente hay gente comiendo ahí abajo que podría reconocerme si pasara junto a ellos.

Jack se rascó la cabeza.

—Pero te diré una cosa—, dijo Pierre. —Él siempre sale y gira a la izquierda. Hay una cafetería, no muy lejos, solo unos pocos edificios más abajo. Puedo estacionarme allí.

Jack asintió con la cabeza.

—Tú ve primero—, dijo. —Yo te cubriré.

Pierre se levantó sin decir palabra y se dirigió a la puerta.

—Espera—, dijo Jack. Cruzó la habitación y le entregó a Pierre un teléfono. —Soy el único que tiene el número. Suena, respondes.

—Entendido—, dijo Pierre.

—Y trata de conseguir un automóvil. Si puedes, que se ubique a dos cuadras de distancia.

—Veré lo que puedo hacer.

—Cuídate.

—Está bien. Tú también, Jack.

Jack observó cómo Pierre caminaba por la calle y se perdía de vista bajo la cubierta de los árboles. Al otro lado de la calle, en el restaurante, nadie pareció darse cuenta ni importarle.

Quince minutos después Jack se fue y siguió el mismo camino. Caminó hasta el café, hizo contacto visual con Pierre y cruzó la calle antes de dar media vuelta y dirigirse al restaurante.

Jack atravesó la puerta de hierro y se abrió paso entre la multitud de personas frente a la puerta que conducía al interior del restaurante. Mantuvo la cabeza gacha y alejada de Foster.

Se sentó en la barra y le pidió un whisky al camarero. Era un hombre diferente al de la noche anterior. Cuando el camarero regresó con su bebida, Jack preguntó si Corinne estaba.

—Ella está en casa, enferma.

Jack giró en su silla y se encontró cara a cara con Foster.

—Señor Blair—, dijo Foster. —Qué bueno verte de nuevo.

Jack luchó por superar el shock y se lanzó a una pequeña charla.

—Hola, Mitchell Foster. Vaya, qué suerte. Sabes, he estado en Hollywood tres veces y nunca conocí a un actor famoso. Vengo a París y me topo dos veces con uno de mis favoritos.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Foster.

—¿Por qué no vienes a sentarte con nosotros? — preguntó Foster.

Maldita suerte.

—Tengo una cita con alguien—, dijo Jack encogiéndose de hombros.

—Pueden unirse a nosotros—. Foster hizo un gesto a uno de los camareros. —Prepara otra mesa.

—Sí, señor—, dijo el camarero.

Jack giró la cabeza para que no lo reconocieran. Ese camarero lo había visto irse con Corinne la noche anterior. Preferiría que Foster no supiera que había estado allí dos veces ayer.

Foster llevó a Jack al patio y le ofreció un asiento a la mesa.

—¿Quién es ese? — dijo una mujer.

—Howard, me gustaría que conocieras a mi esposa, Sandra—. Foster los señaló a los dos. —Sandra, este es Howard Blair. Es de Estados Unidos y está aquí por negocios.

Sandra encendió un cigarrillo. —¿Trabajas con mi marido?

Jack negó con la cabeza. —Ventas industriales.

Ella puso los ojos en blanco y miró hacia otro lado como si hubiera decidido que él no era lo suficientemente importante como para perder el tiempo con él.

Foster lo agarró del brazo. —No le hagas caso, está de mal humor.

Sandra le lanzó una mirada y lo alejó.

Una niña saltó al regazo de Foster.

—Anna—, dijo Foster, —saluda al amigo de papá, Howard.

—Hola, Howard—, dijo la niña a pesar de que le faltaban dientes.

Jack le sonrió a la alegre chica de cabello rubio. Observó y vio lo gentil que Foster era con ella, la amplia sonrisa que aparecía en su rostro cada vez que ella se reía. Por un momento, Foster pareció humano. No es que lo juzgara por sus actividades criminales. Jack no era tan hipócrita. Después de todo, él mataba con fines de lucro.

—¿Tienes niños? — preguntó Foster.

—No—, respondió Jack. —Ni siquiera tengo esposa. No hay suficiente tiempo.

Foster asintió. —Conozco ese sentimiento. Cuando estaba en el negocio del cine nunca tuve tiempo. Arruiné mi primer matrimonio.

Jack miró a Sandra. Su rostro se tensó y miró hacia otro lado.

—¿Entonces que haces ahora? — preguntó Jack. Ahora estaba pisando territorio peligroso.

—No tengo que hacer nada ahora—, respondió Foster. —Uno de los beneficios de estafar al público estadounidense con montones de películas basura que exceden el presupuesto.

Jack se rio. Foster sonrió y se unió a él.

Continuaron charlando durante varios minutos. No se dijo nada importante. Jack supuso que Foster no revelaría nada de importancia. Aun así, no podía entender por qué Foster lo había invitado a sentarse con ellos.

Sandra apartó su silla de la mesa y se levantó.

—Me voy—, dijo. —Anna, ven con mami.

Foster se puso de pie y extendió las manos hacia los lados, con las palmas hacia arriba. —¿Tienes que irte ya?

Sandra se mordió el labio y miró hacia la calle. —Sí, ya casi es hora de acostarse. Además, tengo que ir a recoger a los bebés al departamento de mi madre.

Foster bajó la cabeza. —Veo—. Levantó a Anna y la abrazó con fuerza. —Y tú, mi princesita, cuidas de tu hermanito y tu hermana pequeños. ¿Me oyes?

Anna se rio. Foster sonrió. La besó en las mejillas una docena de veces antes de entregarle la niña a su madre. Él se inclinó para besarla también, pero ella giró la cabeza y él terminó con la boca llena de pelo.

Sandra se giró para irse. Foster hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres que la siguió hasta la puerta y calle abajo.

La mesa permaneció en silencio durante unos minutos.

—Hay una historia allí, ¿sabes? —, dijo Foster, invitando a Jack a su vida.

—Siempre la hay—, dijo Jack.

Foster sonrió y asintió. Saludó a una camarera que rápidamente se acercó a la mesa. —Botella de whisky.

Ella sonrió y desapareció dentro del restaurante. Unos minutos más tarde regresó con cuatro

vasos y una botella sin etiqueta.

Foster llenó cada vaso hasta la mitad, colocó dos frente a él y dos frente a Jack.

—Bebe—, dijo Foster. —Entonces quiero hablar contigo en privado.

Jack dejó caer su mano debajo de la mesa y apretó el mango de una de las dos pistolas que tenía encima.

—Gracias—, dijo Jack. Se tomó su tiempo sorbiendo el alcohol.

Foster se rio. —Sé un hombre.

Jack puso los ojos en blanco y bebió las bebidas una tras otra. Entrecerró los ojos y dijo con fuerza. —¿Feliz ahora?

Foster se rio un poco más. —Creo que merece otra ronda—. Llenó cada vaso hasta arriba.

Jack superó el primero rápidamente. Su estrategia ahora era terminarlos y continuar con la charla antes de sentir los efectos del whisky.

Cogió el segundo vaso y se lo llevó a los labios. Una mano le apretó el hombro.

—Hola, Mitchell—, dijo una voz femenina con acento francés detrás de él.

Jack se giró y vio a la bonita mujer de cabello castaño con el vestido blanco de antes. En la otra mano sostenía a un bebé.

—Lorraine—, dijo Foster. —Y mi ángel, Sophie.

Foster se puso de pie, besó a la mujer y tomó al bebé de sus brazos.

Jack se puso de pie y le tendió la mano a la mujer. —Howard Blair.

Ella sonrió y asintió rápidamente. —Encantada de conocerlo, señor Blair.

Jack le ofreció su asiento.

—¿Es usted socio de mi marido?

—No—, respondió Jack. —Sólo un fan que tuvo la suerte de cenar con él.

Lorraine le sonrió a Jack y se volvió hacia Foster. Ladeó la cabeza y puso los ojos en blanco hacia Jack.

—No, él no trabaja conmigo—, dijo Foster. —Al menos todavía no lo hace. Estoy a punto de hacerle una propuesta de negocios a mi nuevo amigo.

Foster le sonrió a Jack.

Jack le devolvió el gesto.

Foster se inclinó hacia un guardaespaldas y le susurró algo, a lo que el guardaespaldas asintió. Entonces Foster le indicó al otro guardaespaldas que lo siguiera. El tercero aún no había regresado de escoltar a Sandra.

Foster se puso de pie, se inclinó y besó a Lorraine. Le entregó el bebé y luego se volvió hacia Jack.

—Sígame, señor Blair—, dijo.

Jack se levantó y siguió a Foster por el restaurante. Se abrieron paso entre la multitud que rodeaba la barra y caminaron hacia la parte de atrás. El guardaespaldas se paró frente al baño de hombres. Les abrió la puerta y esperó a que pasaran antes de entrar.

Jack escuchó un clic cuando el guardaespaldas cerró la puerta.

Foster revisó cada puesto, verificando que estuvieran vacíos.

El guardaespaldas tosió y puso los ojos en blanco.

Foster le sonrió. —Solo tengo cuidado, amigo mío. Eso es todo—. Caminó hasta el otro extremo del baño y se apoyó contra la pared de azulejos azul claro. —¿Con qué frecuencia dirías que estás aquí?

—¿En París? — preguntó Jack. —No sé, una vez cada dos meses. A veces más, a veces menos. Sólo depende de los números que quiero alcanzar.

—¿Vas a algún otro lugar?

—Claro, otras partes de Europa, China, Japón y, ocasionalmente, América del Sur.

Foster sonrió y asintió. —¿Qué nos diría si estableciésemos una asociación estratégica?

—No estoy seguro de haberlo entendido—, dijo Jack.

—Verás, Howard—, dijo Foster, —en realidad no estoy jubilado. Dirijo ciertas empresas. Si me ayudaras en una de esas empresas, podría convertirte en un hombre muy, muy rico.

—¿Qué tendría que hacer?

—Es bastante simple—, dijo Foster con una sonrisa. —Sólo tendrías que escoltar a una o dos mujeres desde Estados Unidos hasta aquí. O transportar otro tipo de paquetes.

Bastardo enfermo.

—Suena bastante fácil—, dijo Jack. —¿De qué tipo de salario estamos hablando?

Foster hizo un gesto a su guardaespaldas y el hombre corpulento salió del baño.

Cuando se abrió la puerta, Jack pudo oír a alguien quejándose de que la puerta estaba cerrada. El guardaespaldas le gritó al hombre. La puerta se cerró y volvió a reinar el silencio. Jack consideró hacer un movimiento ahora.

—Alrededor de seis cifras al mes—, dijo Foster.

La boca de Jack se abrió. Quizás estaba en el negocio equivocado. Silbó con los ojos muy abiertos.

—¿Debería tomar eso como un sí?

Jack asintió.

—Excelente. Llama a esa puerta por mí.

Jack llamó a la puerta y el hombre corpulento volvió a entrar.

—Si me disculpan, espero que no les importe continuar esta conversación entre la puerta de un cubículo.

—No me molesta—, dijo Jack.

Foster desapareció dentro del cubículo. Continuó hablando de detalles menores del acuerdo.

El guardaespaldas se quedó mirando la pared, sin prestar atención.

Jack se acercó al urinario y de vez en cuando decía "sí" o "ya veo" para mantener la conversación. Tiró de la cadena y tiró con fuerza de la palanca para que se atascara. Giró la cabeza y vio al guardaespaldas por el rabillo del ojo. Metió la mano en el bolsillo y agarró el mango de la cachiporra que le había quitado al hombre flaco la noche anterior.

—Ya ves, Howard, me vendría bien un hombre como tú—. Dijo Foster mientras tiraba de la cadena del inodoro.

Jack respiró hondo. Sacó el pie derecho. Giró sobre sus talones y sacó la cachiporra de su bolsillo con un movimiento fluido. Golpeó con el arma la garganta del guardaespaldas.

El guardia cayó contra la puerta, con arcadas y jadeos en busca de aire.

Jack metió la mano en el otro bolsillo, sacó una servilleta y se la metió en la boca al hombre.

El hombretón se deslizó por la puerta, agarrándose la garganta. Se le salieron los ojos de las órbitas mientras se asfixiaba lentamente.

Jack sacó una de las pistolas de nueve milímetros de su cintura, la que ya tenía el silenciador puesto. Estaba de pie cerca de la puerta, con el arma apuntando al cubículo.

Foster salió. —Nos veo construyendo un largo... — Sus ojos se posaron en la vista de su guardaespaldas en el suelo, sin vida. Miró a Jack con horror. Frenéticamente, alcanzó su espalda.

Jack apretó el gatillo. La bala se estrelló en la frente de Foster, unos centímetros por encima de sus cejas. Foster se tambaleó por un segundo. Ya no quedaba vida, sólo unos pocos impulsos eléctricos perdidos guiando su cuerpo. Él cayó al suelo.

Jack exhaló, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Tenía que actuar rápido. Agarró una toalla de la pared y cubrió el arma y su muñeca. Si alguien se interponía en su camino, dispararía. Simple como eso. Sacó su teléfono y llamó a Pierre.

—Voy—. Colgó.

Abrió la puerta del baño y entró, dejando al guardaespaldas donde yacía. La multitud que rodeaba el bar se había dispersado. Jack caminó por el restaurante con la cabeza gacha. Salió al patio y siguió caminando.

Lorraine estaba parada cerca de la puerta, fumando un cigarrillo. —Señor Blair, antes de irse...

Pasó junto a ella.

—¡Oye! —, gritó.

Miró hacia atrás y vio al otro guardaespaldas avanzando hacia la puerta.

—Señor Blair—, gritó. —Vuelve aquí.

Jack se detuvo, se volvió, levantó el brazo y le disparó al guardaespaldas en el pecho. Lorraine gritó y cayó al suelo.

¿La bala había atravesado al guardia y también la había alcanzado a ella? No hubo tiempo para comprobarlo. Jack giró y corrió dos cuadras hasta el café donde Pierre había ido. Escuchó un bocinazo, miró y vio a Pierre en un cupé plateado. Jack saltó. El auto dio una vuelta en U en medio de la calle y aceleró.

CAPÍTULO 26

Jack se duchó tan pronto como regresó a su habitación de hotel. Se debatió sobre si quedarse o no. Sólo dos personas sabían que Jack Noble se alojaba allí. Pierre, que acababa de ayudar a atacar a Foster, no iba a decir nada. El anciano lo sabía, Jack estaba seguro de eso, pero hasta que recibiera los documentos, se mantendría fuera del camino de Jack. Sólo entonces Jack se dio cuenta de que el anciano aún no se había puesto en contacto con él para informarle sobre el lugar del cambio. Las sorpresas de último momento molestaban a Jack.

Salió de la ducha, se puso unos pantalones cortos y se metió en la cama. Repitió el golpe una y otra vez en su mente. Foster le había empezado a gustar y por un momento se sintió mal por haber tenido que matarlo. Pensó en los cuatro niños que ahora estaban sin padre. Dos de esos niños no lo recordarían cuando crecieran. Incluso la pequeña Anna apenas recordaría al hombre al cabo de cinco o seis años.

Por otra parte, tal vez Jack les había hecho un favor a todos.

Metió la mano en la antigua mesita de noche y sacó una botella de whisky sin abrir. Se planteó si era o no un buen momento para beber. Los pros superaron a los contras. Tomó un vaso de la mesa de la cocina y lo llenó hasta la mitad, se sentó en una silla y tomó un pequeño sorbo. Hizo clic en el televisor y encontró una estación de noticias local. Jack buscó a tientas el control remoto hasta que activó los subtítulos.

Un pequeño equipo de reporteros estaba apostado afuera del restaurante. La cámara enfocó una camilla que atravesaba la puerta y salía al patio. A juzgar por el gran bulto que había encima de la camilla, estaban sacando al guardaespaldas. Dos cuerpos más yacían en el suelo, cubiertos con sábanas. Mostraron una foto de Foster en la pantalla y luego mostraron imágenes de la cámara de un teléfono celular de un aficionado de un hombre saliendo del restaurante.

Jack contuvo la respiración durante todo el segmento. Tenían una grabación de él saliendo del restaurante. Las imágenes temblorosas continuaron el tiempo suficiente para ver a Jack girarse y disparar. La oscuridad ocultó su rostro, ocultó su cuerpo. Cuando la estación amplió las imágenes no había forma de identificar su rostro en la imagen borrosa y distorsionada.

Jack exhaló y se recostó. Leyó los subtítulos en la pantalla mientras los testigos relataban la terrible experiencia. Ninguno lo vio bien. Y resultó que Lorraine había sido alcanzada por la bala. La herida la dejó inconsciente y temieron que muriera durante la noche.

Luego mostraron un boceto compuesto del tirador.

Jack sonrió. De ninguna manera alguien iba a considerar a Jack como el tirador.

Tomó su teléfono celular y llamó a Oso.

—Hola, Jack—, dijo Oso.

—¿Cómo están ustedes dos?

—Todo es un desastre, Jack. Un desastre total.

Jack sintió que algo andaba mal. —Mandy, ¿está bien?

—Sí, ella está bien ahora.

—¿Ahora?

—El tipo en el callejón me molestó. Nos siguieron. De hecho, Mandy vio el transmisor en mi camisa.

—¿Qué hiciste? — Jack se sirvió otro trago.

—Les hice saber que los vi siguiéndome. Se salieron de la carretera y salí como un murciélago salido del infierno. Conduje a más de ciento sesenta kilómetros por hora durante treinta minutos. Dejé a Mandy en uno de esos lugares de juegos protegidos y luego encontré un lugar para atraparlos.

—¿Supongo que todo salió bien? — preguntó Jack.

—Sí, maté a los cuatro—. Hubo una pausa. —Jack, esto no te gustará.

—¿Qué?

—Era uno de los equipos del viejo.

—Tengo que reunirme con él mañana.

—Sí, lo sé. Pero no fueron enviados por él. Puede que ni siquiera lo sepa.

—¿Qué estás diciendo, Oso?

—Antes de matar al último tipo, él confesó que Charles los había enviado.

Jack se frotó las sienes. —Está bien. Te llamaré mañana después del intercambio.

Colgó y pensó un minuto, luego marcó el número del anciano.

—Señor Jack—, dijo el anciano.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Conozco todos sus números, señor Jack.

Decidió no insistir en el tema del número de teléfono. —¿Qué diablos está pasando? ¿Por qué enviaste un equipo tras Oso y la chica?

—¿Perdón?

¿Estaba siendo condescendiente?

—Sabes de lo que estoy hablando. Fueron a San Diego y fueron recibidos por un equipo de sicarios.

—Ah, ya veo—, dijo el anciano. Siguió una larga pausa. —Parece que tengo un asunto suelto en mi organización. ¿Supongo que el equipo no tuvo éxito?

—Los cinco están muertos.

Voces apagadas llenaron el auricular del teléfono de Jack.

—¿Hola? —dijo él.

El anciano se aclaró la garganta. —Un minuto, señor Jack.

Jack trató de encontrarle sentido a lo que decían las voces apagadas, pero fue inútil. No pudo distinguir una sola palabra.

—Señor Jack, mis disculpas. Ese equipo, que era uno de mis mejores, no fue enviado por mí. No ordené un golpe al señor Oso y no me atrevería a dañar ni un pelo de la cabeza de la niña.

Jack no creyó la última parte, pero sí creía que la información que Oso le había arrancado a uno de los sicarios era correcta.

Cambió de tema. —¿Dónde vamos a hacer el intercambio?

—Tengo un lugar seleccionado, señor Jack.

—Sí, ¿dónde está?

—Se lo diré mañana por la mañana, a las diez en punto. Debería estar esperando afuera de su hotel.

—¿Por qué? — preguntó Jack.

—Le llevará quince minutos llegar al lugar a pie—, dijo el anciano, ignorando la pregunta de Jack. —Debe viajar sólo a pie. No intente conducir.

Jack miró al techo, apretó el puño y respiró hondo.

—Está bien—, dijo Jack. —¿Algo más?

—Sí, venga solo. No intente traer a su amigo del gobierno francés con usted.

Entonces él sí sabía sobre el golpe.

—No traiga a nadie. Si lo hace, ella muere. ¿Entendido?

—Si, lo entiendo.

El anciano empezó a hablar, pero Jack colgó el teléfono. Ya había perdido suficiente tiempo hablando por teléfono esa noche.

Jack se levantó y miró hacia la puerta. Pensó en salir unas horas, pero decidió no hacerlo. En cambio, se desplomó sobre la cama y se quedó dormido.

CAPÍTULO 27

Jack se quedó fuera del hotel y miró su reloj. 10 a.m. Sostuvo su teléfono celular en la mano opuesta. Sonó.

—Sí—, respondió.

—El puente Alexander III—, dijo el anciano. —Encuéntrenos ahí.

—Entiendo.

—Y recuerde, señor Jack...

—Sí, sí, ven solo.

El viejo colgó. Jack encendió el GPS de su teléfono y, tras un breve paseo por Cours la Reine, giró a la izquierda en Avenue Winston Churchill. Podía ver el puente a lo lejos. Le tomó sólo siete minutos llegar a este punto y tenía tiempo de sobra, así que se sentó junto a una mujer mayor en un banco que fumaba un cigarrillo y le ofreció un cigarrillo a Jack. Él exploró la zona.

De inmediato divisó a dos hombres colocados a ambos lados de la carretera, parados contra las grandes columnas de quince metros de altura al final del puente. Supuso que habría dos más en el otro extremo, y entre uno y cuatro a lo largo del puente.

El puente estaba lleno de gente, una combinación de coches y peatones. Locales, empresarios y turistas recorrieron el puente centenario que cruzaba el ancho del río Sena.

Vio un coche de lujo detenerse en el medio. Del vehículo salieron un anciano asiático y una mujer.

Clarissa.

Jack inclinó su hombro hacia la mujer mayor, le agradeció por el cigarrillo y le preguntó si podía tomar otro para su paseo. Ella le entregó dos y una caja de cerillas. Le dio las gracias nuevamente y se dirigió al puente.

Los dos hombres al final permanecieron inmóviles. Jack asintió a cada uno. No respondieron. Jack se consoló con el hecho de que sabían que él sabía que estaban allí. Caminó por el costado del puente, a lo largo del borde. Se detuvo a tomar fotografías con su celular sin más motivo que querer alargar esto y enojar a los guardaespaldas del viejo.

Se acercó. El anciano le hizo un gesto de asentimiento. Clarissa se giró, sonrió y dejó caer la cabeza.

Jack se detuvo a tres metros de distancia.

—Envíala—, dijo.

—Deme los documentos—, dijo el anciano.

Jack metió la mano en su bolsillo, sacó un teléfono celular y lo dejó en el suelo. Retrocedió otros tres metros.

El anciano tomó a Clarissa del brazo y dio un paso adelante. Se agachó y cogió el teléfono.

Jack se sorprendió de que el anciano fuera tan atrevido. ¿Y si hubiera colocado un explosivo

en lugar de un teléfono real? Pero no correría ese riesgo con la vida de Clarissa y el anciano lo sabía.

—¿Qué es esto? — preguntó el anciano.

—Los documentos. Tuve que deshacerme de los originales en caso de que la aduana me detuviera. Están guardados en el teléfono.

El anciano frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿Qué esperabas que hiciera? Francia fue idea tuya, no mía.

—¿Qué más hay ahí? — preguntó el anciano.

—Nada—, dijo Jack. —Limpié todo lo demás.

Sacó otro teléfono de su bolsillo, se lo mostró al anciano y luego lo guardó.

El anciano levantó el brazo izquierdo y saludó. Uno de sus hombres cruzó la calle, esquivando los coches que había en el camino y se acercó a Jack.

Jack se llevó la mano a la espalda y agarró la culata de su arma.

—Vamos, señor Jack—, dijo el anciano. —No hay necesidad de eso.

El anciano miró a través del teléfono y asintió con la cabeza al hombre que estaba junto a Jack. El hombre se acercó a Clarissa, la tomó de la mano y la llevó hacia Jack.

Jack tomó la mano de Clarissa y la apretó con fuerza. Observó que el anciano se daba vuelta para alejarse y luego se detuvo abruptamente.

—Señor Jack—, dijo el anciano. —Si ve al señor Charles, hágamelo saber.

Dicho esto, caminó otros seis metros. El auto de lujo se detuvo a su lado y él subió.

Jack esperó hasta que el coche desapareció. Se volvió hacia Clarissa y la abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—Oh, Jack—, dijo entre sollozos ahogados.

—Shh, tómatelo con calma. Todavía tenemos que salir de este puente.

Clarissa lo miró con los ojos muy abiertos.

—Él tiene lo que quiere. Ahora podría considerarme prescindible—. Jack le apartó el pelo rojo de la cara.

Ella levantó la mano y tomó las de él con las suyas.

—Vamos a dar la vuelta y caminar. No mires atrás. No mires hacia los lados. Deslizó sus manos detrás de su cabeza y acercó su rostro al suyo. Presionó sus labios firmemente contra los de ella y la besó. —Toma mi mano, vámonos.

Regresaron por donde llegó Jack. Mientras se acercaban a las grandes columnas, Jack se inclinó y susurró: —No mires hacia los lados. Mantén la vista al frente.

Ella le apretó la mano con fuerza, dejó caer la cabeza unos centímetros y mantuvo el paso.

Jack la condujo hasta el banco donde la mujer mayor todavía estaba sentada fumando un cigarrillo.

—¿Necesita otro? — preguntó ella.

Jack le sonrió. —De hecho, sí—. No lo necesitaba, pero qué diablos. Ahora estaban a salvo. La multitud era más densa aquí. De ninguna manera el viejo se arriesgaría a dispararles ahora.

—Toma esto, querida—, dijo la anciana. Le entregó a Clarissa un par de gafas de sol grandes y sacudió la cabeza hacia Jack.

Él le frunció el ceño. —No fui yo.

—Bueno, espero que te ocupes del que lo hizo.

—Tengo toda la intención de hacer precisamente eso—, dijo.

Clarissa tiró de su mano. Él la miró. Ella se mordió el labio, le levantó una ceja y miró a la multitud.

Jack asintió. —Cuídate, querida.

CAPÍTULO 28

Charles caminaba por la sala de estar de la habitación del hotel. *¿Dónde está ese viejo bastardo?*

El hombre de cabello oscuro en el suelo comenzó a moverse. Charles lo golpeó en la cabeza tres veces con su arma. El hombre había estado vigilando la puerta del anciano y se negó a dejar entrar a Charles.

Gran error.

El pomo de la puerta se sacudió y cedió. La puerta se abrió y entró el anciano, seguido por dos guardias. El primer guardia pasó junto al anciano y corrió hacia el hombre inmóvil en el suelo.

Miró a Charles. —Eres hombre muerto—, dijo.

Charles le sonrió.

El hombre se puso de pie y sacó una pistola del interior de su chaqueta deportiva.

—No habrá nada de eso—, dijo el anciano. —Llévenlo y déjennos a mí y al señor Charles en paz.

Charles se cruzó de brazos y arqueó una ceja. No le quitaba los ojos de encima al anciano. Sabía muy bien que su jefe era tan capaz de quitar una vida como el propio Charles.

—¿Cómo fue la reunión? — preguntó Charles.

El anciano negó con la cabeza. —Bien, no, gracias a usted—. Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario.

Charles se encogió de hombros. —No tenía sentido que yo estuviera allí.

—Tenía mucho sentido que estuviera allí—, gritó el anciano.

—¿Por qué? — preguntó Charles. —No es como si me hubieras dejado cuidar de Jack como te he estado pidiendo.

—¿Por qué esta fascinación por matar al señor Jack? — preguntó el anciano.

Charles se acercó al anciano y se agachó para quedar frente a frente.

—Mírame a la cara—, dijo. —Mira lo que me ha hecho—. Señaló la larga cicatriz en su mejilla y la herida en su frente. —Me ha atacado no una, sino dos veces y no puedo hacer nada al respecto.

—Se estaba defendiendo—, dijo el anciano.

Charles le dio la espalda al anciano y caminó hacia la ventana. Se quedó mirando la ciudad moviendo sus ojos de un lado a otro. Captó un reflejo del anciano en la ventana. Charles entrecerró los ojos y se centró en la figura de su jefe, sosteniendo un cuchillo.

—Sabes—, dijo Charles, —en realidad nunca he estado en la Torre Eiffel.

—Deberíamos irnos esta tarde—, dijo el anciano. —Lo arreglaré después de una siesta.

Charles observó cómo el anciano se acercaba sigilosamente. Suspiró, fingiendo cansancio.

Eso es todo, viejo bastardo, sólo que un poquito más cerca.

Respiró hondo y giró hacia su derecha, su brazo derecho extendido conectó con la barbilla del anciano en un revés feroz.

El anciano fue levantado y voló más de dos metros y medio en el aire. Probablemente habría llegado más lejos si la pared no estuviera allí para interrumpir su trayectoria de vuelo. Su cuerpo inmóvil yacía sobre la cama. La sangre goteaba desde la parte posterior de su cabeza.

Charles ignoró los gemidos del anciano. Se acercó a la puerta y miró hacia afuera. Sólo quedaba uno de los guardias. Charles se armó y abrió la puerta.

—Regresa Briggs—, dijo.

Briggs miró el arma en la mano derecha de Charles. El hombre era la mitad del tamaño de Charles y ocho años más joven. Su cabello rubio sucio estaba corto. Sus ojos azules estaban muy abiertos por el miedo. Retrocedió hasta la pared.

Charles se movía lentamente, sin darle nunca la espalda a Briggs. Puede que el hombrecito no lo pareciera, pero era más que capaz de derrotar a Charles en una pelea manual. Charles se aseguraría de nunca acercarse lo suficiente como para que eso sucediera. Presionó el botón con la flecha hacia abajo en el vestíbulo del ascensor. Cuando se abrió la puerta, entró de lado, manteniendo un ojo en Briggs hasta el último segundo en que las puertas se cerraron.

EL EMPUJÓN EN SUS COSTILLAS SACÓ A JACK DE SU SUEÑO. SE SENTÓ, CON LOS PUÑOS EN ALTO, listo para enfrentarse a un atacante. Clarissa saltó hacia atrás. Ella estaba sosteniendo su teléfono.

—Está sonando—, dijo.

Jack abrió las manos y cogió el teléfono. No reconoció el número.

—¿Sí? —dijo.

—Buen trabajo con Foster—, dijo una voz de hombre.

Jack permaneció en silencio mientras ubicaba la voz.

—Es Frank.

—Sí, Frank, ¿lo viste?

—Todo el país lo hizo. ¿Hacer el golpe en un restaurante? Fue un buen toque, Jack.

Jack se rio. —No era mi intención.

—Sea como sea, hiciste el trabajo. Abrimos una cuenta en Suiza bajo la dirección de Howard Blair. Tu dinero está ahí.

—Lo aprecio—, Jack hizo una pausa. —No me estás engañando, ¿verdad?

—No somos tan tontos como para hacer eso.

Jack colgó, se arrodilló y acercó a Clarissa. Le acarició la cara y luego sacudió la cabeza.

—Lamento mucho haber dejado que te hicieran esto—, dijo.

Ella se encogió de hombros. —No se lo puse fácil.

Se inclinó y besó su cuello, la acercó hasta que sus pechos rozaron su pecho. Ella gimió en su oído. Le frotó la espalda mientras su mano se deslizaba hacia su cintura.

El teléfono volvió a sonar.

—Jesús—, dijo Jack y cogió el teléfono. —Es el viejo.

Clarissa se estremeció y se deslizó hacia el otro lado de la habitación.

Jack contestó el teléfono.

—Señor Jack, gracias por atender mi llamada. Seré breve. Mi socio, el señor Charles, usted lo conoce, se ha convertido en una especie de molestia para mí. Me gustaría ofrecerle un trabajo.

Jack se puso de pie y miró por la ventana. —¿Qué tipo de trabajo? ¿Un puesto?

El viejo se rio. —Oh, cielos, no. Aprendí hace mucho tiempo que un tigre no puede estar

enjaulado y aun así ser efectivo. Necesito que cuide del señor Charles.

Jack casi deja caer el teléfono. ¿Realmente el viejo le acaba de pedir que mate a Charles?

—Espera—, dijo Jack mientras se encerraba en el baño. —¿Por qué me necesitas? Tienes muchachos que pueden manejar esta tarea. —Dos cosas—, dijo el anciano. —Por un lado, no sé dónde residen las lealtades de ciertas personas.

—El equipo rebelde que intentó eliminar a Oso y Mandy—, dijo Jack.

—Exactamente—, dijo el anciano. —Y además de eso, no tengo gente que pueda entrar y salir de países como usted. Al menos, nadie más que el señor Charles.

—¿Qué pasó?

—¿Disculpe, señor Jack?

—¿Qué pasó que estás hablando por teléfono pidiéndome que cuide a tu mano derecha?

—Tuvimos una discusión. Se intensificó y llegó a un punto crítico esta tarde después del intercambio.

—Esto suena como algo familiar y no me gusta involucrarme en líos familiares—, dijo Jack.

—Por favor, considérelo. Le pagaré quinientos mil dólares.

El número seguía rondando por la cabeza de Jack. Podría desaparecer por un tiempo con esa cantidad de dinero mientras contemplaba su futuro. Tomar a Clarissa e irse. Mandar a Mandy a un internado lejos de todo esto.

—Lo pensare—. Jack colgó el teléfono.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Abrió.

—¿Todo está bien? — preguntó Clarissa.

—Sí, sí. Voy a darme una ducha.

CLARISSA SALTÓ SOBRE LA CAMA Y RODÓ SOBRE SU ESPALDA. EL SONIDO DE LA DUCHA proporcionó la cantidad justa de ruido blanco y sintió que le pesaban los párpados. Se obligó a sentarse, sabiendo que si se quedaba dormida ahora pasarían horas antes de que despertara.

Ella y Jack tenían algunos asuntos que atender y no incluían dormir.

No tenía mucho guardarropa, por lo que optó por una sencilla camisa blanca con botones que pertenecía a Jack. Se quitó la ropa y se puso la camisa. Olió el collar. Tenía el leve olor de Jack. Cerró los ojos y se rodeó el pecho con los brazos.

Clarissa se sentó a la mesa y sirvió whisky en un vaso hasta llenarlo a la mitad. Tomó unos sorbos y dejó que el alcohol la calentara.

Se acercó al espejo y se miró el cuerpo golpeado. Su pecho y espalda estaban magullados. Su rostro estaba lleno de cortes. Un ojo todavía estaba parcialmente hinchado. Que semana más jodida. Nunca en su vida había soportado tanto dolor y tortura. Pero ella lo superó y fue más fuerte.

Clarissa se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta. Ella dudó en responder.

—¿Quién es? — gritó ella.

—Servicio de habitaciones—, respondió una voz femenina.

¿Jack pidió algo?

Había estado durmiendo y despertando durante la última hora y no podía recordar nada con claridad.

—Un momento—, dijo Clarissa.

Llamó a la puerta del baño. —¿Jack?

Él no respondió. Probablemente no podía oírla por el sonido de la ducha.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Ella dejó caer la cabeza y suspiró. Clarissa miró

por la mirilla y vio a la joven de cabello rubio al otro lado, vestida con el uniforme estándar del hotel. La mujer llevaba un carrito con bandejas y una botella de vino. Clarissa se encogió de hombros y abrió la puerta.

La mujer cruzó la puerta, miró a Clarissa de pies a cabeza y sonrió. —Parece ser una velada divertida, ¿eh?

Clarissa se sonrojó y miró hacia otro lado.

—¿Dónde debería poner esto?

Clarissa señaló la mesa. —Ahí debería estar bien—. Caminó hacia la ventana con la esperanza de evitar cualquier contacto adicional con la bella asistente.

—¿Tienen ustedes dos planes para esta noche? — preguntó la mujer.

Clarissa negó con la cabeza. —Sólo quedarnos en la habitación.

—Si te apetece dar un paseo corto, deberías ver el puente Alejandro III de noche. Mucho mejor que durante el día.

Clarissa se enderezó.

¿Por qué la mujer había dicho eso?

—Y tal vez esta vez no tengas que irte tan rápido—, dijo la mujer.

Clarissa buscó en el alféizar de la ventana algo, cualquier cosa que pudiera utilizar. Al no encontrar opciones disponibles, se volvió hacia la mujer.

—¿Quién eres? — preguntó Clarissa.

—Nadie—, dijo.

La mujer levantó la tapa de una bandeja de plata y sacó una pistola con un silenciador en el extremo.

—Oh, Dios. Por favor, no—, dijo Clarissa.

La mujer le sonrió. —No dolerá por mucho tiempo.

La ducha se cortó. La mujer miró hacia el baño y frunció el ceño. Retrocedió hasta la puerta, disparó un solo tiro a Clarissa y salió de la habitación.

Clarissa tropezó y estuvo a punto de caerse. Se agarró y se apoyó en el respaldo de una silla. Logró llegar a la cama y cayó de espaldas sobre ella. La sangre carmesí floreció sobre la camisa blanca. Su mano derecha presionó con fuerza contra la herida.

—Jack—, susurró.

—¿Qué demonios fue eso? — dijo Jack.

Cerró el grifo, tomó una toalla, salió de la ducha y presionó la oreja contra la puerta. Escuchó que pronunciaban su nombre débilmente. Abrió la puerta y vio a Clarissa tendida en la cama, sangrando.

—Oh, Dios mío—, dijo Jack. —Clarissa, ¿qué pasó?

La mujer herida abrió los ojos y señaló hacia la puerta.

Jack corrió hacia la puerta abierta y miró hacia el pasillo. Junto al ascensor había dos ancianas.

—Que alguien llame a un médico—, gritó.

No esperó una respuesta. Cogió una toalla del armario y regresó con Clarissa. Él sostuvo la toalla contra su pecho, manteniendo la presión sobre la herida. En la mesa al lado de la cama estaba la bandeja del servicio de habitaciones. Una hoja de papel blanca tenía un mensaje simple:

PAGO DEVUELTO, JACK. PAGO DEVUELTO.

Charles

—Bastardo—, dijo Jack.

—¿Qué? — susurró Clarissa.

—No hables, Clarissa. Sólo respira.

Una voz profunda detrás de él dijo: —¿Qué está pasando aquí?

Jack se volvió y vio a un hombre sosteniendo un maletín médico. Era mayor, quizá rondaría los sesenta, con pelo gris, barba de chivo y bigote grises. Llevaba gruesas gafas de montura negra. Sus ojos se abrieron cuando Jack se hizo a un lado y el médico pudo ver una toalla empapada de sangre que cubría el pecho de Clarissa.

—¿Puedes ayudarla? — preguntó Jack.

Detrás del médico estaba su asistente. Él se volvió hacia ella. —Llame una ambulancia.

Jack agarró al anciano. —Ayúdala—, suplicó.

El anciano agarró a Jack por los hombros y lo sacudió. —Cálmate y haz lo que te digo.

Jack le devolvió la mirada. Su respiración era rápida y superficial. Se sintió mareado. Sintió que el anciano lo abofeteaba. Jack sacudió la cabeza y caminó hacia la esquina de la habitación. Sacó un par de pantalones caqui de su bolso y se los puso. Se metió la nueve milímetros en la parte trasera de la cintura. Se puso una camisa azul con botones sobre la parte superior de su cuerpo aún húmedo.

—Cúrala—, le dijo al médico.

Jack salió corriendo al pasillo, a las escaleras y de regreso al otro lado del piso. Los huéspedes se alineaban en el pasillo, todos señalándolo a él o a su habitación de hotel. Frustrado, cayó de rodillas y dejó escapar un grito.

Las puertas del ascensor se abrieron. Miró por encima del hombro y vio que dos paramédicos sacaban la camilla.

—Aquí abajo—, les llamó Jack.

Los médicos lo siguieron hasta la habitación y ayudaron al médico.

Los siguientes minutos pasaron borrosos para Jack. El médico, su asistente y los dos médicos trabajaron febrilmente con Clarissa. La sacaron en silla de ruedas. Uno de los médicos agarró a Jack.

—Ven con nosotros—, le dijo a Jack.

—Bajaré en un segundo—, dijo Jack.

Agarró su teléfono celular y lo metió en su bolsillo. Metió algunos artículos en su bolso, cerró la cremallera y se lo echó al hombro. Subió las escaleras hasta el vestíbulo y se reunió con el médico, su asistente y los enfermeros de la ambulancia. Uno de los médicos mantuvo la puerta abierta y le hizo un gesto a Jack para que entrara. Saltó a la parte trasera de la ambulancia, se sentó cerca de la cabeza de Clarissa, le tomó la mano y le acarició el cabello.

CAPÍTULO 29

—Monsieur Blair—, dijo una voz de mujer.

Jack miró hacia arriba y vio a la pequeña enfermera de cabello castaño corto indicándole que se acercara a la puerta.

—¿Está ella bien? — preguntó.

—Ven conmigo—, dijo la enfermera.

Jack siguió a la pequeña mujer por el pasillo.

—¿A dónde vamos? — preguntó.

—El médico quiere hablar con usted sobre su esposa.

Él no se molestó en corregirla.

La enfermera se detuvo frente a una habitación, abrió la puerta y le hizo un gesto a Jack para que entrara.

La habitación estaba llena de aparatos médicos, que supuso estaban destinados a mantener viva a Clarissa. Las máquinas zumbaban y pitaban. El médico le sonrió y le ofreció asiento a Jack. Sacudió la cabeza hacia el médico. Los ojos de Jack suplicaban buenas noticias del hombre de cabello gris.

—Ella está estable ahora—, dijo el médico.

—Gracias—, dijo Jack.

—No de las gracias todavía. No estamos fuera de peligro. La perdimos una vez durante la cirugía. Murió durante cinco minutos. Y casi la perdemos otras dos veces. Está en coma y es posible que no despierte.

Jack se mordió el labio para no llorar.

—¿Cuándo sabrán? — preguntó Jack.

El médico se encogió de hombros y apuntó su portapapeles hacia arriba. —No se sabe. Depende de ella.

Jack se desplomó en la silla más cercana a la cabeza de Clarissa, tomó su mano entre las suyas y la besó.

—Los dejaré a solas—, dijo el médico.

Jack no respondió ni vio al hombre salir de la habitación.

—Lo siento, lo siento mucho—, le susurró al oído a Clarissa.

Ella le apretó la mano. Se sentó y observó cómo sus ojos se abrían.

—Clarissa—, dijo.

Ella sonrió por un momento, luego su agarre se debilitó, su sonrisa se desvaneció y sus ojos se cerraron nuevamente.

—Lamento lo de tu mujer, Jack.

Se levantó y vio a Pierre flanqueado por dos hombres. Estaban parados en la habitación. Con

una respiración profunda, Jack se estabilizó.

—Cristo, Pierre. Llama primero.

Pierre sonrió. —Estos son mis mejores muchachos. No se apartarán de ella hasta que regreses.

Jack levantó una ceja. —¿Regresar de dónde?

—Camina conmigo, Jack.

—¿Cigarrillo? — preguntó Pierre.

Jack asintió y tomó el cigarrillo encendido de la mano de Pierre. Aspiró el humo a sus pulmones y lo retuvo. Miró hacia el cielo estrellado y exhaló el humo, observándolo flotar sobre sus cabezas.

—El sur de Francia—, dijo Pierre. —Ahí es donde necesito que vayas.

—¿Por qué?

—Tenemos un objetivo que necesita ser neutralizado—. Bajó un poco la cabeza y arqueó las cejas. —Mi gente no puede involucrarse.

—¿Quién es?

—Está aquí—. Pierre le entregó una memoria USB. —El resto lo proporcionará un contacto en Niza.

Jack hizo una mueca.

—¿Pago? — preguntó.

—Doscientos mil dólares estadounidenses.

Jack se encogió de hombros.

—¿Puedo pensar en ello? — preguntó.

—Claro—, sonrió Pierre. —Te daré treinta segundos.

Jack le dio la espalda a Pierre y dio otra calada al cigarrillo.

—Si ayuda—, dijo Pierre, —creemos que el socio del anciano ha huido a la ciudad objetivo.

Jack arrojó el cigarrillo al estacionamiento. Pequeñas brasas rojas explotaron como fuegos artificiales cuando el cigarrillo aterrizó en el asfalto. Miró al cielo y juntó las manos detrás de la cabeza. Encontraría a Charles pase lo que pase y también podría ganar algo de dinero en el camino.

—Dame la información de contacto—, dijo Jack.

Pierre puso una mano sobre el hombro de Jack. —Te encontrarán cuando llegues a Niza. Estás en el tren de las seis y media de la mañana.

Jack giró ligeramente la cabeza y miró a Pierre por el rabillo del ojo. —¿Tan seguro de que aceptaría?

—Sí. ¿Y por qué no llamas al viejo y aceptas su trabajo también?

Jack se rio. Planeaba hacerlo tan pronto como estuviera solo. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número del anciano.

—Sí—, respondió el anciano.

—Estoy dentro—, dijo Jack.

—Excelente, enviaré un auto a...

Jack colgó.

—Bastardo—, dijo.

—¿El viejo o Charles?

—Ambos. Todos ellos—. Sacó su arma de su cintura y apuntó a una farola naranja. —Hasta el último de ellos va a morir.

SIN TÍTULO

EPISODIO 3

CAPÍTULO 30

Acción. Reacción.

Jack Noble se consideraba un hombre de acción. Lo ponías en la peor situación posible y lo obligabas a tomar una decisión. Actuaría deliberadamente.

Reaccionar se reservaba para los momentos de mayor tensión, momentos en los que no tenía tiempo para contemplar su siguiente acción. Momentos en los que los instintos primarios toman el control y se salvan vidas.

¿Pistola apuntando a su cabeza? Acción.

¿Un cuchillo apuntando a su cabeza? Reacción.

¿Una amenaza de muerte a su familia? Acción.

¿Un niño colgado del borde del techo de una mano, a punto de caer? Reacción.

Así funcionaba la mente de Jack. No es difícil entender, entonces, por qué estaba tan preocupado por la situación en la que se encontraba. Reaccionó ante el cuerpo comatoso de Clarissa y aceptó dos trabajos.

Trabajos con los que no quería tener nada que ver.

Primer encargo, el trabajo en el sur de Francia para Pierre. Buen sueldo, mala organización. El trabajo lo mantendría en Europa por más tiempo. No era una idea que le agradara especialmente. Pierre no le proporcionó ningún detalle físico, sólo una memoria USB. Jack no era el más tecnológico. Sabía qué hacer con una memoria USB, pero no tenía ningún dispositivo para utilizarla. Planeaba comprar una computadora portátil después de bajar del tren en Niza.

Más tiempo perdido, más oportunidades para que su rostro sea capturado por alguna cámara.

También existía la posibilidad de que este trabajo pudiera ser una trampa. Jack podría vincular a Pierre con la muerte de Foster si la policía local lo arrestara. Demonios, Jack podría culpar de todo a Pierre y decir que estaba allí para salvar la vida de Foster del gobierno francés, y no importaría. No le harían nada a Pierre.

Jack tenía un mal presentimiento de esto.

Segunda tarea, encontrar y matar a Charles para el anciano. Hubo un problema con este trabajo. Charles tenía la lealtad de la mitad de los hombres de la organización del anciano. Si Charles se enteraba de que Jack tenía órdenes de acabar con él, Charles tendría más de cien hombres a su disposición para defenderse. ¿Tal vez el viejo estaba tendiendo una trampa a Jack? Cristo, Jack ni siquiera lo había pensado bien. Su respuesta inicial fue un simple no. El anciano y Charles eran como familia el uno para el otro e involucrarse en una disputa familiar siempre era una mala idea. Parado afuera del hospital donde yacía sin vida Clarissa, marcó el número del anciano sin pensarlo dos veces.

Jack no había actuado deliberadamente.

Él había reaccionado.

Se tiró del cabello con ambas manos mientras lo repasaba una y otra vez en su cabeza. Necesitaba una distracción. El monótono paisaje visible a través de la ventanilla del tren le aburría. Hermoso, sí. Aburrido, doblemente.

Dos personas se sentaron frente a él. Una pareja, tal vez. Ambos tenían anillos de boda, pero de diferentes diseños. Uno de oro blanco o platino. El otro oro amarillo. Ambos tenían periódicos. El hombre leyó el suyo. La mujer no lo hizo.

Captó la mirada de la mujer.

—¿Puedo tomar prestado tu periódico? — Jack le preguntó a la mujer en francés.

Ella sonrió, asintió y le entregó el papel.

—Gracias—, dijo Jack.

Hojeó las páginas del periódico. Hablaba francés lo suficientemente bien como para sobrevivir. Claro, sonaba como un estadounidense, pero algunas personas apreciaron que lo hubiera intentado. Sin embargo, cuando se trataba de leer francés, sus habilidades eran, en el mejor de los casos, inestables.

No había mucho de interés para él en el periódico. Se saltó la sección sobre política francesa. El fútbol lo aburría hasta las lágrimas. Y entonces lo vio. Una imagen borrosa del patio de hormigón de Sensationnel. Una foto de él saliendo del lugar. Debajo de la foto grande había un primer plano del rostro, su rostro. Una foto borrosa, pero se parecía lo suficiente a él como para causar un problema. ¿Podía decirlo porque lo sabía, o realmente se parecía tanto a él?

Miró a la mujer que ahora estaba sentada con los brazos y las piernas cruzadas, la cabeza ladeada, apoyada en la pared y los ojos cerrados. Desvió su mirada hacia el hombre. El hombre todavía sostenía el periódico frente a él. Si pasaba la página vería la foto de Jack.

Tenía dos opciones. Matar al hombre o irse y esperar que no recuerden su cara. Matar en un tren en marcha no le atraía a Jack. ¿Quién sabe cuántas personas tendría que eliminar para mantenerlo en secreto? Jack y el hombre no se habían dirigido una palabra. Lo más probable era que nunca recordara cómo era Jack.

Lo mejor era marcharse.

Jack abrió la puerta del compartimento y salió al pasillo. Caminó hacia la parte delantera del tren hasta que encontró un compartimento desocupado donde permaneció hasta que el tren llegó a Niza.

El tren llegó a la Gare de Nice Ville, la principal estación de trenes de Niza, alrededor del mediodía. El viaje había durado seis horas. Pasó las dos últimas solo. Casi esperaba bajar del tren y encontrarse con un grupo de policías franceses esperándolo. Al final no hubo policías ni funcionarios del gobierno. Nadie lo esperó.

Bajó del tren y subió al andén. Miró hacia arriba a través de las altas ventanas arqueadas del techo. La luz del sol se filtraba. El aire era cálido. Volvió a mirar el tren mientras avanzaba unos treinta metros más o menos. En ambos extremos había palmeras que daban la bienvenida a los recién llegados y se despedían de aquellos que se dirigían a algún destino no tan agradable ni moderno como la famosa ciudad francesa.

Jack salió por el frente de la estación de tren. La cola del taxi estaba vacía. Tampoco había taxis. Se paró en la acera, miró a la derecha y luego a la izquierda. Sus instintos le dijeron que fuera hacia la izquierda, así que giró hacia la derecha y empezó a caminar. Hoy no confiaba en sí mismo.

A unas cuadras vio un cartel en una ventana que indicaba que podía comprar un teléfono celular y una tarjeta SIM adentro. Podría simplemente usar su teléfono actual y obtener una nueva tarjeta SIM, pero el tecnófobo de Jack no se lo permitiría. Entró en la tienda y asintió con

la cabeza al anciano francés que estaba detrás del mostrador. El anciano francés asintió en respuesta. Estaba calvo arriba. Un espeso bigote adornaba su labio superior. Llevaba una camisa marrón que le hizo pensar a Jack que iba a jugar a los bolos. Cuello ancho, abotonado, rayas blancas de cinco centímetros de ancho a cada lado de los botones. Quizás esta fuera su tienda. Quizás no lo era. A Jack no le importaba.

Señaló un teléfono celular en la pared. El anciano francés volvió a asentir. Se giró, bajó el teléfono, abrió un cajón, metió la mano y sacó un pequeño trozo de plástico. Sostuvo el teléfono y un pequeño trozo de plástico en el aire para que Jack los inspeccionara. Jack lo miró por un segundo. Asintió con aprobación. El anciano francés insertó la tarjeta en el teléfono, lo conectó a su computadora y pulsó el teclado con dos dedos cortos y rechonchos. Pasaron cinco minutos. Jack no se movió. El anciano francés apenas se movió. Le entregó el teléfono a Jack.

—Treinta y nueve—, dijo en inglés.

Jack sonrió. El hombre lo supuso un americano a pesar de que no había dicho una sola palabra. Metió la mano en su cartera y sacó cuarenta euros. Le entregó el dinero al hombre con la mano derecha y agarró el teléfono con la izquierda. Saludó al anciano francés con la cabeza y salió de la tienda.

Treinta y nueve.

Las únicas palabras pronunciadas durante los ocho minutos que estuvo en la tienda.

Caminó unas cuantas cuadras más y se detuvo frente a una tienda de electrónica. En el escaparate se exhibía una computadora portátil nueva. Jack entró y un asociado de ventas se le acercó. Llevaba un chaleco rojo sobre una camiseta polo rosa claro. Llevaba unos vaqueros azules con las botas enrolladas demasiado altas. Debajo se asomaban calcetines negros y zapatillas azules completaban su atuendo. Probablemente estaba cerca de la edad de Jack a juzgar por la ligera capa de cabello plateado en sus sienes.

—¿Cómo puedo ayudarlo señor? — dijo el asociado de ventas en un inglés con un fuerte acento francés.

Realmente necesito cambiarte de ropa.

—Necesito una computadora portátil—, dijo Jack.

Los ojos del asociado de ventas se iluminaron. —Genial, tengo varias opciones. Sígueme.

Jack lo siguió.

—Aquí tenemos nuestro modelo más popular. Es...

Jack no le prestó atención. Nada de lo que dijera el hombre tendría sentido, así que no tenía sentido escucharlo. Miró la etiqueta del precio. Novecientos noventa y nueve euros. Más de mil doscientos dólares estadounidenses.

—El siguiente—, dijo Jack.

El asociado de ventas frunció el ceño y dio el paso correcto.

Ochocientos noventa y nueve euros. Jack frunció el ceño. El asociado de ventas no dijo una palabra. Levantó una mano, se giró y le indicó con el dedo a Jack que lo siguiera. Él hizo.

—Aquí estamos, señor—, dijo el asociado de ventas. —Perfecto para un hombre como usted.

Jack sonrió. Cuatrocientos noventa y nueve euros. —Me lo llevo.

—Excelente—, dijo el asociado de ventas. —Y déjeme contarle sobre nuestro programa de garantía...

Jack levantó su mano derecha.

—Sin garantía. Lo entiendo, señor—. Condujo a Jack al mostrador.

Jack sacó una tarjeta de crédito con el nombre de Sherman Harrod. Sacó una tarjeta de identificación con el mismo nombre y luego se las entregó al asociado de ventas.

El asociado de ventas sonrió, pasó la tarjeta y colocó un recibo para que Jack lo firmara. El asociado metió el recibo debajo de la bandeja del dinero en el cajón, luego colocó la caja en la que estaba empaquetada la computadora portátil en una bolsa etiquetada con el nombre de la tienda.

Los hombres se sonrieron el uno al otro. Había una pizca de desprecio detrás de la sonrisa de Jack y estaba seguro de que la sonrisa del asociado de ventas contenía la misma emoción. Jack se dio vuelta y salió de la tienda.

Continuó en la misma dirección y se detuvo frente al primer hotel que vio, el Hotel Azurea. Se encontraba en la esquina de la Rue de Belgique y la Rue Paganini. El frente del edificio tenía sólo tres metros y medio de ancho con dos puertas en el medio. A medida que el edificio se elevaba, se extendían por la fachada balcones con puertas similares. Dos lados más largos se extendían a lo largo de las calles en un patrón de ventana-balcón-balcón-ventana, repetido dos veces en cada lado.

Cruzó la calle y entró en el Hotel Azurea. Una mujer joven estaba parada frente al mostrador. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño. Sus cejas de color marrón claro enmarcaban perfectamente sus ojos azul claro. Su rostro era delgado y estrecho y su nariz y labios le hacían juego. Aun así, Jack la encontraba bastante atractiva. Llevaba una camisa negra con botones, manga larga y pantalones negros a juego. Una placa con su nombre prendida a su camisa decía Celeste. Jack se acercó al mostrador.

—¿Como puedo ayudarte? — preguntó en francés.

Jack sonrió.

—Me gustaría una habitación. La más barata que tengas—, respondió en francés.

—Lo siento—, dijo. —El registro es hasta las dos y media de la tarde.

Jack miró su reloj. Una y media.

El asintió. —Volveré en una hora.

—Estaré aquí—, dijo. Sus labios se abrieron y se curvaron en las puntas en una sonrisa.

Salió por la misma puerta por la que entró, giró a la derecha y caminó por la calle Paganini. Se detuvo en un pequeño café, entró y pidió un expreso doble.

Se sentó en una mesa y notó el enchufe en el centro. Miró a su alrededor y vio que la mitad de los clientes del café tenían sus computadoras portátiles conectadas en medio de sus mesas. Sacó su nueva computadora, la enchufó y presionó el botón de encendido.

—¿Qué diablos es esta mierda? —murmuró él. Una pantalla de presentación quería que ingresara todo tipo de detalles e información personal. No pudo encontrar manera de saltarse los pasos.

La mesera dejó su expreso doble fuera del alcance de su brazo. —Sólo selecciona eso—. Ella cruzó su cuerpo y señaló la pantalla.

Jack volvió a mirarla. Cabello oscuro, ojos oscuros, piel bronceada. No la había visto en el mostrador.

—¿Qué?

Ella sonrió, acercó una silla y se sentó a su lado.

—Aquí—, dijo. —Deja que te ayude.

Jack levantó los brazos cuando ella se acercó y agarró la computadora portátil. La colocó frente a ella y Jack ya no pudo ver la pantalla.

—¿Nombre? —preguntó ella.

—Jack—, respondió.

—¿Jack qué?

—Sólo Jack.

—De acuerdo.

Jack escuchó un botón presionado, sostenido y luego soltado. Luego contó nueve pulsaciones rápidas en el teclado.

—Ahí tienes, *sólo Jack,* según lo solicitado—. Ella le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa. —Lindo.

—Gracias—. Ella le guiñó un ojo, se levantó y regresó al mostrador. Luego se volvió hacia él. —Dale cinco minutos para que termine y luego podrás usarlo—. Se escondió detrás de la entrada del ascensor y desapareció detrás de una puerta con cuentas.

Observó la cortina durante unos minutos. Ella no dio un paso atrás. Suspiró y volvió a su nueva pieza de tecnología. Una pantalla de bienvenida lo recibió. Metió la mano en su bolsillo y sacó la memoria USB. Levantó y giró la computadora portátil hasta que descubrió dónde se suponía que debía ir la memoria USB. Escuchó algunas risitas. Dejó la computadora portátil y miró a su alrededor. Aparentemente, el público más joven disfrutó de que Jack, de treinta y seis años, intentara descubrir qué hacer con su nueva computadora.

—No funciona así, viejo—, dijo uno de ellos.

Jack frunció el ceño, cerró la tapa y desenchufó el portátil. Lo metió en su bolso y caminó hacia el mostrador.

—Tomaré otro—, dijo. —Para llevar.

Se apoyó contra el mostrador, esperando que la mujer volviera a pasar. Ella no lo hizo. La chica del mostrador tomó su dinero, le entregó su bebida y no le dijo nada. Jack la recogió y tomó un sorbo. Última oportunidad. Se giró, caminó hacia la entrada y abrió la puerta.

—Adiós, solo Jack —, dijo la sexy mesera desde detrás de la puerta con cuentas.

Él sonrió, salió y caminó de regreso al hotel.

Celeste todavía estaba sentada detrás del mostrador. —¿Cómo puedo ayudarlo señor? —preguntó en francés.

—Yo otra vez.

—Oh, sí. Son sólo las dos de la tarde, señor.

—¿No puedes hacer una excepción? Viajé toda la noche en avión. Toda la mañana en tren. Estoy cansado y sólo quiero ir a dormir.

Ella suspiró, sonrió y dijo: —Haré una excepción contigo.

Jack le entregó la tarjeta de crédito con el nombre Sherman Harrod y el documento de identidad correspondiente.

Tomó la tarjeta de crédito y el documento de identidad, pulsó algunas teclas de su teclado y deslizó la tarjeta de crédito en su máquina. Ella le devolvió ambos junto con un recibo para que él lo firmara. Él devolvió el recibo y ella abrió un cajón debajo de su computadora y dejó caer el recibo dentro. Sacó dos tarjetas del mismo cajón, las pasó por una máquina diferente y pulsó algunas teclas más en su teclado.

—Habitación 402—, dijo. —Disfrute.

Jack tomó las llaves de su mano extendida, recogió sus maletas y se dirigió al ascensor. Presionó el botón de arriba. El ascensor tardó dos minutos en llegar. Entró, presionó el botón con la etiqueta cuatro y apoyó la espalda contra la pared de espejos.

El viaje no duró tanto como esperaba, tal vez unos veinte segundos.

Salió al pasillo y encontró su habitación. Simple, tal como a él le gustaba. Una cama, cómoda, TV y baño. Mesa pequeña en la esquina. Cortinas a cuadros rojos colgando sobre la ventana. Cerró las cortinas, encendió la televisión y se acostó en la cama.

No había mentido cuando le dijo a Celeste que sólo quería irse a dormir. Cinco minutos después de que su cabeza golpeara la almohada, Jack estaba fuera, a pesar de su segundo expreso doble, que estaba medio vacío sobre la cómoda, debajo del televisor.

CAPÍTULO 31

—¿Oso? — preguntó Mandy.

—Sí, cariño—, dijo Oso sin quitar la vista de la carretera.

—¿Mamá está muerta?

Oso disminuyó la velocidad. Se había preparado para esta pregunta durante una semana. Pensó que tenía la respuesta perfecta. Ahora las palabras parecían equivocadas.

—Sí—, dijo.

—Ya me lo imaginaba.

Miró a la pequeña niña de cabello rubio. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. Una comenzó a bajar por su mejilla dejando una huella profunda a su paso. Luego se secó la nariz con la manga.

—La extraño—, dijo.

—Lo sé, Mandy. Lo sé.

La niña jugueteó con su asiento hasta que éste se deslizó hacia atrás. Ella se reclinó y cerró los ojos. Se mordió el labio intentando evitar sollozar.

Oso detuvo el auto y salió. Dio la vuelta y abrió la puerta de Mandy.

La niña se desabrochó el cinturón de seguridad y saltó a sus brazos. Ella hundió la cara en su hombro y sollozó.

Oso la abrazó fuerte. Soltó su agarre cuando sintió que ella retrocedía. Tenía los ojos rojos, haciendo que el azul resaltara aún más. Las lágrimas mancharon sus pálidas mejillas. Finos mechones de cabello rubio se pegaban a una de ellas. Sus labios temblaron.

—¿Me matarán a mí también? — ella preguntó.

—No—, dijo Oso. —Nunca. Jack y yo no permitiremos que eso suceda.

Ella rodeó su grueso cuello con los brazos y lo apretó con fuerza.

Él le devolvió el abrazo.

—Un verdadero abrazo de oso vivo—, dijo y luego gruñó.

Mandy se rio, resopló y tosió. Ella lo soltó y volvió a subir al auto.

Oso cerró la puerta y regresó al lado del conductor, entró y encendió el motor.

—¿A dónde vamos? — preguntó ella.

—Montana.

—¿Qué hay en Montana?

—Alguien que pueda mantenerte a salvo mientras yo me ocupo de los malos—. Él la miró antes de regresar al tráfico. Ella asintió sin decir una palabra. Esperaba que ella no se asustara cuando él se fuera. Tenía que viajar al extranjero. Las cosas eran un desastre en Francia y Jack necesitaba su ayuda.

—¿Quien? — preguntó Mandy.

—Su nombre es Scott Brayton. Es mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Hermanastro. Mi mamá estuvo casada con su papá durante seis meses cuando teníamos once años. No vivíamos juntos, pero pasamos dos meses en las montañas ese verano. Siempre nos mantuvimos en contacto.

—Está bien—, dijo Mandy.

—Lo sé, demasiada información.

—¿Eh?

Oso se rio. —Lo importante es que nadie te encontrará allí. Nadie sabe nada de Scott. Ni siquiera Jack.

—Pero…—, Mandy hizo una pausa.

—¿Qué pasa si me pasa algo? — Oso terminó su pregunta.

—Sí—, dijo ella.

—No te preocupes. Me aseguraré de que Jack sepa qué hacer. La Sra. Clarissa también—. Él se acercó y le dio unas palmaditas en la cabeza. —Siempre estarás a salvo, Mandy.

Se sentaron en silencio los siguientes minutos. Miró a la niña, ahora dormida, con la cabeza apoyada en la ventana.

El coche cruzó la frontera del estado de Montana y Oso pisó con fuerza el pedal del acelerador. Todavía era de día. Límite de velocidad, razonable y prudente. Es decir, sin límite de velocidad. Oso miró el velocímetro. Ciento ochenta. Parecía bastante razonable.

PASARON TRES HORAS. LOS POSTES DE MILLAS VOLABAN A DOS POR MINUTO. ESTABAN CERCA DE la cabaña de Scott. Oso disminuyó la velocidad.

Scott vivía al norte de Billings, en las afueras de un pequeño lugar llamado Roundup en la autopista 12. Aunque no lo había visitado en cinco años, Oso había estado allí suficientes veces como para saber el camino sin un mapa. Entró en el camino pavimentado y agrietado. El invierno anterior había dejado agujeros que estaban llenos de tierra y grava. El sedán saltaba arriba y abajo mientras conducía demasiado rápido por el camino de menos de un kilómetro de largo.

Mandy se sentó. —¿Dónde estamos?

—Aquí.

—¿Dónde está aquí?

—Roundup.

—¿Eh?

Oso se rio. —Espera, cariño—. Señaló la casa que apareció cuando llegaron a un claro.

Un hombre fornido entró por la puerta con un rifle al costado. Su cabello oscuro estaba salpicado de gris. Tenía patillas cortas y bigote a juego. Tres niños pequeños, todos rubios, presionaron sus caritas contra la puerta mosquitera. Una mujer alta de cabello rubio estaba detrás de ellos.

Oso se detuvo.

El hombre levantó su rifle.

Oso saludó.

—¡Scott! —, gritó.

Scott bajó el rifle, le sonrió a Oso y luego se dio la vuelta e indicó a su esposa e hijos que salieran de la casa.

Oso rodeó el coche y sacó a Mandy del asiento. La levantó sobre su cadera y caminó hacia la casa.

Scott bajó del porche. Extendió las manos y señaló a Mandy. —¿Tuya?

—Supongo que lo es ahora.

Scott levantó una ceja, pero no preguntó nada más. Le dio a Oso un medio abrazo y se volvió hacia Mandy. —¿Cómo te llamas?

—Mandy—, dijo.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Mi hija Bernie también tiene nueve años.

—¿Su nombre es Bernie? — El rostro de Mandy se torció.

Scott se rio. —Sí, abreviatura de Bernice.

Mandy frunció el rostro. —¿Puedo conocerla?

—Seguro—. Extendió la mano, tomó a Mandy del brazo de Oso y le dijo. —Ella está en el porche.

Oso observó a Mandy correr hacia el porche. Se imaginó que ella estaba bastante ansiosa por jugar con alguien de su edad.

—Camina conmigo— dijo Scott.

Oso asintió.

—¿De qué se trata todo esto? — preguntó Scott.

—La chica está en problemas. Su madre fue asesinada. Se mezcló en algo que no debería haber hecho. Jack la salvó.

—¿Noble? ¿Tu amigo de los Marines?

—Sí, somos socios comerciales—. Él levantó una ceja.

Scott asintió y frunció el ceño. —Me gustaría que vinieras aquí. Haz negocios conmigo.

—Me encanta la zona, el paisaje, pero sentarme en una oficina tratando con contratistas no es para mí—. Puso una mano en el hombro de Scott. —Tú lo sabes.

Scott se encogió de hombros. —Sí, lo sé—. Se alejó de Oso. —¿Cuánto tiempo necesitas que la cuidemos?

Oso dio unos pasos y se paró junto a Scott. Miró las montañas a lo lejos. Debían de estar a ciento sesenta kilómetros de distancia, tal vez más. Se sentía como si pudieras extender la mano y tocarlas. El sol se ponía detrás de ellas. El cielo sobre las montañas se volvió de un tono rosado, un reflejo de la atmósfera.

—Al menos unas semanas—, dijo Oso.

—¿Sabes algo sobre sus estudios?

—Supongo que fue a la escuela. Tendrías que preguntarle eso.

—Cathy puede educarla en casa con los niños.

Oso asintió. Scott era estricto en algunos aspectos. Este sería un buen lugar para Mandy hasta que se solucione la situación con Charles y el anciano.

—Entremos. Cathy ya tiene la cena lista.

Oso siguió a Scott de regreso a la casa. Subió los escalones de madera y entró. Los niños estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Mandy jugaba con Bernie. Tenían muñecas sobre la mesa. Oso no estaba seguro de la marca ni de quiénes eran las muñecas. No pasaba mucho tiempo con niños. Observó a Mandy interactuar con Bernie y los dos niños más pequeños. Su rostro brilló. Ella no parecía tan pálida. Definitivamente no tan hosca.

Cathy llevó la cena a la mesa, un buen asado. Scott se frotó las manos e hizo algunos ruidos. Los niños se rieron. Oso sonrió y asintió. La cena duró más de una hora. Comer entremezclado con conversación. Luego Oso llevó a Mandy hasta la puerta. Scott estaba unos metros detrás de

ella.

—Mandy, escucha—, dijo Oso. —Me voy.

Los ojos de Mandy se llenaron de lágrimas. Ella se mordió el labio.

—Volveré. No te preocupes.

Ella forzó una sonrisa y exhaló profundamente. —¿Abrazo de oso?

La envolvió en sus enormes brazos, empequeñeciendo su pequeño cuerpo. Sollozó un par de veces y luego se rio. Ella se reclinó y agarró su camisa. —Tenga cuidado, señor.

Oso se rio. Se levantó y salió. Scott lo siguió.

—Cuídala bien—, dijo Oso.

Scott asintió. —Lo haremos.

Oso caminó hacia el sedán y abrió la puerta. Se quedó allí por un segundo. Miró hacia el cielo. Estaba claro, hermoso y lleno de estrellas.

—¿A dónde vas? — preguntó Scott.

—Norte.

Oso subió al auto, encendió el motor y se fue sin decir una palabra más.

Oso se dirigió hacia el noroeste y tomó la Interestatal 15 en Great Falls. Por la noche, el límite de velocidad se redujo considerablemente a unos razonables y prudentes ciento veinte kilómetros por hora. Así que fue a ciento treinta. Dos horas después de pasar por Great Falls llegó a la frontera con Canadá.

El policía se acercó al coche. Era alto y pesado. Sus mejillas estaban rojas. Posiblemente por el frío, o por su presión arterial alta. Era alto y rígido. Mantenía su mano regordeta sobre la culata del arma asegurada en una funda sujeta a su cinturón. Mantuvo sus ojos azules vigilantes sobre Oso. Se acercó al coche. —¿Identificación, señor?

Oso sacó una licencia de Michigan que tenía el nombre de Marvin Schlater. Se la entregó al policía.

—¿Qué tipo de negocio tiene en Canadá, Sr. Schlater?

—Pesca.

—¿Tiene sus equipos en la cajuela?

—No señor, este es un alquiler. Se supone que mi guía debe proporcionarme todo.

—¿Cómo se llama tu guía?

—Gibson. El único nombre que tengo.

—¿Dónde vas a pescar? ¿eh?

—Afluentes costeros. Me encuentro con Gibson en Tweedsmuir.

—Ah, hermoso parque—. El policía se giró y rodeó el coche con un espejo sujeto a un palo. Regresó dos minutos más tarde y le entregó a Oso su identificación. —Que tenga un buen viaje, señor Schlater. Atrape mucho.

Oso tomó su identificación y asintió. Pisó el acelerador y tomó la autopista canadiense 501. Después de eso, tuvo un viaje sinuoso de ocho horas hasta Vancouver.

El viaje hasta el aeropuerto duró seis horas y media. Llegó a las cuatro de la mañana. Buen momento para entrar al aeropuerto. Dos horas más y el lugar sería un manicomio. Dejó el coche en un aparcamiento de larga duración y se dirigió al edificio principal del aeropuerto. Encontró a una joven japonesa detrás de un mostrador con la etiqueta EVA Airlines. Llevaba el pelo oscuro recogido y sujeto con horquillas. Vestía un traje tradicional de aerolínea. Nada fuera de lo común. No había vuelos directos a Tokio esa noche. Compró un billete a

Taipéi, Taiwán, con un vuelo de conexión a Tokio. El vuelo salió en una hora. Qué mala suerte, pensó. Aunque él lo aceptaría. Le vendría bien un poco de suerte extra en este viaje.

Oso se tomó su tiempo para caminar hasta la terminal internacional, puerta D. Llegó durante el embarque. Mostró su pasaporte y billete. Siguió las instrucciones de la amable dama y bajó por el túnel. Subió al avión y encontró su asiento de primera clase. No podía sentarse en clase turista. Un hombre demasiado grande. Se deslizó en el asiento de la ventana, se abrochó el cinturón y le pidió una copa a la azafata. Dos, en realidad. Regresó con una bebida en cada mano. Era mayor que la mujer del mostrador de venta de entradas. Un poco más pesada. Su cabello también estaba recogido. Ella sonrió y le entregó sus bebidas sin decir una palabra.

Oso se reclinó en su asiento y revisó su teléfono. Ningún mensaje. Bebió su primer trago mientras el avión rodaba. Bebió el segundo cuando el piloto anunció que despegarían pronto.

Cuando el avión terminó de ascender, Oso ya estaba dormido. Permaneció así durante todo el vuelo a Taipéi.

Tuvo una escala de seis horas en Taipéi. Momento perfecto para llamar a Jack. Sacó su teléfono global y lo encendió. Un mensaje en espera. Marcó el código de acceso al correo de voz y escuchó el mensaje.

—Oso—, dijo la voz de Jack. —Ve a París. Clarissa está allí. Yo no. Los fantasmas franceses la están vigilando, pero no confío plenamente en ellos. Te quiero allí a su lado.

El mensaje se detuvo. Suficientemente simple.

Oso encontró un mostrador de Air France. —Billete a París, primera clase.

Un taiwanés delgado y con la cabeza rapada lo miró con los ojos vacíos y una expresión apagada. —¿Cuándo te gustaría partir?

—Lo antes posible.

El hombre frunció el ceño mientras jugaba con su computadora. —Estás de suerte. Un asiento más, de primera clase, sale en una hora. Unas veinte horas de viaje. Escalas en Xiamen y Ámsterdam.

—¿Cuánto tiempo en Ámsterdam?

—Sólo dos horas.

Tenía razón. Dos horas no eran suficientes para desahogarse en Ámsterdam. —Me lo llevo —. Le entregó al hombre delgado su tarjeta de crédito. Menos de cinco minutos más tarde ya tenía su billete y se dirigía a la puerta. Camino a París.

CAPÍTULO 32

Los golpes en la puerta sacaron a Jack de su siesta. Caminó de puntillas hasta la puerta, pistola en mano, y miró por la mirilla. No vio a nadie allí. Dio la vuelta. Otro estallido. Abrió la puerta con la mano izquierda, mantuvo el arma escondida detrás de la espalda con la derecha y asomó la cabeza por la puerta.

Un hombre bajo, fornido y de cabello castaño estaba parado en la puerta al lado de la de Jack. Tenía una fina barba castaña. Sus ojos estaban cubiertos con gafas de sol de color ámbar. Vestía una chaqueta deportiva azul, pantalón y zapatos blancos. Se volvió hacia Jack y levantó las manos.

—¿Qué diablos quieres? — dijo con acento neoyorquino.

Jack no respondió.

El hombre se abrió de par en par, frente a Jack. —¿Tienes un problema de audición? Dije, ¿qué diablos quieres?

—Deja de golpear la puerta.

El hombre se rio. Agarró sus pantalones por la cintura y los arrastró de un lado a lado. Hizo un chasquido con la boca. —Entonces eres un tipo duro, ¿eh?

Jack se metió el arma en la parte de atrás de los pantalones, abrió la puerta y salió. Se dirigió hacia el hombre. Dio un paso adelante. Ahora estaban pecho contra pecho.

—Dije que dejaras de golpear la puerta—, dijo Jack.

—¿O qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

La puerta se abrió. —¿Qué está pasando aquí? — dijo una voz femenina.

Jack no quitó los ojos del hombre de cabello castaño.

—Nada, Marla—, dijo el hombre de cabello castaño. —Sólo estoy conociendo a tu vecino—. El hombre retrocedió hacia la habitación. Cierra la puerta.

Jack escuchó el doble clic de la cerradura contra la puerta. Él sonrió y sacudió la cabeza. *Tipos rudos*. Regresó a su habitación y cogió su teléfono. Hizo una llamada a Oso. Sin respuesta. Dejó un mensaje indicándole a Oso que lo llamaría de un nuevo número cuando llegara a París. Luego marcó el número privado de Pierre.

—¿Hola?

—Es Jack.

—Jack, ¿todo va bien?

—Sí, a punto de revisar la información.

—¿Aún no lo has hecho?

—Primero tenía que instalarme. Y escucha, antes de que yo lo haga...

—¿Sí?

—Antes de hacerlo necesito que saques mi cara de los periódicos y de la televisión. ¿Puedes hacer eso?

—Sí, Jack. Lo siento. Teníamos medidas para evitarlo, pero alguien actuó de forma independiente. Nos hemos asegurado de que no vuelva a suceder.

—¿Cuál es tu plan?

—Ya está en acción, en las noticias. Publicamos imágenes ficticias y una foto falsa. La nueva foto saldrá en el periódico de mañana.

Jack exhaló. —Suena bien. Está bien, dame cualquier detalle que no esté en esta memoria USB.

—Tu contacto es Oscar. Deberás reunirte con él en Cap-d'Ail dentro de treinta y seis horas.

—¿Dónde?

—Cuando llegues a Cap-d'Ail deberás ponerte en contacto conmigo y te proporcionaré los detalles.

—¿Hay una estación de tren? — preguntó Jack.

—Sí, pero el pueblo no está tan lejos. Se puede alquilar una moto y llegar en media hora.

Jack se puso de pie y miró por la ventana, hacia la costa. —Sí, creo que podría hacer eso.

—Entonces al menos tendrás algo de transporte.

—Está bien, voy a revisar ahora—. Jack colgó sin esperar la respuesta de Pierre.

Colocó su computadora portátil sobre la mesa y la encendió. Hizo girar la memoria USB entre sus dedos mientras esperaba que la computadora se iniciara. Cuando terminó, insertó la memoria USB y navegó hasta una carpeta con su contenido. Había tres expedientes. El primero estaba etiquetado como 1: *Grigori*. Abrió ese archivo primero. Contenía la foto de un hombre con el pelo y un bigote gris muy corto. Llevaba gafas redondas de montura fina. Estaban sentadas sobre una nariz ancha, en marcado contraste con sus delgados labios. Tenía una mandíbula ancha y un mentón a juego. Parecía tener unos cincuenta y cinco o sesenta años. Debajo de la imagen había un nombre. *Grigori Dorofeyev*. Debajo había varias etiquetas.

Objetivo principal.

Fecha de nacimiento: 23 de agosto de 1954

Nivel de amenaza: rojo

Miembro del Ministerio de Defensa del Gobierno ruso, parte del "Bloque Presidencial"

Los servicios de inteligencia confirman que Dorofeyev está planeando un derrocamiento del gobierno ruso en los próximos cinco años. Tiene el apoyo de varios miembros del gobierno que quieren volver a las viejas costumbres. También cuenta con apoyo dentro del ejército. Los exiliados lo apoyan plenamente. Cualquiera a quien se le haya acercado y se haya negado a apoyarlo ha sido asesinado o encarcelado falsamente. La amenaza debe ser neutralizada.

La lista continuaba con un resumen de los logros de Dorofeyev.

Jack cerró el documento y abrió el siguiente. Comenzó con un nombre. *Fyodr Olkhovsky*, general del ejército. A continuación, apareció una fotografía de Olkhovsky. Parecía mayor que Dorofeyev. Era calvo en la parte superior de la cabeza y tenía el pelo gris muy corto a los lados. Su rostro estaba alargado y demacrado. Cejas oscuras se posaban sobre sus ojos oscuros. Llevaba un uniforme militar verde. Sus hombros adornados con un parche oscuro, rayas rojas en el exterior, cuatro estrellas doradas en línea en el interior.

Debajo de su foto había una lista de logros.

General de 4 estrellas - General del Ejército. Reporta únicamente del Mariscal de la Federación de Rusia.

Anteriormente Comandante del Distrito Militar Occidental - Comando Estratégico

Operacional Occidental. También conocida como la "Puerta a Europa"

Ahora comanda los cuatro distritos, comandos estratégicos.

Amigos ascendidos a los comandos del Distrito Oeste y Sur.

La lista continuaba con todo su historial militar, incluida su participación en las guerras chechenas.

Debajo de la lista de Olkhovsky había otro nombre. *Mijaíl Korzhakov*. A juzgar por su fotografía, era mucho más joven que los otros dos hombres. Tenía una cabellera negra y abundante. Su rostro estaba libre de arrugas y vello facial. Tenía cejas y ojos oscuros, frente poblada y mandíbula cuadrada. No había mucha información sobre él. Era un político y parecía la mano derecha de Dorofeyev.

Jack cerró el segundo expediente y abrió el tercero. Contenía un itinerario de vacaciones. Los hombres debían llegar hoy a París. Mañana tomarían el tren a Cap-d'Ail y probablemente pasarían algún tiempo en Montecarlo. El lunes un viaje de pesca. Saldrían a las ocho de la mañana en el Danseur du Vent, o Bailarín del Viento, para un viaje de pesca de todo el día. La página decía una cosa más. Óscar.

Jack cerró el programa, desenchufó la memoria USB y cerró la tapa del portátil. Se acostó en su cama y miró al techo, revisando mentalmente la información de la carpeta. No le tomó mucho tiempo reconstruirlo.

Dorofeyev tenía un poder considerable en el gobierno de la Federación Rusa. Conocía a todos los jugadores y probablemente tenía fuertes vínculos con ellos. Sabía con quién podía contar y a quién tendría que matar. Había servido en el ejército junto a Olkhovsky en su juventud. Los días previos a la caída del comunismo. Los dos no estaban contentos con la caída de la Madre Rusia, pero no tenían muchas opciones al respecto. Eligieron dos caminos separados pero importantes en sus carreras. Ahora Olkhovsky controlaba el ejército y tenía amigos de confianza en los frentes occidentales. Podrían atacar a Europa y Oriente Medio a voluntad. Estos tipos eran de la vieja escuela y no les importaba si su ataque desencadenaba una guerra nuclear con Irán u otra nación.

Korzhakov sería su vínculo con los miembros más jóvenes del gobierno. Los chicos que eran adolescentes o tenían poco más de veinte años cuando cayó el comunismo. Estos eran los tipos que veías en la televisión, sonriendo, felices de que Gorbachov disolviera la Unión Soviética. Pero no todos sentían el mismo sentimiento estos días y añoraban cómo solían ser las cosas. Korzhakov era uno de esos tipos y conocía a otros políticos jóvenes que compartían el mismo sentimiento.

Jack tenía ahora la imagen completa. Estos tres hombres fueron los jefes de una nueva Revolución Rusa. ¿La tarea de Jack? Asegurarse de que fallaran. Quizás Jack se preguntaba ¿Por qué él? ¿Por qué Pierre no formó su propio equipo para esto? Simplemente haría el trabajo, cobraría su dinero y desaparecería por un tiempo.

Jack salió del ascensor y atravesó el vestíbulo del hotel. De nuevo giró a la derecha y caminó por la calle Paganini. Se detuvo frente al pequeño café. Las luces estaban encendidas en el interior. Entró y vio trabajando a un equipo diferente al de antes. Se acercó al mostrador y pidió un expreso doble. Encontró una mesa con vistas a la calle y revisó su teléfono. Ningún mensaje. Marcó un número de acceso para comprobar otra línea. Ningún mensaje. Jugueteó con su teléfono mientras esperaba su expreso doble.

—Encantada de verte de nuevo, sólo Jack.

Él miró hacia arriba. La mujer de cabello oscuro estaba allí, sosteniendo su café expreso, con una sonrisa en su rostro. Ella dejó la bebida frente a él.

—¿Puedo? — preguntó, su mano sosteniendo el respaldo de la silla junto a él.

Jack se puso de pie. —Por favor—, dijo.

Se sentó y se pasó la mano por el pelo. —¿Qué asuntos tienes en Niza?

—Sólo estaré aquí por un día o dos, luego me iré a pescar.

Ella asintió. —¿Quieres salir de aquí?

Jack tomó un sorbo de su café expreso. —¿A dónde quieres ir?

Ella se encogió de hombros. —¿A cenar?

—Mi comida favorita.

—Mi nombre es Vivienne. Llámame, Viv—. Ella se levantó. —Regresaré enseguida.

Jack observó cómo ella desaparecía detrás de la cortina de cuentas que colgaba en la puerta entre la parte trasera y el frente del café. Terminó su expreso doble y esperó junto a la puerta a que ella regresara. Ella salió de atrás, ahora vestida con un vestido corto de verano de color amarillo. El vestido llegaba hasta la mitad del muslo y dejaba al descubierto sus largas piernas bronceadas. Su cabello caía sobre los hombros expuestos. Ella se veía hermosa. Todo lo que Jack pudo hacer fue sonreír y abrirle la puerta.

Ella tomó su mano y lo condujo a través de la puerta hacia un laberinto de calles. Mantuvieron una pequeña charla en el camino. Ella le habló de su infancia en la zona rural del sur de Francia. Él inventó una historia sobre un negocio que dirigía en Estados Unidos y que lo llevaba a Francia dos o tres veces al año para negociar contratos. Ella no cuestionó nada de lo que dijo, sólo asintió en silencio.

—Aquí estamos—, dijo.

Jack miró hacia el sencillo edificio de yeso. No había ningún cartel colgado sobre la puerta que indicara dónde se encontraban.

—¿Qué es esto? — preguntó. Su mano instintivamente se posó cerca de su Beretta nueve milímetros oculta.

Viv sonrió y tiró de su brazo. —Es un lugar para los lugareños. Ninguna señal significa que los turistas simplemente pasan de largo. No tienen idea de que adentro se encuentra la mejor cocina del sur de Francia.

Él se apartó al principio y luego la siguió al interior. Estaban en una habitación con poca luz. Las luces del techo eran escasas. Cada mesa tenía una sola vela encendida colocada en el centro. Las paredes de color rojo oscuro sirvieron para que la habitación pareciera aún más oscura. La carpintería parecía hecha a mano y teñida de oscuro. Una barra ornamentada cubría toda la pared trasera del restaurante.

—Sentémonos en la barra—, dijo Viv.

—De acuerdo.

Tomaron asiento en el otro extremo de la barra. Jack inclinó su asiento hacia la esquina para poder observar a los clientes, el personal y la entrada.

—¿Qué desean? — preguntó el camarero.

—Martini—, dijo Jack.

—Armagnac—, dijo Viv.

Jack le levantó una ceja.

—Brandy—, dijo. —De Gascuña, a unos quinientos kilómetros de aquí.

Jack se encogió de hombros.

El camarero colocó sus bebidas frente a ellos. Ella le tendió la suya.

—Pruébala—, dijo.

Tomó un sorbo y la puso frente a ella. —Demasiado dulce para mí.

Ella puso los ojos en blanco. —Ese es el problema con ustedes, los hombres estadounidenses.

Se encogió de hombros y giró la cabeza para observar a la multitud de comensales. El lugar estaba ocupado. El secreto de un local. Es curioso cómo la gente que vivía en una zona sustentada por el turismo a menudo odiaba a los turistas.

—Oye—, dijo. Ella extendió la mano y guio suavemente su rostro hacia el de ella. Sus ojos se encontraron. Ella sonrió y se reclinó ligeramente en su taburete. —¿Hambriento?

Pensó por un momento en cómo responder. Hambre podría tener muchas connotaciones. Pero el camarero que estaba frente a él con un bolígrafo en una mano y una libreta en la otra le dijo cómo responder.

—Filete—, dijo. —Medio crudo.

—¿Corte? — preguntó el camarero.

—Lo que el chef recomiende.

—Tomaré lo mismo—, dijo Viv.

SALIERON DEL RESTAURANTE ANÓNIMO. EL AIRE FRESCO SE SENTÍA BIEN EN EL ROSTRO DE JACK después de dos horas y media dentro del cálido y sofocante restaurante.

—¿A dónde? — preguntó Viv.

—Probablemente debería regresar al hotel.

Ella hizo un puchero y tomó ambas manos entre las suyas. —¿Estás seguro?

—¿Qué me recomiendas? — preguntó.

—La playa es bonita—, dijo. —Y mi apartamento está a sólo una cuadra de distancia—. Ella parpadeó lentamente y bajó un poco la cabeza, atrayendo su mirada.

Jack la miró a los ojos. Pensó en cómo transcurriría el resto de la noche. Los efectos del alcohol durarían una o dos horas más. El tiempo suficiente para que pudieran caminar hasta la playa, de la mano. Una vez bajo la protección del cielo nocturno y fuera del camino de las luces de la ciudad, la besaría. Ella le devolvería el beso. Ella lo llevaría a su apartamento donde beberían una o dos botellas de vino. En algún momento mientras bebía el vino, su vestido de verano se le caería, al igual que la camisa y los pantalones de él. Quizás irían al dormitorio. Tal vez simplemente se caerían al suelo.

—¿Bien? — preguntó ella.

Él se inclinó para besarla. —Clarissa—, susurró.

Ella volvió la cara. Sus labios rozaron su mejilla. —¿Quién es Clarissa?

Jack dejó caer la cabeza. —Lo siento. Debería regresar al hotel.

Ella lo tomó de la mano y lo condujo por las oscuras calles de Niza. Caminaron en silencio, atravesando los charcos de luz que dejaban las farolas espaciadas uniformemente. Quince minutos después llegaron al hotel.

—No me importa quién sea Clarissa—, dijo. —Soy tuya esta noche. Si me quieres.

—No es cuestión de quererte—, dijo. —Me importa quién es Clarissa. Eso es todo lo que importa.

Ella desvió los ojos hacia un lado y le dedicó una sonrisa forzada. —Búscame si alguna vez vuelves a Niza, solo Jack—. Ella se puso de puntillas, se inclinó y besó su mejilla.

Jack la vio alejarse hasta que giró a la derecha y desapareció de la vista. Él suspiró. Atravesó el vestíbulo del hotel y entró en el ascensor. El ascensor sonó cuando llegó a su piso. Las puertas se abrieron y el hombre de cabello castaño de antes estaba afuera, recostado contra la pared del fondo.

—Bueno, mira quién es—, dijo el hombre de cabello castaño. —El tipo duro número uno de

Niza.

Jack salió y evitó mirar al hombre. Se dirigió hacia su habitación.

El hombre se puso delante de él, bloqueándole el paso. —¿Adónde crees que vas?

—A mi cuarto.

—Al diablo con ello.

Jack ladeó la cabeza, giró los hombros y sonó el cuello.

—Ahora discúlpate—, dijo el hombre.

Jack entrecerró los ojos. —¿Qué?

—Me escuchaste, hijo de puta...

Los hombres estaban apenas a treinta centímetros de distancia. Jack atacó rápido. Golpeó fuerte. El golpe cayó justo debajo del esternón del hombre. El hombre se desplomó hecho un ovillo en el suelo, sin aliento. Jack pasó por encima de él y lo golpeo en la ingle con el pie camino a su habitación.

CAPÍTULO 33

Pierre salió del taxi y entró en el hospital. Pasó por el mostrador de información. Sabía a dónde iba. Le prometió a Jack que cuidaría de Clarissa y tenía la intención de cumplir esa promesa. Estaba cubierto por dos de sus hombres. Relevarían a los dos que habían permanecido junto a su cama durante las últimas veinticuatro horas.

Subieron al ascensor, bajaron al piso de ella y caminaron hasta su habitación sin decir una palabra. Él asintió con la cabeza a los dos hombres que estaban junto a su puerta. Ellos asintieron y se alejaron. Los dos hombres que cubrían a Pierre se pusieron delante de él y ocuparon sus lugares a cada lado de la puerta de la habitación de Clarissa.

—No necesito decirte lo que está en juego aquí, ¿verdad?

—No, señor—, dijeron al unísono.

Pierre asintió y entró en la habitación. Su cuerpo inconsciente yacía inmóvil. Ella solo respiraba.

Un médico entró en la habitación. —Buenas noches.

Pierre le sonrió. —¿Alguna actualización?

—Ella está bien. Sólo necesita despertarse ahora—. El médico señaló hacia la puerta. —Necesito que salgas unos minutos para que podamos examinarla.

—Está bien—, dijo Pierre.

—Hay alguna posibilidad de que tus hombres puedan...

—No.

Pierre salió al pasillo. —Quédense quietos hasta que los releve—. Continuó por el pasillo, mirando cada habitación a medida que pasaba. Nadie pareció notarlo. A esta hora de la noche, el personal de este piso estaba formado por un equipo mínimo. Se dio cuenta de que una mujer de cabello castaño dormía. Levantó el letrero de la puerta. Lorena Laurent.

Miró a ambos lados del pasillo. Vacío. Entró en la habitación y dejó que la puerta se cerrara tras él. Le dio un codazo a la mujer dormida.

Ella abrió los ojos. —¿Qué?

—¿Lorena Laurent?

—Sí—, respondió ella.

Pierre mostró una placa. —Necesito hacerte algunas preguntas.

—No sé nada sobre los negocios de Mitchell—, dijo.

—No estoy aquí por Foster. ¿Recuerdas al hombre que te disparó?

Ella asintió.

—¿Crees que puedes distinguirlo entre una lista de fotografías?

Ella asintió.

Él se inclinó y la ayudó a sentarse. Colocó una carpeta en su regazo. Abrió la carpeta y

desplegó las fotografías de seis hombres. —Por favor, señale al hombre que cree que le disparó.

—Él—. Señaló la foto de Jack.

—Gracias—, dijo Pierre. —Estudia las imágenes unos momentos más sólo para estar seguro.

Se dio la vuelta y metió la mano en su bolso. Sacó una aguja y un vial lleno de líquido. Absorbió el líquido con la aguja y se volvió hacia ella con la aguja a la espalda.

—Ahora—, dijo, —¿todavía estás segura de que es el hombre que te disparó?

—Sí, absolutamente. Estaba cenando con Mitchell.

—Ya veo. Ha sido de gran ayuda, Sra. Laurent—. Se inclinó para agarrar la carpeta. Le clavó la aguja en el cuello y le inyectó el líquido en el torrente sanguíneo.

Sus ojos parpadearon. Ella se acercó a él, pero rápidamente perdió el equilibrio y cayó de nuevo en la cama, donde quedó inconsciente.

Pierre salió de su habitación. Los sonidos de su cuerpo fallando ya se podían escuchar en las máquinas que rodeaban su cama. Supuso que pasarían sólo unos minutos más antes de que el equipo reducido se reuniera a su alrededor y luchara para salvarle la vida. Sería una batalla perdida.

Pierre se sentó en la silla junto a la cama de Clarissa. Miró alrededor de la habitación. Era igual que cualquier otra habitación de hospital en la que había estado. Los aparatos estaban esparcidos por la habitación. No tenía idea de lo que hacía la mayoría. ¿Por qué lo haría? Tenía formación médica, pero en medicina de campo. Nunca tuvo necesidad de aprender más que eso. Si un hombre caía, hacían todo lo posible para salvarlo. Si no podían salvarlo, hacían todo lo posible para salvar el cuerpo. Si no podían salvar el cuerpo, seguían adelante.

Observó a Clarissa. Su pecho subía y bajaba con cada respiración que tomaba. Pensó en su propia hija, que ahora tenía dieciocho años. Decidió renunciar a su educación durante dos años y unirse al Cuerpo de Paz. Él se estremeció al pensarlo. Algunos de los lugares donde operaba el Cuerpo de Paz eran los mismos lugares que él, tanto durante su tiempo en el servicio como ahora, le preocupaba que ella terminara en medio de un tiroteo, o peor aún, tomada como rehén por una banda de rebeldes o una fuerza guerrillera.

—¿Qué clase de hombre es Jack? —le preguntó a la mujer dormida.

Ella no respondió.

—¿Es un hombre noble, como sugiere su nombre? — Pierre soltó una risita. Dudaba que fuera una broma original, pero lo dijo de todos modos.

—¿Por qué se preocupa tanto por ti? No eres pariente, al menos no es la información que tenemos sobre él.

Ella todavía no respondió.

Él suspiró, se puso de pie y se inclinó sobre ella. —Sea lo que sea, será mejor que nos aseguremos de mantenerte a salvo. No necesito que Jack Noble elimine a la mitad de mi equipo.

Sus ojos revolotearon y se abrieron. —¿Jack?

—No—, dijo. —Guarda tus fuerzas.

Vio miedo en sus ojos. Su boca se abrió para gritar, pero lo único que pudo lograr fue un susurro.

—Está bien. Mi nombre es Pierre. Soy amigo de Jack.

Ella se recostó y trató de sonreír.

—Bienvenida de nuevo, Clarissa—. Pierre se recostó en la silla. Sacó su teléfono. Escribió un mensaje sencillo. Ella está despierta. Le envió el mensaje a Jack mientras salía de la habitación.

CAPÍTULO 34

Charles caminó lentamente por el estrecho camino. Pasaron algunas motocicletas. La carretera era demasiado estrecha para los coches. La ciudad costera italiana de Ameglia le sentaba muy bien. Situada a medio camino entre Génova y Pisa, Ameglia era a menudo olvidada por los turistas. Quienes hicieron el viaje encontraron un pueblo formado por un conjunto de edificios costeros enclavados entre las colinas y el Mediterráneo. Los lugareños sumaban menos de cinco mil. Charles no se mezcló exactamente, pero los lugareños no le prestaron mucha atención.

Siete hombres acompañaron a Charles. Dos delante y dos detrás de él. Otro hombre se quedó unos cien metros más adelante. El sexto hombre se quedó a unos cien metros de distancia. Un hombre de cabello oscuro llamado Alonso caminaba con Charles. Alonso medía alrededor de un metro con ochenta de altura y pesaba unos atléticos noventa kilos. Se veía pequeño al lado de Charles. Estaban enfrascados en una ligera conversación. Alonso se había convertido en la mano derecha de Charles y permaneció a su lado.

Charles sacó de su bolsillo un teléfono que vibraba. Llamó a los cuatro hombres más cercanos a él. Todos se alejaron, dándole algo de espacio. Alonso se quedó a su lado.

Charles contestó el teléfono.

—Señor Charles—, dijo el anciano. —¿Cómo está hoy?

—Estaría mejor si estuvieras muerto.

Alonso sacó un cigarrillo, lo encendió y se lo ofreció a Charles.

Charles dio una calada al cigarrillo sin filtro. —¿Qué deseas?

—¿Es esa alguna forma de hablar con su jefe, señor Charles?

—Ya no eres mi jefe.

—¿Tiene alguna idea de con quién está hablando? Debería callarse.

—Tu deberías callarte—, dijo Charles.

—Podría enviar un equipo de diez hombres a ese pequeño pueblo en catorce horas, señor Charles. ¿Lo entiende?

—Será mejor que elijas los diez correctos, Feng.

Alonso tocó a Charles en el hombro. Articuló la palabra *Feng*.

Charles asintió y cubrió el teléfono con su gran palma. —Sí, ese es su nombre.

—¿Apellido? — preguntó Alonso.

Charles sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en el teléfono. —Escucha, ya no voy a aceptar esto. Hemos terminado. Si quieres darle mucha importancia, entonces continúa.

—Señor Charles—, dijo el anciano. —No tenemos que seguir este camino. Dejemos lo pasado, pasado.

—Púdrete.

—¿Qué quiere? ¿Más poder? ¿Más hombres? Dígame qué necesita para hacerlo feliz.

—Ya te lo dije, Feng. Quiero que Jack muera. No me darías esa satisfacción.

—Déjeme usarlo unas cuantas veces más y luego terminaré con él—, dijo el anciano.

—Al diablo con eso y al diablo contigo.

—Será mejor que cuide su espalda, señor Charles.

—Será mejor que vigiles la tuya, Feng.

Charles colgó y se rio entre dientes. Se volvió hacia Alonso. —El viejo bastardo no tiene idea de lo que está por pasar.

—Sabes que él va a venir a por ti, ¿verdad? — dijo Alonso.

—Sí—, dijo Charles. —Lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

Charles se encogió de hombros. —Pagarles. Demonios, podría cometer el error de enviar tipos que ya poseemos.

Alonso asintió. —Estaré atento.

Las únicas personas que sabían que Alonso había desertado eran Charles y el equipo de seis hombres que lo acompañaban en Ameglia. Alonso sabía qué hombres ya estaban en el bolsillo de Charles, por lo que pasó su tiempo hablando con los superiores que no lo estaban.

—¿Cuándo actuaremos? — preguntó Alonso.

—Después de que intente eliminarme.

—Arriesgado, ¿no?

—Deberíamos tener una idea de cuándo sucederá. Si lo hacemos antes, corremos el riesgo de perder a los muchachos en la valla. Mientras más disensión interna haya, más riesgo corremos de que una de las familias intente apoderarse de nuestra territorio.

—Tiene sentido. Entonces, ¿esperamos?

—Sí—, dijo Charles. —Esperamos.

CAPÍTULO 35

Los golpes en la cabeza de Jack lo despertaron temprano el sábado por la mañana. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas transparentes que colgaban frente a los grandes ventanales. Se dio la vuelta y tomó su reloj de la mesa de noche. Seis de la mañana. No fue un buen comienzo para lo que prometían ser unos días llenos de acontecimientos. Se frotó los ojos con las palmas, se sentó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Cogió el auricular del teléfono y marcó el 0 para llamar a la recepción.

—Bonjour—, dijo la alegre voz femenina.

—Café—, dijo Jack. —Prepara dos cafés.

—Oui, señor. De inmediato.

Colocó el receptor en el soporte y tomó el control del televisor. Pasó algunos canales y se detuvo cuando vio imágenes del ataque a Foster de hace tres días. Sus cejas se alzaron al unísono. Las imágenes habían sido alteradas. La toma de él saliendo ahora era más oscura y granulada, haciendo imposible distinguirlo. Mostraron una foto alterada del sospechoso. Cabello largo, gafas y grueso alrededor del abdomen. Nadie confundiría la foto con Jack.

Jack exhaló ruidosamente y se levantó. Abrió la puerta del pequeño balcón. Antes de que pudiera salir escuchó un golpe en la puerta. Cogió su nueve milímetros de la mesita de noche, se dirigió a la puerta y miró por la mirilla. Al otro lado había una mujer joven con uniforme de hotel. Abrió la puerta para asegurarse de que estaba sola.

—Buenos días, señor.

—Buenos días—, dijo. Abrió la puerta y la dejó entrar.

Llevaba los cafés en una bandeja. Una taza de plata con pico contenía más que suficiente crema. En un recipiente de plástico había alrededor de una docena de terrones de azúcar.

Jack la rodeó y agarró su billetera de la mesa de noche. Sacó cinco euros y se los entregó a cambio de propina.

—Gracias Señor.

Él asintió y la acompañó fuera de la habitación. El desagradable neoyorquino pasó por allí e hizo un gesto obsceno a Jack. Jack puso los ojos en blanco hacia el hombre. *Nos vemos una vez más.*

Jack preparó su café con crema y un poco de azúcar. Salió al pequeño balcón. La ciudad aún no había cobrado vida. La atmósfera serena lo adormeció en un falso estado de comodidad. Sabía que no duraría, pero decidió disfrutar la sensación. Al menos mientras termina su taza de café.

Miró hacia el mar y planeó su día. Ya no era sospechoso, no tenía que pedir ayuda en la carretera ni tomar el tren. Decidió alquilar una motocicleta para el corto viaje. La ciudad estaba apenas a cincuenta kilómetros de distancia. La carretera de la costa le llevaría allí en menos de una hora.

Pierre le dijo que esperara hasta el domingo por la mañana para hacer el viaje. Jack decidió irse antes de eso. Quería pasar el mayor tiempo posible en el pequeño pueblo antes de dar el golpe. Sin embargo, todavía no sabía cuándo se produciría el golpe. Sacó su móvil y llamó a Pierre.

Sin respuesta.

Arrojó el teléfono sobre la cama y se vistió. Salió de la habitación, recorrió el pasillo y entró en el ascensor. El ascensor se detuvo en el segundo piso y subió una mujer mayor con un pequeño perro blanco y peludo. Él asintió. Ella sonrió. Llegaron al vestíbulo en silencio. Jack esperó a que saliera la anciana. Ella salió. Él siguió. Caminó por el vestíbulo y se detuvo en la recepción.

—¡Buen día! — dijo la joven con la etiqueta con el nombre de Olivia.

Supuso que era la misma voz alegre que lo saludó por teléfono unas horas antes.

—Me gustaría extender mi estadía una semana más—, le dijo.

—Excelente. ¿Con qué nombre reservó la habitación?

—Harrod.

—Sí, está bien. Todo listo. ¿Algo más?

—Sí, ¿dónde puedo alquilar una moto por unos días?

Ella sonrió y gesticuló con las manos. —Salga por las puertas y gire a la derecha en Rue de Belgique. A tres manzanas hay una tienda donde se pueden alquilar motocicletas y bicicletas. Una bicicleta quizá sea más fácil.

—Gracias—, dijo Jack.

Cruzó las puertas y giró a la derecha por la Rue de Belgique. Pasó el pequeño café. Volvió la cabeza y miró hacia adentro. Viv estaba cerca de la ventana. Estaba hablando con una pareja joven. Parecían americanos. Probablemente estaban aquí de vacaciones. Quería entrar. Quería disculparse con ella. Pasó por delante del café y continuó.

Llegó a la tienda y atravesó la puerta de cristal esmerilado. La tienda estaba vacía. Las campanas que colgaban de la puerta de cristal sonaron y alertaron de la presencia de Jack. Un joven entró por la puerta abierta detrás del mostrador de ventas. Tenía cabello rubio corto y ojos azules. Su cabeza parecía grande en su delgada figura. Le sonrió a Jack.

—¿Le puedo ayudar en algo? — preguntó el hombre en francés.

—Me gustaría alquilar una motocicleta durante una semana—, respondió Jack en inglés.

El hombre asintió, sonrió y luego se escondió detrás del mostrador. Momentos después volvió a aparecer con una carpeta grande. Dejó la carpeta sobre el mostrador y la abrió.

—Tienes una identificación contigo, ¿verdad? — preguntó.

Jack asintió y dejó su identificación con foto de Sherman Harrod sobre el mostrador.

—Excelente—, dijo el hombre. —¿Cuánto pesas?

—Noventa y nueve, tal vez ciento dos.

—¿Planeas viajar lejos? Una Vespa podría no ser la mejor opción si es así—. Miró a Jack de arriba abajo. —No sería cómodo para un hombre de tu tamaño en un viaje largo.

—No, no muy lejos. Sólo por la ciudad.

A Jack no le importaba. Una vez pasó una semana en un campo embarrado sin moverse de su lugar. Una hora en una Vespa no iba a molestarle.

El hombre hizo girar la carpeta y le tendió un bolígrafo a Jack. —Firme aquí, por favor.

El hombre tomó un juego de llaves y salió de detrás del mostrador. —Sígame, señor—. Condujo a Jack afuera y abrió la cadena que aseguraba una Vespa negra al edificio. Le entregó las llaves a Jack. —Has montado una antes, ¿verdad?

Jack asintió. —Sí. Tengo una colección de motocicletas en Estados Unidos.

El joven sonrió. —Entonces ya está todo listo. Devuélvela a las once de la mañana del próximo sábado.

Jack subió a la motocicleta, la puso en marcha y regresó al hotel. Se detuvo en la acera y corrió hacia el vestíbulo. Gritó para llamar la atención de Olivia. Ella levantó la vista de su revista y le sonrió.

—Mi ciclomotor está estacionado justo afuera. Sólo voy a subir a la habitación a buscar algo. Debería regresar en diez minutos como máximo. No dejes que nadie lo mueva.

—Sí, señor—, dijo.

Señaló al portero. —Quédese afuera y asegúrese de que nadie toque la motocicleta del señor Harrod.

Las puertas del ascensor se abrieron. Nueva York y su esposa estaban allí.

—Adelante, cariño. Voy a hablar con mi nuevo amigo aquí—, dijo Nueva York.

Jack le sonrió a la mujer mientras ella salía. Después de que ella pasó, él entró en el ascensor. Estaba de pie junto a Nueva York.

Nueva York habló primero. —Si vuelves a hacer un truco como el de anoche, haré que te maten.

Jack no dijo nada.

—¿Entiendo?

Jack siguió sin decir nada.

—¿Tienes algún problema de audición?

—Que te jodan—, respondió Jack.

—¿No sabes quién soy?

—¿Me debería importar quién eres?

El ascensor sonó para indicar que habían llegado al cuarto piso. Jack salió.

—Tal vez sea mejor que ya no estés cuando regresemos—, dijo Nueva York.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Nueva York le sonrió a Jack.

Jack puso el pie delante de las puertas. Se detuvieron y se abrieron. Jack metió la mano, agarró al hombre por el cuello y lo arrastró fuera del ascensor. Colocó su brazo alrededor de la cabeza del hombre, asegurándolo con una fuerte llave a la cabeza. Arrastró al tipo por el pasillo, golpeándole la cabeza contra la pared donde sobresalía el marco de una puerta. Llegaron a la habitación de Jack. Abrió la puerta y arrojó al hombre adentro.

Nueva York tropezó y cayó al suelo. Se arrastró hasta el otro lado de la habitación. Usando la pared para levantarse, se giró.

Jack esperó a unos metros de distancia. Le dio una patada al hombre en medio del estómago. Nueva York se dobló, pero no cayó al suelo. Jack dio un paso adelante, agarró al hombre por la nuca y le propinó un rodillazo aplastante en la cara.

Nueva York gritó de dolor. Cayó contra la puerta trasera. La puerta cedió y el hombre salió al pequeño balcón.

Jack lo siguió. Levantó al hombre. Le dio tres bofetadas en la cara, revés-mano abierta-revés.

—¿Sabes quién soy? — gritó Jack.

El hombre aturdido no respondió.

—Oye, imbécil, te estoy hablando. ¿Sabes quién soy?

El hombre sacudió su cabeza.

—Soy el tipo que esperas que nunca sea enviado a tu casa. Todo esto, esta paliza, no sucedería si así fuera. Sería sólo una bala entre tus ojos. ¿Entendido?

El hombre no respondió.

Jack sacó su arma de su cintura y la metió debajo de la barbilla del hombre. —¿Entiendo?

El hombre negó con la cabeza.

Jack guardó el arma y luego levantó a New York y lo dejó colgando sobre el balcón. —¿Esto es lo que quieres?

—¡No! —, gritó el hombre.

—Entonces sal de mi camino—. Jack derribó al hombre, lo hizo girar y lo arrojó dentro del apartamento.

El hombre se arrastró hacia la puerta. Jack se quedó unos centímetros atrás y le dio una patada en el trasero con el tacón de su zapato. El hombre llegó a la puerta. Jack se acercó a él y la abrió con fuerza. La puerta se estrelló contra la cabeza de Nueva York. Él cayó al suelo y gimió. Jack pasó por encima de él, lo arrastró hacia el pasillo, lo jaló por la nuca y lo sentó contra la puerta de la habitación del hombre.

Jack regresó a su habitación, tomó una segunda Beretta de nueve milímetros y una bolsa de lona llena con algo de ropa, su computadora y algunos otros suministros. Salió de su habitación y revisó el pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie reunido con Nueva York. Se dirigió a la escalera. Llegó al vestíbulo y pasó junto a la señora Nueva York.

—Su marido no se siente muy bien. Dijo que siguiéramos sin él.

Sonrió a Olivia, cruzó la puerta y le entregó al portero cinco euros. Se subió a su Vespa y se alejó del hotel.

CAPÍTULO 36

Jack siguió la curvada carretera que se extendía a lo largo de la costa del sur de Francia desde Niza hasta Cap-d'Ail. Cap-d'Ail, una pintoresca ciudad balnearia, llega hasta la frontera de Mónaco. La pequeña ciudad de cinco mil habitantes era invadida casi todos los días por excursionistas de Niza y Mónaco que acudían en masa en busca del paisaje, la serenidad y el animado distrito comercial.

El motivo de la visita de Jack era un poco más siniestro.

Condujo lentamente por la ciudad y se detuvo a un lado del Sentier du Bord de Mer, el camino a la orilla del mar. Bajó de su ciclomotor y se quedó mirando hacia el mar por encima del pequeño acantilado. Miró a la izquierda y vio el puerto deportivo de la ciudad. Recordó el mapa de antes. Al otro lado del puerto deportivo se encontraba la frontera con Mónaco, que ocupaba un tramo de costa de tres kilómetros de largo y 40 metros de profundidad. Otros nueve kilómetros más allá de la franja de la Riviera francesa de Mónaco estaba la frontera francesa con Italia.

Jack sacó su teléfono y llamó a Pierre.

—¿Hola? — dijo Pierre.

—Estoy aquí.

—¿Ya? Te dije que no fueras hasta el domingo.

—Qué puedo decir? Tengo las piernas inquietas.

—Tendrás que esperar hasta mañana para hablar con Oscar.

—¿Por qué no puedo hablar con él ahora?

—¿Por qué no esperaste hasta el domingo como te dije?

Jack suspiró. Consultó su reloj. Apenas las dos de la tarde. Miró a su alrededor. Fijó sus ojos en el terreno detrás del puerto deportivo. Monte Carlo.

—Está bien, entonces me iré a Mónaco a pasar la noche".

—Ten cuidado—, dijo Pierre.

—¿Cómo está Clarissa?

—Aún tengo a mis hombres cuidándola. Estará lo suficientemente bien como para irse en uno o dos días. Entonces podremos reubicarla en un lugar seguro.

—Mantenme informado.

Jack colgó, se metió el teléfono en el bolsillo y cruzó la frontera. Condujo por la ciudad turística de Montecarlo hasta encontrar la Av. De Montecarlo. Salió de la carretera y entró en el camino circular frente al Hotel de París. El frente de cuatro pisos del hotel destacaba a cualquier hora del día y especialmente de noche. Por la noche el hotel se iluminaba como si estuviera construido en oro. El primer piso del edificio tenía cerca de diez metros de altura. Detrás del edificio principal, a la izquierda, se encontraba otra sección del edificio. Era redonda, como una

torre, y se alzaba sobre el edificio principal.

Jack aparcó su motocicleta entre un BMW serie 700 y un Mercedes serie 500. Admiró los coches por un momento. Reflexionó sobre la idea de conseguir uno cuando regresara a Estados Unidos. Después de completar este trabajo para Pierre y acabar con Charles para el anciano, habría ganado más de trescientos mil dólares en este viaje. Un coche nuevo podría ser una buena recompensa por su arduo trabajo. Jack sonrió y sacó ese pensamiento de su cabeza. Demasiado elegante.

Entró en el amplio vestíbulo. Lo recibió una estatua de un hombre a caballo. No sabía quién era ni por qué era importante, y no se molestó en leer la inscripción para saberlo. No importaba. Miró la preciosa lámpara de araña suspendida de una cadena de oro. Siguió la cadena hacia arriba, donde colgaba de una enorme vidriera azul y amarilla a más de diez metros del suelo. La luz entraba por la ventana e iluminaba todo el vestíbulo.

Continuó por el vestíbulo y giró a la izquierda frente a la amplia escalera de mármol. Caminó hacia el conserje, quien miró a Jack y luego volvió a escribir en su libro.

—Me gustaría reservar una habitación por tres noches—, dijo Jack.

—No hay nada disponible durante tres noches—, dijo el conserje.

—¿Qué tienes disponible?

El conserje levantó la cabeza y miró a Jack de arriba abajo. —Tengo una suite de dos dormitorios disponible. Mínimo cuatro noches. Tres mil quinientos euros la noche. Volvió su atención al libro sobre el mostrador.

—Me la quedo.

Una sonrisa apareció en el rostro del conserje.

Jack se dio cuenta de que había caído en la trampa del hombre.

—¿Cómo va a pagar? — preguntó el conserje.

Jack no respondió. Deslizó una tarjeta Visa por el lujoso mostrador de madera.

El conserje la tomó y miró. —Muy bien, señor Harrod—. Dirigió su atención a un delgado monitor de computadora y pulsó las teclas de un pequeño teclado. Unos minutos más tarde le entregó a Jack una tarjeta de acceso a su habitación. —Cuarto piso, habitación 410. Marque 0 para llamar al conserje de turno. Salga por el frente, gire a la izquierda, y Le Grand Casino de Monte Carlo estará a pocos pasos—. Bajó la cabeza y se inclinó hacia adelante. Le hizo un gesto con la mano a Jack.

Jack se inclinó hacia adelante.

Estaban a centímetros de distancia.

El conserje metió la mano en su chaqueta y sacó una tarjeta. Colocó la tarjeta en la mano de Jack. —Si les das esta tarjeta, obtendrás un bono del veinticinco por ciento de tu depósito.

—Gracias—, dijo Jack.

El hombre asintió y arqueó una ceja. —Sólo regalo una o dos de ellas cada mes.

Jack asintió en agradecimiento nuevamente y se alejó del escritorio. Subió las amplias escaleras de mármol, pasó por el gimnasio con paredes de cristal y se detuvo en el vestíbulo del ascensor. Entró en el ascensor abierto y presionó el botón del cuarto piso. Cuando las puertas se volvieron a abrir, caminó por el pasillo y se detuvo frente a la habitación 410. Abrió la puerta y salió al pasillo. Pasó por pasillos a ambos lados que conducían a los dormitorios y baños. Abrió un par de puertas dobles que daban a la sala de estar. Al otro lado de la sala de estar, otro juego de puertas dobles conducía a un balcón que daba al mar. Salió del salón, giró a la izquierda y entró en un dormitorio. La suite era enorme, de más de trescientos metros cuadrados. Más grande que algunos de los apartamentos que él y Oso poseían en Nueva York y otras áreas.

Jack dejó caer su bolso a los pies de la cama y se dejó caer sobre el suave colchón. Cerró los ojos y se quedó dormido.

CAPÍTULO 37

El vuelo de Oso aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle de París a media tarde. Destacó entre la multitud de turistas y empresarios. Demonios, destacaba dondequiera que iba. La aduana lo detuvo. Les entregó un pasaporte con su fotografía y el nombre de Marvin Schlater. Buscaron en su bolso, pero no lo interrogaron. El agente de aduanas le hizo señas para que pasara sin siquiera establecer contacto visual.

Treinta minutos más tarde, Oso estaba sentado en el asiento trasero de un diminuto taxi de camino al Hospital Americano de París en el Boulevard Victor Hugo. El taxista era un hombre mayor que llevaba una gorra azul. Mechones de pelo gris sobresalían de la parte inferior del sombrero. Una barba incipiente cubría su rostro.

El conductor intentó entablar conversación con Oso.

Oso lo ignoró.

—¿No sabes hablar? — dijo el taxista en tono brusco.

—Déjame en paz—, respondió Oso. Mantuvo la vista fija en la carretera, evitando la mirada del taxista por el espejo retrovisor.

El taxista empezó a gritar en francés.

Aunque no hablaba francés con fluidez, Oso entendió algunas malas palabras durante el arrebato del conductor. Oso sonrió cuando el anciano dejó de gritar.

—Me gustas—, dijo Oso.

El conductor miró por el espejo retrovisor.

Oso captó su mirada. —Eres un hijo de puta loco, ¿no?

El conductor se rio y meneó la cabeza. —Ustedes, los estadounidenses, lo entendieron todo mal.

—¿Cómo es eso?

—Siempre tan ensimismados y pensando en el futuro, haciendo planes. Se pierden los momentos que importan.

Oso asintió y se recostó en su asiento. Miró la luz del techo. Sus pensamientos se dirigieron a Mandy. ¿Cómo se llevaría con la familia? ¿Estaría asustada? Sacó su teléfono celular y empezó a marcar, pero se detuvo a mitad de camino. Necesitaba concentrarse ahora mismo. Podría estar entrando en una situación peligrosa en el hospital.

El taxi se detuvo.

—Estamos aquí—, dijo el conductor.

Oso miró por la ventana el gran edificio de ladrillo rojo y yeso blanco. Tenía seis pisos de altura. Los dos primeros pisos eran más altos que el promedio. Una entrada cerrada con vidrio de aspecto retro sobresalía del edificio, un techo cromado rodeaba la entrada y tenía grabado el *Hospital Americano de París*.

Oso le entregó veinte euros al conductor, abrió la puerta y salió. Atravesó la puerta giratoria escondida en la cápsula de vidrio y atravesó el hospital. Se detuvo en el mostrador de información. Un hombre delgado con una nariz larga, gafas marrones y entradas de pelo que retrocedían, lo miró.

—¿La habitación de Clarissa Abbot? — preguntó Oso.

El hombre escribió el nombre en el teclado, esperó unos segundos y luego arrancó un trozo de papel y se lo entregó a Oso.

Oso miró el papel. Simplemente decía: *UCI del tercer piso*. Se alejó sin despedir al hombre detrás del escritorio. Encontró el vestíbulo del ascensor y subió al tercer piso. Las puertas se abrieron y un cartel le indicó que girara a la izquierda hacia la UCI. Dobló una esquina y vio un gran cartel que decía UCI colgado sobre las puertas cerradas. Empujó la puerta de la derecha y caminó hasta la estación de enfermeras.

—¿Clarissa Abbot? — preguntó.

—¿Eres su padre? — respondió la enfermera.

Oso levantó las manos y arrugó la cara hacia ella.

—¿Amigo o familia? — dijo en inglés.

—Ambos—, respondió Oso.

La enfermera frunció los labios. —Sígueme.

Se levantó de su asiento y llevó a Oso a la habitación de Clarissa. Los dos hombres en la puerta se acercaron para bloquear la entrada cuando vieron a Oso.

—Muévanse—, dijo Oso.

—No podemos hacer eso—, dijo el de la izquierda. Era alto, delgado y llevaba el pelo castaño alto y apretado como un marino.

—¿Quién eres? — preguntó el hombre de la derecha.

Oso dirigió su atención al hombre de la derecha. Él también era alto, pero de constitución más corpulenta que su compañero. Tenía un peinado similar. Ambos hombres llevaban gafas polarizadas y Oso no podía decir si lo miraban a él o más allá de él.

Oso se inclinó hacia el hombre y habló en voz baja. —Riley Oso Logan. Amigo de Jack, y soy responsable de la seguridad de esta mujer.

—No hiciste un buen trabajo, ¿verdad? — dijo el hombre delgado.

Oso sonrió y miró al suelo. Dio un paso adelante y levantó ambas manos al mismo tiempo. Envolvió sus grandes manos alrededor del cuello de ambos hombres y los empujó hacia atrás dentro de la habitación.

—Oh, ¡Dios mío! —, gritó la enfermera cuando el hombre más pesado extendió la mano y agarró su camisa, empujándola hacia la habitación también.

Oso arrojó a ambos hombres al suelo y cerró la puerta.

—No sé quién diablos te crees que eres—, dijo Oso. Metió la mano detrás de su espalda y sacó un arma. Apuntó al hombre delgado. —Nunca vuelvas a hablarme así.

Ambos hombres se empujaron hacia la pared del fondo y extendieron las manos.

—¿Quién es tu jefe? — preguntó Oso.

—Pierre—, dijo el hombre delgado.

—Levántala—, le dijo Oso a la enfermera. Hizo un gesto hacia Clarissa.

—¿Qué? — preguntó ella. —Ella no puede irse. Le dispararon hace sólo dos días. No es seguro.

El hombre más pesado se levantó. —Creo que simplemente tuvimos un malentendido, eso es todo.

—¿Es eso lo que piensas? — Oso apuntó con el arma al hombre.

—Déjame llamar a Pierre y arreglar esto—, respondió.

Oso asintió. Mantuvo la espalda contra la puerta y su arma apuntó hacia los dos hombres. La enfermera caminaba a lo largo de la cama.

—Pierre—, dijo el hombre más pesado. —Estamos en la habitación ahora mismo con un hombre llamado Riley.

—Oso—, lo corrigió Oso.

—Lo siento, dice que se llama Oso—, dijo el hombre e hizo una pausa. —De acuerdo—. Otra pausa. —Está bien, lo haré—. Colgó el teléfono, lo guardó en su bolsillo y levantó las manos. —Lo siento profundamente, señor Logan. Teníamos órdenes de no permitir que nadie entrara a la habitación. Pierre dice que puede quedarse y que lo visitará más tarde hoy.

CAPÍTULO 38

El timbre del teléfono despertó a Jack. Miró por la ventana. Oscuro. Levantó el auricular.

—Sí—, dijo.

—Buenas noches, señor Harrod. Esta es una llamada de cortesía para informarle que tendremos una cata de vinos en el vestíbulo seguida de una cena de cortesía.

—No, gracias—. Jack colgó.

Se sentó en el borde de la cama y contempló sus planes para la noche. Una noche en el casino. Encontrar una mesa, jugar a las cartas y permanecer en el anonimato. Se duchó, se afeitó y se vistió con su mejor ropa. Lo de mejor era una exageración, pero tendría que bastar. Era todo lo que tenía.

EL CAMINO HASTA EL CASINO NO DURÓ MÁS DE CINCO MINUTOS. SE DETUVO FRENTE AL EDIFICIO Y miró hacia arriba. Jack no era aficionado a la arquitectura, pero no pudo evitar admirar el diseño y la forma en que la luz bailaba contra la fachada. Las palmeras se alineaban en el césped bien cuidado frente al edificio. Siguió un camino que conducía a la entrada del casino. Entró y encontró el mostrador de cambio. Dejó diez mil euros sobre el mostrador y puso la tarjeta que le dio el conserje encima del montón de billetes. La señora detrás del cristal blindado le sonrió y tiró de una palanca. Su dinero desapareció de la vista. Un minuto después, la mujer empujó la palanca y un montón de fichas apareció frente a Jack. Cogió la bandeja de la caja de depósito y encontró una mesa de blackjack con oferta mínima de cien euros.

Tomó asiento en la mesa entre otros dos jugadores. A su derecha había un hombre corpulento con la cabeza afeitada y una barba de chivo oscura. Gruesas gafas de montura negra le cubrían los ojos y le rodeaban las orejas. Llevaba una camisa polo rosa claro con pantalones de vestir color canela oscuro. Una fina cadena de oro envuelta alrededor de su ancho cuello, brazaletes de oro en cada muñeca, pero no tenía ningún anillo.

A la izquierda de Jack estaba sentada una mujer mayor. Su cabello gris estaba recogido en un moño. Llevaba una cantidad mínima de maquillaje. Un vestido negro corto y sin mangas dejaba al descubierto sus tonificados brazos y piernas. La consideraba atractiva, aunque demasiado mayor para él. Había algo en ella que le decía que tenía dinero.

—¿Está libre este asiento? — preguntó Jack.

El hombre corpulento no le hizo caso.

—No. Por favor, siéntese—, dijo la mujer con acento británico. Ella sonrió.

Jack asintió. —Gracias, señora.

Jack se sentó. Esperó a que terminara la mano actual y luego colocó doscientas fichas de euros sobre la mesa. La crupier le hizo una señal al jefe de sala y luego asintió con la cabeza

hacia Jack.

Jack descubrió que la crupier era una mujer increíblemente hermosa. Sus ojos oscuros se volvieron ligeramente hacia arriba. Su largo cabello anillado caía sobre sus hombros. Su piel color moca era suave. Se preguntó por qué ella estaba repartiendo cartas en lugar de trabajar en el espectáculo del casino. Repartió dos cartas a todos los que estaban en la mesa, incluida ella misma. Su carta superior estaba boca arriba. Cinco de espadas.

Jack miró su mano. Ocho de tréboles y seis de corazones. Catorce. Dinero inteligente dijo al ponerse de pie. La mujer al lado de Jack mostro quince. Ella agitó su mano sobre sus cartas para indicarle su posición al crupier. El turno de Jack. Golpeó sus cartas. El crupier dio la vuelta a otra carta y la colocó junto al seis de corazones. Tres de diamantes esta vez. Diecisiete. Debería ponerse de pie. Volvió a tocar sus cartas. Cinco de tréboles. Puso todas sus fichas.

El hombre al lado de Jack resopló. Jack miró las cartas del hombre corpulento. Rey y reina de corazones. Agitó la mano sobre sus cartas. Jack se pidió más cartas.

La crupier terminó con la mesa. Dio la vuelta a su segunda carta. “J” de tréboles para un total de quince. Se repartió otra carta, esta vez la reina de diamantes. Puso todas sus fichas. Todos ganaron, menos Jack.

—No eres muy bueno en esto—, dijo la mujer.

Jack se encogió de hombros.

—Tal vez deberías ir a jugar a una mesa de cinco euros, amigo—, dijo el hombre corpulento con acento de Europa del Este.

Pasó una hora. Jack perdió la mitad de su dinero. La mayor parte de la mesa se levantó cuando la crupier dio un paso atrás y un hombre se adelantó para ocupar su lugar. La mujer al lado de Jack recogió sus fichas.

—¿Te invito a una bebida? — Jack le preguntó a la mujer.

Ella rio. —Tengo edad suficiente para ser tu madre.

—Sólo un trago.

—Supongo.

Jack la siguió hasta la barra. Tomaron asiento.

—¿Qué puedo traerte? — preguntó el camarero.

—Martini—, dijo Jack.

—¿Tú? —le preguntó el camarero a la mujer.

—Sidecar.

Jack exhaló. —Me alegro de no estar en París, en el Bar Hemingway—. En el Bar Hemingway del Ritz-Paris, el Sidecar se sirve con un coñac considerado uno de los mejores del mundo, embotellado entre 1830 y 1870.

La mujer sonrió. —Allí fue donde tuve por primera vez un sidecar. Aunque entonces no costaba más de mil euros.

—Lo sé. Yo estaba allí, Dottie.

La mujer seguía mirando por encima del hombro de Jack. Se volvió para mirar. Jack supuso que el hombre tendría una edad cercana a la de ella. Tenía una cabellera gris muy corta y una barba gris a juego. Llevaba un traje a rayas azul hecho a medida. Un reloj cronógrafo Breitling envuelto alrededor de su muñeca izquierda. Un brazalete de platino a su derecha.

—¿Quién es él? — preguntó Jack.

—Thornton Walloway—, dijo. —Uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Un multimillonario.

—¿Tu marido?

Ella asintió.

—¿Qué te preocupa? — preguntó Jack.

—Me golpeará si me ve contigo—. Tomó un sorbo de su cóctel.

—¿Cuándo te juntaste con él?

—Poco después de la última vez que trabajamos juntos—, dijo. —Ahí viene —.

El hombre caminó hacia ellos.

—Dottie—, dijo. —¿Quién es éste?

Jack le tendió la mano. —Sherman Harrod, señor. Encantado de conocerle.

Thornton no tomó la mano de Jack. En cambio, agarró el brazo de su esposa. Ella hizo una mueca.

Jack se levantó y se acercó.

Thornton levantó el otro brazo y soltó un chasquido. Aparecieron dos hombres corpulentos. Dijeron: “sí señor” al unísono. Su acento era irlandés. Se acercaron y se pararon junto a Jack. Ambos eran unos centímetros más altos que Jack y vestían trajes oscuros.

—¿Quién diablos eres tú? — Preguntó Thornton.

—Nadie—, dijo Jack.

—Dottie—, dijo. —¿Por qué estás hablando con este don nadie?

—Estábamos en la misma mesa de blackjack—, respondió ella. —Me levanté y vine aquí para tomar una copa. Él me siguió. ¿Qué sé yo de quién es?

—Así es—, dijo Jack. —Sólo vine a hablar, eso es todo. Mi esposa está de vuelta en París. Sólo quería una conversación amistosa.

Thornton asintió y el hombre a la izquierda de Jack le agarró el brazo izquierdo a Jack y se lo extendió.

—¿Dónde está entonces tu anillo de bodas? — Preguntó Thornton.

—Lo perdí hace mucho tiempo. Nunca lo reemplacé.

Thornton levantó la mano, con la palma hacia Jack. —Así que haces un viaje a Montecarlo. ¿Tienes suficiente dinero para gastarlo en este casino, pero no puedes reemplazar tu anillo de bodas?

Jack sonrió. —Me atrapaste. Me peleé con una mujer más joven en el bar. Vi a tu esposa y me di cuenta de que ella sería más fácil.

La cara de Thornton se puso roja como una remolacha. Su respiración se aceleró. Sus ojos se abrieron y sus fosas nasales se dilataron.

—Llévenlo afuera—, dijo Thornton. —Escóltenlo hasta el mar y espérenme.

—Thornton, no—, dijo Dottie.

Él no escuchó.

Jack le guiñó un ojo mientras los dos hombres colocaban sus manos dentro de sus codos y lo escoltaban fuera del casino. Jack no se resistió.

Fuera del casino, uno de los hombres se colocó detrás de Jack y le clavó el cañón de una pistola en la caja torácica.

—No es ninguna tontería—, dijo. —¿Entiendo?

—Sí—, dijo Jack.

Lo condujeron más allá del casino y el hotel, cruzaron una calle y rodearon un edificio grande. Se detuvieron a la entrada de un largo muelle.

El hombre detrás de él dio un paso atrás. —Espero que sepas nadar.

El otro hombre se rio. —Va a ser difícil hacerlo con una bala en el estómago.

Jack sonrió. Se imaginó los alrededores en su mente. El largo muelle de hormigón se

extendía frente a él. Detrás de él, el cemento y la arena se acumulaban contra la pared de un edificio. El cemento daba paso a un aparcamiento a su izquierda. A su derecha, un empinado terraplén de arena caía unos tres metros hacia el mar.

Jack saltó y movió su codo derecho hacia arriba y hacia afuera. Golpeó al hombre pálido y calvo en el puente de la nariz. Aterrizó y le dio una patada al hombre más oscuro en el estómago. El hombre más oscuro se desplomó. Jack volvió a patear y su pie se estrelló contra la cara del hombre. El hombre se enderezó por un segundo y luego cayó hacia atrás.

Jack se dio la vuelta. El hombre pálido estaba inclinado, sujetándose la cara. La sangre goteó de sus manos y se derramó al suelo. Jack se abalanzó hacia él y le dio un rodillazo en el estómago desde un costado. El hombre pálido se desplomó de bruces sobre el cemento. Jack se inclinó, lo cogió por los pantalones y la camisa y lo arrastró hasta el terraplén. Lo dejó caer al suelo y le dio una patada en la cara. Luego lo empujó por la borda. No se quedó a verlo caer al agua. Sin embargo, el sonido del chapoteo lo confirmó.

Jack caminó de regreso hacia el hombre más oscuro, que ahora estaba de pie. Sostenía una pistola en su temblorosa mano derecha. Jack se hizo a un lado. La puntería del hombre no pudo seguir el ritmo. Jack deslizó su pierna izquierda detrás del hombre y le asestó un golpe aplastante en la garganta con el codo. El hombre cayó hacia atrás con fuerza, tropezando con la pierna extendida de Jack. Su cabeza golpeó el suelo con un ruido sordo. Jack se agachó y tiró de la manga del matón hasta que se soltó un trozo. Agarró el arma del suelo con la manga, teniendo cuidado de no dejarle huellas dactilares. Agarró una piedra del suelo y la sostuvo con la otra mano. Se deslizó entre las sombras y esperó.

No tuvo que esperar mucho. Thornton y otro hombre vestido con un traje oscuro salieron a la luz desde detrás del edificio unos momentos después. Ellos pararon. El hombre del traje oscuro levantó su arma y extendió un brazo, manteniendo a Thornton atrás. El hombre se acercó. Parecía más bajo que Jack, y también más delgado. Probablemente ex-Fuerzas Especiales. Los grandes no asustaron a Jack. Eran típicamente tontos. Los hombres que le preocupaban eran los más pequeños. La experiencia le decía que esos tipos normalmente tenían entrenamiento en operaciones encubiertas y sabían cómo manejarse.

Jack arrojó la piedra al otro lado de la zona de aterrizaje. El hombre se giró y disparó hacia la zona donde aterrizó la piedra. Eso era todo lo que Jack necesitaba ver. Levantó el brazo, apuntó el arma y disparó. La bala alcanzó al hombre en un lado de la cabeza. El colapsó.

—¡Jesucristo! —, dijo Thornton. Retrocedió hasta la pared del edificio detrás de él. Sus ojos se movían salvajemente de un lado a otro.

Jack salió de las sombras.

—Tú—, dijo Thornton. —¿Qué has hecho?

—Lo mismo que ibas a hacer conmigo.

—No, no, no. Sólo iba a hacer que te maltrataran. Te enseñarían una lección.

—¿Te gustan las lecciones que le enseñas a Dottie?

Thornton miró hacia abajo. Se hizo a un lado a lo largo de la pared.

—No te muevas—. Jack le apuntó con el arma. —La cagaste, Thornton. Diez de estos tipos no pudieron eliminarme. Deberías haber escuchado a Dottie. Ella no te estaba suplicando. Te estaba advirtiendo—. Jack se detuvo a unos metros del hombre mayor y le apuntó con el arma a la cabeza.

—Te daré lo que quieras. Lo que sea. Nómbralo, es tuyo.

—Dale a Dottie su libertad—, dijo Jack.

—¿Qué?

Jack golpeó con el cañón del arma la cara del hombre.

—¡Bien, bien! — gritó Thornton.

—La cosa es que no te creo—. Jack se acercó. Presionó el arma en la frente de Thornton.

Thornton gimió. Suplicó por su vida.

—Suelta tu arma—, llamó una voz profunda desde la derecha de Jack.

Miró hacia arriba, pero no pudo ver nada debido a la potente linterna que apuntaba en su dirección. Volvió a mirar a Thornton, que ahora tenía una sonrisa sangrienta en el rostro. Jack giró su brazo hacia la izquierda y disparó hacia la voz profunda. La luz de la linterna desapareció. Le dio un rodillazo a Thornton en la ingle y se fue. Dobló la esquina del edificio y desapareció en la oscuridad. Permaneció escondido por un tiempo, esperando a ver si alguna vez llegaba la policía. No lo hicieron. El hombre de la linterna era un agente de seguridad privado, probablemente empleado por Thornton.

Pasó una hora y su reloj marcaba que era poco más de medianoche. Regresó al hotel, atravesó el vestíbulo, entró en el ornamentado ascensor y subió al cuarto piso. Se duchó una vez en su habitación y se quedó dormido antes de que su cabeza tocara la almohada.

CAPÍTULO 39

Jack fue al balcón y bebió su café. Miró al mar y vio salir el sol. Desde el balcón podía ver el muelle donde eliminó a los hombres de Thornton la noche anterior. Sin policías. No había cinta de la escena del crimen. Perfecto.

Se puso unos pantalones cortos y un polo, hizo las maletas y salió de su habitación. Bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Atravesó el vestíbulo y vio cuatro coches de policía y una ambulancia afuera. Se deslizó por la escalera de mármol hasta el mostrador de madera oscura donde se sentaba el conserje. El conserje de esta mañana era el mismo hombre con el que habló ayer.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Jack.

—Una mujer fue encontrada golpeada fuera de su habitación. Una señora mayor. El marido es multimillonario—. Miró el bolso de Jack. —¿Registro de salida?

Jack negó con la cabeza. —Iré de excursión con unos amigos. ¿Saben quién lo hizo?

El conserje se encogió de hombros. —Creo que estamos a punto de descubrirlo. Señaló la fila de agentes de policía que atravesaban el vestíbulo hacia la entrada. En medio del grupo de policías había un hombre mayor esposado.

Thorton.

—Parece que ese viejo bastardo lo hizo—, dijo el conserje. Se inclinó y levantó una ceja. —Dicen que dirige una de las organizaciones criminales más poderosas de Inglaterra.

—¿Puedo salir por el costado?

—Sube las escaleras y gira a la izquierda. ¿A dónde te diriges?

Jack no respondió. Jack subió las escaleras de dos en dos y giró a la izquierda al final. Caminó rápidamente por el pasillo, cruzó la puerta de salida y dio un giro hasta su motocicleta. Se subió, la puso en marcha y regresó a Francia y a la localidad costera de Cap-d'Ail. Siguió mirando por encima del hombro durante todo el recorrido por Montecarlo, asegurándose de que nadie lo hubiera seguido.

Caminó hasta encontrar una tienda que vendía teléfonos celulares. Entró y compró un teléfono nuevo y una tarjeta SIM. De regreso afuera, en el estacionamiento, llamó a Oso.

—¿Hola? — dijo Oso.

—Es Jack.

—¿Qué diablos es este número?

—Desde donde llamo. ¿Cómo van las cosas allí?

—Bien. Clarissa está bien.

—¿Puedo hablar con ella?

—No, ella está dormida.

—¿Pierre o sus muchachos te causan algún problema?

—Un poco. Por ahora van bien.

—Está bien, Oso. Tengo que concertar una reunión. Te llamo más tarde.

Jack colgó, sacó su otro teléfono y llamó a Pierre.

—Buenos días, Jack.

—¿A dónde voy?

—Rue Grimaldi. Un lugar llamado All Day Charters. Entra y habla solo con la joven rubia de ojos marrones. Pregunta por Oscar.

—¿Sabe mi nombre?

—No. Le dije que se dirigiera a ti como Howard.

Jack cerró el teléfono y siguió la ruta del GPS hasta Rue Grimaldi. Giró por un callejón junto a la oficina de All Day Charter y aparcó la motocicleta en la acera. Regresó al callejón, salió a la acera y se detuvo frente a las puertas dobles de vidrio que conducían a la oficina.

¿Y si le estaban tendiendo una trampa? La idea ciertamente no estaba fuera de lo posible. Tenía una buena relación de trabajo con Pierre, pero no conocía a este chico Oscar de Adam. Jack odiaba trabajar con gente que no conocía. Para empezar, ¿por qué diablos aceptó este trabajo? No tuvo control desde el principio. Ahora no tenía idea de qué esperar o anticipar de este tipo.

Olvídalo. Abrió la puerta y entró en la oficina. Una mujer mayor de cabello castaño le sonrió. Él la ignoró y se acercó a la joven mujer de cabello rubio y ojos marrones.

Se llevó un teléfono móvil a la cabeza y levantó un dedo hacia Jack sin establecer contacto visual.

—Puedo ayudarte aquí—, dijo la otra mujer.

Jack la ignoró.

Finalmente, la mujer rubia guardó su celular.

—Necesito ver a Oscar.

—¿Su nombre? — preguntó ella.

—Howard.

—Sígueme—, dijo.

Jack la siguió a través de una puerta hasta una sala de descanso.

—Espera aquí—, dijo.

Jack se sirvió una taza de café y la bebió mientras esperaba.

La mujer asomó la cabeza en la sala de descanso. —Oscar puede verte ahora.

La siguió por un pasillo. Ella se detuvo y abrió la puerta. Sonrió al pasar. Ella miró hacia otro lado.

Oscar estaba sentado detrás de un gran escritorio antiguo de madera. Era un hombre corpulento, con ojos azules profundos. Su cabello castaño rojizo era escaso arriba y grueso a los lados. Tenía patillas largas moteadas de gris. Empujó su silla contra la pared, levantó las piernas y colocó dos pesadas botas de combate sobre el escritorio. Cruzó sus gruesos y musculosos brazos.

—Así es como va a ser—, dijo con un marcado acento irlandés. —Mañana lunes por la mañana, a las siete, abordarás el Danseur du Vent. Es mi barco. El capitán titular tiene el día libre. He contratado dos marineros de otra compañía. Tú vas a pilotear el barco. ¿Has navegado antes?

Jack asintió.

—Bien. Hay un rumbo trazado. Cíñete al rumbo. Habrá cinco de ellos. Tres objetivos que ya conoces. Viajarán con dos guardaespaldas. Dorofeyev no puede quedar vivo. Ya sabes quién es

Dorofeyev, ¿correcto?

Jack asintió.

—Preferimos que los otros dos mueran también. Haz lo que quieras con los guardaespaldas. Intenta salvar a los marineros.

—No hay trato—, dijo Jack. —Esa es una receta para el desastre. Un espacio confinado. Cinco hombres, dos de los cuales estarán armados. Además de eso, quieres que guarde testigos.

Oscar lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Déjame hacer esto a mi manera.

—Espera—. Oscar levantó su teléfono del soporte y marcó. Miró a Jack mientras esperaba que alguien respondiera. Sus ojos se movieron. —Su hombre se está desmoronando.

Jack se recostó, tratando de llenar los espacios en blanco.

—Sí, lo veo.

Jack se inclinó hacia adelante y ajustó el arma en su cintura.

—Está bien, le diré—. Oscar colgó y volvió a mirar a Jack. —Pierre dice que, si quieres tu dinero, lo hagas a nuestra manera.

—No me importa el dinero.

—Él dijo que dirías eso—. Óscar sonrió. Abrió un cajón y buscó a tientas.

Jack se puso tenso. Su mano buscó el mango de su arma.

Oscar sacó un paquete de puros y le ofreció uno a Jack.

Jack se negó.

—Pierre dice que, si quieres ver a la chica con vida, entonces haz el golpe en nuestros términos.

Jack entrecerró los ojos. —¿Eso es lo que él dijo?

—Sí—. Los ojos de Oscar se redujeron a rendijas. —Eso es lo que él dijo.

El agarre de Jack sobre los brazos de la silla se hizo más fuerte. Tomó un respiro profundo. —¿A qué hora debería estar aquí mañana?

—No vengas aquí. Ve al puerto deportivo. Los marineros te recibirán y te llevarán al barco.

JACK SALIÓ DE LA OFICINA Y SE DISPUSO A BUSCAR UNA HABITACIÓN BARATA PARA PASAR LA noche. Lo mejor era no volver a Montecarlo después de los acontecimientos de anoche. Condujo por las calles del pequeño pueblo y se detuvo frente a una casa sencilla con un pequeño cartel en la ventana que decía *Vacante*. Parecía prometedor.

Caminó por una acera de ladrillos cuidadosamente colocada y llamó a la puerta de madera desgastada. Respondió una anciana.

—Me gustaría alquilar una habitación por una semana—, dijo.

Ella bajó las cejas y ladeó la cabeza hacia un lado. Se encogió de hombros.

Jack repitió en francés.

Ella sonrió. —Doscientos euros.

—¿Por noche? — preguntó en francés.

Ella asintió. Metió la mano en su bolso, sacó cinco billetes de doscientos euros y se los entregó. —Cinco noches—. Levantó la mano con los cinco dedos extendidos.

Ella mantuvo su mano en el aire y la abrió y cerró varias veces como respuesta. Luego se dio la vuelta y se alejó, con un brazo en el aire, haciendo señas a Jack para que entrara.

A él le gustó esto. Sin preguntas, sin identificación, solo una simple transacción.

Sacó dos llaveros de su bolsillo y abrió una puerta estrecha. Acompañó a Jack al interior de la habitación mientras sacaba dos llaves del segundo llavero. Levantó el primero en el aire,

señaló la puerta estrecha y le entregó la llave. Levantó la segunda llave y señaló el pasillo. Supuso que era para la puerta principal. Ella le entregó la llave y se alejó.

Arrojó su bolso sobre la cama y miró alrededor de la habitación. Cama pequeña, una cómoda y sin televisión. Al menos tenía su propio baño.

Jack abrió la puerta y revisó el pasillo. Vacío. Sacó su celular y comenzó a marcar el número de Oso. Se detuvo, salió por la puerta principal y bajó a la calle donde terminó de marcar.

—Jack—, dijo Oso.

—Tenemos un problema.

—¿Qué?

—No sé si es un problema legítimo o no, Oso.

—¿Qué es?

—¿Ya te reuniste con Pierre?

—Sí, vino ayer y otra vez esta mañana.

—¿Algún problema? ¿Parece tenso o algo así?

—No. ¿De qué se trata esto?

—Me reuní con el contacto aquí. No me gusta el plan. Le dije que quería hacerlo a mi manera. No le gustó. Llamó a Pierre y le dijo que insistía en que siguiera el plan o Clarissa podría no lograr salir del hospital con vida.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace una hora.

—No estaba Pierre hablando por teléfono en ese momento. Ha estado conmigo durante las últimas dos horas.

Jack no dijo nada.

—Te están engañando—, dijo Oso.

—Sí. ¿Pero quién?

—¿Quieres que llegue allí?

—No, quédate ahí. Tal vez Pierre haya preparado esto con anticipación. Si ese es el caso, entonces prepárate para hacer lo que sea necesario para sacar a Clarissa de ese hospital.

—Está bien—, dijo Oso. —¿Estás seguro de que estarás bien, Jack?

—Sí—, dijo Jack. —Pero puedes estar seguro de que mañana seré el único que saldrá vivo de ese barco.

CAPÍTULO 40

Jack llegó al puerto deportivo antes de las seis de la mañana. El sol se asomó por el horizonte y le proporcionó suficiente luz para encontrar el barco. Admiraba la embarcación blanca. Parecía tener más de quince metros de largo. Un borde azul se arremolinaba en el costado. *Dansuer du Vent* estaba pintado con letras azules en negrita en la parte posterior. La cubierta estaba abierta con un techo rígido que cubría la rueda. El barco tenía montados asientos de pesca especiales en la parte delantera y trasera. Había una hielera gris de 100 galones ubicada en la parte trasera del barco. La cubierta era espaciosa, pero sería perfecta para siete hombres más él.

Subió a bordo y se puso a trabajar. Sacó un rollo de cinta adhesiva de su bolso y se metió debajo del volante. Colocó un arma cargada debajo y la aseguró con cinta adhesiva. Luego comenzó a buscar en el barco algún equipo de buceo. No encontró ninguno.

Regresó al muelle e investigó los barcos cercanos. Dos embarcaciones más abajo había un barco con un cartel que decía Adventure Scuba. Subió a bordo del barco y rompió la cerradura de uno de los contenedores a bordo. Levantó la tapa y encontró todo lo que necesitaba; un chaleco, un regulador, toda la instrumentación e incluso una fuente de aire alternativa. Cogió el equipo y dos tanques de aire del barco y regresó a su embarcación.

Levantó el asiento a la derecha del volante y colocó su equipo de buceo dentro. Comprobó el interior del banco de enfrente. Allí descansaban una escopeta calibre doce y una caja de municiones. Sacó el arma, la inspeccionó y encontró que estaba cargada. Dejó con cuidado el arma en su lugar y cerró el asiento. Se puso al volante y se aclimató a los mandos. Detrás del volante había una carta de navegación abierta. La estudió y decidió que el segundo pecio sería el lugar del golpe.

Se sentó y se relajó mientras contemplaba salir el sol. Las luces estaban encendidas en el edificio principal. Se dirigió a la tienda donde compró cuatro cajas de cerveza y cinco bolsas de hielo. Los suministros fueron cargados en un carro. Llenó la nevera gris con cerveza y hielo. El trabajo sería más fácil si sus objetivos estuvieran borrachos.

Los dos marineros aparecieron media hora más tarde. Si estaban trabajando con Oscar seguro que engañarían a Jack. Ninguno de los dos parecía tener más de veinte años. El primer marinero del barco se presentó como Marcel. Se recogió el cabello rubio y fibroso en una cola de caballo y luego extendió un brazo hacia Jack. Jack extendió la mano y estrechó la mano huesuda de Marcel. Llevaba una camiseta blanca y pantalones cortos color canela. Sus piernas sobresalían de los pantalones cortos como palillos de dientes.

El segundo marinero subió a bordo. Era más alto y grueso que Marcel. "Chico", dijo con voz profunda cuando Jack le preguntó su nombre. Chico vestía una camisa a rayas azules y blancas con botones y bolsillos a ambos lados del pecho. Se retorció el largo cabello castaño y lo metió bajo un sombrero caqui de ala ancha. Varios señuelos de pesca adornaban la correa verde que

rodeaba el sombrero. Llevaba pantalones cargo de camuflaje metidos dentro de botas de combate negras.

—Soy el Capitán Conway—, dijo Jack. —Es bueno tenerlos a ustedes dos a bordo.

—Es bueno estar a bordo—, dijo Marcel.

Chico se encogió de hombros y empezó a sacar cañas de pescar de las cajas de seguridad del barco. —¿Cuántos pasajeros, Capitán?

—Cinco, pero sólo tres estarán pescando—, dijo Jack.

Chico instaló seis cañas y abrió otra caja en la parte delantera del barco. Sacó seis carretes y conectó uno a cada caña. Luego se volvió hacia Jack. —Voy a conseguir el cebo—. Extendió la mano.

Jack metió la mano en el bolsillo y le entregó al joven cien euros. Observó a Chico mientras caminaba por el muelle hacia la tienda de cebos en el puerto deportivo.

—No le hagas caso—, dijo Marcel. —Tiene resaca.

—¿Ustedes dos trabajan juntos a menudo? — preguntó Jack.

—La mayoría de los días, sí.

Jack sonrió, asintió y fingió trabajar en su gráfico. Buena información. Intentaría perdonarles la vida siempre y cuando no se interpusieran en su camino.

Chico regresó poco después llevando grandes cubos blancos. Subió al barco sin decir una palabra.

Jack miró su reloj. Faltaban cinco minutos para las ocho. Miró por encima del muelle hacia el puerto deportivo. Cinco hombres se dirigían hacia el barco. Jack reconoció inmediatamente a los tres hombres del medio: Dorofeyev, Olkhovsky y el joven Korzhakov. Detrás de los hombres estaban otros dos de aproximadamente la edad de Jack. Estaban vestidos con uniformes oscuros. Uno llevaba sombrero, el otro tenía el pelo corto y negro. Ambos eran delgados y parecían estar en forma. Jack los imaginó como exmilitares, tal vez incluso de las Fuerzas Especiales. Ellos abordaron primero.

El guardia que llevaba el sombrero empezó a revisar contenedores y cajas. El otro se acercó a Jack.

—Mi nombre es Aleksandr—, dijo. El hombre tenía un rostro cincelado con mandíbula cuadrada y nariz y labios finos. Se quitó las gafas de sol y reveló un par de ojos tan oscuros que parecían tan negros como su cabello. Era un poco más bajo que Jack, pero tenía la misma constitución.

Jack asintió. —Conway.

—Debemos realizar un control de rutina, Conway—, dijo Aleksandr. —Estoy seguro de que lo entiendes.

—¿Cómo se llama tu pareja? — Jack señaló con la cabeza al hombre delgado y pálido que rebuscaba entre los contenedores del barco. Era más bajo y delgado que su compañero.

—Puedes llamarlo Viktor—. Aleksandr se acercó al volante y levantó los cojines. Metió la mano y sacó la escopeta calibre doce. Apuntó a Jack. —¿Qué es esto?

Jack no se inmutó. —En caso de que pillemos algo que no podamos manejar.

Aleksandr miró por encima del hombro a Dorofeyev y gritó algo en ruso.

Dorofeyev asintió.

Aleksandr sacó la munición del arma y algunos cartuchos de la caja de municiones y se los guardó en el bolsillo. Arrojó el resto de las balas por la borda y volvió a colocar el arma en el compartimiento. —Puedes quedarte con el arma. Yo guardaré las municiones. Ya sabes, en caso de que pillemos algo que no podamos manejar.

Jack asintió y no dijo nada. Echó un vistazo rápido a los tres objetivos y luego volvió a sus gráficos.

Aleksandr dijo algo más en ruso. Dorofeyev, Olkhovsky y Korzhakov abordaron el *Wind Dancer.*

—Podemos irnos ahora, Conway—, dijo Aleksandr.

Jack se puso de pie. Miró a los hombres en el barco. Dos marineros, tres criminales rusos, dos contratistas privados y él. ¿Cuántos morirían hoy?

—Todos tomen asiento—, dijo Jack.

Marcel y Chico estaban sentados en la parte trasera del barco. Viktor se sentó cerca de ellos. Dorofeyev, Olkhovsky y Korzhakov estaban sentados al frente, en las sillas de pesca. Habían encontrado la nevera gris llena de cerveza. Los tres hombres sostenían una cerveza en cada mano. Aleksandr estaba junto a Jack.

—Vamos—, dijo Aleksandr.

JACK DELIBERADAMENTE PASÓ POR ENCIMA DEL PRIMER PECIO POR UN CUARTO DE MILLA. MENOS posibilidades de que los hombres atraparan algo aquí. Pensó que eso los haría más dispuestos a pasar al siguiente lugar mucho antes.

—Capitán—, gritó Dorofeyev casi en el momento justo. —Llévanos a otro lugar.

—Reabastece tu cerveza—, dijo Jack. —Nos llevará aproximadamente una hora llegar allí.

Los tres hombres se volvieron hacia él y sonrieron.

Jack le hizo un gesto a Marcel. Le entregó un balde. —Toma esto, llénalo con hielo y ponle una docena de cervezas, luego llévaselo. ¿De acuerdo?

—Claro—, dijo Marcel.

Marcel hizo lo que Jack le pidió. Se dirigió hacia la parte delantera del barco.

Viktor lo detuvo. —¿Qué estás haciendo? — Habló con un fuerte acento.

—Órdenes del capitán. Sólo les llevo un poco de cerveza—, dijo Marcel.

Viktor cogió el cubo y miró a Aleksandr.

Aleksandr hizo un gesto con la cabeza y Viktor llevó el cubo de hielo y cerveza a los tres hombres.

Beban, bastardos.

Jack se puso en marcha y ajustó el rumbo para compensar su sobre corrección anterior.

Jack empezó a planificar el golpe en su cabeza. A estas alturas ya había superado su enfado por el trabajo. Ahora necesitaba un plan, su propio plan, para realizar este trabajo. Los guardias estaban armados, de eso no había duda. Pero era difícil decir qué tan armados estaban. Llevaban al menos una pistola cada uno, probablemente una semiautomática de nueve milímetros como la Beretta que tenía en el barco. ¿Y qué pasaba con Dorofeyev, Olkhovsky y Korzhakov? ¿Estarían armados? Olkhovsky era un militar de carrera. Era muy probable que tuviera un arma de fuego personal con él. Los otros dos, tal vez no. Primero había que eliminar a los guardias. Y de forma rápida. Olkhovsky tenía que ser el siguiente. Entonces sería un cara a cara entre Dorofeyev y Korzhakov.

Pero ¿cómo hacerlo funcionar? Una distracción. Necesitaba una distracción. A tres millas de la costa sur de Francia.

JACK REDUJO LA VELOCIDAD DEL BARCO Y ECHÓ EL ANCLA. EL MAR ESTABA AGITADO Y EL BARCO se balanceaba de un lado a otro.

—El mejor lugar en el Mediterráneo—, dijo mientras caminaba hacia la parte delantera del

barco. —¿Están listos, caballeros, para la pesca de su vida?

Los tres hombres gritaron. Estaban borrachos.

Perfecto.

Jack le hizo un gesto a Marcel para que se acercara y ayudara a los hombres a meter el cebo en el agua. Marcel hizo lo que le indicaron y ambos guardias lo siguieron hasta el frente.

Jack señaló a Chico, que estaba sentado en la esquina trasera del barco. Chico se puso de pie, con los brazos cruzados, mientras Jack se acercaba. Jack echó un rápido vistazo por encima del hombro. Nadie miraba hacia atrás. Se inclinó y empujó a Chico por la borda. El empujón fue suficiente para hacer perder el equilibrio al joven. Saltó hacia atrás sobre la corta barandilla, agitando brazos y piernas, y cayó al agua. La corriente tiraba con fuerza y por mucho que intentara nadar contra ella, el agua alejaba a Chico del barco.

—Hombre al agua—, gritó Jack. Corrió hacia el timón y puso el barco en marcha. Desconectó el ancla.

—¡Ayuda! —, los gritos de Chico apenas se oían por encima del rugido del motor.

Jack movió el bote hacia Chico.

Aleksandr y Viktor se dirigieron a la parte trasera del barco. Aleksandr encontró una cuerda y se la arrojó a Chico, pero el hombre estaba demasiado ocupado tratando de mantenerse a flote para agarrar la cuerda. Aleksandr gritó en ruso.

Jack miró hacia atrás y vio a Viktor asentir y levantar los brazos. Aleksandr ató un extremo de la cuerda alrededor de su muñeca y el otro extremo alrededor de Viktor. Quitó la puerta de malla de la parte trasera del barco. Ambos hombres estaban en el borde. Viktor intervino.

Aleksandr miró a Jack. —Acércate.

Jack asintió y sonrió cuando Aleksandr apartó la mirada. La corriente jaló a Viktor, tensando la cuerda. Aleksandr se esforzó por mantener el equilibrio y permanecer a bordo. Tenía un brazo extendido y el otro sujeto firmemente a la barandilla. Soltó la barandilla y se inclinó hacia adelante, agarrando la cuerda con ambas manos. Se agachó y se recostó para mantener el equilibrio.

Los tres hombres en la parte delantera del barco observaron desde sus asientos. Marcel se aferró al costado del barco, con el rostro demacrado.

Jack dio marcha atrás al barco. Esperó a que Aleksandr se enderezara. En el momento en que el hombre se levantó, Jack hizo avanzar el bote. Aleksandr cayó de bruces del barco. Su brazo derecho estaba extendido, atado a la cuerda. Su brazo izquierdo se estiró hacia atrás y agarró el aire.

Jack dejó el timón y se dirigió a la parte trasera del barco, mientras el barco seguía adelante.

En ese momento, los tres hombres, Dorofeyev, Olkhovsky y Korzhakov, habían abandonado sus asientos y se habían desplazado hacia un lado de la timonera abierta.

—Ayúdenlos—, gritó Dorofeyev.

Jack se dio la vuelta y regresó al volante. Hizo un gesto a los tres hombres hacia la parte trasera del barco.

—Prepárense para ayudar a levantarlos—, dijo Jack.

Marcel se sentó al lado del volante. Se quedó mirando la parte trasera del barco. Su rostro estaba congelado. Los ojos no parpadearon. Jack le dio unas palmaditas en la cabeza para tranquilizarle.

Puso el bote en marcha hacia atrás, pensando que eso distraería a los hombres y evitaría que miraran hacia él mientras sacaba el arma de debajo del timón. Se agachó bajo el volante y quitó la capa de cinta adhesiva que sujetaba el arma a la columna. Se dio la vuelta, apuntó y disparó un

tiro a la espalda de Olkhovsky. El hombre se enderezó en el momento del impacto, luego su cuerpo cayó hacia el mar.

Dorofeyev y Korzhakov se dieron la vuelta. Jack levantó el arma y apuntó alternadamente a cada hombre. Ambos levantaron las mano. Jack miró más allá de ellos y vio a Aleksandr y Viktor luchando contra la corriente y acercándose al barco. Jack extendió la mano hacia atrás, puso el barco en marcha hacia adelante y lentamente se alejó de los angustiados hombres.

—¿Quién va primero? — preguntó Jack.

—¿Qué está haciendo? — preguntó Dorofeyev. —¿No sabe quién soy?

—Grigori Dorofeyev, miembro del Ministerio de Defensa del gobierno ruso. Usted está planeando un derrocamiento del gobierno dentro de los próximos cinco años. Tiene el apoyo de algunas personas poderosas. Cualquiera que se niegue a apoyarlo es encarcelado por cargos falsos. O asesinado.

Jack se acercó dos pasos a los hombres.

—Y usted—, señaló a Korzhakov. —Es un prometedor en el partido. Es el hombre que utilizarán para convencer a la generación más joven de que el plan de Grigori es el correcto.

Los hombres se miraron.

—¿Qué deseas? — suplicó Dorofeyev.

—Nada—, dijo Jack.

—¿Quién te envió? ¿Cuánto te pagan? — preguntó Dorofeyev.

—El gobierno francés y ellos me están pagando mucho.

—Te daré un millón de dólares para detener esto ahora.

Jack se encogió de hombros, asintió y bajó su arma.

Dorofeyev sonrió, bajó las manos y avanzó hacia Jack. —Puedo darte el dinero mañana.

—No es suficiente—. Jack levantó el brazo y le disparó a Korzhakov en el pecho. El hombre tropezó hacia atrás. Un pie se resbaló de la parte trasera del bote, lo que provocó que su cuerpo cediera y se hundiera en el océano. En cuestión de segundos desapareció de la vista.

Dorofeyev apretó los dientes, la cara y los puños. Gritó algo en ruso que Jack no entendió.

—¿Algo que quieras que les diga? ¿Por ti? — preguntó Jack.

Dorofeyev se enderezó. Dejó caer los brazos a los costados. —Sí. Diles que yo, Grigori Dorofeyev, fui fuerte hasta el último...

Jack apretó el gatillo y disparó una bala al pecho de Dorofeyev. El cuerpo del hombre retrocedió, se tambaleó un paso hacia adelante y otro hacia atrás, pero mantuvo el equilibrio y se mantuvo erguido. Jack volvió a apretar el gatillo y le dio en el estómago. Dorofeyev se inclinó hacia adelante, pero permaneció en el lugar, con la cabeza en alto. Jack dio dos pasos hacia adelante. Disparó un tiro entre los ojos del hombre. La cabeza de Dorofeyev se echó hacia atrás y luego, lentamente, rodó hacia adelante. Su cuerpo se quedó quieto. Finalmente, se desplomó hacia atrás, sobre la cubierta.

Jack respiró hondo y sacó el teléfono del bolsillo. Tomó una fotografía del cuerpo de Dorofeyev y la envió a un número que almacenaría la imagen en un servidor seguro al que sólo él tenía acceso. Dio unos pasos hacia adelante, se inclinó y arrojó el cuerpo sin vida al mar. Se puso de pie y observó cómo la fuerte corriente arrastraba el cuerpo hacia afuera y hacia abajo.

Jack se volvió y vio a Marcel parado allí, sosteniendo una escopeta. Jack miró más allá de él y notó que la radio estaba encendida y el receptor sobre el mostrador, detrás del volante.

—¿Qué hiciste, Marcel?

Marcel levantó el cañón de la escopeta.

—No te muevas—, gritó Marcel. —Quédate ahí.

Jack dio dos pasos hacia adelante. No quería quedar atrapado cerca de la parte trasera del barco.

—Baja el arma—, dijo Jack.

Marcel pisoteó su pie. —Dije que no te movieras.

Jack dio dos pasos más hacia adelante. Había observado a Aleksandr quitar los casquillos del arma. ¿Había alguna posibilidad de que hubiera más? No importaba. Se acercó a Marcel hasta que estuvo a centímetros del cañón del arma.

—Viste lo que acabo de hacer—, dijo Jack. —¿Quieres que te mate también?

Marcel no dijo nada.

—¿A quién llamaste?

Marcel miró hacia otro lado.

Jack extendió la mano y le quitó el arma de las manos. Clavó la Beretta en la frente de Marcel. —Maldito bastardo. Todo lo que tenías que hacer era quedarte callado. Maldita sea.

—Por favor, no me mates—, dijo Marcel.

—Cállate.

—Por favor, no me mates—, dijo Marcel nuevamente.

Jack se metió la pistola en los pantalones y cogió la escopeta. Golpeó con la culata de la escopeta un costado de la cabeza de Marcel. El marinero cayó al suelo, inconsciente. Jack aseguró la parte trasera del barco y apartó a Marcel del camino. Comprobó sus mapas y puso el barco en rumbo hacia el noroeste. Cerró el volante y sacó el equipo de buceo robado. Preparó el equipo en caso de que necesitara usarlo.

Miró hacia arriba y vio un avión. Voló bajo, pasó por encima, dio vueltas y pasó de nuevo.

Jack maldijo en voz baja. Tomó posición al volante y aceleró. El rugido del avión disminuyó. Miró por encima del hombro y observó cómo el avión retrocedía. Bajó los ojos. Marcel estaba despertando. Jack bloqueó el volante y se arrodilló frente a Marcel.

—¿A quién llamaste?

—Nadie—. Marcel se sostuvo un lado de la cabeza. Sacó la mano y se quedó mirando la sangre en su palma.

—Entonces, ¿por qué nos sigue ese avión?

Marcel se encogió de hombros. —Te lo digo Conway, no llamé a nadie.

Jack tomó la pistola que llevaba metida en los pantalones. Apuntó a la cabeza de Marcel.

—Nunca me viste, ¿entendido? — dijo Jack.

—Nunca te vi—, repitió Marcel.

—No quieres joderme, Marcel. Te encontraré, encontraré a tu familia. Los mataré a todos. ¿Entendido?

—Sí, lo entiendo—, dijo Marcel.

—Está bien, así es como va a ser. Cuando nos acerquemos a la orilla, me iré. Saltaré del barco.

Marcel asintió sin decir una palabra.

—Cuando lleguen, les dices que me tiraste por la borda—, dijo Jack.

Marcel asintió.

—Descubro que les dijiste algo más que eso, e iré a por ti.

Jack volvió al volante. Comprobó el GPS y lo comparó con sus mapas. Suficientemente cerca. Se puso el equipo de buceo y redujo la velocidad del barco. El rugido de los motores disminuyó. El avión se acercó. Jack se mantuvo escondido bajo el dosel que había encima del volante. A lo lejos oyó acercarse otro barco.

—Allí—, dijo Marcel, con el brazo extendido señalando un punto en el horizonte. —Barco de la policía.

—El barco es tuyo—, dijo Jack. Se reclinó contra la barandilla y cayó de espaldas al mar.

CAPÍTULO 41

Jack abandonó su equipo a unos doscientos metros de la orilla y nadó sobre el agua el resto del camino. Mantuvo el ritmo sobre el agua y contempló el paisaje desierto frente a él. No pudo distinguir ningún punto de referencia. Una brújula lo mantuvo en el camino, pero la fuerte corriente lo llevó más hacia el este de lo previsto. Esperaba estar un poco al este de Montecarlo, pero se dio cuenta de que no era el caso.

Se levantó con cuidado sobre las rocas resbaladizas a lo largo del borde del agua. Se quitó la ropa y escurrió el agua. Se puso los pantalones y comenzó a caminar hacia su derecha. Más allá de los árboles había un claro. A partir de ahí tendría una mejor idea de la zona. O eso esperaba.

Desde el claro vio una franja de pavimento negro. Corrió por el claro y se abrió paso entre un grupo de árboles. Se detuvo al borde de la carretera donde ésta hacía una curva pronunciada. Jack cerró los ojos y escuchó. El sonido de un viejo motor llenó el aire. Una camioneta oxidada apareció a la vuelta de la esquina. Disminuyó la velocidad a medida que se acercaba a la curva. Un anciano con gafas y una corta barba blanca miró a Jack a través del parabrisas. El camión se detuvo.

—¿Estás en problemas? — preguntó el hombre en italiano.

—Sí—, respondió Jack en inglés. —¿Hablas inglés?

Jack podía entender frases básicas en italiano, pero no hablarlas muy bien.

El anciano asintió. —Súbete.

Jack entró en la cabina de la camioneta y se sentó en el lado del pasajero del banco de vinilo azul agrietado.

—¿A dónde te diriges? — preguntó el hombre.

—La estación de tren más cercana—, dijo Jack.

—Bueno, no voy a ir tan lejos. Pero puedo ayudarte a llegar allí.

—De acuerdo.

—¿Cómo te llamas?

—Jack.

No importaba qué nombre usara.

—Soy Sal—. Encendió el encendedor del tablero, metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos sin filtro. Le entregó uno a Jack. —¿Cómo es que estás empapado?

El encendedor hizo un chasquido. Jack lo agarró, encendió su cigarrillo y le entregó el encendedor a Sal. Dio una calada al cigarrillo y exhaló lentamente, expulsando el humo por la ventana.

—Accidente de navegación—, dijo Jack.

—¿Solo?

—Sí.

Sal asintió. —Lo siento por tu barco.

Ninguno de los dos habló durante los siguientes quince minutos. Pasaron un cartel que decía *Levanto*. Sal señaló el cartel y luego siguió hacia un grupo de tiendas. —Esa es tu parada.

SAL SE DETUVO A UNOS DOSCIENTOS METROS DE LA CIUDAD. METIÓ LA MANO EN EL BOLSILLO DE la camisa y sacó el paquete de cigarrillos. Se los entregó a Jack. —Me imagino que podrías necesitarlos después del día que has tenido.

—¿Sabes dónde puedo comprar un teléfono por aquí?

Sal echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Por supuesto que no. El viejo bastardo no necesita un teléfono.

Jack observó cómo Sal puso la palanca de cambios en marcha y se alejó, dejando a Jack parado al costado de la carretera.

Entró en la ciudad con la cabeza vuelta hacia el oeste y los ojos fijos en el sol poniente. La mayoría de las tiendas estaban cerradas. Una farmacia todavía tenía las luces encendidas. Jack entró para ver si había un teléfono.

Detrás del mostrador había una mujer.

—¿Vendes teléfonos móviles? — Jack preguntó en inglés.

Levantó la vista de la revista, se apartó el pelo rubio de la cara y sonrió. —Sí, tenemos—." Su sonrisa se desvaneció, pero las finas líneas junto a sus ojos y labios no. El resto de su rostro estaba suave. Calculó que tendría unos treinta y tantos años, tal vez cuarenta.

Jack metió la mano en su bolsillo y sacó su billetera. Estaba empapada de agua a pesar de estar en una bolsa de plástico. Sacó cuarenta euros y puso el dinero sobre el mostrador. —Lo siento, el dinero está mojado.

La mujer se encogió de hombros. —No importa—. Regresó a su computadora y programó el teléfono.

—Regresaré enseguida.

Jack fue a la parte trasera de la tienda. Encontró el baño y se lavó. En su camino de regreso al frente de la tienda, tomó una camiseta genérica y un par de pantalones cortos. Se cambió de ropa en medio de la tienda. Se giró y vio a la mujer sonriendo mientras lo miraba.

El la saludó.

Ella se sonrojó.

Regresó al frente y colocó su ropa húmeda sobre el mostrador.

—No veo eso todos los días—. Ella lo miró a través de su cabello colgante.

Jack se rio. —Lo siento, tuve que quitarme esa ropa. Me dio frío.

—Tu teléfono está listo—. Deslizó el móvil por el mostrador.

—Al otro lado de la calle—, dijo Jack. —¿Sirven comida?

—¿Me estás invitando a salir?

Jack le guiñó un ojo, cogió su teléfono y salió de la tienda. Cruzó la calle. Abrió la puerta del bar con poca luz y se sentó cerca del camarero.

—¿Qué quieres? — preguntó el hombre en inglés con un fuerte acento italiano.

—Un trago. Que sea un doble.

—¿De qué?

—Algo que me haga caer de culo.

El camarero se rio. —Entendido.

Jack sacó el paquete de cigarrillos y cogió un cenicero limpio con un paquete de cerillas encima.

El camarero colocó un vaso alto frente a Jack.

—Ya no puedo hacer esto en Nueva York. ¿Lo sabías?

El camarero se encogió de hombros.

Jack probó la bebida, hizo una mueca y exhaló ruidosamente.

—Uno más—, dijo. —Y una cerveza.

Dos tragos más y seis cervezas después, Jack se sintió relajado por primera vez en más de una semana.

La multitud en el bar creció. Una mezcla de turistas y lugareños se entremezclaban, compartiendo historias y chistes. Jack se había hecho amigo de los demás clientes. Cada vez que alguien le preguntaba su nombre, él les preguntaba el de ellos. Dijeran lo que dijeran, él les dijo que ese también era su nombre.

Charló con una pareja de Long Island y habló sobre todo lo relacionado con Nueva York. Sintió un golpe en su hombro. Se giró y vio a la mujer rubia de la farmacia. Ella lo saludó con una sonrisa.

—¿Me comprarías una bebida? — preguntó ella.

—¿Cómo te llamas? — respondió.

—Tomaré lo que sea que tengas—, dijo.

—Soy Jack.

De nuevo, realmente no importaba.

Ella sonrió. —Gianna.

Continuaron hablando. Jack siguió bebiendo. Gianna siguió acercándose.

Pasaron las horas y el camarero empezó a cerrar.

—¿Dónde te estás quedando? — preguntó Gianna. —Te llevaré.

Jack miró su reloj. Las once de la noche. —¿Dónde está el hotel más cercano?

Sus cejas se alzaron hasta la frente. —Ahora no podrás conseguir una habitación.

Jack metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros. —Estaré bien.

—Tonterías, ven y quédate conmigo esta noche.

CAPÍTULO 42

El pequeño coche de Gianna aceleró por la carretera rural que se alejaba de la ciudad. Jack apenas cabía en el asiento del pasajero. Tenía las rodillas presionadas contra el tablero y los pies apoyados en las puntas de los dedos.

—¿Cuánto tiempo más? — preguntó.

—¿No disfrutas de mi compañía? — preguntó ella. —Ya casi llegamos—, añadió.

Jack siguió su dedo extendido y vio una pequeña luz. Cuando se acercaron, reconoció que era la luz del porche.

Gianna condujo el coche por un camino de grava y se detuvo junto a la casa.

Jack la siguió al interior.

—¿Hambriento? — preguntó ella.

—Siempre—, dijo Jack.

Ella lo llevó a su pequeña cocina. Una nevera antigua ocupaba un rincón. Una encimera desnuda con un lavabo en el medio corría a lo largo de la pared. Al final del mostrador había una pequeña estufa de dos quemadores. Jack se sentó ante una estrecha mesa de madera de la cocina.

Gianna tomó dos vasos y los colocó sobre la mesa. Metió la mano en un armario y sacó una botella de vino tinto. Abrió la botella y se sirvió un vaso para ella y otro para Jack.

—Es casero—, dijo.

Jack olió el vino. Fuerte. Tomó un sorbo. El sabor coincidía con el olor. Luchó por contener su reacción. —¿Ese es el código para vino con olor a pies?

Colocó un surtido de carne y un panecillo en un plato frente a él. —Come—, dijo.

Ella habló. Jack escuchó. Ambos comieron y bebieron.

—Necesito hacer una llamada telefónica—, dijo Jack después de terminar su sándwich. —¿Hay algún lugar donde pueda tener algo de privacidad?

—¿Para hablar con tu esposa? — preguntó Gianna.

Jack sonrió y no dijo nada.

Gianna frunció el ceño y señaló una puerta blanca justo al pasar la cocina.

Jack salió. Miró a su alrededor. Completamente desierto. Sacó su nuevo móvil y llamó a Pierre.

Pierre contestó el teléfono. —¿Quién es?

—Jack.

—Jesucristo, Jack. ¿Qué diablos pasó hoy?

—Dímelo tú, Pierre.

—¿Qué quieres decir?

—La policía apareció. ¿Cómo se explica eso?

—No sé.

—Espera un minuto. Pierre, ¿por qué me preguntaste qué pasó?

—Tu cara aparece en la televisión. Otra vez. Pero esta vez junto con la de tres políticos rusos desaparecidos.

—Dos políticos, un general—, dijo Jack.

—Lo que sea.

—Entonces, ¿quién está detrás de esto?

—Espera, el marinero está hablando.

Jack podía oír el sonido de la televisión de fondo, pero la voz era apagada.

—¿Que está diciendo? — preguntó Jack.

—Dijo que no sabe lo que pasó. Se golpeó la cabeza y cuando volvió en sí, todos, incluido tú, se habían ido.

—Bien—, dijo Jack. —Amenacé la vida de su familia.

—No fuiste muy amable.

—Demándame.

—Entonces, si no fui yo—, dijo Pierre, —y no fue él, solo queda Oscar.

—¿Qué tan bien conoces a Óscar? — preguntó Jack.

—Lo hemos usado muchas veces. Pero siempre existe un riesgo...

—No me hables de riesgos. Sólo dime qué vas a hacer para limpiar esto.

—Es una situación delicada, Jack. Podemos controlar a los medios hasta cierto punto, pero esto ocurrió en el mar. Por eso nuestros agentes no se involucraron. Agrega una dinámica completamente diferente.

La puerta se abrió. Jack miró hacia arriba y vio a Gianna parada en la puerta.

—¿Todo está bien? — preguntó ella. —Estabas gritando.

Jack cubrió el teléfono. —Sí, vuelvo enseguida—. Volvió a colocarse el teléfono en la oreja. —Me tengo que ir.

—Lo escuché—, dijo Pierre.

—No es lo que piensas—, dijo Jack.

—Estoy seguro ello.

—Que te jodan. Arregla esto.

Jack colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Se quedó mirando el oscuro cielo nocturno lleno de estrellas brillantes. *Desaparecido*. Eso es todo lo que tenían en este momento.

JACK CRUZÓ LA PUERTA HACIA UNA COCINA VACÍA.

—¿Hola? — gritó.

—Aquí.

Salió de la cocina y se dirigió a la sala principal. Gianna estaba sentada en una silla vestida con una brillante bata negra y roja. En la mesa frente a ella había otra botella de vino y dos vasos medio llenos.

—Toma una copa—, dijo.

Jack se sentó frente a ella. Cogió su copa de vino y se la acabó.

—¿Cuál es la prisa? — preguntó ella. Gianna se puso de pie. La bata se abrió desde su cuello hasta justo debajo de su ombligo. Ella no hizo ningún intento de cerrarla. Se inclinó sobre la mesa y cogió la botella de vino. Jack observó cómo sus amplios pechos luchaban contra la bata, obligándola a abrirse un poco más. Ella se inclinó hacia adelante y volvió a llenarle el vaso, con una mano en la botella y la otra en el cordón rojo que mantenía su bata cerrada de cintura para abajo.

Jack bebió de golpe su bebida.

Gianna tiró del cordón. El nudo se desató y su bata se abrió.

Jack se recostó en su silla.

Colocó una rodilla junto a su pierna y se inclinó sobre él. Levantó la otra pierna y sentó la rodilla fuera de la otra pierna de él.

Jack echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió sus labios rozar los suyos y luego quedó inconsciente.

JACK ABRIÓ LOS OJOS Y MIRÓ SU RELOJ. ERAN LAS CUATRO DE LA MAÑANA. ESTABA SENTADO EN el sofá solo y completamente vestido. Sobre la mesa había un trozo de papel doblado con su nombre. Lo abrió. Decía: —Lamento que te hayas desmayado tan pronto. Hay café en la cafetera, solo presiona iniciar. G.

Se levantó y miró hacia el pasillo. La puerta de su habitación estaba cerrada. Dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Encendió la cafetera. Miró la nevera y cogió una pera. Recordó el mapa en la pared del bar. Brugnato. El pueblo tenía una estación de tren y estaba a sólo diez millas de distancia. Sin embargo, no sabía la ubicación de la casa de Gianna. Recordó una unidad de GPS en el tablero de su auto. Entró por la puerta trasera, salió al aire frío de la mañana y abrió la puerta del coche. El GPS estaba en el tablero, tal como lo recordaba. Encendió el dispositivo y amplió la pantalla. El pueblo estaba a poco menos de diez millas de distancia.

Miró de nuevo su reloj. Cuatro y media. Sólo las diez y media de la noche en Nueva York. Marcó rápido y de memoria.

—¿Hola? — respondió el anciano.

—Es Jack.

—Señor Jack, ¿cómo está esta noche?

—Déjate de tonterías. ¿Dónde está?

—Italia—, dijo el anciano. —Un pueblo llamado Ameglia.

Jack no dijo nada. Marcó el nombre de la ciudad en el GPS. Sonrió ante el resultado. Ameglia estaba apenas a veinte millas de su ubicación.

—Gracias—, dijo Jack. —Estaré en contacto.

Colgó el teléfono y volvió a entrar, llevándose el GPS. Se sirvió una taza de café, se sentó a la mesa y empezó a dibujar un mapa. Estaba aproximadamente a seis o siete millas de La Spezia, una ciudad a medio camino entre él y Charles. Viajaría allí. Conseguiría una habitación y esperaría a Oso.

Jack cogió una taza de viaje de un armario y otra pera del frigorífico. Cruzó la puerta trasera una vez más y caminó por el camino de grava hasta la carretera.

Pasó junto a un pequeño cartel que decía La Spezia. Miró su reloj. Las siete y media de la mañana. Mantuvo la cabeza gacha mientras salía del bosque y entraba en la ciudad. Siguió por Vía Sauro durante ocho kilómetros, luego giró a la derecha en Vía Roma y caminó otros ocho kilómetros. Se detuvo frente al Hotel Astoria, un edificio de ladrillo de cuatro pisos color crema que ocupaba aproximadamente media cuadra.

Dos faroles colgantes marcaban la entrada. Cruzó la puerta y se acercó a la mujer detrás del escritorio. La etiqueta con su nombre bañada en oro decía Jemma. El pelo corto y castaño enmarcaba su rostro estrecho. Su nariz parecía demasiado ancha. Tenía los ojos marrones muy abiertos y el labio superior fino.

—*Ciao, posso aiutarti?* — dijo Jemma.

—Lo siento—, dijo Jack. —Mi italiano está muy oxidado. Sé que saludaste...

Jemma sonrió. —Sí señor, no hay problema. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría una habitación para una semana—. Miró el cartel sobre el escritorio. Vio que el horario de check-in comenzaba a las dos y media. —¿Tienes una habitación en la que pueda registrarme ahora?

Jemma miró su computadora. —Tengo una habitación disponible para una semana y está desocupada en este momento—. Escribió un poco más y luego se inclinó sobre el mostrador. —Realmente no permiten el check-in temprano, señor.

Jack colocó cincuenta euros sobre el mostrador y miró por encima del hombro hacia la puerta.

—Sin embargo, ¿para qué sirven las reglas si no para romperlas? — dijo ella.

Volvió la cabeza y el dinero desapareció. Él sonrió.

—¿Tienes identificación? — preguntó ella.

—Me han robado—, dijo Jack.

Jemma se enderezó y le levantó una ceja. —¿Nombre?

—Smith. Mitch Smith.

No importó.

—¿Cómo pagará el señor Smith?

Sacó un fajo de euros.

—El total de la semana es de mil euros.

Jack contó el dinero y lo dejó sobre el mostrador.

Jemma lo cogió y lo metió en un sobre. Abrió un cajón y sacó dos tarjetas de plástico, las pasó por una máquina y se las entregó a Jack. —Cuarto piso, habitación 412. Tenemos una piscina cubierta e instalaciones para hacer ejercicio en el primer piso. Pasa los ascensores y gira a la derecha en el primer pasillo. ¿Viajaste en coche?

—No—. Se metió las tarjetas verdes en el bolsillo y caminó hasta el vestíbulo del ascensor.

Llamó a Oso desde su habitación.

—¿Jack?

—Sí. ¿Cómo está Clarissa?

—Debería salir de aquí en un par de días.

—¿Puedes moverla antes?

—¿Por qué? — preguntó Oso.

—¿Has visto las noticias? Aparentemente mi cara está por todas partes.

—Sí, lo escuché. ¿Crees que nuestro amigo está detrás de esto?

—No sé qué pensar ahora. Él dice que no, pero ya sabes.

—¿En qué gana él al tenderte una trampa?

—¿Dinero?

Oso se rio. —Es una apuesta arriesgada.

—Averigua cuándo puede irse. Paga a alguien más para adelantar la fecha. Estoy en Italia. La Spezia.

—¿El tren pasa por allí?

—Sí.

Jack colgó y colocó el teléfono en la mesita de noche al lado de la cama. Salió a un estrecho balcón donde se veían la pequeña ciudad y el mar. Metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de cigarrillos que le dio Sal.

Realmente necesito dejar de fumar.

CAPÍTULO 43

Clarissa miró por la ventanilla mientras el tren se alejaba de la estación de Aulla.

—Ya casi llegamos—, dijo Oso.

Ella sonrió a través del dolor. El pecho le dolía como el infierno. Los puntos se tiraban cada vez que se movía. Pero ella estaba viva. Fue muy afortunada, le dijeron los médicos que la bala no alcanzó su pulmón ni todas las arterias principales. Pasó de largo. El golpe de su cabeza contra la pared le provocó una conmoción cerebral y fue la razón por la que no se despertó durante casi cinco días. Pero hoy nada de eso importaba. Vería a Jack pronto. Ella sentiría sus brazos rodearla y abrazarla con fuerza.

Oso le informó de la situación durante el viaje por Francia. Jack tuvo que pasar desapercibido y sería mejor si todos lo hicieran.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? — preguntó ella.

—Una semana, tal vez más—, dijo Oso.

—¿Qué tiene de especial este lugar? ¿No sería más seguro dirigirse a Córcega o Sicilia, tal vez incluso al sur de Italia?

—Probablemente—. Oso hizo una pausa y se rascó el vello de la cara. —Pero tenemos algo de qué ocuparnos cerca de allí.

Clarissa asintió y se volvió hacia la ventana. El terreno montañoso y exuberante la mantuvo distraída del dolor en el pecho. El paisaje pronto dio paso a las afueras de La Spezia.

—Legamos—, dijo Oso.

Ella alejó la cabeza de la ventana de cristal y se volvió hacia él.

—¿Sabes a dónde tenemos que ir? — preguntó ella.

Oso sacó su teléfono y golpeó el frente. Lo levantó, frente a ella. —Sólo tenemos que seguir esa línea roja y estaremos en el hotel en aproximadamente media hora.

El tren se detuvo. Una voz llegó por el altavoz, primero en italiano, luego en francés y finalmente en inglés. *Hora de partir*.

Clarissa se levantó y cogió su bolso. Oso lo agarró antes de que ella tuviera la oportunidad de levantarlo.

—De ninguna manera llevarás esto—, dijo Oso.

Ella empujó contra él. ¿Quién necesitaba una familia con tipos como Oso y Jack cerca?

Entraron al Hotel Astoria desde la calle y caminaron hasta el mostrador. Clarissa le sonrió a la mujer y se volvió hacia la puerta.

Oso fue el único que habló.

—Habitación para una semana, por favor—, le dijo a la mujer.

—Sí señor—, dijo. —¿Identificación?

Oso chocó con Clarissa mientras buscaba en su bolsillo. Escuchó que algo golpeó el

mostrador y asumió que era su identificación.

—Señor Schlater, le tengo una habitación en el cuarto piso. El precio será de mil euros. ¿Cómo pagará?

Clarissa miró a Oso y observó cómo colocaba una tarjeta de crédito en el mostrador. La mujer tocó su teclado e hizo clic con el ratón. Unos momentos más tarde, Oso le entregó a Clarissa una tarjeta de acceso verde a su habitación.

—Habitación 422—, dijo la mujer.

Clarissa caminó hacia el ascensor mientras la mujer le decía a Oso el resto del discurso. Presionó el botón de arriba. Las puertas del ascensor se abrieron. Entró, se giró y presionó el botón con la etiqueta cuatro. Miró su reflejo en el espejo dorado de la puerta del ascensor. Rápidamente se cepilló el cabello con los dedos, metió un lado de su largo cabello castaño detrás de la oreja y se arregló la ropa.

Las puertas se abrieron. Clarissa salió al pasillo y encontró el camino a la habitación de Jack. Se mordió el labio inferior, respiró hondo y llamó a la puerta. Oyó pasos acercándose. Su estómago se hizo un nudo cuando el pestillo de la puerta hizo clic.

Jack giró la manija y abrió la puerta. Sus labios se ampliaron en una sonrisa al ver a Clarissa. Se paró en la puerta y la tomó en sus brazos. La atrajo hacia sí. La abrazó fuerte.

Ella hizo una mueca.

—¿Te estoy lastimando? — preguntó.

—Está bien—, respondió ella.

Puso ambas manos en sus caderas y la miró a los ojos azules.

No dijeron nada.

Deslizó una mano por su costado, alrededor de su espalda y la colocó en un lado de su cara. Se inclinó. Sus labios se encontraron. Sus manos rodearon sus anchos hombros y recorrieron su cabello. Sus uñas le arañaron ligeramente el cuello.

—Sepárense—, llamó Oso desde fuera de la habitación.

Los dos se separaron, sonriéndose el uno al otro.

—He estado esperando tanto tiempo por esto—, dijo Clarissa en voz baja.

Jack le guiñó un ojo, la condujo al interior y regresó a la puerta para esperar a Oso.

—Parece basura, Jack—, dijo Oso.

Jack se rio y siguió a Oso al interior de la habitación. Clarissa estaba sentada en el borde de la cama viendo la televisión. Jack y Oso se sentaron en la pequeña mesa del rincón.

—¿Cuál es el plan? — preguntó Oso.

—Mantenerse discreto unos días más. Luego derrotaremos a Charles.

Clarissa se volvió hacia ellos. —Quiero estar ahí.

Jack negó con la cabeza. —No.

—Diablos, no—, dijo. —Sabes que él es la razón por la que estuve en el hospital. La razón por la que mi cara todavía tiene estos moretones.

Jack bajó la cabeza. Se frotó las sienes. Miró a Oso en busca de sugerencias.

El gran hombre se encogió de hombros.

¿Quiénes somos nosotros para detenerla?

—Está bien—, dijo Jack. —Haces exactamente lo que te decimos.

—¿Cuándo vamos a hacer esto? — preguntó Oso.

—El viernes en la noche.

—¿Dónde?

—Cerca de aquí.

—Vamos Jack.
—Lo siento. Todo salió mal esta semana. No tiene sentido arruinar esto también.

CAPÍTULO 44

Jack desdobló un pequeño mapa del noroeste de Italia sobre la mesa de su habitación de hotel. Señaló a Ameglia.

—Allí—, dijo. —Ahí es donde está Charles.

_No muy lejos de aquí—, dijo Oso. —¿Tomaremos el tren?

—Quiero que encuentres dónde alquilar un auto y consigas uno lo suficientemente grande para nosotros tres. Llamaré al viejo y obtendré una actualización sobre Charles.

—Entiendo—. Oso salió de la habitación.

—¿Vas a estar bien? — Jack le preguntó a Clarissa.

—¿Hay alguna razón por la que no lo estaría?

—Sabes, yo sólo...

—Tienes que dejar de mimarme—, dijo. —Yo puedo sola.

Jack levantó los brazos. —Sólo han sido un par de semanas difíciles. No quiero que te pase nada más.

—No puedes preocuparte por eso. Lo arruinará todo.

El asintió. Lo arruinaría todo si se preocupara constantemente por su seguridad.

Olvídalo, Jack. Simplemente déjalo.

Clarissa se puso delante de él y le puso los brazos alrededor de los hombros. Ella lo miró fijamente a los ojos. —Tenemos un tiempo antes de que Oso regrese, ¿sabes?

Jack levantó sus brazos y la empujó suavemente. —Tengo que hacer algunas llamadas.

Se deslizó por la puerta al final de la habitación y salió al balcón. Sacó su teléfono celular y marcó un número de Estados Unidos.

—¿Hola? — dijo una voz cansada.

—Es Jack. ¿Eres tú?

—Señor Jack, ¿por qué me llama a las cinco y media de la mañana?

—Aquí no son las cinco y media. Casi mediodía. ¿Cuál es la última novedad sobre nuestro amigo?

—Está en el mismo lugar. Cena todas las noches en un lugarcito llamado Rosalita's. Llega alrededor de las seis de la tarde, se queda hasta las diez u once.

—¿Cómo sabes esto? — preguntó Jack.

—Su mano derecha, Alonso. Todavía me es leal. Tiene órdenes de dejarte pasar.

Jack dijo: —¿Cómo sabes que este tipo no te está traicionando?

El viejo se rio. —Después de todos estos años, ¿todavía me subestima, señor Jack? —. El anciano hizo una pausa. —Tengo a su esposa y a su hija. Están detenidas. A salvo. Aquí en mi casa.

—Entiendo—. Jack contempló la ciudad y el mar. —Esto es todo. Después de esto ya no

más.

El viejo no dijo nada.

—Lo digo en serio—, dijo Jack.

El viejo se rio. —Señor Jack, si lo llamo, usted responderá.

—No lo creo, viejo.

El viejo continuó. —Si no lo haces, tendrás que pagar un precio.

—Vete al infierno.

—Estoy seguro de que la niña disfruta de Montana. Quizás lo suficiente como para convertirla en su lugar de descanso final.

La ira atravesó a Jack.

—Estaré en contacto, señor Jack.

Se cortó la comunicación. Jack estaba en el balcón, inclinado sobre la barandilla negra de hierro forjado. Vio un coche pequeño detenerse en la acera, frente al hotel. Se abrió una puerta y Oso salió del pequeño vehículo. Jack se giró y volvió a entrar. Puso su mano sobre el hombro de Clarissa. —Vamos.

El viaje hasta Ameglia duró menos de veinte minutos. Nadie habló. Jack supuso que había cabreado a Clarissa. Ella no lo había mirado desde que salieron del hotel. Jack no podía mirar a Oso. Las palabras del anciano lo devoraron.

Su lugar de descanso final.

El viejo bastardo podría hacerlo. Oso se asustaría en el momento en que Jack se lo dijera. Es mejor esperar hasta que terminen el trabajo en lugar de enojar a Oso ahora.

—Rosalita—. Jack rompió el silencio cuando pasaron junto a un pequeño edificio independiente de ladrillo rojo. —Ese es el lugar. Come allí todas las noches. Se queda allí de seis a diez.

—Exploremos los alrededores—, dijo Oso.

Condujeron por el pequeño pueblo durante las siguientes dos horas hasta que conocieron todas las rutas de escape posibles y memorizaron todos los nombres de las calles.

Salieron del pueblo y se dirigieron a la costa para relajarse un rato. Jack encontró un camino que conducía a través de algunos árboles hasta una abertura en un acantilado que dominaba el mar.

Estuvo allí sentado durante media hora, contemplando el Mediterráneo. Se preguntó si ya se habría encontrado alguno de los cadáveres. No les tomaría mucho tiempo descubrir qué sucedió después de que encontraron a uno de los rusos a los que disparó.

Oyó pasos detrás de él, ligeros y rápidos. Se detuvieron a un pie de él.

—¿Hice algo mal? — preguntó Clarissa.

—No—, respondió Jack.

—Entonces, ¿por qué me estás cerrando los ojos?

—Para protegerte.

—No necesito protección—, dijo.

—Si me preocupo por ti, entonces podría equivocarme. Si me equivoco, entonces uno de nosotros podría terminar muerto—. Él se levantó y tomó ambas manos entre las suyas. —Si terminas muerta no podré vivir conmigo mismo. ¿Entendido?

—Eres demasiado bueno para arruinarlo tanto, Jack.

—Entonces explica las últimas dos semanas.

Oso entró en el claro. —Son las seis. Tenemos que regresar.

Jack soltó las manos de Clarissa y siguió a Oso de regreso al auto. Todos subieron al

vehículo y regresaron a Ameglia en silencio.

—Ese es un guardia—, dijo Jack. —Definitivamente uno de los hombres de Charles.

Oso detuvo el coche junto a la acera, a unos cien metros de distancia.

—¿Estás seguro, Jack? — preguntó.

—Sí, lo reconozco.

—¿Cuántos crees que tiene con él? — preguntó Oso.

—No estoy seguro—, dijo Jack. —Sé que tiene a un hombre llamado Alonso con él. Está trabajando para el viejo, en contra de su voluntad, por lo que tengo entendido. Así que debemos estar en alerta máxima. Esto podría ser una trampa.

Jack volvió a mirar a Clarissa. —¿Reconoces a ese hombre?

Se inclinó hacia adelante entre los dos asientos delanteros y entrecerró los ojos. Sus labios se movían de un lado a otro. Ella sacudió su cabeza. —No. Nunca lo había visto antes.

—Bien—. Jack le entregó un par de grandes gafas de sol oscuras. —Ponte esos—. Salió del auto y empujó el asiento hacia adelante. —Ve allí y distráelo. Intenta llevarlo a la esquina del restaurante.

—¿Cómo? — preguntó ella.

—Utiliza tus activos—. Él guiñó un ojo.

Ella sonrió.

Jack volvió al coche. —Cuando llegue al edificio, comienza a moverte lentamente.

—Está bien—, dijo Oso.

—Ahora—, dijo Jack.

Oso puso en marcha el pequeño coche y se acercó al edificio.

—Detente aquí—, dijo Jack.

Vieron cómo Clarissa pasaba junto al guardia. Volvió la cabeza hacia el hombre calvo que llevaba gafas de sol y un traje negro. Jack pensó que ella le sonrió. Mientras pasaba por el otro extremo, cayó al suelo y se agarró el tobillo.

—Espera—, dijo Jack.

El guardia se giró y caminó hacia ella. Se arrodilló y alcanzó su pierna.

—Ahora—, dijo Jack.

Oso pisó el acelerador y se detuvo frente a donde yacía Clarissa en el suelo.

Jack abrió la puerta, saltó al pavimento y se abalanzó sobre el hombre. El brazo izquierdo extendido de Jack alcanzó al hombre en el cuello. Jack lo envolvió con fuerza y lo empujó hacia un costado del edificio. Jack se recostó, apoyándose contra el edificio, asfixiando al guardia.

Oso apareció un momento después. Se inclinó y le asestó dos golpes aplastantes a la cara del hombre.

El guardia quedó inerte en el brazo de Jack.

Oso lo sacó y lo llevó detrás del edificio. Regresó un momento después. —El ya no es un problema.

Jack se volvió hacia Clarissa. —¿Cómo me veo? ¿Hay sangre?

Ella sacudió la cabeza mientras se arreglaba la ropa.

—Está bien—, dijo Jack. —Este es el plan. Clarissa, entra y habla con la anfitriona. Dile que espere, vuelve y cuéntanos lo que ves.

Ella asintió y dobló la esquina del edificio. Jack la vio entrar por la puerta principal.

Dos minutos más tarde salió y regresó al costado del edificio.

—Hay otro hombre—, dijo. —Vestido como el que estaba aquí. Está parado frente a una

habitación cerrada.

La puerta se abrió. Jack miró a la vuelta de la esquina. Vio a un hombre alto, fornido y de cabello oscuro salir a la acera. El hombre se acercó un teléfono móvil a la oreja y con la otra mano jugueteó con un cigarrillo.

—Alonso—, dijo Jack mientras se escondía detrás del edificio nuevamente.

—Lo eliminaré—, dijo Oso.

—Está bien—, dijo Jack. Señaló a Clarissa. —Distrae al guardia. Sácalo de esa habitación.

—¿Cómo? — preguntó ella.

—Entras y le dices a la anfitriona que te siente. Ves la mesa y luego cambias de rumbo. Caminas hacia él y susúrrale al oído. Dile que te siga al baño de damas.

Ella sonrió.

—Y luego dale una paliza allí dentro—, dijo Jack.

—Está bien—, dijo Clarissa.

Dio la vuelta a la esquina. Jack contuvo la respiración hasta que escuchó la puerta cerrarse detrás. Él asintió hacia Oso.

Oso dobló la esquina y Jack escuchó dos golpes. El puño de Oso golpeando la cara de Alonso y la cara de Alonso golpeando el suelo.

Jack se acercó a la puerta. —Buen trabajo, Oso. Espera treinta segundos y luego entra.

Jack atravesó la puerta. Miró a su alrededor. Vio a Clarissa guiando al guardia por la corbata hacia los baños. Jack sonrió. Ignoró a la anfitriona y atravesó el restaurante hacia la esquina trasera y la habitación con la cortina cerrada. Se detuvo detrás de la cortina y escuchó.

Nadie dijo nada.

Miró por una pequeña rendija.

Charles era el único que estaba allí.

Jack abrió la cortina y se sentó a la mesa, con el arma en la mano y apuntando a la cabeza de Charles.

—Hola Jack—, dijo Charles con calma. Puso sus manos sobre la mesa frente a él.

—Charles—, dijo Jack asintiendo con la cabeza.

—¿Qué te trae a Italia?

—Tu jefe—, dijo Jack. —Él quiere que te mate.

Charles sonrió.

—¿Algo gracioso? — preguntó Jack.

—Es una sentencia de muerte, Jack.

—¿Qué? ¿Trabajar para el viejo?

—No—. Charles levantó la mano y cogió su chaqueta.

—Ya es suficiente—. Jack estiró el brazo para dar énfasis.

—Relájate—, dijo Charles. —Sólo voy a fumar.

Jack mantuvo el brazo apretado y el dedo apoyado en el gatillo. Observó a Charles quitarse el abrigo y sacar un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres uno? — preguntó Charles.

—Estoy tratando de dejarlo—, dijo Jack.

Charles se encogió de hombros.

—¿Qué es una sentencia de muerte? — preguntó Jack.

—Matarme—. Encendió su cigarrillo y dejó que el humo escapara lentamente de su boca.

—Para ti.

Charles sonrió. —La mitad de la organización del viejo me apoya. Están listos para un

cambio, por así decirlo. Están cansados de su liderazgo. Las cosas son un desastre. Los trabajos están arruinados. Estamos perdiendo el control.

—Por lo que a mí respecta, toda la organización puede irse al infierno—, dijo Jack.

—¿Entiendes el punto, Jack? Si me haces algo, sabrán quién lo hizo. Cien tipos te perseguirán, listos para derribarte.

Jack se encogió de hombros.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? — preguntó Charles.

Jack sonrió. —Tus seguidores no son tan leales como crees—. Se recostó en su silla, pero mantuvo el arma apuntando a Charles.

Oso atravesó la cortina, arrastrando a Alonso con él. La sangre brotó de la nariz del hombre de cabello oscuro.

—¿Por qué no le preguntas? — dijo Jack, señalando a Alonso.

Charles negó con la cabeza. —¿Me delataste con el viejo?

Alonso apretó los dientes y se aclaró la garganta. Escupió sangre en el suelo. —Tiene a mi hijo, Charles. No me dejó otra opción.

Charles empujó su silla hacia atrás.

—No te muevas—, dijo Jack. Le lanzó una mirada a Oso y giró la cabeza hacia un lado.

Oso dio un paso atrás y sacó a Alonso de la habitación.

—Dejémonos de tonterías, Jack. ¿Cuánto te está pagando?

—¿Tienes curiosidad por saber cuánto vale tu vida? — preguntó Jack.

—No podría importarme menos. Sólo quiero hacerte una oferta.

—Estoy escuchando.

—Realmente no importa lo que hagas aquí, Jack. Si me matas, serás el siguiente. Muchos tipos quieren cambios dentro de la organización. Puedes matar al siguiente y alguien más ocupará su lugar. ¿Entendido?

Jack asintió y no dijo nada.

—El viejo se está hundiendo. Si haces este trabajo para él, tú también te hundirás.

Jack pensó en Mandy por un momento, apartó el pensamiento de su cabeza y asintió nuevamente.

—Ayúdame a derrotarlo, Jack.

Jack levantó una ceja y abrió la boca para hablar.

—Estoy dispuesto a dejar que lo pasado sea pasado, Jack. Me rompiste el cráneo, me dejaste con algunas cicatrices. Al diablo, está en el pasado. Golpeé un poco a tu dama, ella me golpeó. Al diablo, está en el pasado.

Jack asintió.

—Vete ahora, déjame vivir y tú y yo ya no tendremos problemas—, dijo Charles.

Jack se puso de pie. Su arma todavía apuntaba a la cabeza de Charles.

—Si aceptas ayudarme a acabar con el viejo, triplicaré lo que te haya ofrecido. ¿Te apuntas?

Jack se encogió de hombros. Bajó su arma. —Puedes vivir. Yo pensaré en el resto.

Se deslizó por la abertura de la cortina.

—Lo digo en serio, Jack—, llamó Charles desde la habitación cerrada. —Lo triplicaré.

Jack vio a Oso y Clarissa de pie cerca de la habitación. Oso levantó los brazos y encorvó los hombros.

—Vamos—, dijo Jack.

—¿No estás completando el trabajo? — preguntó Oso.

—No—, dijo Jack. —Tú y yo necesitamos hablar sobre eso.

Salieron rápidamente del restaurante y se subieron al pequeño coche.

CAPÍTULO 45

Golpe, golpe, golpe.

Jack se sentó en la cama.

—Vamos Jack, abre—. Dijo Oso desde el pasillo.

Jack respiró hondo. Se recostó. Miró el mechón de pelo rojo oscuro que cubría la almohada junto a la suya. Frotó la espalda de Clarissa con la mano y le apartó el pelo hacia un lado. Besó su cuello.

Se levantó y se puso un par de pantalones cortos. Abrió la puerta y salió al pasillo.

—¿De qué necesitamos hablar, Jack?

—El viejo—, dijo Jack. —Me dijo que, si no hago lo que él quiere, irá tras Mandy.

—Ella está siendo atendida.

—Él sabe que ella está en Montana.

Oso miró hacia el techo y se rodeó la nuca con sus enormes manos. —Necesito irme.

—Lo sé.

—¿Qué pasa contigo? — preguntó Oso.

Jack se encogió de hombros y se reclinó contra la pared con estampado floral. —Mi cara está en todas las noticias. Estoy desaparecido. No puedo arriesgarme a que me atrapen. Transferiré algunos fondos. Tendrás que enviarme algo de efectivo.

—Hay algo más, Jack.

Jack levantó una ceja.

—Un cuerpo salió. De uno de los rusos.

Jack dijo: —¿Chico dijo algo?

—No lo mostraron. Pero quién sabe qué le estará diciendo a la policía.

—Llamaré a Pierre. Averiguaré lo que sabe.

Oso dio un paso atrás y se apoyó contra la pared frente a Jack. —¿Qué pasará con Clarissa?

—No sé si puede volar. Sin embargo, este no es un lugar seguro para ella.

—La llevaré a Roma y la llevaré en un transatlántico.

Jack asintió. —Eso es probablemente lo mejor.

Oso se dio vuelta y caminó hacia su habitación.

Jack dio un paso atrás hacia la suya. Cerró la puerta. Se giró y vio a Clarissa sentada en el borde de la cama con una sábana que apenas cubría su cuerpo.

Ella sonrió.

Él frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? — preguntó ella.

—Tienes que irte—, dijo.

—¿A dónde?

—De regreso a los Estados Unidos.

—¿No vas a ir tú también? — preguntó ella.

—No puedo—, dijo. —Al menos no todavía.

—¿Por qué?

—Se supone que estoy desaparecido.

—Entonces, te han encontrado—. Se levantó y envolvió la sábana alrededor de su cuerpo, cubriéndole el pecho.

—Uno de los otros hombres del barco llegó a la orilla.

—Supongo que eso es algo malo.

—Sí—, dijo. —No es bueno.

—¿Una cosa antes de irme?

—Cualquier cosa.

Dejó caer la sábana y lo agarró por la cintura de sus pantalones cortos. Lo arrastró hasta la cama. Se abrazaron con pasión. Una hora más tarde se quedaron dormidos con la luz del sol de la mañana filtrándose por la ventana.

Oso conducía y Clarissa se sentaba en el asiento del pasajero. Él se centró en la carretera y ella miró por la ventana. No dijeron mucho. Pensó en Jack y se preguntó cuánto faltaría para volver a verlo. Finalmente, ella habló.

—¿Qué tienes en mente, Oso?

Oso se aclaró la garganta. —Mandy.

—¿Ella está bien?

—Sí, pero—, Oso hizo una pausa, —necesito llevarla a un lugar seguro.

—¿A dónde voy?

—A un crucero, transatlántico. Llegarás a Cabo Cañaveral. Una vez Allí tienes cuatro horas para encontrar y abordar otro barco. Ese va a las Islas Vírgenes. Vas a bajar en las Islas Vírgenes y no volverás al barco—. Metió la mano en su bolsillo y sacó un trozo de papel. Se lo entregó. —Ese es el número de un viejo amigo mío. Vive en las islas. Te recibirá en el muelle.

Clarissa tomó el papel que le tendía Oso y miró el número de teléfono. Se puso a trabajar memorizando los diez dígitos.

Oso continuó: —Estaré allí unas semanas después de que tú llegues. Mandy y yo.

—Está bien—, dijo Clarissa.

No hablaron el resto del viaje. Cuando llegaron al muelle, Oso salió y le dijo que esperara. Regresó con un tiquete y una bolsa de lona. Le entregó ambos junto con un fajo de billetes.

—Son cinco mil euros y cinco mil dólares. Ve de compras, consigue algo de ropa. Llena la bolsa. Tu barco sale en ocho horas. Podrás embarcar dentro de una hora. Pasa la siguiente hora más o menos en el centro comercial de allí.

Ella miró por encima de su hombro hacia la colección de tiendas. Se inclinó y le dio al hombre corpulento un abrazo y un beso en la mejilla.

—Ten cuidado—, dijo.

—Tú también—. Oso subió al coche y se fue.

Clarissa siguió su consejo y gastó todo el dinero que pudo en ropa nueva. Dos horas más tarde abordó el crucero y se encerró en su camarote.

CAPÍTULO 46

Sergei Ivanov se recostó en su enorme sillón de cuero. Sus pesadas botas negras descansaban sobre el antiguo escritorio de madera oscura. Sostenía una carta mecanografiada en sus gruesas manos y la leyó atentamente.

Frente a él, dos hombres se removían nerviosamente en sus asientos.

—¿Cuál es el significado de este? —preguntó Sergei en ruso.

—Asesinado—, dijo uno de los hombres. —Dorofeyev fue asesinado. No fue un accidente.

Sergei dejó caer las piernas. Se inclinó. —¿Quién hizo esto?

—Creemos que es un hombre llamado Noble—. El otro hombre metió la mano en un maletín, sacó una fotografía y se la entregó a Sergei.

—Jack Noble—. Sergei se levantó y cruzó la habitación. Miró su reflejo en el espejo con borde plateado. Su cabello castaño estaba peinado con raya a un lado, y no tan abundante. Tenía sentido considerando su edad. Al menos no se había puesto gris. Se rascó el vello plateado de su rostro y se volvió hacia los hombres. —¿Qué sabemos sobre Jack Noble?

—Es estadounidense—, dijo uno de los hombres.

—¿Actuó solo?

—Creemos que estaba trabajando con los franceses.

—¿Creen o saben? — preguntó Serguéi.

—No podemos decirlo con certeza—. El hombre se volvió hacia su socio. —Tráelo.

El otro hombre se levantó y fue hacia la puerta. Llamó tres veces y abrió. —Ven conmigo.

Sergei miró fijamente al hombre corpulento con cabello castaño rojizo a un lado de la cabeza. —¿Quién eres? — dijo en ingles

—Óscar—, dijo el hombre.

—¿Tienes información para mí? — preguntó Serguéi.

Oscar asintió. —Por un precio.

Serguéi sonrió. —¿Nómbrelo y lo tendrá señor...?

—Oscar es todo lo que necesitas saber. Y el precio es quinientos mil.

—¿Euros, supongo?

—Sí—, respondió Oscar.

—Trato—. Sergei chasqueó los dedos y uno de los hombres desapareció. —Ahora, dime lo que necesito saber.

—El hombre que mató a sus hombres es un contratista independiente llamado Jack Noble. Me dio un alias, pero yo sabía quién era. Está trabajando con un operador francés llamado Pierre —. Oscar buscó en el bolsillo de su camisa y sacó un cigarrillo.

Sergei asintió al hombre. —Continúa.

—El gobierno francés, o al menos una parte de él, está al tanto de sus planes.

—¿Qué sabes de mis planes? — preguntó Serguéi.

Oscar se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos. —¿Yo? nada.

—Este Pierre, ¿qué más puedes decirme de él?

—No mucho—, respondió Oscar. —Con base en París. Dirige un equipo. Es encubierto.

—¿Puedes distinguirlo?

—Con los ojos cerrados—, dijo Oscar.

Sergei señaló a su hombre que estaba detrás de Oscar. —Encontrarás todo lo que tenemos sobre Francia. Encuéntrame a todos los operadores llamados Pierre—. Volvió su atención a Oscar. —Así que los informes dicen que este hombre, Jack Noble, también está desaparecido. ¿Qué opinas de eso?

—Es mentira. Simplemente no saben dónde está.

—¿Tú?

—Italia. Cerca de La Spezia o Génova.

—¿Cómo sabes esto?

Oscar sonrió. Extendió las manos. —No puedo renunciar a todas mis fuentes.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, estoy seguro.

Sergei asintió con la cabeza al hombre que estaba detrás de Oscar. Bajó los ojos y sonrió mientras su hombre golpeaba con una cachiporra en la nuca de Oscar.

Oscar cayó sobre el escritorio. La sangre se filtró de su cabeza a la madera antigua.

—Sáquenlo de aquí—, dijo Sergei. —Y lleva un equipo a Génova.

—Sí, señor—, dijo el hombre.

—Quiero a este Jack Noble, y lo quiero vivo. Lo romperemos y lo haremos nuestro. O morirá —. Sergei se volvió y miró por la ventana el recinto vacío detrás del edificio. —Comienza la Operación Delfín Negro.

SIN TÍTULO

EPISODIO 4

CAPÍTULO 47

—¡Lleva! —, dijo Mandy. —Ahora es tu turno.

—Siempre me toca a mi—, dijo Bernie.

Mandy se rio. —Eres muy lento.

—Juguemos al escondite ahora—, dijo Bernie.

—¿Qué piensan los niños pequeños? — Mandy puso sus manos sobre el hermano y la hermana pequeños de Bernie y le guiñó un ojo a su amigo Mac.

—Hacen todo lo que les digo—. Bernie arrugó la cara y miró a los niños pequeños. —¿Cierto?

Los tres niños más pequeños asintieron al unísono.

—El escondite suena divertido—, dijo su hermano pequeño.

—No es así—, dijo Mandy.

Los tres pequeños salieron corriendo.

—Bien—, dijo Bernie. —Yo iré primero. Uno, dos, tres…

Mandy se dio vuelta y corrió hacia la esquina de la casa. De ninguna manera Bernie la encontraría hoy. Ya había explorado la propiedad en busca del mejor escondite y hoy lo usaría. Se agachó por el costado de la casa y se asomó por la esquina. Bernie se paró contra el árbol, de cara, contando en voz alta.

—Veintiuno, veintidós, veintitrés…

Mandy tenía hasta los cincuenta para esconderse. Los niños pequeños ya estaban fuera de su vista, aunque estaba segura de que podría encontrarlos fácilmente si fuera necesario.

Mandy se deslizó por el costado de la casa y corrió hacia la protección de los árboles. Corrió a través del bosque a lo largo de la primera línea de árboles y luego retrocedió hacia el área abierta entre el bosque y el cobertizo. Una carrera rápida y estuvo detrás del gran cobertizo, fuera de la vista. Jugueteó con el bloque de madera que mantenía cerrada la puerta de acceso. Se soltó y abrió la puertecita. Mandy se deslizó debajo del cobertizo, la cabeza primero, y se estiró hacia atrás para cerrar la puerta de acceso.

Se arrastró bajo el cobertizo, su vientre raspaba el suelo mientras se deslizaba bajo las tablas del suelo hundidas. Un recorte en la parte delantera le proporcionó acceso al área debajo de las escaleras. Se deslizó por la abertura y encontró un pequeño trozo de madera contrachapada que aseguró contra la abertura. Exhaló ruidosamente y ocupó su lugar debajo de las escaleras.

Nunca me encontrarán aquí.

Ella se rio y miró por la estrecha abertura entre las escaleras.

—Cincuenta. Listo o no, ahí voy.

Oh, estoy lista.

Bernie caminó hacia Mandy, se detuvo en la esquina de la casa y miró a la vuelta de la

esquina. Bernie se agachó, ya sea tratando de permanecer fuera de la vista o preparándose para salir corriendo en cualquier momento.

Uno de los niños pequeños gritó algo a lo lejos. Mandy no pudo descifrar lo que se dijo, pero pareció llamar la atención de Bernie porque salió corriendo por el frente de la casa, gritando.

Mandy se recostó contra la pared. Sus pensamientos se dirigieron a su madre. Deseó poder verla de nuevo, aunque sólo fuera por cinco minutos, una última vez para despedirse. Nunca vio lo suficiente de su madre. Y ahora nunca más la volvería a ver. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una lágrima corrió por su rostro. Mandy resopló y sacudió la cabeza. Hoy no. Hoy no hay lágrimas. Era hora de jugar. Tiempo de divertirse. Desvió sus pensamientos hacia el buen momento que había estado pasando desde que Oso la dejó aquí hace más de una semana.

Los niños jugaban juntos en lugar de mirar televisión durante el día. Llegó a ver algunos programas, pero no más de una hora al día. Esa era la regla de la señora Cathy y todos los niños tenían que seguirla. A Mandy no le importó. Estos niños eran divertidos. No como los niños que querían sentarse frente a sus computadoras todo el día o mirar programas de televisión aburridos. Aquí jugaban, caminaban por el bosque cerca de la casa y hacían cosas creativas dentro si llovía.

La señora Cathy le enseñó cosas, cosas interesantes. No como en la escuela, donde tenía que sentarse todo el día y terminaba soñando despierta por aburrimiento.

No podía esperar a volver a ver a Oso y tal vez a la señora Clarissa y a Jack, pero no estaba segura de querer dejar a su nueva familia.

Una familia. Una real también.

Esta fue la primera vez en la vida de Mandy que se sintió parte de una verdadera familia.

—Vamos Mandy—, llamó Bernie. —¿Dónde estás?

Mandy se tapó la boca y se rio. Les haría esperar un poco. Cuando nadie mirara, ella salía. De ninguna manera renunciaría a un escondite tan bueno.

El grupo de niños se acercó. Mandy se deslizó hacia la pared y se hizo encogió. Los niños se detuvieron y se dirigieron hacia la casa. Mandy escuchó el rugido del motor de un automóvil que se acercaba por el camino de entrada. Los niños corrieron hacia el sonido del vehículo. Cuando el coche negro apareció a la vista, Mandy no lo reconoció. Los otros niños tampoco debieron haberlo hecho, porque todos se dieron vuelta y desaparecieron de la vista mientras se dirigían hacia las escaleras del porche.

El sol se estaba poniendo y el auto tenía las luces encendidas. El vehículo giró y las luces brillantes cegaron temporalmente a Mandy. Finalmente, el coche se detuvo.

Mandy se deslizó hacia las escaleras para poder ver mejor el auto y a quienquiera que estuviera dentro.

La puerta se abrió. Un hombre con traje oscuro salió. Miró a los niños y luego por encima de sus hombros. Se reclinó en el coche por un segundo y luego salió de nuevo.

Mandy jadeó.

El hombre levantó un arma larga y disparó.

Tat-tat-tat-tat-tat.

Mandy gritó, abrió mucho los ojos y se quedó con la boca abierta. Se llevó la mano a la cara y se apoyó contra la pared. Todavía podía ver el coche y al hombre. Otros dos hombres más salieron. Caminaron hacia el porche. Uno de ellos, un tipo grande y gordo, miró en su dirección, pero no pareció notarla.

La señora Cathy salió corriendo y comenzó a gritarles a los hombres.

—¿Qué han hecho? — La señora Cathy movió sus manos en el aire. Saltó del porche y corrió hacia los hombres. Uno de ellos, un hombre alto y delgado, levantó el brazo y le disparó.

Mandy jadeó. Ella reprimió otro grito.

La señora Cathy cayó al suelo y gritó de dolor.

El hombre que conducía el coche ladró órdenes a los otros dos. Levantaron el cuerpo de la señora Cathy y la llevaron adentro. El tercer hombre, el que disparó a los niños, se subió al coche y lo condujo hacia Mandy. Giró a la derecha en la esquina de la casa y aparcó detrás de ella. Mandy cavó en el suelo y se tumbó lo más plana que pudo. El hombre dio la vuelta a la casa. Pasó por el cobertizo, cerca de ella. Ella contuvo la respiración. No parecía que él la hubiera visto.

Ahora todo era silencio. Mandy pasó el tiempo contando los latidos de su corazón. El cielo se oscureció. Encontró el valor para sentarse, cambiar de posición y mirar a través de las rendijas entre las escaleras. Ahora podía ver el porche. Un hombre estaba sentado en la mecedora del señor Scott. Tenía una pistola larga sobre las rodillas.

Mandy escuchó el rugido de la camioneta del señor Scott acercándose. Escuchó los neumáticos levantando grava mientras el camión avanzaba por el camino hacia la casa. El camión apareció y las luces se apagaron cuando se acercaba a la casa. Quería salir corriendo y avisar al señor Scott, pero estaba congelada en el lugar.

El señor Scott saltó. —¿Quién diablos eres tú?

—¿Dónde está la chica? — preguntó el hombre en el porche.

—¿Quién diablos eres tú? — dijo el señor Scott de nuevo.

El hombre hizo un gesto con la mano. —Quizás no me escuchaste la primera vez. Cuanto más alto hablaba, más se parecía a los hombres de Nueva York. —¿Dónde está la niña?

—No sé de qué estás hablando—, dijo el señor Scott. —¿Qué estás haciendo en mi propiedad?

La puerta mosquitera se abrió y el hombre flaco salió. Tenía los brazos de la señora Cathy en sus manos. El gordo tenía sus pies. Ella no parecía moverse.

—¿Qué diablos está pasando aquí? — El rostro del señor Scott se torció y su mandíbula se aflojó. —¿Cathy?

Dejaron su cuerpo en el porche.

—¿Quieres ser tú? — preguntó el hombre en la silla.

El señor Scott saltó a su camioneta y salió con su propia arma larga.

El hombre sentado en la silla se levantó y disparó.

Tat-tat-tat.

El señor Scott cayó al suelo, agarrándose la pierna. La escopeta yacía a unos metros de distancia.

Mandy miró, tapándose la boca con la mano, temiendo volver a gritar.

Los tres hombres salieron del porche y se acercaron al señor Scott. Se pararon junto a él. El hombre del arma larga apuntó al señor Scott. Habló, pero estaba demasiado bajo para que Mandy escuchara lo que decía.

Escuchó al señor Scott gritar algunas malas palabras. Luego escuchó un disparo más. Cerró los ojos y se hizo lo más pequeña posible contra la pared. El sonido de pasos en el camino de grava que conducía al cobertizo se hizo más fuerte. Se acercaron lenta y deliberadamente, uno a la vez. Abrió los ojos para echar un vistazo. Dos piernas con pantalones oscuros bloqueaban la luz del porche. Una luz más pequeña escaneó el suelo. Pasó por las aberturas de la escalera. Mandy enterró la cabeza bajo los brazos.

Las escaleras de madera crujieron mientras las subía. Rezó para que no fuera el hombre gordo. De hecho, podría aplastarla. Oyó que la manija de la puerta se movía y luego hacía clic.

El sonido de los pasos del hombre resonó debajo del cobertizo mientras caminaba por la habitación vacía. Momentos después, la puerta se abrió y lo escuchó directamente encima de ella. Las rendijas entre las escaleras se iluminaron. Primero el paso superior, luego los inferiores con cada paso que daba. Se detuvo en el último escalón.

Mandy contuvo la respiración y contó los segundos.

—Está vacío, Russ.

Russ.

—Vamos a salir de aquí. Llamaremos al anciano en el camino y se lo haremos saber.

—¿Qué le vamos a decir?

—La chica está muerta.

Mandy escuchó el auto arrancar y luego el sonido de las ruedas deslizándose sobre la grava. Avanzó para tener una mejor vista. El auto giró. Observó las luces parpadear entre los árboles mientras los hombres conducían hacia la carretera.

Mandy se puso en posición fetal y lloró hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO 48

Sergei Ivanov estaba sentado detrás de su escritorio y miraba fijamente a los dos hombres sentados frente a él. Sus codos descansaban sobre los brazos de su silla. Sus manos juntas frente a su pecho. Miró a Julij e ignoró al hombre más joven a la derecha de Julij, que estaba varios rangos por debajo de ambos.

—¿Qué tienes para mí? — preguntó Serguéi.

Julij estiró el brazo sobre el amplio escritorio con una carpeta en la mano. El contenido de la carpeta se derramó sobre el escritorio. —Lo siento—. Buscó a tientas las fotografías y los documentos.

—Déjalos—, dijo Sergei. —Sólo dime.

—Jack Noble—, dijo Julij, —se alistó en la Infantería de Marina a la edad de dieciocho años. Un atleta. Se suponía que iba a jugar fútbol americano en la universidad —.

Sergei recogió el montón de papeles que había sobre su escritorio y los organizó en una pila. Los examinó uno por uno mientras Julij hablaba.

—Decidió no ir—, continuó Julij. —Se alistó como inteligencia militar pero nunca llegó tan lejos. Fui a la escuela de francotiradores inmediatamente después del entrenamiento básico.

Serguéi levantó la vista. —¿Francotirador explorador?

—Sí.

—Los francotiradores no son asesinos a corta distancia. ¿Cómo es que eso lo coloca en un barco donde puede matar a tres de nuestros hombres junto con dos guardaespaldas?

—Señor, creemos…— dijo el joven.

—No estoy hablando con usted—. Sergei levantó la mano hacia el joven y mantuvo sus ojos enfocados en Julij. —¿Qué está haciendo él aquí, de todos modos?

—Señor, él recopiló los datos que tengo aquí.

Serguéi asintió. —Continúa, Julij.

—Creemos que Noble estuvo ocho años en la Infantería de Marina. Luego lo perdemos por un par de años.

—¿Perderlo?

—Sí, señor. Simplemente desaparece.

—¿FBI?

—Tendríamos una lista sobre él.

—¿La CIA entonces?

—Posible. Quizás la NSA. No estamos seguros. Pero nuestros hombres están trabajando en ello.

Serguéi frunció el ceño. —Podemos asumir que tiene entrenamiento avanzado.

Julij asintió. —Dos años después vuelve a aparecer. Se puso a trabajar por su cuenta.

—¿Qué tipo de negocio?

—Contratista independiente. Asesino a sueldo. Trabajo de reconocimiento.

—¿En Estados Unidos?

El joven levantó la mano para hablar. Sergei sacudió la cabeza y volvió a mirar a Julij.

—Parece que es global—, dijo Julij. —Se necesita trabajo gubernamental. Trabaja mucho para Feng Chou en Nueva York. Otros también. Parece que hizo bastantes trabajos para una dama a la que sólo conocemos con el nombre en clave Sauce Azul, ex miembro de la Inteligencia Militar Británica.

—¿Algo reciente?

Julij asintió. —Creemos que es responsable del robo de documentos de un grupo de radicales.

—¿Nos importa?

—Usted conoce los documentos de los que hablo, señor. Y sí, nos importa. Nos importa si los planes están en manos de alguien que no sea de los radicales. La información podría dañar nuestra causa.

—Asegúrate de presionarlo sobre eso—. Sergei miró fijamente una foto de Jack. —¿Qué estaba haciendo en Francia el señor Noble?

—Hubo un golpe contra un productor de cine, Foster o algo así. Estaba involucrado en algunas actividades criminales. Creemos que una agencia estadounidense estuvo detrás del golpe. Contrataron al señor Noble para que se encargara del asunto.

—¿Piensan? ¿O lo saben?

Los labios de Julij se estrecharon. —Pensamos, en este momento. Podemos consultar al respecto. También creemos que el espía francés estaba involucrado.

—¿Tenemos alguna pista sobre él? — preguntó Serguéi.

—Sí—, respondió Julij. —Estamos trabajando en eso ahora.

—Excelente—. Sergei se levantó y se acercó a la ventana. —Hubo un tiempo en el que un acto como éste nos habría dado todo el derecho a ir a la guerra. ¿Pero ahora, con estos maricas dirigiendo nuestro gobierno?

—Lo sé, señor.

Sergei volvió a su escritorio, abrió un cajón y sacó dos puros. Le entregó uno a Julij. —Entonces, ¿dónde está Jack Noble ahora?

Julij encendió su cigarro, dio varias chupadas y se reclinó en su silla. —Nuestro equipo no encontró nada en Génova. Pero hemos podido persuadir a Oscar para que proporcione un poco más de información. Ha podido ubicarlo en un pequeño pueblo llamado Levanto. Dudamos que esté allí ahora, pero tal vez hizo un amigo mientras estuvo en la ciudad.

—¿Cuándo estarán allí nuestros hombres? — preguntó Serguéi.

—Dentro de una o dos horas.

—Excelente—. Sergei se levantó y saludó a Julij. —Puede retirarse.

Julij se levantó, saludó y se dirigió hacia la puerta.

—Una cosa más—, dijo Sergei.

Julij se detuvo y se volvió hacia su compañero. —Déjanos.

Una vez que el otro hombre se fue, Sergie continuó. —¿Cómo son nuestras relaciones con el gánster que mencionaste?

—¿Feng Chou? Neutral, diría yo.

—Tal vez deberíamos acercarnos a él. Quizás se le pueda persuadir para que ayude.

—Sí, señor—, dijo Julij mientras salía de la habitación.

Sergei hojeó los documentos que había sobre su escritorio. Quedó impresionado por el trabajo de Jack. Volvió a tomar la fotografía.

—Señor. Noble—, dijo a la imagen. —¿Vendrás a trabajar para mí y ayudar a restaurar a Rusia al lugar que le corresponde en el mundo? ¿Tendré que romperte primero? O tal vez debería simplemente matarte…

CAPÍTULO 49

Jack pasó los canales de televisión. Veintidós estaciones, nada bueno. Algunas cosas eran iguales sin importar dónde te escondieras. El hotel lo aburría. Todos los hoteles le aburrían. No recordaba la última vez que pasó tanto tiempo en un hotel sin hacer casi nada. Iba al gimnasio por la mañana y tarde por la noche. Nadaba un par de vueltas. Aparte de eso, se encontraba confinado en la habitación y en el pequeño balcón.

Encontró un anuncio en el que dos mujeres italianas escasamente vestidas se lanzaban una naranja de un lado a otro. Se detuvo y miró. Decidió que sería una buena oportunidad para repasar su italiano.

Su celular vibró contra la mesa de noche de madera. Respondió sin comprobar el identificador de llamadas. No importaba. Sólo un puñado de personas tenían el número y hablaría con cualquiera de ellos ahora mismo.

—Soy Jack.

—Es Pierre".

—¿Cómo está mi francés favorito?

—Tienes que moverte, Jack.

—¿Estoy bloqueando la vista?

Pierre hizo una pausa. —Aprecio tu sentido del humor, Jack, pero esto es serio. Estás en problemas.

—Pensé que habías dicho que esto era serio.

—Jack, escúchame. Los rusos te persiguen.

Jack se sentó. —Explícate.

—No tengo mucho tiempo.

—Entonces ponte manos a la obra.

—Mi fuente me dice que detuvieron a nuestro amigo Oscar.

—Él es tu amigo.

—Lo que sea. Lo aprehendieron y él les dio tu ubicación.

—¿Quién es esta fuente?

—Alguien que conozco dentro del gobierno ruso. Un chico joven. Nuestros caminos se cruzaron una vez hace cinco años.

—¿Dónde les dijo Oscar que estoy?

—No lo sé específicamente, pero sé que tienen varios equipos en Génova en este momento —. Pierre hizo una pausa. —Saben que estuviste en Levanto. Jack, ¿hiciste algún amigo allí?

Jack se levantó y caminó hacia el balcón. Salió.

—¿Jack?

—Estoy aquí. ¿Tienes amigos cerca?

—Nadie en quien pueda confiar.

—¿Hay alguien en quien puedas confiar ahora, Pierre?

Pierre se rio entre dientes. —Me temo que no.

—¿Estás diciendo que estoy solo en esto?

—Por ahora sí. Llega a Nápoles. Creo que puedo ayudarte allí.

—¿Crees? No voy a conducir seiscientas millas porque "crees". Dios, sabes que no puedo volar ni tomar el tren con mi foto por todos lados por el incidente del barco.

—Es lo mejor que te puedo ofrecer ahora, Jack.

Jack suspiró. —Maldito seas, Pierre.

—Maldito seas tú también, Jack.

Jack colgó, caminó hacia el baño y cerró la puerta detrás de él. Se quedó mirando su reflejo en el espejo. Se pasó las manos por el pelo y se rascó la barba incipiente. Trazó las finas líneas que se extendían desde las comisuras de sus ojos. ¿Cuándo había empezado a envejecer? Sentirse joven era lo importante. Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo. Metió la mano debajo del fregadero y sacó el kit de aseo gratuito. Lo abrió y lo dejó abierto sobre el mostrador. Abrió el grifo de la ducha, respiró hondo y metió la cabeza bajo el chorro de agua para mojarse el pelo.

Colocó una toalla sobre el fregadero y sacó las tijeras de la bolsa de aseo. Se puso a trabajar en su cabello, cortándolo corto y desigual, dejando que los recortes cayeran sobre la toalla. Envolvió la toalla y la tiró a la basura. Metió la mano en la bolsa y sacó una navaja y crema de afeitar. Volvió a mojarse la cabeza. Se puso crema de afeitar en la cara y la cabeza, pasó la navaja bajo el agua y procedió a afeitarse todo menos las cejas.

Se lavó la crema de afeitar restante de la cara y se secó. Se rio de su reflejo en el espejo, recordando por qué no mantuvo su cabello cortado después de dejar la Infantería de Marina. La cabeza calva no le sentaba bien.

Jack salió del ascensor y entró en el vestíbulo. Caminó hasta la recepción y le sonrió a la mujer con la etiqueta con su nombre que decía Jemma.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? — preguntó ella.

Jack frunció el ceño. —¿No me reconoces?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Su delgado labio superior desapareció mientras apretaba los labios con fuerza. —Señor Smith? ¿Eres tú?

Jack se rio. —Lo sé, se ve horrible.

—No—, dijo ella. —Creo que es una mejora.

Jack se encogió de hombros y sacudió la cabeza. —Supongo que todo el mundo tiene una opinión.

Ella sonrió. —Bueno, la mía es la que cuenta.

—Mira—, dijo Jack. —Necesito un auto. El problema es que sin identificación no puedo alquilar uno. ¿Alguna forma en que puedas ayudarme?

—¿Por cuánto tiempo necesitas que te lo presten?

—Un par de días. Cuatro como máximo.

—¿Adónde vas?

—Roma.

Ella silbó. —Es un viaje largo.

Jack colocó quinientos euros sobre el escritorio.

—Y mientras me lo devuelvas en cuatro días, no debería ser un problema—. Cogió el dinero y le entregó las llaves a Jack. —Coche azul, en la parte de atrás. No lo puedes perder.

Jack levantó una ceja, pero no la cuestionó. —Gracias. ¿Guardas mi habitación una semana

más?

—Sí, señor Smith. Así será.

Jack salió por la puerta trasera del hotel. No tardó mucho en encontrar el coche. Pequeño. Azul. *Jemma* escrito en el costado con letras doradas brillantes.

—Por el amor de Cristo.

Jack abrió la puerta del auto, suspiró y metió su cuerpo en el reducido espacio. Arrancó el coche y comprobó el combustible. El indicador marcaba lleno. Estaba seguro de que podría llegar lejos con un solo tanque de gasolina en el pequeño auto. Salió del aparcamiento y siguió las indicaciones hacia la autopista.

Sólo había pasado un día desde que Oso y Clarissa se fueron. No había hablado con ninguno de ellos desde entonces. Clarissa se estaba acercando. Demasiado cerca. Estar cerca de una mujer no era algo a lo que Jack estuviera acostumbrado. En su mundo, las relaciones románticas causaban problemas. Terminó las relaciones en el momento en que sintió que iban a alguna parte.

Las últimas dos semanas se salieron de control debido al compromiso que había hecho años atrás de proteger a Clarissa. Jack se rio. Sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Fue más allá del compromiso con su padre. Sus sentimientos por Clarissa se habían convertido en algo más que los de un protector. Quizás se retiraría del negocio. El dinero no sería un problema. Tenía suficiente dinero almacenado para toda la vida. Pensó en dónde podrían ir. Las islas eran bonitas. Siempre disfrutó su tiempo en los Cayos y el Caribe. Demonios, podrían ir a Sudamérica o, mejor aún, a Australia. Nunca había puesto un pie en el continente australiano. Si había un lugar donde Jack Noble podía esconderse, ese era Australia.

¿Clarissa lo aceptaría? Jack no tenía idea, pero decidió preguntarle la próxima vez que hablara con ella.

Jack entró en la autopista. El parloteo en su mente se calmó mientras se concentraba en el tráfico que lo rodeaba. Un movimiento en falso en una lata como el auto de Jemma y estaría muerto. La idea tenía un poco de atractivo. Al menos así no tendría que preocuparse por Charles, el viejo o los rusos.

CAPÍTULO 50

—¿Qué opinas? — Charles se reclinó en su silla, estratégicamente colocada en un rincón de la habitación. Podía ver la puerta principal, la puerta trasera y la calle a través de la ventana delantera. Tenía hombres posicionados afuera y mantuvo a Alonso y dos más con él en todo momento.

—¿Acerca de? — Alonso ladeó la cabeza.

—¿Debería ir a la guerra con él?

—¿Jack? ¿O el viejo?

Charles se encogió de hombros. —Nos preocuparemos por Jack más tarde.

—¿Hay alguna manera de solucionarlo con él?

Charles miró fijamente a su socio de cabello oscuro. —Simplemente intentó que me mataran. ¿Dime tú?

—Yo diría que, si puedes resolverlo, entonces resuélvelo.

—¿Por qué dices eso?

—Puedes lograr más si haces las paces. ¿Quieres enfrentarte a nuestro jefe, conquistar el mundo? ¿Quién te respaldará cuando todo esté hecho? Dices que tienes la mitad de la organización en tu bolsillo. ¿Qué pasa con la otra mitad? El cincuenta por ciento de *esos* hombres seguramente se irán. De los restantes, ¿en quién puedes confiar realmente? ¿Cómo sabes que alguien más podría no intentar darte de baja? Demonios, yo podría hacer eso, Charles.

Charles se recostó en su asiento. Sus grandes pulgares masajearon sus sienes. Desvió sus ojos hacia Alonso. —Puede que tengas razón.

—Tengo la razón. Tú lo sabes—. Cogió el teléfono de Charles y lo colocó frente a él. —Llámalo.

—Salgan de la habitación—. Charles cogió el teléfono y asintió hacia la puerta. —Ah, y será mejor que estés bromeando acerca de darme de baja.

Alonso sonrió, se levantó de la mesa y cerró la puerta tras él.

Charles pensó por un momento. ¿Qué quería lograr con esta llamada? No planeaba hacérsela fácil al viejo. Al diablo con eso. Tenía que ser fuerte. Si iban a coexistir, tenía que ser en calidad de iguales. Ya estaba harto de ocuparse de los desechos y del trabajo sucio de Feng. Había demostrado ser un soldado leal y un gran líder. Si el viejo supiera cuántos de sus propios hombres estaban dispuestos a desertar, el bastardo probablemente desaparecería. O lanzaría una matanza. Charles pensó que sería lo último.

Se sirvió una bebida y la bebió de un solo trago. Presionó los diminutos botones del teléfono con sus grandes manos. El teléfono sonó.

—Señor Charles, ¿cómo estás? respondió el anciano.

—Vayamos directo al grano, jefe—. Pensó que era mejor usar su saludo habitual en lugar del

nombre del anciano. —¿Por qué lo hiciste?

—Me dio todas las razones para hacerlo.

—Tal vez sea así. Pero enviar a Jack. ¿Qué demonios fue eso?

—Tenía la sensación de que el señor Jack no completaría el trabajo.

—¿Un sentimiento? ¿Arriesgaste mi vida por un sentimiento?

—No, señor Charles. Cuando contraté al señor Jack, lo quería a usted muerto. Sabe que no debe meterse conmigo, pero lo hizo.

Charles no dijo nada.

—Después de pensarlo bien, esperaba que usted contraatacara. Pensé que, si uno de ustedes quedaba fuera de escena, las cosas podrían ir mejor para mí. Pero, he cambiado de opinión. Creo que podemos mantener nuestra relación. ¿No es así?

Carles se rio. —Hijo de tu Puta Madre.

—¿Qué le parece Europa?

—La comida es buena—, respondió Charles.

—¿Le gustaría quedarse allí, señor Charles?

—No te entiendo.

—Me ha llamado la atención que hay un vacío que llenar con el reciente fallecimiento de un tal señor Foster.

—Continúa—, dijo Charles.

—Estaba moviendo bastante producto por París. Ahora su organización se ha dividido en cinco fracciones, todas las cuales compiten con otras organizaciones parisinas.

Charles se dirigió al frente de la habitación y contempló la calle tranquila.

—Creo que tiene seguidores leales dentro de nuestra organización, señor Charles.

¿*Nuestra*?

—Y creo que reubicar parte de esos seguidores en Europa podría generar bastantes expansiones para nosotros.

—¿Qué es esa charla sobre 'nuestra' y 'nosotros'?

—Cuando viniste a mí por primera vez, eras un incompetente. No hay discusión ahí, ¿verdad, señor Charles?

Charles no dijo nada.

—Diablos, tuve que darte direcciones cuando empezaste a conducir para mí. Pero vi algo en ti. Y con el tiempo te convertiste en el tipo de líder que pensé que serías. Pero nunca anticipé lo poderoso que llegarías a ser.

Charles siguió sin decir nada.

—Entiendo la dinámica aquí. Muchos de mis hombres le son leales, señor Charles.

—No toques a esos hombres—, dijo Charles.

El viejo se rio. —¿Por qué habría de? Bueno, al principio iba a hacerlo. Pero luego me di cuenta de algo. ¿Sabe de qué?

—¿Estabas perdiendo el control? — dijo Charles.

—Todo lo contrario—, dijo el anciano. —Verá, estamos en una posición única aquí. Podemos expandirnos. Lo tengo a usted, y eso significa que no tengo que preocuparme por cómo se manejarán las cosas si no estoy cerca.

—¿Qué te tomó tanto tiempo?

—Sin embargo, dejemos una cosa clara—, dijo el anciano. —No piense ni por un minuto que todavía estaría vivo si lo quisiera muerto. Jack no fue el único que pudo haberlo matado esa noche.

¿A quién más envió? Charles se sentó y se frotó la frente. —Así que exprésame esto en términos simples. ¿Qué estás diciendo?

—Quiero que se mude a París de inmediato. Le he comprado un lugar allí. Usted dirigirá nuestras operaciones europeas hasta que yo esté listo para jubilarme, momento en el cual regresará a Nueva York y se hará cargo de la organización.

Charles se recostó y no dijo nada.

—Señor Charles—, dijo el anciano. —¿Acepta esta oferta?

—¿Qué pasa con Jack?

—¿Por qué es tan difícil?

—Él me dejó vivir. Él me tenía, Feng. Podría haberme matado y no lo hizo.

—¿Entonces lo quieres muerto ahora?

—Quiero su respeto—, dijo Charles. —O lo quiero muerto.

—Olvidémonos del señor Jack. Según tengo entendido, está en muchos problemas y es posible que no tengamos que volver a preocuparnos por él.

Charles sonrió.

—En cuanto a que él no lo mató y usted lo quiere muerto—, dijo el anciano. —Hubo que quitar una vida, señor Charles. Y se ha quitado una vida.

—¿Quien?

—No es para preocuparse. Vaya a París.

—Está bien jefe.

—Por favor, llámeme Feng de ahora en adelante.

Charles sonrió.

El anciano colgó el teléfono y se recostó en su silla. —Es tan difícil que no lo entiendo. ¿Cuándo se volvió así?

—No tengo idea, jefe—, dijo Miguel.

El anciano miró a su nuevo segundo al mando. Con apenas treinta años, Miguel no tenía ni una mota plateada en su cabello oscuro, ni una línea en su rostro. Sus ojos oscuros no revelaban nada, y su buena apariencia encantaba a las damas que voluntariamente pasaban por el recinto. El anciano se había fijado en Miguel unos años antes y había observado su progreso desde entonces. Trabajó bien con todos los demás capitanes de la organización y parecía la persona ideal para respaldar las operaciones aquí. Tal vez incluso sería candidato para las operaciones en la costa oeste si decidieran expandirse a un nuevo territorio.

—¿Tiene los documentos preparados?

—Sí—, dijo Miguel. —Bastante difícil. Tuvimos que descifrar el código.

—¿Cómo lograste eso?

—Hayward—, dijo Miguel. —Resulta que tiene experiencia en manipulación de códigos.

El anciano se encogió de hombros. —Lo que sea.

—Bueno, de todos modos, aquí está.

—¿Qué dice? — preguntó el anciano. —¿Ha mirado?

—¿Por qué no echas un vistazo tú mismo?

Feng abrió la carpeta y examinó los documentos. Levantó las cejas y sonrió.

Levantó la vista de los papeles. —Este nombre aquí—, señaló los documentos, —¿por qué me suena tan familiar?

Miguel se enderezó y se inclinó hacia adelante. —¿Korzhakov?

—Sí, Korzhakov. Reconozco ese nombre.

—Nuestro amigo, Jack Noble.

—Oh, sí, la cosa en el barco—. Feng se enderezó y volvió a leer los documentos. —Dime, Miguel, ¿por qué un funcionario ruso de alto rango se comunicaría con un grupo radical que intenta derrocar al gobierno de Estados Unidos?

Miguel levantó una ceja y leyó los documentos. —¿Cómo conseguimos esto?

—El mismo amigo que mencionaste hace un momento. Nos los aseguró mientras estaban en el transporte.

—¿Bajo tus órdenes?

—Sí, eso es correcto, señor Miguel.

—¿Cómo supiste de ellos?

Feng se levantó y caminó alrededor de la mesa, detrás de Miguel. Puso sus manos sobre los hombros de Miguel. —¿Por qué tantas preguntas, mi joven compañero?

Miguel se encogió de hombros. —Sólo curiosidad.

—Lo primero que debe tener en cuenta es que no tiene acceso a toda mi información.

Miguel asintió y no dijo nada.

—Tengo muchas manos en muchas ollas y tengo muchas fuentes. Eso es todo lo que necesita saber. Ahora volvamos a mi pregunta. ¿Por qué?

—Supongo que porque están planeando algo juntos.

—Muy bien, señor Miguel—, dijo el anciano. —Están planeando algo juntos. O lo estábamos planeando, debería decir. ¿Qué piensas de esto?

—Arriesgado—, dijo Miguel. —Muy arriesgado.

El anciano se sentó y sonrió a su socio. —Se ve preocupado.

—No me gustan tanto los derrocamientos de gobiernos—, dijo Miguel.

Feng se rio. —¿Derrocamientos? Señor Miguel, a mí tampoco. Y, francamente, creo que es un plan de tontos. Estos fanáticos tienen muchos seguidores y podrían causar algún daño a nivel local. Pero no son competencia para el ejército estadounidense.

Miguel se encogió de hombros. —Entonces, ¿por qué te preocupas por estos documentos?

—Dinero—, dijo Feng. —Los venderé al mejor postor.

CAPÍTULO 51

El vuelo más cercano que pudo conseguir Oso lo llevó a Salt Lake City. Alquiló un coche y condujo hacia el norte, hacia Billings. Había estado conduciendo nueve horas seguidas. Condujo el pequeño coche a 194 kilómetros por hora. Las señales de la autopista 12 pasaron volando borrosas. Redujo la velocidad a medida que se acercaba a la curva hacia la casa de Scott. El pequeño coche rebotó por el camino de entrada cuando la grava golpeó el tren de aterrizaje. Entró en el claro, apagó el coche y salió.

Se paró al pie de las escaleras del porche y escuchó. Completo silencio. Agarró con fuerza su pistola. Inspeccionó las escaleras y el porche. Y allí lo vio.

Sangre.

Se agachó para ver si el charco de sangre estaba fresco. Apenas se manchó. Se levantó, sacó su arma y se dirigió a la puerta. Miró por las ventanas y vio una casa vacía. La puerta estaba entreabierta unos cinco centímetros. Él empujó. La puerta se abrió más. Oso se deslizó por la abertura y entró en la casa.

—¡Oh, Jesucristo! —, dijo.

Scott yacía en el suelo, con los ojos bien abiertos.

Cathy yacía en el sofá, con la camisa empapada de sangre y el pecho agitado ligeramente. Se acercó a ella y le tomó el pulso, era débil pero constante.

Miró alrededor de la habitación y vio a cuatro niños en el suelo, detrás de la mesa del comedor. Oso corrió hacia ellos. Tenían las manos y los pies atados y la boca amordazada. Tres dormían, pero Bernie estaba despierto. Sus ojos muy abiertos se llenaron de lágrimas cuando vio a Oso. Él asintió con la cabeza, se llevó un dedo a la boca y se dio la vuelta. Llegaría a ellos después de encontrar a Mandy.

Atravesó la casa y se detuvo al pie de las escaleras. Escuchó llantos desde arriba. Oso subió corriendo los escalones, de tres en cuatro a la vez. Derribó la puerta de dónde venía el llanto.

—¡Detente! — La niña sostenía una escopeta en sus diminutas manos. —Voy a disparar.

—Mandy—, dijo Oso. —Soy yo, Oso.

Mandy levantó la vista, dejó la escopeta y se secó las lágrimas de los ojos. —Oh, Oso—. Saltó a los brazos extendidos de Oso, sollozó y tembló incontrolablemente. Le acarició el pelo. Ella se calmó después de unos minutos. —Los hombres se detuvieron en un auto y comenzaron a disparar.

—Shhh—, Oso trató de calmarla.

—Y mataron a Bernie y a los otros niños, y luego a la señora Cathy, y luego al señor Scott. Los mataron a todos—. Ella empezó a sollozar.

—Los niños están bien, Mandy—, dijo Oso. —Cathy está herida, pero está viva.

—¿El Señor Scott?

Oso negó con la cabeza.

Mandy apretó la boca y los ojos y lloró un poco más. Finalmente, se recompuso y dijo: —Uno de los hombres se llamaba Russ.

—¿Russ?

—Sí, escuché que lo llamaban Russ.

—¿Lo viste?

Ella sacudió su cabeza. —No muy bien.

Oso respiró hondo. Conocía a un Russ que trabajaba para el viejo. De hecho, lo conocía bien. Oso tendría que visitar a Russ en un futuro próximo.

—Quiero salir de aquí, Oso.

—Está bien, Mandy. Vamos—. Llevó a la niña escaleras abajo y le sostuvo la cabeza contra él para que no viera el cuerpo de Scott.

Ella lloró cuando pasaron junto a él.

La dejó junto a la puerta principal y le indicó que no se diera la vuelta. Oso regresó junto a Bernie, la desató y le dijo que llamara a la policía de inmediato.

—Por favor, quédate, tío Riley.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Los policías me arrestarán.

Bernie no dijo nada. Agarró con fuerza el teléfono entre sus manos.

—Y no les digas que estuve aquí.

Bernie asintió, se secó la cara con la manga, presionó el *nueve-uno-uno* y se llevó el teléfono a la cabeza.

Oso se levantó, fue al frente, agarró a Mandy y la llevó afuera. La sentó en el asiento delantero del coche y le abrochó el cinturón de seguridad. Entró por el otro lado.

Ella se giró para mirarle. Huellas de lágrimas mancharon sus pálidas mejillas. —La Señora Cathy dice que se supone que debo sentarme en el asiento trasero.

—¿Quieres sentarte atrás?

—No—, dijo ella. —¿A dónde vamos?

—Florida—, dijo Oso.

—¿Qué hay en Florida?

—Vamos a recoger a un amigo.

—¿En Florida?

—Bueno, una isla cercana—, dijo Oso.

Mandy negó con la cabeza. —¿Que tan lejos está?

—Bastante lejos. Va a ser un viaje largo.

—¿No podemos simplemente volar?

Oso pensó en esto de camino a Montana. Demasiado arriesgado volar ahora. El anciano tenía muchas personas en su nómina y lo más probable era que tuviera alguien que pudiera notificarle en el momento en que Oso y Mandy aparecieran en la pantalla de una computadora. Demonios, probablemente ya tenía un equipo de camino a Salt Lake City.

—No es una buena idea, cariño. Tendremos que conducir.

Ella suspiró. —Voy a necesitar algunos libros, marcadores y un reproductor de mp3.

Oso se rio. —¿Un reproductor de mp3? ¿No te gusta hablar conmigo?

—No, no me gusta esa música rockera que pones.

—Ni siquiera pienses que voy a poner música adolescente bop.

—¿Qué es el adolescente bop? — preguntó Mandy.

Oso se rio. —Pararemos en Billings.

Salió a la carretera y pisó el acelerador a fondo. Una ambulancia pasó volando en dirección opuesta, seguida por tres vehículos del sheriff. Los observó por el espejo retrovisor hasta que desaparecieron de su vista.

Oso detuvo el auto en un lugar vacío del estacionamiento, salió y llevó a Mandy al hipermercado. —Primero te conseguiremos algo de ropa.

—De acuerdo—. Ella tomó su mano y lo llevó hacia la sección de chicas.

—¿Sabes tu talla?

—Mmhmm, sí, la sé—, dijo.

—Adelante, toma lo que quieras. Llena este carro.

Los ojos de Mandy se abrieron y sonrió por primera vez desde que él la sacó de la casa. Se puso a trabajar eligiendo ropa.

Oso miró con una sonrisa en su rostro.

—Bien, hecho.

—¿Eso es todo lo que encontraste? — Preguntó Oso.

Mandy asintió.

—Está bien, ¿qué más querías?

Mandy lo llevó al departamento de electrónica. Se detuvo ante los reproductores de mp3.

Oso negó con la cabeza.

—¡Por favor! — dijo Mandy.

—Bien, ¿cuál quieres?

—Este—, dijo.

—Ponlo en el carrito.

Ella lo hizo.

—¿Qué otra cosa?

Mandy lo condujo por el pasillo principal hasta que llegaron a la sección de libros. Cogió un par de libros para leer y un par de libros de actividades. Arrojó una caja de marcadores al carrito.

—Está bien, salgamos de aquí—, dijo Oso.

Se dirigió hacia el frente de la tienda. Mandy lo siguió. Encontraron una línea vacía y pusieron todo en el cinturón. Oso miró alrededor de la tienda. Sus ojos se posaron en un hombre alto con cabello negro y plateado. Parecía familiar.

—¿Qué ocurre? — preguntó Mandy.

Oso no se dio cuenta de que estaba encorvado sobre el carro y entrecerrando los ojos. — Nada. Quédate detrás de mí.

Mandy agarró a Oso y se paró detrás de él.

—¿Señor? — dijo el cajero. —¿Señor? ¿Cómo va a pagar?

Oso miró por encima del hombro y le entregó al cajero una tarjeta de crédito.

—Tenemos una máquina para eso—, dijo el cajero.

—Simplemente hágalo—, dijo Oso.

—Bien.

Oso finalmente reconoció al hombre como James Reston. La última vez que vio a James, el hombre se había asociado con Russ. Oso se volvió para mirar la caja registradora.

—Firme en la máquina—, dijo el cajero.

Oso firmó, agarró las bolsas y recogió a Mandy. Dejó el carrito en la caja registradora, se dirigió hacia la puerta y miró por última vez por encima del hombro. James se había ido y no vio

a Russ.

—¿Qué está pasando, Oso?

—Nada—, dijo Oso. —Tenemos que salir de aquí.

Oso salió corriendo hacia el coche. Puso a Mandy en el auto y le dijo que se abrochara el cinturón. Arrojó las bolsas al asiento trasero.

—Oye—, dijo. —¿Qué pasa con mis cosas?

—Entra—, dijo Oso mientras subía al auto. —Tenemos que irnos.

¿Qué diablos estaban haciendo tan cerca? ¿Pensaron que podría venir por aquí?

Oso racionalizó la situación. No lo estaban siguiendo. De ninguna manera estarían parados en medio de la tienda así si lo estuvieran. Lo más probable es que estuvieran esperando más instrucciones del anciano o de Charles. Habían acampado en Billings, lo más parecido a una gran ciudad en cientos de kilómetros. Verlos fue solo una coincidencia y un recordatorio de que Oso necesitaba poner la mayor distancia posible entre ellos y Montana esta noche. Habría un momento y un lugar para tratar con los hombres, pero no en ese momento ni allí.

Arrancó el auto, salió del estacionamiento y se incorporó a la autopista unos kilómetros más adelante.

CAPÍTULO 52

Clarissa atravesó la puerta y subió a la cubierta del crucero. Se apoyó en la barandilla, contempló el océano Atlántico y vio salir el sol. Ante ella se extendían kilómetros de desierto acuoso de color azul y naranja.

Pensó en el día que le esperaba. Ayer había pasado la mayor parte del día caminando por la pista que rodeaba la sexta cubierta. Los pasajeros más ambiciosos corrieron a su lado, pero ninguno pasó seis horas dando vueltas alrededor del barco como lo había hecho ella. Algunos de los corredores la saludaron. La mayoría pasó sin una palabra ni una sonrisa. Se sintió como en casa.

No pudo evitar aburrirse con la ciudad flotante. No tenía ningún interés en apostar, en lo que a ella respectaba era sólo una pérdida de dinero. Las bebidas eran gratis, pero no quería verse atrapada en una situación en la que sus instintos no estuvieran intactos. Podría ver un espectáculo, pero entonces se sentiría mal por abandonar Juilliard y renunciar a su verdadera carrera como actriz.

La comida era buena, demasiado buena, de hecho. Después de dos semanas de comida en el hospital y el hotel, apenas pudo evitar probar todo lo que los chefs del barco habían preparado. Y por esa razón, hoy pasaría otras seis horas caminando por la cubierta seis. Probablemente todos los días del crucero, de hecho.

Pensar en la comida le hacía gruñir el estómago. Regresó al interior y tomó el ascensor hasta el décimo piso para desayunar.

Se abrió paso entre el buffet y encontró una mesa vacía en la esquina del comedor. Se sentó de espaldas a la pared para poder observar a todos.

Un hombre se acercó. Supuso que era mayor que ella, tal vez cuarenta años, a juzgar por los mechones grises mezclados con su cabello castaño claro. Unas costosas gafas de sol reposaban sobre su cabeza. Tenía la piel bronceada con líneas distintivas grabadas en la frente.

—¿Este asiento está ocupado? — preguntó.

—Sí—, respondió Clarissa.

El hombre se sentó.

Clarissa parpadeó. —Dije que es…

—Me encantan estos cruceros transatlánticos. ¿sabes?

—No—, dijo Clarissa. Le dio un mordisco a sus huevos.

—Siete días en el mar, cruzando el caudaloso Atlántico. Qué apuro.

—Sí—, dijo Clarissa. —Es una verdadera aventura.

—¿Cómo te llamas?

—Sam—, respondió Clarissa.

—Soy Mike.

—No pregunté.

Mike se rio. —Luchadora, ¿no?

—¿No tienes una esposa con quien volver, Mike?

Él sonrió. —Soltero.

—Bueno, yo no lo estoy. Y si mi novio, muy alto, muy fuerte y celoso, te ve sentado aquí hablándome, probablemente te dará una paliza.

Mike se rio. —No estás aquí con nadie. Vi al tipo grande dejarte. No abordaste con nadie. No has cenado con nadie.

Clarissa dejó de masticar la comida. Sus ojos se entrecerraron mientras evaluaba al hombre.

—Bueno, será mejor que me vaya. Día ajetreado en el mar y todo eso—. Se levantó. —¿Quizás te vea en la cubierta de tejo? — Se dio la vuelta y se alejó.

¿Qué demonios fue eso?

Una ola de pánico la invadió. Ella escaneó la habitación. Nadie parecía prestarle atención. Ella perdió de vista a Mike. Buscó en su memoria, pero él no parecía encajar. Su acento tampoco era local para ella. De hecho, fue bastante neutral. Aun así, Charles y el anciano tenían un gran alcance. ¿Mike la había seguido a ella y a Oso desde La Spieza?

Clarissa dobló una servilleta alrededor del cuchillo que había sobre la mesa y lo guardó en su bolso. Respiró hondo y se estabilizó. Si Mike fuera a hacer algo, ya lo habría hecho. Ya no tenía el elemento sorpresa. Seguramente el viejo o Charles le habrían advertido sobre ella. Esa advertencia habría sido suficiente para evitar que se revelara como acababa de hacerlo.

Probablemente sólo era un psicópata acosador.

Clarissa sonrió. Miró la comida en la mesa, tomó una rebanada de tocino, la dobló una vez y se la metió en la boca.

No tiene sentido dejar que esto se desperdicie.

Después del desayuno, Clarissa dio un paseo de tres horas por la sexta cubierta y luego almorzó. Siguió el almuerzo con una caminata de cuatro horas. Caminar fue lo único que le aclaró la mente. Ella siempre había sido capaz de tomar un ritmo y simplemente seguir adelante. Había oído en un programa de televisión que se llamaba meditación en movimiento. Fuera lo que fuese, funcionó para ella. Terminó su caminata, fue a su habitación y se dio una ducha rápida y una siesta.

Se despertó, miró su reloj y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que no sabía en qué zona horaria se encontraba.

Clarissa se puso un par de pantalones cortos y una camisa con cuello y luego salió de su habitación. El pasillo era similar al pasillo de un hotel, con la excepción de que era más estrecho y se balanceaba de lado a lado. A estas alturas ya se había acostumbrado al balanceo persistente. Sabía que una vez que volviera a tierra firme seguiría balanceándose durante unas horas, tal vez unos días.

—¿Qué hora es? — le preguntó al primer empleado del barco que encontró. Era joven, con el pelo rubio asomando por los bordes del tonto sombrero que la línea de cruceros le obligaba a llevar. —Mejor, ¿cuánto falta para la cena?

—La cena estará disponible de acuerdo con su horario de comidas, señora.

—No puedo esperar tanto—. Ella sonrió, preguntándose si él se había dado cuenta del hecho de que si no sabía qué hora era, no sabría cuándo debía comer.

—La cubierta superior tiene un buffet las veinticuatro horas—, dijo. —Yo sugiero eso.

Clarissa le guiñó un ojo al hombre y corrió hacia el ascensor. La puerta se abrió. Mike estaba dentro.

—Por el amor de Dios—, dijo Clarissa. Ella entró sin reconocerlo y presionó el botón de la cubierta superior.

—Qué casualidad. Estaba pensando en ti, Sam.

—Aburrido.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Ninguno de los dos se movió.

—Tu parada, ¿verdad? — dijo ella.

—No, iré a donde tú estés—, dijo Mike.

Ella respiró hondo. Sólo un psicópata acosador. Eso es todo.

—Voy a saltar por la borda desde la cubierta superior. Vas primero. Te veré en el océano.

Mike se rio.

Ella lo miró a través de las puertas con espejos bañados en oro. Su boca formó una sonrisa, pero sus ojos no coincidían. Tenía el ceño fruncido y los párpados entrecerrados sobre sus ojos marrones. Ella miró hacia otro lado.

Las puertas se abrieron y ella salió. —Déjame en paz, Mike.

Clarissa se abrió paso entre la multitud de la tarde y miró por encima del hombro. Él se había ido. Ella se dio la vuelta. Él se paró frente a ella.

—¿Quién diablos eres tú? — preguntó ella.

—Te lo dije antes. Mi nombre es Mike.

—Aléjate de mí—. Su voz se elevó. —Lo digo en serio.

—Estoy haciendo cola para cenar.

Un hombre calvo y musculoso con una camiseta amarilla se acercó a Clarissa. —¿Este tipo la está molestando, señorita?

—Sí—, dijo Clarissa.

El hombre musculoso se interpuso entre Mike y Clarissa. Los hombres tenían la misma altura, pero el tipo de la camiseta sin mangas era el doble de ancho.

—Creo que deberías dejar a la dama en paz—, dijo el musculoso.

—Me estaba yendo—. Mike le guiñó un ojo a Clarissa y pasó junto al hombre musculoso.

—¿Conoces a ese tipo? — preguntaron los músculos.

—No—, respondió Clarissa.

—¿Por qué no vienes a comer con mi familia?

—Voy a conseguir algo para llevar—. Se giró y caminó hacia el buffet, cargó su plato y encontró un asiento en la parte trasera del comedor al aire libre. Ella escaneó la terraza mientras comía. No le tomó mucho tiempo ver a Mike sentado en un sillón en el borde de la terraza cerca de una de las piscinas. Él miró en su dirección. Levantó la mano y presionó el dedo medio contra su mejilla.

Él sonrió, asintió y se levantó. Ella lo perdió de vista mientras él se abría paso entre la multitud alrededor de la piscina.

Regresó a la pista del sexto piso después de cenar. No tuvo elección. Tres rebanadas de tarta de queso eran dos y media de más. Calculó que necesitaría al menos treinta vueltas para liberarse de sus indulgencias.

El barco tenía un concierto esa noche y, como resultado, la pista estaba vacía. No le molestó. Era más fácil aclarar su mente con menos gente alrededor. Caminó por la parte trasera del barco y por el otro lado. Llegó al túnel que atravesaba la proa del barco. Luces en apliques de vidrio de color lechoso adornaban el techo cada tres metros aproximadamente. Maquinaria pesada se alineaba en el pasaje, exhibiciones de partes del motor del barco. Aunque no funcionaban, las réplicas eran interesantes. Se había detenido y leído las placas junto a cada pieza su primer día en

el barco.

—Hola, preciosa—, dijo una voz mientras se acercaba.

Redujo la velocidad y estiró el cuello para ver a quién pertenecía la voz, aunque ya tenía una idea bastante clara.

Mike salió de las sombras y le sonrió.

—Cristo—, dijo Clarissa. —¿Por qué no te caes muerto ya, cabrón?

Él rio. —Qué curioso, iba a decirte lo mismo—. Dio dos pasos hacia Clarissa y le apuntó con un arma.

Ella jadeó.

—¿Tienes más comentarios inteligentes, Sam?

—¿Quién diablos eres tú?

—Si no te callas, seré la última persona que verás.

Clarissa dio un paso atrás. Calculó que estaba a quince metros de la salida del túnel. De los cuales, nueve le dieron a Mike una oportunidad clara de alcanzarla. De ninguna manera lo lograría.

—Para—, dijo.

Clarissa se quedó inmóvil.

Caminó hacia ella. —Gira.

Ella giró.

Le clavó el arma en la espalda. —Vas a caminar hacia adelante. Ni demasiado rápido ni demasiado lento. Gira en la primera puerta y entra. Encuentra los ascensores y presiona el botón de bajar. Cuando entremos al ascensor, presiona tres.

Él estaba a centímetros de ella, su aliento era caliente en su cuello y fétido en su nariz.

—¿Entiendes? — preguntó él.

Ella asintió y comenzó a caminar.

Por favor que alguien pase.

Nadie lo hizo.

Clarissa sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Logró mantener su respiración a un ritmo regular y mantuvo sus músculos relajados. No había tiempo para entrar en pánico. Necesitaba su ingenio. Con todo lo que había pasado durante las últimas tres semanas, no había manera de que este psicópata acosador la eliminara.

Llegó a la primera puerta que conducía al interior.

—Aquí—, dijo.

Agarró la manija, abrió la puerta y entró. Contuvo la respiración mientras exploraba el pasillo y el vestíbulo del ascensor en busca de ayuda.

Ni un alma a la vista.

Se detuvo frente a las puertas del ascensor y presionó el botón de bajar, como le habían indicado. Esperaron a que llegara el ascensor. Volvió a presionar el arma contra su espalda, tal vez como un recordatorio sutil.

Sonó un timbre y las puertas del ascensor se abrieron. Ella entró y él la siguió pegado a sus talones. Se agachó y presionó el botón con la etiqueta tres.

Las puertas se cerraron y ella se miró en el espejo. Su cabello rojo oscuro se pegaba a un lado de su cara. El sudor cubría su frente. El delineador de ojos le bajó por la mejilla. No podía hacerse menos deseable. Sin embargo, a juzgar por el duro bulto que presionaba su cadera, Mike no estaba de acuerdo.

Su agarre sobre ella se hizo más fuerte.

Cerró los ojos y respiró hondo mientras esperaba que el ascensor se detuviera y se abrieran las puertas.

CAPÍTULO 53

Clarissa sintió que el ascensor se detenía lentamente. Sabía que tenía que actuar. Se presionó contra Mike y gimió. Su agarre alrededor de su estómago se aflojó y su mano arañó su piel. El arma se alejó de su espalda.

La puerta del ascensor se abrió.

—Fuera—, dijo.

Clarissa salió al pasillo.

—Espera un segundo—, dijo Mike.

Volvió la cabeza y lo vio meterse el arma en los pantalones. Examinó el vestíbulo abierto. Vacío. Todos estaban ocupados con otras actividades, no dando vueltas debajo de la cubierta.

Mike entró en el vestíbulo. Señaló hacia el pasillo. —Por allí.

—Estamos en el mismo piso—, dijo Clarissa. —Tengo un balcón. Es privado.

—Espera un minuto—. Mike la miró y se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice. —¿Qué ocurre? Hace diez minutos no querías tener nada que ver conmigo.

—El peligro me excita—. Clarissa agarró su camisa, se inclinó y lamió su cuello. Ella sintió sus manos apretar su cintura. Una se deslizó por su costado y se dirigió hacia su pecho. Ella le agarró la mano. —Aún no—. Ella lo llevó hasta su puerta.

Una pareja de ancianos se acercó desde el otro extremo del pasillo. Caminaron lentamente, arrastrando los pies. El anciano miró al frente. La anciana hizo contacto visual con Clarissa. Ambos sonrieron. La anciana asintió. Clarissa rompió el contacto visual y trató de permanecer frente a Mike. Esperaba que la pareja no lo recordara.

—Aquí estás—. Clarissa deslizó su tarjeta a través de la cerradura magnética y abrió la puerta. Ella extendió su brazo.

—Tú primero—, dijo Mike.

Entró en la habitación e hizo un inventario mental de todo lo que no estaba clavado. No le quedaba mucho, pero tampoco necesitaba mucho. Aun así, un arma contundente de algún tipo haría esto más fácil, tal vez más humano. La habitación tenía apenas seis metros de largo y Clarissa no tardó mucho en llegar al otro lado de la habitación. Nada destacaba para usarlo como arma. Suspiró y alcanzó la puerta del balcón. La abrió y volvió la cabeza. Mike estaba en el otro extremo de la habitación vestido únicamente con sus calzoncillos.

—¿Vienes aquí? — preguntó ella.

Él sonrió. —¿Sin cumplidos?

Ella se encogió de hombros. Nada especial en lo que a ella concernía. Salió al balcón. Sobre la mesa pequeña había un jarrón de cristal. Al intentar levantarlo antes, supo que estaba pegado. Lo arrancó y se lo puso detrás de la espalda.

Mike salió. —¿Por qué no te apoyas en esa barandilla y me dejas...

Clarissa le golpeó la cabeza con el jarrón. El cristal era grueso y el jarrón pesado, a pesar de su pequeño tamaño. El jarrón se hizo añicos sobre su cabeza.

Mike cayó de rodillas. La sangre fluyó libre y abundantemente desde la herida hasta su cuero cabelludo. Trepó a la esquina del balcón y se volvió hacia Clarissa. —¿Qué estás haciendo? — Se llevó la mano a la coronilla. La sangre seguía saliendo de la herida.

—Te metiste con la mujer equivocada—, dijo Clarissa.

Utilizó la barandilla para ponerse de pie, extendió las manos delante de él y le hizo señas para que se acercara. —Tráelo.

A juzgar por la cantidad de sangre en su rostro, Clarissa dudaba que él pudiera verla. Ella le guiñó un ojo de todos modos, luego dio un paso adelante y giró su pierna, golpeándolo en el pecho.

Cayó contra la barandilla. Su cabeza se echó hacia atrás, pero sus manos se agarraron a la barandilla y detuvieron su impulso hacia atrás. Se enderezó y dio dos pasos hacia adelante, agitó los puños a ciegas.

Clarissa evitó los dos primeros golpes y atrapó la parte trasera del tercero con la mano. Un ligero golpe de su mano contra su brazo fue todo lo que hizo falta para que Mike cayera de cabeza contra la barandilla de metal.

El colapsó. Por unos momentos permaneció inmóvil.

Se preguntó si se habría roto el cuello.

Finalmente, se puso de rodillas.

Ella miró a su alrededor. La cubierta estaba hecha un desastre con su sangre.

Es hora de terminar con esto.

Mike se levantó apoyándose en la barandilla.

Clarissa esperó a que se volviera.

Él lo hizo.

Ella le dio una patada en salto que lo alcanzó en el pecho.

Cayó de espaldas sobre la barandilla, aferrándose con una mano.

Clarissa todavía tenía en la mano los restos afilados y dentados del jarrón. Lo levantó en el aire y lo golpeó, cortándole el dedo medio.

Mike gritó. Lo soltó. Cayó.

Se inclinó sobre la barandilla y observó cómo el océano Atlántico se lo tragaba vivo. Apoyó los codos en la barandilla, apoyó la cabeza entre las manos, respiró hondo unas cuantas veces y se estabilizó.

Clarissa volvió a entrar y cogió todas las toallas menos una del baño y del armario de ropa blanca. Mojó tres de ellos en agua y luego volvió a salir. Limpió la sangre de la cubierta, la barandilla y cualquier otro lugar donde pudiera encontrarla. Una vez satisfecha, arrojó las toallas sucias por la borda. Observó de nuevo cómo el océano se tragaba la sangrienta evidencia.

Su mente se aceleró. ¿Estaba aquí solo? Si no, ¿cuánto tiempo hasta que sus amigos se dieran cuenta de que se había ido? Supuso que el barco tenía cámaras colocadas por todas partes. Si revisaran las imágenes, los verían a los dos. La interrogarían. Aunque, pensó que en su mayor parte bloqueaba la vista de su rostro ya que tenían aproximadamente la misma altura.

No entres en pánico hasta que sea necesario. Así es como se supera esto.

Tomó una copa y se relajó. Se duchó, se vistió y entró al primer bar que pudo encontrar.

CAPÍTULO 54

Dimitri detuvo el sedán en el primer estacionamiento que encontró dentro del pequeño pueblo de Levanto. Se echó hacia adelante su corto cabello castaño y se cubrió los ojos azules con gafas de sol oscuras.

—Salgan—, dijo a los tres hombres en el auto.

Los cuatro salieron del vehículo. A Dimitri le preocupaba que llamaran la atención. Después de todo, una pequeña ciudad como ésta probablemente no estaba acostumbrada a que cuatro rusos caminaran con trajes hechos a medida.

—Eso es todo—, dijo Kostya. —La farmacia.

Dimitri asintió a su bajo y fornido compañero. Hizo un gesto a los otros dos hombres para que entraran primero. —A la parte trasera de la tienda. Llámame y dame un recuento.

—Sí, señor—, dijo uno de los hombres.

Dimitri se volvió hacia Kostya. —¿Crees que está cerca?

—¿Un hombre como Noble? — dijo Kostya. —De ninguna manera.

—¿Lo conoces? — preguntó Dimitri.

—Lo conozco—, respondió Kostya. —Antes de trabajar con Ivanov, estuve asociado con un socio de Noble.

—¿Alguna vez has trabajado con él?

—No—, dijo Kostya. —Pero escuché historias.

—¿Cómo es comparado con nosotros?

—Él es mejor.

Dimitri se enfrentó a Kostya y levantó una ceja. —¿Que quién?

—Todos nosotros.

—Yo no.

—Sí. Tú, yo, los cuatro juntos.

Dimitri se reclinó contra el coche y no dijo nada.

—Disparar a matar sería mi recomendación.

—No puedo—, dijo Dimitri. —Ivanov declaró específicamente que quería a Noble vivo.

—¿Cuál es la conexión con la tienda?

—Chica adentro. Último punto de contacto conocido.

Kostya meneó la cabeza. —Me imaginé que sería el espía. El francés.

—Probablemente. Pero será muchísimo más fácil atraparla e interrogarla a ella que al francés.

Kostya asintió.

Sonó el teléfono de Dimitri. —¿Sí? — respondió en ruso.

—Está limpio—, le dijo Vlad por teléfono.

—Está bien, ya llegaremos. Dile a Rolan que se quede en la parte trasera de la tienda. Tu vienes a la entrada.

—¿Cuál es el plan? — preguntó Kostya.

Dimitri se encogió de hombros y sonrió. —Que ella hable.

Abrieron la única puerta de cristal que daba entrada y salida a la pequeña tienda. Dimitri asintió con la cabeza hacia Vlad, que estaba contra la pared, con las manos cruzadas a la altura de la cintura y una pistola en la mano derecha. Dimitri recorrió los pasillos hasta que vio a Rolan colocado en la parte trasera de la tienda. Dimitri levantó el puño. Rolan hizo lo mismo.

—Déjame hablar—, le dijo a Kostya.

Kostya asintió.

Caminaron hasta el mostrador donde estaba la mujer rubia.

—¿Puedo ayudarle? — les preguntó en italiano.

—¿Gianna? — preguntó Dimitri.

—Sí—, respondió ella.

Dimitri colocó una foto de Jack en el mostrador. Miró a la mujer y asintió hacia la foto. —¿Conoce a este hombre?

—Jack—, dijo. —¿Está bien?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Jack?

—Ha pasado una semana. Pasó por la ciudad y necesitaba un lugar donde quedarse.

—¿Sabes dónde se quedó? — preguntó Dimitri.

—Conmigo. Pero se fue antes de que saliera el sol.

Dimitri se inclinó, levantó la mano y le indicó a Gianna que se acercara.

Ella se inclinó.

Dimitri la golpeó en la cara.

Ella cayó al suelo.

Saltó sobre el mostrador y se la echó al hombro.

—Mira afuera—, le dijo Kostya a Vlad.

Vlad desapareció y regresó unos momentos después. —Está vacío.

—Aquí—, dijo Dimitri. —Toma las llaves y acerca el auto.

Le arrojó las llaves a Kostya y le gritó a Rolan que los siguiera. Dimitri llevó a la mujer semiconsciente afuera. Vlad se deslizó en el asiento trasero. Dimitri puso a Gianna detrás de él. Rolan la siguió, intercalándola entre él y Vlad.

—Hazte a un lado—, le dijo Dimitri a Kostya.

Dimitri se sentó al volante y arrancó. Vio a dos hombres afuera del bar al otro lado de la calle. Los hombres señalaron a los rusos. Uno de ellos sacó las llaves de su auto y desapareció por un costado del edificio.

Dimitri gimió.

—¿Qué ocurre? — preguntó Kostya.

—Podríamos tener seguidores.

Kostya se encogió de hombros. —Un par de lugareños. Rolan puede manejarlos.

La risa estalló desde la parte trasera del auto.

Pero Dimitri no se rio. Sus ojos pasaron de la carretera al espejo retrovisor. No pasó mucho tiempo antes de que un pequeño coche gris apareciera detrás de ellos. Los faros parpadeantes se reflejaban en el espejo y el sonido de la bocina del auto gris llenó el aire. Muy pronto el coche estuvo unos metros detrás de ellos.

—Deténgase—, dijo Kostya. —Yo me ocuparé de ellos.

Kostya metió la mano en su abrigo y sacó una pistola Yarygin PYa de 9 mm.

Gianna gritó.

Dimitri hizo un gesto con la mano hacia Kostya. —Aún no—. Siguió conduciendo, manteniendo la velocidad constante mientras el coche detrás de él giraba de lado a lado y seguía tocando la bocina.

Unos cuantos kilómetros más adelante, Dimitri vio un camino de tierra. Redujo la velocidad y giró a la derecha por la carretera. El coche rebotó durante otro kilómetro y medio antes de que Dimitri se detuviera.

Los hombres del coche gris salieron rápidamente.

Dimitri se tomó su tiempo para salir.

—¿Qué estás haciendo con Gianna? — preguntó uno de los hombres mientras se echaba el pelo castaño hacia atrás y lo metía bajo un sombrero.

Dimitri le sonrió al hombre. —Caballeros, por favor relájense.

El otro hombre, un tipo alto y corpulento, pateó la parte trasera del auto de Dimitri, rompiendo la luz de freno.

—Déjame matarlo—, dijo Kostya en ruso.

—En un minuto—, dijo Dimitri. —Vamos a divertirnos un poco.

Kostya sonrió. Abrió la puerta, saltó y luego caminó por la parte delantera del auto.

El hombre de cabello castaño se volvió hacia Kostya.

Dimitri salió de detrás de la puerta del auto e hizo un gesto con la mano a Vlad, quien a su vez abrió la puerta. Dimitri dirigió su atención al hombre corpulento.

El hombre corpulento sacó una cachiporra de sus pantalones y se burló de Dimitri. —¿Quieres algo de esto? — Saltó de un pie a otro.

Dimitri levantó las manos y sonrió. —No, no puedo decir que sí.

El gran hombre le dio un golpe fallido a Dimitri.

Dimitri saltó hacia atrás. —Eso no era necesario. Ahora le voy a dar una advertencia. Guarde el arma.

El hombretón agitó la cachiporra y rompió la ventanilla trasera.

Gianna gritó y los dos hombres en el asiento trasero maldijeron. La puerta de Vlad se abrió.

El hombre corpulento desvió la mirada hacia la puerta abierta.

Dimitri metió la mano en su chaqueta, sacó su Makarov de 9 mm y disparó una bala al hombro del hombretón. La cachiporra cayó al suelo y el hombre cayó contra el coche. Dimitri asintió con la cabeza hacia Vlad, quien salió del auto y agarró al hombretón por detrás después de patearle las piernas.

El hombre que iba delante del coche se quedó helado al oír el disparo. Miró hacia atrás y jadeó al ver a su amigo apoyado contra el guardabarros trasero, con un charco de sangre acumulándose debajo de él.

—¿Qué diablos hiciste? —

—Esto—. Dimitri disparó un solo tiro a la cabeza del hombre.

Gianna gritó y huyó del coche.

Dimitri dijo: —Tráela.

Kostya salió corriendo detrás de Gianna y la derribó a unos cuarenta y cinco metros de distancia. La arrastró de regreso al auto por la nuca, raspándole las piernas desnudas por el camino de tierra, haciéndole sangrar las rodillas.

Dimitri se arrodilló frente a la mujer. —¿Por qué corriste?

Ella no le respondió.

—Sólo una persona culpable huiría.

Ella todavía no le respondía.

Dimitri le sonrió. Levantó el brazo detrás de él y disparó al hombre corpulento que había acudido a rescatarla.

El hombre se cayó y la sangre se le escapó de un lado de la cabeza y se mezcló con la tierra de color marrón claro.

Gianna gritó. —¡Tú, monstruo!

—No más que tu amigo Jack.

Ella sacudió su cabeza.

—Ahora dime, ¿a dónde fue?

—No sé.

Dimitri la abofeteó. —Por favor, no me obligues a hacer eso.

—Te lo digo, no lo sé. Me levanté y ya no estaba.

—¿Adónde iba?

—Él nunca me lo dijo.

Dimitri miró a Kostya y asintió. Kostya se quitó el cinturón y se lo entregó a Dimitri.

—Dime lo que quiero saber —.

Gianna apretó los dientes y soltó un grito gutural. —No sé.

Dimitri pasó el pesado cinturón de cuero por la cara de Gianna.

Su cabeza se giró hacia un lado y su cuerpo la siguió. Ella se estrelló contra el suelo. Su mejilla estaba abierta y su sangre se mezcló con la tierra.

Kostya se inclinó y la levantó. El barro le cubría un lado de la cara. La sangre manaba de su nariz rota.

—Tienes que decirme algo—, dijo Dimitri. Volvió a levantar el brazo.

—GPS—, dijo Gianna.

Dimitri bajó el brazo. —¿Qué pasa con el GPS?

—Él tomó mi unidad GPS de mi auto.

—¿Quedó alguna parte atrás?

—Sí—, dijo sin aliento. —El soporte. Todavía sujeto a las rejillas de ventilación.

—¿Dónde está tu auto?

—Detrás de la tienda. Y la caja todavía está en la guantera.

Dimitri se levantó, pasó por encima de la mujer y tomó a Kostya del brazo.

—¿Qué estás pensando, Dimitri?

—La mayoría de las unidades GPS comerciales tienen algún tipo de identificación de unidad —, dijo. —Si podemos obtener esa identificación, podremos rastrear a Noble.

Kostya asintió. —Ponla en el auto o…

—Mátala aquí—, dijo Dimitri.

Gianna sollozó.

—Espera—. Dimitri se volvió y tendió la mano para detener a Kostya.

Gianna se secó la cara y lo miró con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos.

—Encuentra sus llaves primero—, dijo Dimitri.

Gianna empezó a llorar y gritar.

Kostya le rasgó la ropa hasta encontrar las llaves.

Dimitri abrió la puerta de su auto y se deslizó en el asiento. Arrancó el auto y encendió la radio. No fue lo suficientemente fuerte como para ahogar el sonido del disparo que acabó con la vida de Gianna.

MEDIA HORA MÁS TARDE LLEGARON AL ESTACIONAMIENTO DETRÁS DE LA PEQUEÑA TIENDA DONDE secuestraron a Gianna. Dimitri escaneó el área. Vacía salvo por el pequeño coche pegado a la parte trasera de la tienda. El solar estaba cerrado por tres lados. Una entrada, una salida. Esperaba que no los vieran.

—Supongo que ese es su coche—. Kostya señaló el único coche que había en el aparcamiento.

Dimitri se detuvo al lado del auto pequeño. Miró a los hombres en el asiento trasero. —Salgan. Cuiden nuestras espaldas. Si alguien entra al estacionamiento, deténganlo.

—Sí, señor—, dijeron los hombres al unísono.

—¿Cómo quieres que los detengamos? — preguntó Vlad.

—Usa tu imaginación—, respondió Dimitri.

Dimitri y Kostya bajaron del coche. Kostya abrió el coche de Gianna con las llaves que le quitó a la mujer antes de ejecutarla.

—Agarra el soporte—. Dijo Dimitri mientras se dirigía al otro lado del auto y esperaba que Kostya abriera la puerta. La cerradura se abrió. Dimitri abrió la puerta del pasajero y se sentó en el asiento. Abrió la guantera y sacó la caja aplanada y doblada que alguna vez contuvo la unidad GPS. Abrió la caja y miró dentro. Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba mientras una sonrisa cruzaba su rostro.

—Mira—, dijo Dimitri. —Una pegatina.

Apartó la caja por una de las esquinas. La desdobló y se la tendió a Kostya para que la inspeccionara.

—Es el número de identificación de la unidad—, dijo Kostya.

—Excelente.

—Llamaré.

—Salgamos de aquí primero—, dijo Dimitri.

Dimitri puso en marcha su vehículo y salió del estacionamiento, asegurándose de no pasar por la barra esta vez.

Kostya sacó su teléfono móvil y empezó a marcar.

—Sí, necesitamos ver si puedes rastrear la identificación de una unidad GPS. Kostya hizo una pausa. —Puedes, eso es genial—. Leyó la identificación de la unidad y esperó.

—¿Qué están haciendo? — preguntó Dimitri.

Kostya se encogió de hombros.

—Está bien, sí, puedes comunicarte conmigo a este número en cualquier momento—. Colgó.

—¿Bien? —Dimitri levantó una mano.

—Están rastreando la identificación a través de algunos satélites. Una vez que obtengan un bloqueo con un satélite, triangularán y nos devolverán la llamada con una ubicación.

Dimitri sonrió mientras abandonaban los límites del pueblo. —Excelente.

CAPÍTULO 55

Jack jugueteó con los botones de la unidad GPS que le había prestado Gianna. Lo había montado en el tablero del *Jemma-mobile* antes de salir del estacionamiento del hotel.

Casi en Roma.

Decidió rodear la ciudad en lugar de pasar por el centro. Los kilómetros adicionales agregarían tiempo, pero también lo haría el tráfico en Roma. Sin mencionar que habría personas que podrían haber visto su foto. Además, parando en cada semáforo de la ciudad acabaría por hacer que lo descubrieran. Volvió a juguetear con la unidad GPS mientras evitaba las filas de coches apilados a su alrededor.

El GPS estimaba tres horas y media hasta llegar a Nápoles. Comprobó el indicador de gasolina. Casi vacío. Tendría que parar para echar gasolina. Lo último que Jack quería hacer en este viaje era salir de la autopista cerca de Roma. Pero él no tenía opción. Suspiró y tomó la siguiente salida, buscó una gasolinera. Cinco minutos después encontró una.

Jack se acercó a la bomba, agarró la boquilla y la metió en el costado del auto. Se reclinó y miró fijamente la pequeña tienda.

Un par de adolescentes cercanos lo señalaron y se rieron de él.

—Bonito auto, Jemma—, gritó uno.

Jack asintió y saludó. —Malditos—, murmuró.

Dos minutos más tarde el depósito estaba lleno. Reinició el auto y estacionó frente a la tienda. Entró y siguió las indicaciones hacia el baño.

Jack se inclinó sobre el fregadero y se lavó la cara con agua fría. Miró su reflejo y se pasó la mano por el cráneo calvo. Dejó caer la cabeza y la sacudió. Apenas se reconoció a sí mismo.

La puerta se abrió de golpe.

Jack miró hacia arriba.

Detrás de él estaba un hombre de pelo oscuro y barba espesa. El brazo extendido del hombre llegó detrás de Jack.

Jack se enderezó.

—No te muevas—, dijo el hombre en inglés con acento italiano.

Jack se dio la vuelta. Lo recibió una pistola de pequeño calibre. El hombre era un aficionado. Jack sonrió.

—Tú eres ese hombre, Jack Noble. ¿Es así?

Jack se encogió de hombros. —Ese hombre tiene la cabeza llena de espeso cabello castaño. Un tipo bastante guapo si mal no recuerdo. Estoy calvo. Lo he sido desde que tenía veintidós años. Aunque sigo siendo guapo.

—Mentiras—, dijo el hombre. —Usted es él. Lo he visto en la televisión.

—Quizás lo sea—, dijo Jack. —¿Qué vas a hacer al respecto?

El hombre no dijo nada.

Jack entrecerró los ojos y puso sus manos firmemente sobre el fregadero.

El hombre miró hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? — preguntó Jack.

El hombre no dijo nada.

Jack volvió la cabeza. Miró por el rabillo del ojo y vio que el hombre también giraba la cabeza. Eso era todo lo que Jack necesitaba. Se empujó hacia el hombre, su brazo soltó el arma mientras su rodilla golpeaba la ingle del hombre.

El tipo cayó hacia adelante.

Jack se inclinó y le sacó la chaqueta de cuero por la cabeza, cegándolo. Levantó al tipo por las presillas del cinturón en la parte trasera de sus pantalones y lo arrojó al compartimento trasero. El hombre se desplomó en el suelo y luego se arrodilló. Jack se abalanzó sobre él y le dio una patada en las costillas. Agarró el arma del suelo, entró en el cubículo de gran tamaño y cerró la puerta detrás de él.

—Nunca, jamás, jodas a alguien acusado de matar a cinco rusos en un barco—, dijo Jack. —¿Qué eres? ¿Un idiota?

El hombre gimió y se cubrió el rostro ensangrentado con las manos.

Jack levantó al chico y lo sentó en el inodoro. Le quitó la chaqueta al hombre. Sobre el dispensador había rollos de papel higiénico apilados. Jack cogió uno. Lo colocó dentro de la chaqueta, pegó el cañón del arma contra el rollo, envolvió la chaqueta alrededor del papel higiénico y la pistola.

El hombre se sentó con la boca abierta y los ojos muy abiertos. Intentó hablar, pero sólo pudo gorgotear. La sangre goteaba de su boca y de su nariz rota.

Jack metió el rollo de papel higiénico cubierto por el abrigo contra la cabeza del hombre. —Al menos no volverás a cometer ese error.

Realizó dos disparos. El supresor casero hizo un buen trabajo manteniendo las cosas en silencio. Comprobó el pulso del hombre. Ninguno. Bien.

Abrió el cubículo cuando otro hombre irrumpió en el baño.

—Cristo, ¿qué quieres?

—¿Qué hiciste? — dijo el hombre. —Antonio.

El hombre pasó corriendo junto a Jack y entró en el cubículo.

Jack lo siguió. Caminó detrás del hombre y le disparó un tiro en el costado de la cabeza y luego dejó caer el arma.

Jack caminó por la tienda, tomó un refresco y no lo pagó. El empleado no pareció darse cuenta. Menos de treinta segundos después, Jack volvía a incorporarse a la autopista.

Buen comienzo para este viaje, Jack.

CAPÍTULO 56

Charles detuvo su Cadillac hasta la puerta de seguridad de la entrada trasera del complejo. Presionó un botón al costado de la puerta y la ventanilla bajó automáticamente.

El hombre de la caseta de vigilancia se enderezó cuando Charles se asomó fuera del coche.

—Buenas noches, señor—, dijo el guardia. —Qué gusto verlo de nuevo.

Charles asintió.

La puerta se abrió. Charles pasó y aparcó su coche fuera del garaje. No sabía si se quedaría a pasar la noche. Salió del auto y caminó hacia una puerta negra equipada con una cerradura eléctrica. Pasó una tarjeta por una máquina montada junto a la puerta. Sólo cinco hombres tuvieron acceso a esta puerta. El anciano la llamó la puerta de sus "amigos especiales".

—Especial, mi trasero—, murmuró Charles mientras entraba.

Recorrió el familiar laberinto de pasillos y habitaciones. Se detuvo frente al estudio del anciano. Dos hombres custodiaban la puerta. Charles asintió. No respondieron. Realmente no esperaba que lo hicieran después de lo que les hizo en Francia.

—Háganse a un lado, muchachos. El jefe me está esperando.

Un guardia no se movió. El otro llamó a la puerta y la abrió un poco. —Charles está aquí, señor.

—Déjenlo pasar—, dijo el anciano desde la habitación.

Charles pasó junto a los guardias y le guiñó un ojo al de la izquierda. La puerta se cerró detrás de él.

—Señor Charles, qué bueno verlo—. El anciano se levantó y cruzó la habitación. Extendió las manos.

Charles tomó la mano del anciano. —También es bueno verte, jefe—. Sabía que tendría que trabajar un poco con el viejo. Si actuaba como un imbécil aquí dentro, tal vez no saldría vivo del complejo.

—¿Cómo estuvo tu vuelo?

Charles lo interrumpió. —Hablemos de Europa.

—Quiero que elija su equipo. Necesitará al menos veinte hombres. Puede tener otro capitán que lo acompañe. Y, por supuesto, Alonso también.

Charles negó con la cabeza. —No quiero que él trabaje para mí.

—Oh—, dijo el anciano mientras se alejaba de Charles. —¿Por qué?

—Ya sabes—, dijo Charles. —Si no estuviera casado con mi prima, estaría muerto ahora mismo.

—Siento escuchar eso.

—Estoy seguro de que así es.

—Deberíamos dejar esto en el pasado, señor Charles—. El anciano se levantó y caminó hacia un carrito de bebidas. Llenó dos vasos de chupito. —Había que hacer cosas. Usted entiende esto. Son sólo negocios.

—Sí—, dijo Charles. —Negocios.

El anciano le entregó a Charles una bebida y se sentó. —Hemos superado nuestras diferencias. Debería resolver la suya con Alonso. Sólo actuó de esa manera porque yo tenía algo precioso para él. Si no hacía lo que le dije, nunca volvería a ver esos preciosos objetos. ¿No haría usted lo mismo si cargara en brazos a su esposa y a su hija, señor Charles?

—¿Qué sabes sobre esa cosa? ¿Con los rusos? preguntó Charles, cambiando de tema.

—¿El barco? Creo que nuestro amigo el señor Jack estuvo involucrado en eso.

Charles asintió. —Tiene sentido ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—Hablando de los rusos—, dijo el anciano, —me gustaría mostrarles algo.

Feng se levantó, abrió un cajón y sacó una carpeta. Dejó la carpeta sobre la mesa y la abrió. Le indicó a Charles que se uniera a él.

—¿Qué es esto? — preguntó Charles.

—Los documentos.

—¿De Jack?

El viejo asintió.

—Maldita suerte—, dijo Charles. —Él despidió al tipo. ¿Crees que por eso lo hizo?

—Lo dudo. Los documentos estaban cifrados.

—Crees.

—No estoy perdiendo el tiempo especulando, señor Charles. Usted tampoco debería hacerlo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con esta información?

—Venderla. No estoy interesado en sus planes. Pero sabe que ciertos grupos sí lo están.

—¿A quién? ¿Los rusos? ¿Radicales?

—Tal vez el gobierno—, dijo el anciano. —Realmente depende de quién me dé el mejor precio.

—Si te acercas a los federales con esto, estás acabado—, dijo Charles.

El viejo suspiró. —Aún me subestima.

Charles se rio. —Supongo que sí.

—Olvide que vio esto a menos que yo diga lo contrario.

—Hecho.

El anciano guardó los documentos y sacó otra carpeta. Se la entregó a Charles.

—¿Qué es esto?

—Ábralo.

Charles lo hizo. —¿Escritura y llaves?

—A tu nueva residencia en París.

Charles asintió.

—Elija a sus hombres y vaya allí, señor Charles. Tenemos trabajo que hacer.

CAPÍTULO 57

Pierre estaba sentado en su escritorio ubicado en una habitación con paredes de concreto con poca luz y sin ventanas. Se refería al espacio como su hogar lejos del hogar. Se quedó mirando la pantalla de una computadora, monitoreando los flujos de seguridad y revisando la información transmitida por agentes de campo en todo el mundo. Nada emocionante hoy. Es cierto que la prensa se divertiría con parte de esta información si la tuviera en sus manos. Pero para Pierre eran cosas aburridas y rutinarias.

Abrió la investigación local sobre el asesinato de Foster y examinó la información. Se destacaron dos cosas. Acto aleatorio. Ningún sospechoso. Pierre sonrió. No pasaría mucho tiempo hasta que lo trasladaran a asesinatos sin resolver y el caso sería archivado junto con miles de otros asesinatos nunca resueltos en París, la Ciudad de la Luz.

La sonrisa de Pierre se desvaneció. Pensó en su madre. Una mujer que se acercó a ayudar a un extraño. Terminó estrangulada bajo un puente en mitad de la noche. La policía trabajó en su caso durante las cuarenta y ocho horas requeridas y luego la archivó. El único que la recordaba era Pierre. Para cualquier otra persona, ella era ahora lo que comúnmente se conoce como un caso sin resolver.

Metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un cigarrillo. Lo encendió y exhaló ruidosamente. Los jefes no permitían fumar en el edificio y, en circunstancias normales, estaría de acuerdo con ellos. Luego lo metieron en esta infernal oficina de concreto. Que se jodan.

Su celular se encendió. Lo recogió del escritorio y respondió.

—¿Pierre?

—Sí—, dijo. —¿Qué deseas?

—Tenemos algo que acaba de aparecer en nuestro radar.

Pierre agitó el ratón y esperó a que el monitor de su computadora se volviera a encender. —Continúa.

—Tu... conocido—, dijo el hombre. —El señor Noble. Lo conoces, ¿verdad?

—Sí. ¿De qué se trata esto?

—Dos cosas—. El hombre hizo una pausa. —Creemos que tuvo un incidente fuera de Roma. En una parada de gasolina. Parece que dos tipos intentaron saltar sobre él, pero no tuvieron éxito.

—De acuerdo—. Pierre empezó a leer noticias de fútbol.

—Bueno, eso no nos importa. Pero uno de nuestros satélites fue secuestrado.

Pierre se rio entre dientes y luego se recompuso. —¿Crees que Jack hizo esto?

—No—, dijo el hombre. —Alguien lo está siguiendo.

—No te sigo.

—Entramos en las imágenes de seguridad y vimos al señor Noble saliendo de la gasolinera en un coche pequeño. El satélite estaba rastreando una unidad GPS que coincidía...

—¿Usted puede hacer eso? — preguntó Pierre.

—Sí—, respondió el hombre. —No es de conocimiento público.

Pierre no dijo nada.

—De todos modos, retrocedimos los tiempos en el seguimiento satelital y relacionamos la hora y la ubicación con el automóvil en el que se fue Jack.

Pierre sintió que se le daba un vuelco el estómago.

—Creemos que es el...

—Rusos—, dijo Pierre.

—Sí, señor.

Pierre respiró hondo y se pasó la mano libre por el pelo.

—Sólo podemos asumir que está relacionado con lo que ocurrió frente a la costa el fin de semana pasado.

Pierre asintió. —Sí—. Pierre hizo una pausa. —¿Cuál es su ubicación ahora?

—Se ha estado moviendo, pero se detuvo en Nápoles.

—¿Quién más sabe esto? ¿Los rusos todavía tienen control sobre nuestro satélite?

—No señor. Los cortamos y continuamos rastreando por nuestra cuenta.

Pierre pensó que eso no importaba. Los rusos probablemente tenían múltiples satélites rastreando a Jack.

—¿Cuánto falta para que puedas conseguirle un equipo? — preguntó Pierre.

—Dentro de seis horas.

—Probablemente no sea lo suficientemente bueno, pero adelante.

—Sí, señor.

—Una cosa más—, dijo Pierre. —Dígales que no deben acercarse al señor Noble hasta que tengan mi confirmación.

—Este equipo puede arreglárselas solo, señor.

Pierre se rio. —Y Jack Noble puede manejarlos. Confía en mí en esto.

Pierre colgó su teléfono y lo arrojó al otro lado de la habitación. Golpeó la pared de concreto y rebotó por el suelo. Maldijo en voz baja.

No podía evitar la sensación de que se había aprovechado de Jack cuando le pidió que hiciera el trabajo. El pobre acababa de ver a Clarissa casi morir por una herida de bala y Pierre lo envió a una misión condenada al fracaso desde el principio. ¿Por qué? Porque él mismo no podría haberlo hecho. Ninguno de sus hombres pudo.

Cogió su móvil y buscó entre sus contactos hasta que encontró el número de Jack. Presionó un botón y se acercó el teléfono a la oreja.

—Vamos, Jack. Contesta.

CAPÍTULO 58

Jack se metió en el coche y puso en marcha el motor. Su teléfono vibró en el tablero. Miró la pantalla. Decía "Pierre". Envió la llamada al buzón de voz y luego apagó el teléfono. Lo llamaría más tarde desde el hotel. Quizás mañana. Por ahora quería permanecer alejado del teléfono en caso de que alguien lo estuviera siguiendo. Había pensado en deshacerse del teléfono en la calle, pero pensó que con apagarlo era suficiente.

Regresó al motel barato que encontró en las afueras de la ciudad. Daba al mar desde la ventana trasera. Aparte de eso, lo consideraba un basurero. Tuvo que subir dos tramos de escaleras para llegar a su habitación. Pero no era nada malo, después de sus recientes experiencias en ascensores. Jack se rio entre dientes al pensar en el maldito de Nueva York.

Se detuvo y aparcó en un lugar sin parquímetros en la calle, a dos cuadras del motel. Incluso a esa distancia no se sentía seguro. Habría abandonado el coche, pero se sintió obligado a devolvérselo a Jemma sano y salvo. Por supuesto, podría simplemente enviarle el dinero. Volvió a mirar el coche y sacudió la cabeza.

Caminó las dos cuadras hasta el motel mientras cargaba una bolsa de comestibles. Escaneó el área. Vio cosas que la mayoría de la gente ignoraría. Dos vagabundos hablando, con la cabeza gacha mirando algo en la mano de uno de los vagabundos. Uno lo miró, sus ojos se movieron frenéticamente y luego volvió al premio en su palma. Pasó una mujer con un cochecito. Jack la miró durante todo el camino. Ella lo miró por el rabillo del ojo cuando pasó. Jack alteró su rumbo y se puso detrás de un edificio. Esperó un minuto y luego miró por la esquina. Ella se fue. Respiró hondo y aceleró el resto del camino hasta el motel.

Dentro de la habitación, Jack dejó la bolsa de la compra sobre la mesa y dejó su teléfono y las dos pistolas Beretta de 9 mm sobre la cama. Se sentó a la mesa y encendió su computadora portátil. Esperó a que la máquina encontrara una señal inalámbrica. No fue así. Suspiró, se sentó en la cama y encendió su teléfono. Un icono indicaba que tenía mensajes nuevos. Marcó y escuchó.

—Jack, soy Pierre.

Se saltó el mensaje.

—Llámame—, dijo Oso en el siguiente mensaje.

Terminó la llamada del correo de voz y marcó el número de Oso.

—Jack—, respondió Oso. —¿Cómo estás?

—Sentado en un motel de mala muerte en las afueras de Nápoles, Italia. No podría estar mejor.

Oso se rio.

—¿Encontraste a la chica? — preguntó Jack.

—Sí—, dijo Oso. —Ella está aquí conmigo. Durmiendo.

—¿A dónde te diriges?

—Un lugar cálido.

—Espero poder unirme a ustedes pronto—, dijo Jack.

—¿Ya tienes alguna pista?

—No—, dijo Jack. —Necesito comunicarme con mi contacto.

—¿Algo de nuestros amigos aquí?

—No—, dijo Jack. —Te digo la verdad, no me he molestado. No los estaba ayudando cuando me metí en este lío. Estoy seguro de que están enojados. Sabes que alguien va a señalar con el dedo a ciertos grupos por esto.

—Cierto.

—Avísame cuando bajes, Oso. Y cuida tu espalda.

—Créeme, lo hago.

Jack colgó. Dio unos bocados al pan y al queso que compró en el pueblo. Volvió a tomar el teléfono y llamó a Pierre.

Pierre respondió.

—Es Jack.

—Jesús, Jack. Te enfrentas a algo que nunca has enfrentado.

—Cuéntame algo nuevo—, dijo Jack.

—No estoy bromeando. Los rusos te han descubierto.

—¿Qué quieres decir?

—El auto que tomaste. Tiene una unidad de GPS, ¿sí? Te han estado siguiendo.

—He tenido el GPS desde antes de adquirir este auto.

—Luego encontraron el auto original y de alguna manera obtuvieron la identificación de la unidad.

Jack pensó en Gianna. Sacudió la cabeza. —¿La mujer?

—Muerta—, dijo Pierre.

Otra vida inocente arrebatada por su culpa.

—¿Jack?

—Estoy aquí. Pensando.

Pierre no dijo nada.

—Dame la información de tu contacto.

—Jack, me temo que no puedo hacer eso.

Jack apretó el teléfono. —¿Qué diablos, Pierre?

—Podrían estar vigilándote ahora mismo, Jack. No puedo arriesgar la vida de mi hombre.

Jack no dijo nada.

—Escucha, quédate quieto. Estamos tratando de conseguir un equipo allí.

Jack no dijo nada.

—¿Jack?

—¿Que?

—Sólo quédate ahí.

Jack se apoyó contra la pared al lado de la ventana. Entrecerró los ojos a contraluz y escudriñó la calle hasta llegar al coche. Dos hombres vestidos con trajes oscuros estaban a cada lado del pequeño vehículo.

—No tengo otra opción ahora—, dijo Jack.

—Jack, haré lo que pueda para...

Jack arrojó el teléfono sobre la cama, colocó las manos detrás de la cabeza y respiró hondo.

Sólo dos hombres, hasta el momento. Eso puso las probabilidades a su favor. Regresó a la ventana y miró la calle. Los mismos dos vagabundos que siguen sentados en un porche emocionándose por Dios sabe qué. Aparte de eso, nada. Excepto allí, al otro lado de la calle y a la derecha. Dos hombres más. Ambos vistiendo trajes oscuros.

Jack agarró la única silla de la habitación, una vieja silla de madera sin acolchado, y la colocó junto a la ventana. Se sentó, se apoyó en el alféizar de la ventana, manteniendo la mayor parte de su cabeza cubierta como pudo. Observó a los cuatro hombres, alternando entre los dos del coche y los dos del otro lado de la calle.

CAPÍTULO 59

Dimitri hablaba por el teléfono celular. —La unidad GPS es una combinación perfecta. Está por aquí en alguna parte—. Escuchó y asintió con la cabeza hacia Kostya. —Excelente, señor. Nos quedaremos aquí hasta que lleguen.

—¿Buenas noticias? — preguntó Kostya.

Dimitri asintió de nuevo, se giró y agitó los brazos para llamar la atención de Vlad o Rolan.

Vlad le devolvió el saludo.

Dimitri hizo una señal con el pulgar hacia arriba.

—¿Qué dijo él? — preguntó Kostya.

—El otro equipo ha estado trabajando en la costa este y ahora en Roma. Ellos van a venir aquí. Debería estar aquí en tres o cuatro horas.

—¿Cuantos hombres?

—Ocho.

—¿Ocho? — preguntó Kostya.

Dimitri asintió. —Los necesitaremos.

Kostya frunció el ceño. "Tú y yo podríamos enfrentarnos a este tipo".

—Claro, si pudiéramos usarlos—. Dimitri se abrió la chaqueta y apuntó al arma enfundada en su costado. —Pero tenemos órdenes de traerlo vivo. No podemos disparar a matar. Él puede.

Kostya se encogió de hombros y no dijo nada.

—No sé ustedes, pero no quiero que haya mucha gente entre él y yo cuando lo haga.

Kostya volvió a encogerse de hombros y no dijo nada.

—No tengo nada contra usted, camarada. Será un gran honor atrapar a este canalla y entregarlo.

—¿Qué pasa si aparece antes de que llegue el equipo?

—Entonces tratamos de acabarlo. Piénselo así. Si aparece ahora, no nos conoce.

—¿Crees eso?

—No—, dijo Dimitri. —Creo que probablemente nos esté mirando ahora mismo. Pensando cómo derribarnos.

—Entonces, ¿por qué no lo hace?

—Él no sabe que tenemos órdenes de capturarlo vivo.

Kostya se encogió de hombros. —¿Dónde crees que está?

Dimitri le dio la espalda al motel al otro lado de la calle. "Supongo que estaría en ese motel detrás de nosotros.

—¿Por qué?

—Sólo una corazonada.

—Entraré y le mostraré una foto al gerente.

—No—, dijo Dimitri. —Si te ve entrar, eres hombre muerto.

—Entonces, ¿qué quieres hacer ahora?

Dimitri caminó por la acera frente al motel durante unos minutos pensando en la pregunta. No quería correr el riesgo de abandonar el hotel y perder a Jack si se escapaba. Por otra parte, ¿qué pasaría si su corazonada fuera errónea y Jack no estuviera allí?

—¿Dimitri? — dijo Kostya.

—Pensando—. Continuó paseando. —Tomemos el auto y esperemos aquí.

CAPÍTULO 60

Jack observó a los dos hombres mientras abandonaban su posición al otro lado de la calle. Caminaron hacia el carro "Jemma" y lo pasaron haciendo un gesto con la cabeza a los dos hombres que estaban allí. Giraron a la izquierda y doblaron la esquina, desapareciendo de la vista. Los dos hombres que estaban junto al coche se quedaron quietos y se concentraron en la carretera, hacia el motel.

Jack esperó un momento y luego se dirigió al fondo de la habitación. Miró por la ventana hacia el callejón detrás del edificio. Había planeado explorarlo hoy, pero sus nuevos visitantes arruinaron ese plan. Desde la única ventana podía ver unos quince metros en cualquier dirección. Desafortunadamente, eso no le ofreció mucho.

Observó el callejón durante cinco minutos. Parecía tener unos seis metros de ancho. Asfalto negro agrietado. No mucho más. Ninguna actividad. Jack regresó a la ventana del frente y escudriñó la calle. Ningún cambio. ¿Habían regresado ya y se habían posicionado más cerca del motel? Jack miró hacia el estacionamiento y vio ocho autos, uno menos que antes. No había signos de movimiento en ninguno de ellos. Salir a ver directamente era tentador, pero también arriesgado.

Un coche se detuvo al otro lado de la calle y aparcó donde estaban los hombres. No pudo ver bien los rostros de los dos hombres en el auto, pero los trajes oscuros le dijeron todo lo que necesitaba saber. Sería una noche larga. Una docena de escenarios pasaron por la mente de Jack, ninguno de los cuales tuvo un final agradable. Por supuesto, podría probar el callejón. Simplemente no tenía idea de adónde iba, si es que iba a alguna parte.

Llamó a Pierre.

—Consigue un equipo—, dijo Jack.

—Jack—, Pierre hizo una pausa. —Lo lamento. Esos planes fracasaron. No tenemos a nadie cerca de allí.

—¿Tienes amigos en Italia?

—Sí—, dijo Pierre. —Pero hay que entender. Has creado bastante prensa negativa. No es probable que ayuden.

—Maldita sea, Pierre—, dijo Jack. —Si salgo de aquí, cuando lo haga, eres hombre muerto. ¿Lo entiendes?

—Jack—, Pierre hizo una nueva pausa, aparentemente tratando de encontrar las palabras adecuadas para calmar a Jack, —Iría yo mismo, pero me faltan entre ocho y diez horas para llegar allí.

Jack se golpeó la cabeza contra la ventana. —Dame una idea entonces. No sé qué hacer.

—¿No crees que puedas acabar con ellos?

—Cuatro hombres, claro. Pero tienen ventaja táctica sobre mí, Pierre. Dos de ellos están calle

abajo como a dos cuadras. Dos justo enfrente. Jack revisó el otro extremo de la carretera sólo para asegurarse de no perderse nada nuevo. —Puedo eliminar a los dos primeros, pero luego los demás pueden atacarme.

—Haré algunas llamadas, Jack. Mantén tu teléfono encendido.

Jack colgó.

Abrió la ventanilla trasera y asomó la cabeza, miró a la izquierda y luego a la derecha. El callejón se abría a una calle en ambos extremos. A más de un metro a su derecha, un tubo de drenaje le ofrecía su mejor oportunidad de escapar. Jack negó con la cabeza. Tendría que bastar. Aproximadamente a un kilómetro y medio detrás del edificio se encontraba un puerto deportivo con cientos de barcos. Si lograba salir del callejón, podría refugiarse para pasar la noche en el puerto deportivo y encontrar un barco que robar. Plan sólido, suponiendo que lograra salir del callejón.

Jack volvió a la ventana delantera, se sentó en la dura silla de madera y volvió a mirar la calle. El cielo azul empezó a dar paso al resplandor anaranjado del atardecer. Miró su reloj. Faltaba una hora para que oscureciera y su mejor oportunidad para escapar sin ser detectado.

Pasaron treinta minutos. Jack notó que un automóvil se acercaba justo cuando se preparaba para abandonar su posición. No fue tanto el coche lo que llamó su atención sino la reacción de los hombres que custodiaban el coche de Jemma. Uno de los hombres se puso de pie, pareció gritarle a su socio y señaló el vehículo que se acercaba. El coche redujo la velocidad a medida que se acercaba al frente del edificio. Otro vehículo, de la misma marca y modelo, se detuvo detrás del primero. Tres hombres salieron de cada uno, luego los conductores entraron al estacionamiento del motel y salieron. Cruzaron la calle corriendo y se unieron a los otros seis hombres. Cinco minutos más tarde, ocho hombres se les unieron a los cuatro originales.

Todos ellos al otro lado de la calle.

Todos miraban fijamente el motel.

Todos tenían las manos en las pistolas.

Tienes que estar bromeando.

CAPÍTULO 61

—Camaradas—, dijo Dimitri. —Déjenme explicarles lo que tenemos aquí".

—Será mejor que esto sea bueno—, dijo el hombre que Dimitri conocía como Demyan.

Demyan, al igual que Dimitri, había sido uno de los principales agentes de Rusia. Ahora eran los contratistas independientes más buscados del país. Juntos, podrían derrotar a cualquier hombre. A cualquier hombre normal.

—Jack Noble no es un hombre normal—, continuó Dimitri. —No es un objetivo normal. La verdad es que es mejor que cinco de nosotros juntos. Cuando los gobiernos tienen un trabajo que requiere precisión, exactitud y secreto (algo de lo que ellos mismos tienen que distanciarse), Jack Noble es el hombre que contratan cuando no pueden fallar. ¿Saben por qué nos enviaron? Eliminó a tres oficiales y a dos de los nuestros. Todo ello en un barco de menos de quince metros de eslora. ¿Cómo hace un hombre esto?

Nadie dijo nada.

—Es un francotirador entrenado. Podría eliminar a tres de nosotros ahora mismo antes de que podamos hacer un movimiento.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

Dimitri sonrió. —Le doy la bienvenida para que lo haga. Entonces sabríamos en qué habitación está. Daría cualquiera de vuestras vidas por esa información.

Los hombres se rieron.

—¿Cómo sabemos que está en el hotel?

—Simplemente lo sé—, dijo Dimitri. —Ustedes dos—. Señaló a dos hombres del otro equipo. —Quiero que entren y le den esta foto de Noble al gerente. Consigan el número de su habitación.

Kostya tomó la fotografía de manos de Dimitri y asintió. Le hizo un gesto a Vlad y los dos cruzaron la calle.

—Ahora esperemos.

—Si está ahí arriba—, dijo Demyan, —probablemente nos esté mirando. Deberíamos movernos ahora.

Dimitri se encogió de hombros. —Yo estoy a cargo aquí. Esperemos.

Demyan se enfrentó a Dimitri. Tenía los ojos muy abiertos, el ceño fruncido y las fosas nasales dilatadas.

Dimitri sonrió. —Relájate, Demyan.

Kostya salió de la oficina y cruzó la calle corriendo.

—¿Dónde está Vlad? — preguntó Dimitri.

—Hazte cargo del cuerpo—, dijo Kostya.

Dimitri arqueó una ceja. —¿Obtuvimos lo que queríamos?

Kostya sonrió y le tendió una llave.

Dimitri tomó la llave y miró la etiqueta. —Habitación 322—. Levantó la vista y señaló el tercer piso. —Vamos. Ya conoces el plan.

Los once hombres cruzaron la calle en grupo y se desplegaron una vez que llegaron al estacionamiento.

CAPÍTULO 62

El único pensamiento que cruzó por la mente de Jack mientras observaba a los once hombres cruzar la calle fue correr.

Corre tan rápido como puedas.

Los hombres llegaron al estacionamiento y se separaron. Sabía que sólo pasaría un minuto como máximo antes de que dos de ellos bloquearan su ruta de escape en cada extremo del edificio.

Agarró la bolsa de la cama y la arrojó por la ventana trasera. Jack salió por la ventana y alcanzó el tubo de drenaje. Al principio su mano derecha resbaló en el tubo, pero logró agarrarse con la izquierda y se estabilizó. Arrastró su pie izquierdo alrededor de la pared exterior y colocó la suela de su zapato contra ella. Hizo lo mismo con su derecha. Escaló la pared lenta y deliberadamente. A tres metros del suelo, se separó de la pared y dejó que la gravedad se hiciera cargo. El dolor le atravesó la rodilla derecha cuando aterrizó. Jack le restó importancia. Se enderezó, miró a derecha y luego a izquierda. Ambas direcciones estaban desiertas. Eligió la izquierda. Parecía más corto.

Jack corrió por el callejón en una carrera contrarreloj. Él era un blanco fácil allí atrás. Necesitaba salir a la calle para tener una oportunidad. Dobló la esquina y mantuvo su ritmo de velocista.

—Tú—, gritó una voz con mucho acento desde atrás. —Detente.

Jack no se detuvo.

—Iván, Makar—, gritó la voz. —Por aquí.

Jack miró por encima del hombro y vio a tres hombres persiguiéndolo a pie. Vio otro callejón más adelante. Se volvió hacia el callejón y miró hacia atrás: ahora sólo había dos hombres. El otro debió haber regresado por un auto.

Jack empujó entre cajas vacías y basura que obstruían el estrecho callejón.

—Detente—, llamó la voz.

Jack miró hacia atrás. Ahora estaban en la entrada del callejón. Derribó una pila de cajas y atravesó una vieja puerta de madera. La habitación estaba oscura, mohosa y llena de basura. Se agachó y se dirigió a la parte más oscura de la habitación.

Los hombres se detuvieron ante la puerta. Jack escuchó su respiración agitada. Uno jadeó. Hablaron en ruso. Sólo un hombre habló. El otro no dijo nada durante las pausas. Jack sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que aparecieran el resto de los hombres.

Acorralado como una rata.

Miró hacia atrás, pero no pudo distinguir ninguna salida visible. Se agachó y encontró la pared del fondo. Palpó la pared hasta que llegó al marco de una puerta. Buscó un pomo y lo encontró.

—Señor Noble—, dijo una voz diferente con el mismo acento marcado. —No estamos aquí para lastimarte. Necesitamos hablar contigo.

Jack no dijo nada.

—Nuestro gobierno—, continuó la voz, —quiere agradecerle por su servicio. Te encargaste de algunos hombres muy malos. Nos ahorraste mucho tiempo y dinero.

Jack se mordió el labio para no reírse. Tenían que saber más que eso. Se reclinó contra la puerta, con una mano en el pomo y la otra en su Beretta. Ralentizó su respiración y se preparó para escapar o para un tiroteo.

Los pasos se acercaron, aunque sólo un paso. El otro hombre debió permanecer cerca de la puerta esperando para avisar a los demás cuando llegaran. A Jack le pareció oír el sonido de zapatos de suela dura golpeando el pavimento a lo lejos.

El rayo de luz que proporcionaba la puerta principal desapareció. Jack distinguió la forma de un hombre. Una luz se encendió y apuntó a Jack. Jack disparó justo por encima de la fuente de luz. La linterna cayó al suelo y también el hombre que la sostenía.

—Iván—, gritó el otro hombre. Apareció sobre el cadáver de su socio.

Jack disparó de nuevo.

El hombre se desplomó.

Jack se puso de pie y cogió el pomo de la puerta. No giró. Bloqueado.

—Ahí dentro—, dijo una voz.

Jack pateó la puerta. Se dobló, pero no cedió.

Las luces inundaron la habitación.

Volvió a patear la puerta. Se abrió de golpe.

Se escucharon disparos detrás de Jack.

Se agachó y se deslizó por la puerta. Un amplio espacio abierto lo recibió. Giró a su izquierda, corrió unos seis metros y luego se dirigió en diagonal hacia el siguiente conjunto de edificios. No miró hacia atrás, pero escuchó a los hombres salir del cuarto oscuro. Se escucharon disparos. Se preparó para ser golpeado.

Golpeó la acera a toda velocidad. Volvió a sentir el dolor en la rodilla, pero lo ignoró. Siguió la acera a lo largo del amplio edificio. De fondo chirriaban los neumáticos. Jack echó a correr a toda velocidad. El final del edificio estaba justo delante.

Sonaron más disparos.

Una bala se estrelló contra el edificio sobre su cabeza. El muro se derrumbó. Una nube de polvo de yeso envolvió el aire a su alrededor. Él no se detuvo. Sus rodillas temblaron y sus pies tocaron el suelo a un ritmo rápido.

Vamos, Jack. Corre.

Se agarró a la esquina del edificio e impulsó su cuerpo alrededor de él. El callejón se abrió paso hasta la siguiente calle. A mitad del callejón oyó un chirrido de frenos.

—¡Para! —, gritó un hombre.

Se oyeron disparos que nuevamente no lo alcanzaron. No miró hacia atrás. Sabía que tenía que llegar a la siguiente calle. Cualquier cosa podría estar esperando allí, pero era mejor de lo que tenía detrás de él en ese momento. Empujó más fuerte. Sus músculos gritaron. Sus pulmones ardieron.

Realmente tengo que dejar de fumar.

Salió del callejón, giró a la derecha, se detuvo y se apoyó contra la pared. Se tomó un momento para recuperar el aliento mientras esperaba.

El hombre apareció por la abertura. Jack lo atrapó con el brazo extendido. Las piernas del

hombre continuaron avanzando, su torso no. Dio una vuelta en el aire y aterrizó de cabeza. Jack le dio una patada en el costado.

Miró a su alrededor. Al otro lado de la calle, a la derecha, distinguió la entrada al puerto deportivo que había visto antes desde su habitación de motel. Respiró hondo y examinó la calle. Vacía. Cruzó la calle corriendo y se refugió detrás de una extensión de arbustos espesos y descuidados. Esperó y observó. Detrás de él se extendían tres metros de hierba abierta. Se asomó por encima de los arbustos. Cinco hombres más se reunieron alrededor del tipo que estaba en el suelo. Un coche estaba parado sin nadie en el asiento delantero.

Ahora o nunca, Jack.

Se agachó y corrió lo más rápido que pudo. No tomó mucho tiempo, un segundo, tal vez dos, llegar a la relativa seguridad del muro, fuera de la vista. Se mantuvo cerca de la pared de yeso hasta que llegó a la cerca de metro ochenta. Jack escaló la cerca y luego corrió hacia el primer edificio que vio, un baño de concreto y una instalación expendedora.

Abrió la puerta del baño de mujeres y gritó. Ninguna respuesta. Entró, apagó las luces y se metió en un cubículo para recuperar el aliento.

Sólo faltaban unos veinte minutos más o menos para que oscureciera y entonces encontraría un barco.

Jack aclaró su mente y repasó mentalmente todos los escenarios posibles. Tres hombres caídos. Eso significaba que quedaban nueve. ¿Alguno de ellos lo había visto cruzar la calle? ¿Huir de los arbustos? ¿Subir la valla? Cada movimiento que hacía tenía que comprobarlo para asegurarse de que nadie más lo siguiera. ¿Qué pasa con todos los tiros fallidos? Si estuviera lidiando con quién pensaba que estaba lidiando, no había manera de que hubieran fallado tantos tiros.

Se levantó y abrió la puerta del baño un centímetro, pero no escuchó nada más que silencio. Se deslizó por la puerta y atravesó el área de césped hasta el pasillo de concreto que conducía a los muelles. El pasillo llegaba hasta el agua. Durante el día probablemente se pueda ver el fondo del mar. Ahora no era más que un cristal oscuro el que reflejaba las luces.

Jack escaneó el área. El lugar estaba desierto. Eligió un muelle al azar y buscó un barco, tratando de encontrar uno que pudiera resistir el mar embravecido y que pareciera haber estado parado por un tiempo. El muelle era largo y Jack se tomó su tiempo revisando cada barco. De vez en cuando miraba por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo seguía.

Entonces lo vio. Tomó más de una hora, pero allí estaba, un crucero a motor Flybridge de doce metros. Perfecto. Saltó a cubierta y comprobó la timonera. Rompió una caja de seguridad y encontró las llaves. Jack sonrió y suspiró. Buscó en el barco latas de gasolina adicionales. Encontró un par, pero estaban vacías. Agarró los contenedores de veinte galones, regresó al muelle y llevó las latas vacías al final del muelle, hacia la bomba de gasolina. Dejó los contenedores y escaneó el área en busca de movimiento.

Jack respiró hondo. Quizás ahora estaba a salvo. Cruzó el pasillo de cemento y se apoyó contra un edificio donde encendió un cigarrillo. Lo había estado guardando por un tiempo. Sabía... bueno, sabía a calle. Pero eso no importó. La ráfaga de nicotina recorrió su cuerpo y calmó sus nervios. Cerró los ojos y escuchó los sonidos del mar. Las pequeñas olas golpeaban suavemente el mamparo. Una avioneta pasó por encima. Una suave brisa soplaba desde el mar. El olor a sal llenó la nariz de Jack y le recordó cuando era niño en la playa. Él sonrió, probablemente por primera vez en todo el día.

Cada aroma, sonido y sabor se sentía como una sola cosa. Escapar. Y la fuga estaba cerca. Podría viajar en ese barco a través del Mediterráneo si quisiera. Probablemente lo llevaría

alrededor de la bota de Italia y se establecería en algún lugar de la costa de Croacia, Albania o Grecia. Tenía amigos en esos lugares que podrían ayudarlo a regresar a Estados Unidos. Se rascó los pelos incipientes de la coronilla y se rio entre dientes. Dios, odiaba ser calvo.

Jack dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Caminó hacia las latas de gasolina. No escuchó los pasos detrás de él hasta que fue demasiado tarde. El arma le presionó la espalda. El cañón se sentía frío a través de su camisa empapada de sudor.

—No se mueva, señor Noble—, dijo el hombre. —Mi nombre es Dimitri. Mientras cooperes, te trataré como a un amigo y tendremos un buen viaje de regreso a Rusia.

Jack no dijo nada. Él permaneció quieto. Luego sintió el aliento del hombre contra la parte posterior de su cabeza, lo que significaba que probablemente era tan alto como Jack, si no más.

Gira hacia la derecha, con el codo hacia arriba. Continúa con la izquierda, cruzando tu nariz.

Jack se movió.

—No lo pienses, Noble—, dijo Dimitri. Él silbó.

Jack escuchó varios pasos más golpeando el cemento. Miró de lado a lado y vio a tres hombres a cada lado, todos con las armas en la mano.

—No hay ningún lugar adónde ir, Jack—, dijo Dimitri. —Incluso si me atacaras, estos hombres acabarían contigo en dos segundos.

Los hombres dieron un paso adelante, lenta y deliberadamente.

Jack respiró hondo. Tres metros hasta el borde del pasillo. Tres metros hasta el agua. No sabía qué tan profunda era y no le importaba. Se puso en cuclillas ligeramente, con la pierna derecha hacia atrás y la pierna izquierda plantada al frente. Empezó a correr. Sintió la mano libre de Dimitri rodear su hombro. Jack le restó importancia, pero no lo suficientemente rápido. El agarre de Dimitri alteró el camino de Jack. Su pierna se torció. El dolor volvió a atravesar su rodilla. Trató de ignorarlo, pero esta vez no pudo. Sólo dio unos pocos pasos antes de que uno de los hombres lo abordara. Jack se giró y agitó los codos. Atrapó al hombre en el cuello, lo giró un poco más y lo estranguló.

—Retrocede—, dijo Jack. —Retrocede o le romperé el cuello.

Nadie dijo nada. Nadie retrocedió.

Jack gruñó y apretó más. El hombre intentó hablar, pero no salió nada de su boca y luego quedó inerte en los brazos de Jack. Jack empujó el peso muerto y luchó por liberarse. Vio a Dimitri y vio que el ruso saludaba a uno de los otros hombres. Jack levantó la vista a tiempo para ver la cachiporra balanceándose hacia su cara, golpeando su frente. El dolor comenzó encima de sus cejas, se extendió por todo su rostro y envolvió la parte posterior de su cabeza. El borde de su visión se oscureció. La oscuridad se tragó la noche y cayó inconsciente.

CAPÍTULO 63

Pierre salió del edificio de la agencia a la acera. Noche perfecta. Tal como lo predijo el meteorólogo de la televisión. Clara y fresca. Esta noche caminaría a casa. Su apartamento estaba a sólo unos kilómetros de distancia. Quizás incluso se detendría y cenaría algo de camino. Cualquier cosa para no pensar en Jack y la situación en la que él lo puso.

Sacó su teléfono. Sin llamadas perdidas ni mensajes. Llamó al teléfono de Jack. Sonó media docena de veces y luego dejó un mensaje de voz genérico. —Vamos, Jack—, dijo. —Responde —. Volvió a marcar y todavía no había respuesta.

Pierre se guardó el teléfono en el bolsillo y empezó a caminar calle abajo. Esa noche estaba más tranquila de lo normal, especialmente para una velada tan encantadora. A Pierre no le molestó. A veces las multitudes de París lo atacaban. Añoraba los días en los que estaba en misión. Nunca se asoció con más de una persona y, a menudo, trabajó solo. Prefería trabajar solo. Otra persona significaba más oportunidades para cometer errores. Metidas de pata sobre las que no tendría control.

Se acercó una pareja joven. Caminaron del brazo. El hombre asintió hacia Pierre. La mujer sonrió.

Pierre asintió en respuesta.

Se detuvo, se apoyó contra un edificio y encendió un cigarrillo. Vio pasar a la pareja. ¿Tenían idea, se preguntó, de lo cerca que habían estado de un asesino? Y si tuviera órdenes de matarlos no se preocuparía ni un ápice por su amor, su pasado o su futuro. Tampoco le importaría la cantidad de familiares y amigos que quedarían devastados por las vidas perdidas.

Pierre sonrió. Quizás era un poco demente cómo se divertía, pero al menos dejó que su mente fuera allí. Pensó que la mayoría de la gente podría tener los mismos pensamientos si se lo permitieran.

Hay un poco de psicópata en todos nosotros.

Él y Jack (y gente como ellos) eran los verdaderos héroes del mundo. Se encargaban de los trapos sucios de las naciones, mantenían la paz. Todos los demás eran maricas a los ojos de Pierre.

La pareja giró por la calle y se perdió de vista. Pierre arrojó su cigarrillo al asfalto y siguió su camino. Se acercó a su café favorito, acertadamente llamado *Le Café*. Abrió la puerta de hierro forjado y se sentó en un rincón contra la pared.

Una camarera joven y atractiva llamada Katrina se acercó a la mesa. Su cabello castaño estaba recogido hacia atrás, salvo por un largo mechón que enmarcaba el lado derecho de su rostro. Llevaba gafas de montura oscura que opacaban sus ojos azules. Ella separó sus labios rojos y le preguntó qué quería comer. Él apenas la escuchó, porque su atención estaba en su escote expuesto.

—Monsieur—, dijo en tono cantarín.

Pierre levantó la vista.

Ella le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

—Quiché—, dijo. Era su plato favorito.

—*Oui, immédiatement*—, dijo.

No podía quitarle los ojos de encima mientras caminaba hacia otra mesa colocada al otro extremo del patio. Ella le dio la espalda, puso las manos en una silla vacía y se inclinó. Sus pantalones color canela se pegaban firmemente a sus nalgas y muslos. Ella se giró y lo sorprendió mirándola. Sintió que su cara enrojecía. No tenía idea de por qué.

Ella le guiñó un ojo y sonrió cuando pasó a su lado camino a la puerta que conducía al comedor principal.

Pierre sonrió y tomó un sorbo de agua.

Un momento después reapareció la camarera con una botella de vino. La dejó sobre la mesa.

—Oh, no, gracias—, dijo Pierre. —Solo quiero la comida.

—Por favor—, dijo. —Invito yo.

Pierre sonrió.

—Y—, continuó, —si puedes esperar aproximadamente una hora, puedes tomarla conmigo.

Pierre ladeó la cabeza. —¿Quién te metió en esto?

—¿Perdón? — dijo ella.

—Vamos—, dijo. —He estado comiendo aquí durante años. Me has atendido varias veces y nunca me has pedido nada más que lo que quiero.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué es diferente? ¿Por qué esta noche?

Ella no dijo nada.

—¿Estás segura de que nadie te obligó a hacer esto?

Ella sonrió y se inclinó hacia adelante. Puso su cara junto a la de él, sus labios junto a su oreja. —¿Esto te convence? — Ella le lamió el cuello y le mordió ligeramente el lóbulo de la oreja.

Pierre sonrió. —Supongo que sí.

Dejó la botella sobre la mesa y desapareció dentro.

Se recostó en la silla, lleno de confianza.

La camarera apareció con su cena. Dejó caer el cigarrillo en el cenicero y lo apagó.

—¿Puedes sentarte? — preguntó.

Ella sacudió su cabeza. —No hasta que termine mi turno.

Pierre asintió y tomó un bocado de su comida.

La camarera jadeó y siguió.

Pierre se echó hacia atrás en su silla en un intento de alcanzar su arma enfundada.

Frente a él estaban dos hombres corpulentos, uno de ellos con un colorido tatuaje que le cubría la mitad de la cabeza. Ambos vestían trajes oscuros con camisetas debajo de las chaquetas. Ambos sostenían en sus manos pistolas de 9 mm de fabricación rusa. Ambos apuntaron con las pistolas a la cabeza de Pierre.

—No te muevas—, dijo el hombre tatuado con acento ruso.

La camarera se devolvió a la mesa. —¿Qué diablos está pasando aquí?

—Cállate—, dijo el otro ruso.

—Solo retrocede lentamente, Kat—, dijo Pierre.

—Pierre, ¿qué diablos está pasando? — dijo ella.

El de la cabeza tatuada le apuntó con su arma. Mantuvo sus ojos en Pierre. —Dile que si quiere vivir necesita cerrar la boca ahora.

—Cállate, Kat—, dijo Pierre.

Se apoyó contra la barandilla que separaba la terraza del café de la propiedad de al lado. Se deslizó por la barandilla y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Está bien, Kat—, dijo Pierre. —Sólo guarda silencio.

—Levántate—, dijo el ruso calvo.

Pierre sonrió, levantó las manos y se levantó. El otro hombre se inclinó y sacó el arma de Pierre de su funda.

—¿Más armas?

Pierre asintió. Puso su pie derecho sobre la mesa y se miró el tobillo. El hombre levantó la pernera del pantalón de Pierre y sacó el cuchillo de su funda.

—¿Eso es todo?

Pierre asintió. No le quitaba los ojos de encima al ruso. Sin embargo, podía sentir las miradas de todos en el patio.

—¿Nos vamos? — preguntó Pierre.

El ruso calvo estaba detrás de Pierre, manteniendo su arma apretada contra su espalda. El otro hombre lo condujo a través del patio, atravesó la puerta y bajó por la acera. Se detuvieron frente a un sedán negro. El hombre abrió la puerta y le indicó a Pierre que entrara. Entró y el hombre calvo se sentó a su lado. El otro hombre corrió por delante y puso en marcha el coche. Se alejaron a toda velocidad.

—¿A dónde vamos? — preguntó Pierre.

—Cierra la boca—, dijo el hombre a su lado.

—Vine pacíficamente—, dijo Pierre. —Lo menos que puedes hacer es decírmelo.

El ruso suspiró. —Vienes con nosotros a Rusia.

—¿Para qué?

—Para responder por tus crímenes.

—¿Qué crímenes son esos?

—El asesinato de Dorofeyev y su partido.

Pierre no dijo nada.

Traicionado. ¿Pero por quién? ¿Jack? ¿Óscar? ¿Alguien de la agencia?

—¿Algo más? — preguntó el hombre.

—¿Por qué yo?

El ruso se volvió y lo miró. —¿Estás tratando de decirme que eres inocente?

Pierre se encogió de hombros. —Bueno, no hice ningún disparo...

El gran codo del ruso se estrelló contra la cabeza de Pierre. Le alcanzó debajo del ojo izquierdo y en la punta de la nariz. La cabeza de Pierre se movió hacia atrás y luego hacia adelante. Se llevó las manos a la cara y sintió que la sangre se acumulaba en la parte inferior de las palmas.

—¿Algo más? — preguntó de nuevo el ruso.

—No—, dijo Pierre. —Estoy bien.

Se secó las lágrimas de los ojos y luego miró por la ventana, observando las luces de la calle mientras parpadeaban. Cruzaron la ciudad, pasaron por el B*ulevar Periférico* y atravesaron los suburbios.

El pánico no llegó hasta que se dio cuenta de que estaban demasiado lejos de la ciudad para

dirigirse al aeropuerto. Se aclaró la garganta y abrió los labios para hablar.

—No digas una palabra—, dijo el ruso a su lado.

Pierre suspiró y se dejó caer en su asiento.

Menos de media hora después, el coche redujo la velocidad y giró. Ahora lo sabía. Giraron en un aeropuerto privado que él mismo utilizaba de vez en cuando. Lo llevaban a Rusia. Primera clase en todos los sentidos. Él se rio ante la idea.

—¿Algo gracioso, Pierre?

Pierre sacudió la cabeza.

El coche se detuvo. El hombre que iba delante salió, rodeó el coche y abrió la puerta.

Pierre puso un pie en el suelo blando. El hombre del asiento trasero lo empujó y el hombre de la puerta lo jaló del cabello. Pierre salió trastabillando y cayó de rodillas. El hombre de la puerta le dio una patada en las costillas. El dolor atravesó el costado de Pierre. Forzó una respiración profunda e hizo una mueca.

—Levántate—, dijo el ruso calvo.

El otro hombre se rio y levantó a Pierre tirándolo del pelo.

—Gracias—, dijo Pierre con los dientes apretados. —Muy amable.

—Los franceses—, dijo el hombre. Le escupió a Pierre.

Pierre miró su camisa y frunció el ceño ante las manchas húmedas. Sacudió la cabeza.

—Ya es suficiente—, dijo el hombre calvo. Agarró a Pierre por el codo y lo llevó al avión. Otros tres hombres los saludaron.

—Caballeros—, dijo Pierre.

Uno se rio de él.

Pierre le devolvió la sonrisa. Podrían vencerlo, pero no doblegarlo.

—Sube a bordo—, dijo el hombre calvo. —Intenta disfrutar del último vuelo de tu vida.

CAPÍTULO 64

Clarissa se apoyó en la barandilla del balcón. Las olas del Atlántico finalmente cedieron y pasaron por la Corriente del Golfo. Se inclinó y miró hacia adelante, pero aún no podía distinguir la tierra. Sin embargo, ella sabía que estaba cerca. Tendrían varias horas antes de que partiera el siguiente barco. Supuso que podría tomar un transbordador en algún lugar, pero descartó la idea. Lo mejor sería subir al siguiente barco lo antes posible.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Su mente se aceleró. Habían pasado un par de días y no se había dicho una palabra sobre Mike en ninguna de las conversaciones que ella había escuchado a escondidas. Incluso convenció a uno de los oficiales de seguridad del barco para que le diera detalles sobre los pasajeros que estaban vigilando. Según él, a bordo había dos hombres que sospechaban que transportaban heroína. Planeaban bajarlos cuando abandonaran el barco, después de pagar, por supuesto.

Mike no era más que un fantasma. Tal vez alguien estaría esperándolo en tierra o en otro estado. Pero pasarían días antes de que pudieran rastrearlo hasta Clarissa, si es que llegaban a rastrearlo hasta ella.

Otro golpe.

Se levantó y miró por la mirilla. Al otro lado había una mujer joven vestida con el uniforme del barco.

Estuve allí, lo hice.

Ella abrió la puerta. —¿Sí?

—Señora, tenemos una carta para usted desde la costa.

Clarissa llevó los dedos a la rendija de la puerta y la mujer deslizó el sobre.

—Gracias—, dijo Clarissa. Cerró la puerta y regresó al balcón. Abrió el sobre y leyó la carta.

Clarissa,

Sáltate el próximo barco. Mi socio se reunirá contigo en esta parada. Él te llevará a Miami y te alojará allí. Nos reuniremos allí y discutiremos a dónde ir a continuación.

Oso.

Ella respiró hondo. Le decía a la gente que odiaba que los planes cambiaran, pero esa no era la verdad. A ella no le importó en absoluto.

Clarissa metió todo lo que pudo en una mochila y tiró todo lo demás por la borda. Observó cómo el océano arrasaba con la mitad de su guardarropa.

Pasó una hora y el barco llegó. Se abrió paso entre la multitud y salió del barco. Una vez en tierra, encendió su teléfono celular y encontró un lugar para sentarse. Sonó el teléfono y ella contestó.

—¿Clarissa?

—Sí, soy yo—, dijo.

—Está bien, estoy aquí para buscarte. Estoy en un Towncar Lincoln negro.

Se levantó y examinó la larga fila de coches. —Veo al menos diez.

—Estoy saludando.

—No te veo.

—Llevo gorra negra, traje negro y una espesa barba marrón.

—Oh, ahí estás—, dijo mientras se paraba en la banca. —Te estoy devolviendo el saludo.

—Te veo—, dijo. —Iré enseguida para ayudarte con tu equipaje.

—No te molestes—, dijo. —Solo tengo mi mochila.

Colgó y se metió el teléfono en el bolsillo. Se abrió paso entre la fila de personas que esperaban sus autobuses y lanzaderas y luego cruzó la calle.

El hombre barbudo la recibió en la parte trasera del coche. Abrió el baúl.

—Adelante, pon tu bolso ahí.

Ella se aferró a la bolsa. —Prefiero sostenerla.

—Insisto—, dijo. —Estarás más cómoda.

Ella suspiró y le entregó la bolsa.

—¿Eres amigo de Oso? — preguntó ella.

Él se encogió de hombros. —No sé quién es Oso. Supongo que ese tipo es su amigo—. Señaló la ventanilla trasera tintada.

Clarissa entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante pero no pudo ver nada.

—Lo que sea—, dijo.

El conductor la rodeó y abrió la puerta trasera. —Hermoso día, ¿sabes? Pero vamos a encontrar lluvias de camino a Tampa.

Puso un pie en el coche y se volvió hacia él. —¿Tampa? ¿Pensé que íbamos a Miami?

Él sonrió, la empujó dentro del auto y cerró la puerta. Las cerraduras hicieron clic.

Clarissa tiró del picaporte, pero la puerta no se movía. Se deslizó sobre el banco de cuero negro y tiró de la manija de la puerta opuesta. La puerta no se movió. Ella gritó, echó la cabeza hacia atrás y golpeó las manos contra el asiento de cuero. Finalmente levantó la vista y vio al hombre sentado al otro lado del auto. Llevaba un sombrero de ala ancha y se inclinaba hacia adelante. El sombrero le bloqueó la cara.

—¿Quién diablos eres tú? — preguntó ella.

El hombre levantó la vista y sonrió.

Clarissa sintió que se le daba un vuelco el estómago. Su pulso y respiración se aceleraron. Le hormiguearon las manos. Imágenes del picahielo ardiendo llenaron su cabeza. —No, tú no.

—Hola, niña—, dijo el hombre con una sonrisa. —¿Te acuerdas de mí?

—Sinclair—, susurró. —¿Qué? Tus amigos... ¿Oso?

—Me conmueve que me recuerdes. Ciertamente no me he olvidado de ti.

Clarissa se sintió enferma. Tenía la cara sonrojada y las manos húmedas. Sus músculos se contrajeron. El pánico se apoderó de ella y sintió que el mundo se cerraba.

Sacó una aguja de su bolso negro, la deslizó por la parte trasera y se sentó junto a ella. —Ahora relájate. Esto no dolerá en lo más mínimo.

Clarissa quería contraatacar, pero el pánico la golpeó fuerte y rápidamente y no pudo moverse lo suficientemente rápido. Sintió la aguja clavarse en su brazo y sus sentidos se embotaron al instante. Ella se desplomó en su asiento. Medio despierta, medio desmayada. Intentó luchar contra la droga, pero fue inútil. Sin embargo, esta droga fue diferente a su primer encuentro. Incluso en su estado actual podía decirlo.

—No te preocupes, Clarissa—, dijo. —Voy a cuidar muy bien de ti.

Ella negó con la cabeza, o al menos así lo pensó. Intentó hablar, pero no salió nada.
Él rio.
Ella se desmayó.

CAPÍTULO 65

Oso se apoyó en el coche de alquiler y observó el tráfico de la I-75. Ya llevaban aproximadamente media hora en la parada de descanso rural del sur de Georgia. Mandy no se sentía bien. Quería darle la oportunidad de recuperarse. Había estado enferma la mayor parte de la semana. Supuso que tenía que ver con la escena que presenció en Montana. Aunque ella sólo le contó un poco, fue suficiente para que él se diera cuenta de que había visto demasiado.

Caminó por la acera agrietada, sin perder de vista a la niña en el auto. Presionó su teléfono celular con fuerza contra su oreja.

—Responde, Jack—, dijo.

Sin respuesta.

Colgó la llamada y marcó el número de Clarissa. Sonó ocho veces y luego saltó su buzón de voz.

—¿Dónde demonios está todo el mundo? — dijo él.

Mandy le dio una mirada divertida desde el interior del auto.

Él sonrió y saludó. —No me hagas caso.

Ella se rio.

Él le guiñó un ojo y se dio la vuelta. Marcó de nuevo el teléfono de Clarissa y luego el de Jack. Probó con el francés Pierre. Sin respuesta. Finalmente le dejó un mensaje a Jack.

—Jack, soy yo. No sé qué está pasando. No puedo comunicarme con nadie. Ni tú, ni Clarissa ni Pierre. ¿Qué diablos está pasando? Llámame.

Colgó. Escaneó su teléfono y marcó a Brandon, uno de sus contactos en la agencia.

—¿Hola? — Brandon respondió.

—Gracias a Dios—, dijo Oso.

—¿Quién diablos es?

—Es Oso, el socio de Jack.

—¿Noble?

—Sí, hombre—, dijo Oso. —¿Has escuchado algo?

—¿Acerca de? ¿Jack?

—Jesús—, murmuró Oso. —Sí, Jack. El viejo, Charles, quien sea, no me importa. ¿Has escuchado algo?

—Sí—, dijo Brandon. —Quizás quieras sentarte.

—Estoy sentado—. No lo estaba.

—Recogimos algunas charlas, hombre. Algunos tipos malos detrás de Jack.

—¿Quienes?

—Agentes rusos.

—Oso preguntó: —¿Cuándo recibiste la última actualización?

—Al menos unas horas.

—¿Conoces al francés, Pierre?

—Sí, sé de quién estás hablando.

—¿Algo sobre él?

—No.

—¿Qué pasa? — Oso hizo una pausa, —¿Puedes obtener registros de la TSA?

—Claro que sí. ¿A quién buscas?

— Abbot, Clarissa Abbot.

—Veamos aquí.

Oso escuchó los dedos de Brandon trabajando en el teclado mientras su barba chirriaba contra el micrófono del teléfono.

—Bien, esto es lo que tenemos. Salió de su barco alrededor de las diez de esta mañana.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Ella estaría allí si se subiera a otro barco, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿dónde está ella?

—Florida sería mi suposición.

—Mierda—, dijo Oso. —Dame algo que pueda usar.

Brandon no dijo nada.

—Si te doy información del crucero, ¿puedes decirme si ya partió?

—No voy a ver nada si ella sale del mismo muelle—, respondió Brandon. —Te puedo decir que todos los barcos que hoy partían de ese lugar ya lo hicieron.

—Anota mi número, Brandon. Si oyes algo fuera de lo normal, dímelo.

—Está bien—, dijo Brandon. —¿A quién busco? ¿Espantos?

—Sí, ellos o cualquier persona de la organización del anciano, y cualquier contratista.

—Lo tienes, hombre.

Oso colgó y volvió a ponerse al volante del coche de alquiler. Gruñó y golpeó el volante con las manos.

Mandy se volvió hacia él. —¿Qué ocurre?

Cerró los ojos y respiró hondo. No quería asustar a la chica. —Nada, cariño. Perdí algo por ahí y no pude encontrarlo.

—¿Seguiste tus pasos? — ella preguntó. —Eso es lo que hago cuando pierdo algo.

—Sí—, dijo Oso. —Seguí mis pasos.

Comprobó su mapa y alteró su rumbo. Cruzarían Florida por la I-10 y tomarían la I-95 en Jacksonville, luego hacia el sur hasta Cabo Cañaveral.

CAPÍTULO 66

Charles se apoyó en la barandilla del balcón de su nueva casa. Tenía una vista clara de la Torre Eiffel. Charles, que no se consideraba romántico, se sorprendió al descubrir lo encantadora que encontraba la vista.

—Es otra cosa, ¿no? — preguntó Alonso.

—Claro que sí—, dijo Charles.

—Charles, nunca hablamos de...

—Cállate—, dijo Charles. —Nunca lo menciones. Sé que hiciste lo que tenías que hacer. Solo júrame que ahora me eres leal.

—Lo soy—, dijo Alonso.

Charles se giró y lo miró fijamente a los ojos. —Júralo.

—Lo juro, Charles. Te juro que te soy leal. Moriré por ti, si es necesario.

Charles asintió y se dio la vuelta.

—Bien—, dijo, —Eso es exactamente lo que necesito escuchar. Nos apoderaremos de toda esta ciudad a partir de mañana. Cualquiera que esté en contra terminará en el suelo.

Alonso se acercó a Charles. —Tengo reuniones programadas con esos hombres como solicitaste.

—Excelente—, dijo Charles. —Prepárate, ¿de acuerdo?

—¿Para qué?

—Si no están de acuerdo, tendremos que actuar allí mismo.

—Estoy listo.

Charles escudriñó el horizonte. —Hermoso, ¿no?

—Ciudad de la Luz—, dijo Alonso.

—Y pronto todo será mío—. Miró a Alonso y le tendió la mano. —Nuestro.

Alonso se enderezó y agarró la mano de Charles. —Sí, nuestro.

CAPÍTULO 67

Los grilletes se clavaron en la muñeca de Jack. Las pesadas cadenas conectadas a los grilletes estaban ancladas a la pared con gruesas placas de hierro. La habitación estaba húmeda y oscura, con un rayo de luz que entraba desde el final del estrecho pasillo. El sonido del agua goteando resonaba en la cámara cada veinte o treinta segundos.

No estaba seguro de cuánto tiempo había estado allí. Podrían haber sido horas, podrían haber sido días. Le habían dado de comer un par de veces. Lo golpearon unas cuantas veces más de lo que le dieron de comer. Entraba y salía de conciencia. De alguna manera se las había arreglado para no decir una palabra.

La puerta al otro extremo de la habitación se abrió y se estrelló contra la pared. Metal contra metal tintineó y el sonido rasgó el aire. Los músculos de Jack se tensaron mientras se preparaba para lo que podría venir. Se empujó contra la pared y se puso de pie, lo que seguramente los enojaría aún más. ¿Por qué hacerlo? Para que se jodan, por eso.

Unos pasos resonaron por la celda. Jack prefirió las gotas de agua.

Escuchó dos voces hablando en ruso, seguidas de risas. Luego escuchó el claro golpe de un puño contra la carne.

—Levántate—, gritó una voz con acento ruso.

Uno de los hombres entró en la celda. —Te hemos traído un amigo, Noble.

Jack no dijo nada.

El hombre se acercó a Jack.

Jack se presionó contra la pared, cada músculo de su cuerpo flexionado, listo para recibir la paliza que se avecinaba.

El hombre sonrió. —Hoy no, Noble. Ya has tenido suficiente. Por ahora—. Se volvió. —Además, la hemos pasado bien con tu amigo aquí.

El otro ruso empujó al nuevo prisionero al suelo. Se paró sobre él y lo levantó por el cabello. —Saluda a tu amigo, Pierre.

Jack cerró los ojos. Al menos ahora sabía que no fue Pierre quien le tendió una trampa. O, al menos, si lo hizo, también lo tenían.

Encadenaron a Pierre a la pared contigua, a unos metros de Jack.

—Ustedes dos disfruten su estadía—, dijo uno de los hombres rusos.

Los guardias se rieron.

Jack esperó hasta que escuchó el clic de la segunda puerta antes de decir algo.

—¿Qué diablos, Pierre?

Pierre respiró rápido y superficialmente. —Yo... Jack, no tuve nada que ver con eso.

Jack negó con la cabeza. No importaba. Ambos estaban aquí ahora. Y desde aquí, quién sabía a dónde irían.

—Estamos jodidos, Jack.

—¿Acabas de darte cuenta de eso?

—Los escuché mencionar…

—Nunca me pidas que haga otro trabajo, Pierre. ¿Lo entiendes? — Jack escupió a la pared opuesta. —Ni siquiera me pidas que te ayude a salir de este desagradable agujero.

—Delfín Negro, Jack. Los escuché mencionar Delfín Negro.

—¿Qué diablos es un delfín negro? — preguntó Jack.

—Es…— Pierre se quedó en silencio. Su respiración siguió siendo rápida y superficial. —No puedo hablar ahora, Jack.

—Genial—, dijo Jack. —Así que ahora somos solo tú, yo y una manada de malditos delfines negros.

Inclinó su cuerpo hacia la derecha y metió la mano en el bolsillo de su camisa. Sacó un cigarrillo y cerillas. Quizás no lo alimentaron, pero lo mantuvieron abastecido de cigarrillos. Encendió el cigarrillo y se sentó en silencio con su nuevo compañero de celda.

SIN TÍTULO

EPISODIO 5

CAPÍTULO 68

—¿Jack?

Jack no dijo nada. Había compartido la celda oscura y húmeda con Pierre durante las últimas veinticuatro horas. Pierre había hablado durante veinte de esas horas.

—¿Jack? ¿Estás despierto?

Jack levantó la barbilla del pecho y miró a Pierre. Incluso en la oscuridad pudo ver que el rostro de Pierre estaba alargado y demacrado. —¿Sí?

—¿Tienes un cigarrillo?

—¿Tienes un encendedor?

—¿Cómo podría? — Pierre extendió los brazos tanto como se lo permitieron sus ataduras.

—Te lanzaré un cigarrillo—, dijo Jack. —Pero no mi encendedor.

—¿Por qué no?

—Tú tiras un cigarrillo y yo sólo me quedo con un cigarrillo. Tiras mi encendedor y no puedo fumar—. Jack encendió un cigarrillo. Inhaló profundamente. —Tal vez los guardias puedan darte un encendedor—. Señaló hacia el pasillo vacío fuera de su celda.

Pierre suspiró. —Que te jodan, Jack.

Jack se rio. Le arrojó el cigarrillo encendido a Pierre. Calló en el estómago del espía francés. Pierre maldijo y retorció su cuerpo hasta levantar el cigarrillo del suelo.

—Gracias, Jack.

Jack asintió y no dijo nada. Miró más allá de las barras de hierro oxidadas que les impedían salir. Una rata olisqueó su pie. Le dio una patada y la envió a un agujero en el costado de la celda. ¿Por qué no podían tapar los agujeros con barras de hierro oxidadas más pequeñas y mantener alejadas a las malditas ratas?

—¿Qué crees que harán con nosotros? — preguntó Pierre.

Jack suspiró. Él se preguntaba lo mismo. Una docena de escenarios pasaban por su cabeza y ninguno de ellos tenía un final feliz. —Tú eres el agente del gobierno, Pierre. Dímelo tú.

—En Francia, y estoy seguro de que también en Estados Unidos, habría un tribunal militar especial para este tipo de cosas.

—¿Qué clase de cosas? — Jack sabía qué tipo de cosa era.

—Supongo que nos tienen como terroristas—. Pierre hizo una pausa. —Amenazas a la seguridad nacional. Algo de esa naturaleza.

—Tribunal—, dijo Jack la palabra en voz alta mientras reflexionaba sobre ella. —¿Cómo funciona eso aquí?

—No estoy seguro—, dijo Pierre. —No me había pasado algo así antes.

Jack no dijo nada. Bajó la cabeza y volvió a apoyar la barbilla en el pecho. Cruzó las piernas a la altura de los tobillos y puso las manos en los muslos.

Pierre dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en la pared detrás de él. Lo agitó hacia los barrotes que los confinaban.

—Yo esperaría—, dijo Pierre, —que haya un juez, un jurado y un verdugo.

Jack suspiró y no dijo nada.

—Y eso…—, continuó Pierre, —pues tú y yo ya somos culpables.

Jack volvió a mirar hacia arriba. —¿Cómo ejecutan a la gente aquí?

—No operarán bajo ninguna regla gubernamental civilizada—. Pierre miró hacia el techo. —Te puedo asegurar eso.

—¿Dónde crees que estamos?

Pierre se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

Jack se rio entre dientes. ¿Cómo diablos, Pierre lo arrastró a esta conversación? Jack habría estado feliz de esperar y sorprenderse cuando cualquier fraude de un juez fallara en su contra. Muy tarde ahora. Pierre despertó su curiosidad.

—¿Cuál es tu mejor conjetura? — preguntó Jack.

Pierre volvió a encogerse de hombros. —Me vendaron los ojos cuando aterrizó el avión. El viaje hasta aquí tomó bastante tiempo. Si tuviera que adivinar, diría que en alguna base militar o, posiblemente, en algún lugar del que nuestros gobiernos no tienen información.

Jack metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó sus cigarrillos. —¿Otro?

Pierre asintió.

Jack encendió dos y le arrojó uno a Pierre. —Ojalá nos hubieran desencadenado. Esto es jodidamente ridículo.

Pierre se rio. —Seguramente saben quiénes somos.

Jack se encogió de hombros y no dijo nada.

—Eso o los barrotes—, señaló con la cabeza hacia los barrotes de hierro oxidados en el frente de la celda, —son basura y podríamos escapar—. Se reclinó y pensó por un momento. —Lo más probable es que nos tengan miedo.

Jack sonrió. Miró hacia el pasillo. Una tenue luz parpadeó en el otro extremo del oscuro pasillo y luego desapareció. Un momento después, el sonido del metal chirriando contra el metal resonó por el pasillo y dentro de su celda. La puerta se abrió y entraron cuatro hombres.

Estaban a punto de recibir la visita de los guardias.

Jack se puso rígido.

—Pierre—, dijo Jack. —En caso de que nos separemos…

—Eso no sucederá, Jack. Todavía no.

—Escúchame—, dijo Jack. —Tú no tuviste nada que ver con eso. ¿De acuerdo? Todo esto fue idea mía. Trabajé por cuenta propia y me encargué de los rusos por mi cuenta.

—Tienen a Oscar. Estoy casi cien por ciento seguro de ello.

—Entonces yo lo planeé. Robé tus contactos la última vez que trabajamos juntos y obtuve la información de Oscar.

—Jack.

—Cállate, Pierre. No intentes disuadirme de esto. Soy hombre muerto pase lo que pase—. Jack se presionó contra la pared y puso los pies debajo de él. —No hay ninguna razón para que ambos muramos.

—¿Jack?

—Sí—, respondió Jack.

—¿Tienes familia?

Jack pensó en Oso y Clarissa. En la niña. Eran su familia. Pero nadie podría saber eso.

—No—, dijo Jack.

La risa estalló desde el otro extremo del pasillo. Jack distinguió las formas de cuatro hombres caminando hacia ellos, uno considerablemente más fornido que los demás.

—Cuatro de ellos—, susurró.

—Cristo—, dijo Pierre asintiendo.

Una linterna de luz larga los cegó. Ambos hombres intentaron protegerse los ojos.

—Hola, pastelitos—, dijo el fornido ruso. Se quitó el sombrero y lo colocó detrás de él. Sacó una pistola de su cinturón y apuntó a Jack.

Otro hombre entró en la celda y sacó un arma de su cinturón. Apuntó a Pierre. Los dos guardias restantes entraron en la celda y se acercaron lentamente a los prisioneros.

—Manos extendidas—, dijo el fornido ruso.

Pierre extendió las manos. Jack no lo hizo.

El fornido ruso levantó su arma. —Manos extendidas—, dijo de nuevo, esta vez mucho más alto. Sus palabras resonaron por toda la celda.

Jack dio una profunda calada a su cigarrillo y se llevó una mano a la boca. Sacó el cigarrillo y se lo arrojó al fornido ruso. Dejó caer las manos a los costados.

—Jack—, dijo Pierre.

El fornido ruso mantuvo sus ojos en Jack y asintió con la cabeza al joven guardia. El guardia se acercó y le dio un puñetazo a Jack en el estómago.

Jack sabía que vendría. Había apretado su estómago lo más fuerte posible. Sus músculos absorbieron parte del impacto, pero no todo. Tosió y luchó por llenar sus pulmones de aire, pero logró mantener su cuerpo alto y erguido. Forzó una sonrisa.

El joven ruso se acercó a Jack y le agarró las muñecas. —Señor—, dijo. —Por favor, extienda las manos.

Jack se quedó quieto por un momento, desafiante. Pensó en todo lo que podría hacerle al joven en el espacio de diez segundos. El hombre también lo sabía. Jack podía verlo en sus ojos. Oscilaron de un lado a otro. Las fosas nasales del ruso se dilataron y el ritmo de su respiración se aceleró. Sintió el corazón del hombre acelerarse a través de las yemas de los dedos que agarraban las muñecas de Jack. Sí, Jack podría matarlo. Justo aquí y ahora. ¿Pero qué ganaría con eso? El fornido ruso le dispararía en el acto.

—Señor—, dijo nuevamente el hombre con un fuerte acento. —Por favor.

Jack levantó los brazos.

El guardia colocó las esposas alrededor de las muñecas de Jack. Abrió las cadenas. Cayeron al suelo con estrépito.

—Fuera—, dijo el fornido ruso asintiendo con la cabeza. —Necesitas prepararte.

—¿Para qué? — preguntó Jack.

Los rusos no dijeron nada.

Pierre le lanzó una mirada.

Jack entendió el silencio. No dijo nada más. Siguió a los guardias hasta el pasillo y caminó hacia la luz.

CAPÍTULO 69

Silencio. Clarissa había olvidado lo ensordecedor que podía ser el silencio. Se quedó quieta, con los ojos cerrados, luchando por recordar dónde estaba. Los acontecimientos que condujeron a este momento se desarrollaron en su cabeza. El crucero. El hombre que intentó atacarla, Mike. Su corazón se aceleró. Ella abrió los ojos. El resplandor de las luces en las paredes y el techo de acero inoxidable la cegó.

¿Dónde diablos estoy?

Saltó de su cama y retrocedió hasta un rincón. Se deslizó hasta el suelo y se apretó las rodillas contra el pecho. Por un momento, el miedo de estar retenida en el pabellón de una prisión pasó por su cabeza. No, eso no puede ser correcto. Ella bajó del barco. Encontró su vehículo. El recuerdo aún estaba fresco. Entonces se dio cuenta. Sinclair.

Clarissa dejó caer la cabeza y hundió el rostro entre las manos. Después de todo lo que había pasado, volver al punto de partida fue nada menos que debilitante. Ella sacudió la cabeza y reprimió las ganas de llorar.

Se puso de pie y palpó la pared. El frío acero le mordió los dedos y las palmas. Golpeó las uniones fabricadas. Sólidas. Sin puntos huecos. Regresó a su cama y miró alrededor de la habitación. Aparte de la cama, la habitación incluía una combinación de inodoro y lavabo de acero inoxidable. Nada más. Ni sillas, ni mesa, ni libros. Nada. La puerta parecía estar hecha del mismo material que el resto de la habitación. Se acercó a la puerta y contempló su reflejo en la pequeña ventana de cristal de espejo de nueve por nueve pulgadas. Presionó su rostro contra él, sus manos bloqueando la luz. Creyó ver la silueta de una persona justo al otro lado de la puerta.

Clarissa retrocedió y golpeó la puerta con los puños. Gritó para que la dejaran salir.

Nadie respondió.

Ella pateó la puerta.

Aun así, no hubo respuesta.

Ella retrocedió y cayó sobre su cama. Miró su reflejo distorsionado en el techo de acero inoxidable. ¿Por qué el techo? ¿Para evitar que la gente escape? Un panel de vidrio oscuro cubría una sección de solo treinta centímetros cuadrados en la esquina de la habitación. Se paró al final de la cama y miró hacia la esquina. La vaga silueta de una cámara se escondía detrás del cristal ahumado. Volvió la cabeza hacia la combinación de inodoro y lavabo. Sin privacidad. Se apoyó contra la pared y extendió su mano derecha hacia la cámara. Saludaba a quien la observaba con el dedo medio extendido.

—Pervertidos—, murmuró.

Clarissa se dejó caer en la cama, se puso las manos detrás de la cabeza y siguió mirando al techo.

¿Ahora qué? El viejo tiene los documentos. ¿Qué diablos quiere Sinclair de mí?

Cerró los ojos, suspiró y se pasó una mano por el cuerpo. Sólo entonces se dio cuenta de que le habían cambiado de ropa. Levantó la cabeza y frunció el labio al ver los pantalones cortos de algodón gris y la camiseta sin mangas con los que la vistieron. Tampoco recordaba haber visto su mochila. De nada sirvió la ropa de diseñador italiano que compró antes de abordar el crucero. Suspiró y volvió a cerrar los ojos.

Sus pensamientos se dirigieron a Jack. No era de las que deseaban que un caballero de brillante armadura viniera a salvarla, pero en ese momento se encontró deseando que Jack apareciera y la rescatara de esta celda.

Un golpe en la puerta sacó a Clarissa de sus pensamientos. Se sentó y puso los pies en el suelo. Un sonido de clic llenó la habitación. La puerta se abrió. Clarissa se puso de pie y se colocó contra la pared, junto a la puerta.

—Preséntate—, dijo una voz masculina.

Clarissa no dijo nada.

—Ahora—, dijo la voz.

Clarissa permaneció inmóvil. La puerta se abrió un poco más y vio aparecer un bote blanco.

—Te voy a gasear—, dijo el hombre.

Clarissa se apoyó contra la pared. Respiró hondo y saltó hacia la puerta, lanzándose hacia ella con el hombro. Empujó contra él con todo su peso. La puerta no se movió. El sonido del gas rociado la golpeó justo un momento antes que el gas mismo. Se le hizo un nudo en la garganta y cayó de rodillas. Se arrastró hacia el fondo de la celda, hacia el lavabo. Era como nadar sobre cemento mojado. Cuando llegó al fregadero apenas podía levantar la mano unos centímetros del suelo. Se obligó a retroceder y logró poner un brazo sobre el fregadero. Buscó a tientas la manija, la giró y colocó la mano debajo del grifo. Un chorro de agua goteó sobre el fregadero y le cayó en la cara. Abrió la boca y dejó que el agua se deslizara por su garganta. Los músculos de su garganta se relajaron y cayó al suelo, jadeando para llenar de oxígeno sus ardientes pulmones.

Se oyeron pasos. —¿Lista para partir pacíficamente ahora?

Clarissa se apoyó en un codo. El hombre de pelo rubio estaba de pie junto a ella. Alto y delgado. Ella pensó que podría manejarlo. Se sentó sobre sus talones, frente a él. Sonrió.

Metió la mano en su bolsillo y sacó una pistola paralizante. —No lo intentes, muñeca.

¿Muñeca?

Clarissa se abalanzó y logró rodearle los testículos con la mano antes de que él le disparara la pistola paralizante. Cincuenta mil voltios de electricidad recorrieron su cuerpo. Ella tembló violentamente. Su mano, todavía alrededor de su ingle, apretó aún más fuerte, permitiendo que la electricidad fluyera a través de él también.

El hombre gritó mientras ambos caían al suelo.

Clarissa sonrió a pesar del dolor.

El estallido de electricidad sólo duró unos segundos, pero fue suficiente para convertirlos a ambos en montones de carne inútiles en el suelo de su celda.

Clarissa se sacudió los efectos. Levantó la cabeza y vio la puerta abierta de par en par. Se arrastró sobre el guardia incapacitado y se puso de rodillas. Intentó ponerse de pie y tropezó. Los efectos posteriores de la descarga eléctrica la golpeaban cada pocos segundos y convulsionaba incontrolablemente. Pareció tardar una eternidad en llegar a la puerta.

Sacó la cabeza y miró el pasillo. Vacío. Qué mala suerte, pensó. Centímetro a centímetro atravesó la puerta y se subió apoyada a la pared.

—Detente—, dijo el guardia desde el interior de su celda.

Clarissa lanzó su cuerpo hacia adelante, agarró la puerta y la cerró con fuerza. Desde el otro

lado, el guardia golpeó la puerta con los nudillos. Ella sonrió al ver su rostro retorcido presionado contra el espejo de la ventana.

—¿Ahora qué? — murmuró mientras intentaba descubrir qué dirección le ofrecía la mejor oportunidad de escapar. Se encogió de hombros y giró hacia la derecha, manteniendo la mano izquierda contra la pared, inclinándose para apoyarse mientras sus músculos todavía tenían espasmos.

Llegó al final del pasillo. Miró a la izquierda. Callejón sin salida. Miró a la derecha y vio que al final había un pasillo contiguo. Se movió más rápido ahora, recuperando el control de sus extremidades. Su paso se aceleró. De vez en cuando tocaba la pared para mantener el equilibrio. Oyó voces. Se dio la vuelta y no vio a nadie. Siguió avanzando. El aire frío hizo que el sudor que se adhería a su cuerpo pareciera hielo. Sus dedos y labios hormiguearon. La paranoia se apoderó de ella y no pudo evitar pensar que cada uno de sus movimientos estaba siendo observado. Apartó sus ideas y siguió moviéndose.” *Simplemente escapa"* se convirtió en su mantra.

Llegó al final del pasillo y se detuvo ante la esquina. Presionó su espalda contra la pared, cerró los ojos y escuchó. Silencio. No tenía sentido. Recordó la cámara en su habitación. Si había una cámara, entonces debería haber alguien mirando. Si alguien estuviera mirando, habrían alertado a todos de que ella escapó. Sin embargo, no hubo alarmas y nadie parecía estar siguiéndola.

Satisfecha con el silencio, Clarissa dobló la esquina. Tres hombres estaban a unos seis metros de ella, bloqueando el pasillo. Los tres estaban armados, dos con pistolas y uno con rifle.

Clarissa se detuvo. Jadeó. Retrocedió y se lanzó hacia la esquina. Cayó al suelo con un ruido sordo y el viento salió de sus pulmones. Se puso de rodillas y levantó su cuerpo usando la pared nuevamente. Clarissa corrió, agarrándose el estómago, por el pasillo. Miró por encima del hombro hacia el pasillo vacío detrás de ella. Los hombres no la seguían. Redujo la velocidad y se acercó más al pasillo por el que había corrido momentos antes. El salón permanecía en silencio. Ella se asomó por la esquina. Tres hombres diferentes bloqueaban este pasillo.

Se acercaron a ella.

Ella retrocedió y gritó.

Una luz llenó el extremo oscuro del pasillo cuando se abrió una puerta. Un hombre salió y se abrió paso entre las sombras.

Clarissa se deslizó al suelo. Atrapada. Los primeros tres hombres estaban a pocos metros de ella. Los otros tres hombres bloquearon el camino de regreso a su habitación. Los seis apuntaron sus armas hacia ella. Volvió su atención al hombre solitario en las sombras.

Dio un paso hacia la luz.

Ella jadeó.

—Ahora, ¿a dónde planeabas ir, niña? — preguntó Sinclair.

Clarissa hundió la cabeza entre las manos y lloró. Los guardias alcanzaron sus brazos. Ella no luchó cuando la levantaron y la arrastraron hacia la puerta abierta por la que había venido Sinclair. Se preparó para lo que estaba por venir.

La empujaron a través de la abertura. La habitación estaba pintada de color blanquecino. Una mesa ocupaba el centro. Había dos sillas a cada extremo de la mesa.

—Sinclair vendrá a verte pronto—, dijo uno de los hombres mientras salían de la habitación.

CAPÍTULO 70

Oso caminó por todo el estacionamiento. Fila tras fila, buscando señales de Clarissa.

Mandy lo siguió de cerca.

—Oso—, dijo. —Estoy cansada de esto.

Oso la miró.

—¿Qué estamos buscando? — preguntó ella.

—No qué—, dijo Oso. —Quien.

Mandy suspiró. —Está bien, entonces. ¿A quién estamos buscando?

—A la señorita Clarissa.

—¿Sabía que se suponía que nos encontraríamos aquí?

—No.

Mandy se detuvo y se puso las manos en las caderas. —Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Oso se rio ante la repentina actitud de la niña. —Estamos aquí porque yo lo digo. Fin de la historia.

Mandy se sentó en medio del camino. —No voy a ninguna parte.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Mandy no dijo nada. Ella se cruzó de brazos y giró la cabeza.

—Levántate—, dijo Oso.

Mandy no se movió. —¿Alguien dijo algo?

—Ahora—, dijo Oso. —Mandy, no me pongas a prueba.

Ella lo miró por el rabillo del ojo y rápidamente se dio la vuelta.

Oso se acercó y se paró junto a ella. —Puedes ser una buena chica y levantarte ahora o…

—La, la, la—, dijo Mandy en tono cantarín.

—...o podemos hacer esto a mi manera.

Ella se detuvo y lo miró.

Oso se agachó, levantó a la niña del suelo y se la echó al hombro.

—¡Oso! —, gritó. —¡No!

Una familia se detuvo y los miró fijamente.

Oso saludó.

El hombre dejó caer su bolso y se acercó a Oso.

—¿Este hombre te está molestando? — le preguntó a Mandy.

—Sí—, dijo ella.

Oso se giró para mirar al hombre directamente. —Te sugiero que te vayas.

—Nosotros... — miró hacia su esposa y sus dos hijos. —Llamaré a la policía.

Oso dio un paso adelante.

El hombre retrocedió tres pasos.

—Simplemente está cansada de caminar—, dijo Oso, señalando con la cabeza a la familia del hombre. —Tienes hijos. Estoy seguro de que sabes cómo es.

El hombre tragó saliva. Su labio inferior tembló.

—Sal de aquí—, dijo Oso.

El hombre retrocedió y se giró. —No es nada—, gritó a su familia. Dieron media vuelta y caminaron hacia el muelle.

Oso los siguió, con Mandy todavía colgada de su hombro. Vio a un policía y se arriesgó a hablar con él.

—Oficial—, dijo Oso.

El policía asintió en reconocimiento.

—Estoy tratando de encontrar a mi amiga—, dijo Oso. —Se suponía que debía recogerla aquí. Ella no apareció. Aquí hay una foto.

El policía le quitó la foto a Oso y le sonrió a Mandy. Se quedó mirando la foto por un momento. —No me resulta familiar.

Oso luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. —Bueno, se suponía que ella debería estar aquí. No lo está. ¿Qué puedo hacer?

—¿Cuánto tiempo ha estado desaparecida? — preguntó el policía.

—Un día.

—No puedo hacer nada durante cuarenta y ocho horas, ya sabes. Además, tal vez ella sólo quería desaparecer. Sucede, ya sabes.

—Sí, lo sé—. Le quitó la foto al policía y se giró. —Gracias por nada—. Dejó a Mandy en el suelo y la llevó de la mano.

—Oye—, dijo el policía. —Espera.

Oso se volvió.

—Dame la foto, haré una copia y la pasaré. Tal vez alguien vio algo.

—Gracias—, dijo Oso asintiendo y con una breve sonrisa.

El policía se escabulló con la fotografía y entró en un pequeño edificio amarillo al final del aparcamiento.

Oso sacó su teléfono y marcó el número de Clarissa. Sin respuesta. ¿Cuántas veces, treinta ya? Y todavía no había respuesta. Eso no podría ser bueno. Probó de nuevo el número de Jack. Y, nuevamente, no hubo respuesta.

El policía salió del pequeño edificio y caminó de regreso hacia Oso a paso rápido. —Aquí está la foto. Dame un número para comunicarnos contigo.

Oso dio un número de reenvío. Demonios, si le estuviera dando su celular a un policía.

El policía asintió. —Te llamaré mañana para informarte. Bueno o malo, te llamaré. Entonces podemos presentar un informe de persona desaparecida.

Oso asintió y no dijo nada.

—Deberías salir de aquí—, dijo el policía. —Un tipo y su familia están dentro presentando una denuncia porque un hombre corpulento con barba y una chica rubia los acosan.

Oso se rio. —Maldito cobarde, dejando que una pequeña niña de cabello rubio lo acose.

—¿Qué dijiste? — dijo el policía.

Mandy se rio.

—Nada. Nos vamos de aquí—. Oso se volvió y llevó a Mandy de regreso al auto.

Una hora más tarde, Oso salió de la I-95 y entró en el aparcamiento vacío de un restaurante grasiento que, aparentemente, no veía mucha acción a pesar del constante flujo de tráfico a lo

largo de la interestatal. Apagó el coche y se recostó. El pánico inundó su sistema. Respiró hondo varias veces. Cerró los ojos. Trabajó sus grandes músculos, tensándolos y liberándolos. El pánico disminuyó, al menos por ahora. Oso aprendió a controlar sus emociones, cualquier emoción, a una edad temprana. Innumerables veces había superado y controlado los síntomas para completar un trabajo o salir de una situación difícil. Y cada vez que lo hacía, lo hacía más fuerte.

Oso miró a Mandy. —Quédate ahí, ¿vale?

Mandy levantó la vista de su libro y asintió con una sonrisa.

Salió del coche, cerró la puerta y se dirigió hacia atrás. Pateó la grava suelta mientras buscaba en un profundo bolsillo su teléfono móvil. Volvió a intentarlo con Jack y Clarissa, pero no obtuvo respuesta. Maldijo en voz baja y buscó el número de Brandon. El teléfono sonó.

—¿Qué puedo hacer por ti, Oso? — dijo Brandon.

—¿Descubriste algo sobre mis amigos?

—No se ve bien, amigo.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Oso.

—Todo el mundo es un fantasma, Oso—. El sonido de Brandon tocando su teclado llenó el auricular. —No puedo encontrar rastros de ninguno de ellos.

—Maldita sea—, dijo Oso.

Brandon no dijo nada.

—Voy a necesitar algunos favores.

—Dime.

—Ahora no—, dijo Oso. —No por teléfono. Voy a Nueva York. Te llamaré cuando esté cerca.

—Seguro, hombre.

Oso colgó y se subió al maletero; la parte trasera del coche se hundió bajo su peso. Estudió el semáforo. Observó cómo los autos se alineaban, obedeciendo ciegamente una única luz roja sin otra razón que la que les habían dicho que hicieran. La luz se puso verde. Los coches arrancaron. Se abrió la puerta del coche. Mandy se paró frente a él. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Oso se inclinó y puso su mano sobre su cabeza. Le acarició el pelo.

—Lo siento—, dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Estás enojado conmigo, lo sé—. Miró el asfalto agrietado y la grava. —Actué como una mocosa y ahora estás enojado conmigo—. Ella sollozó y suspiró ruidosamente.

Oso se bajó del baúl y la levantó. La abrazó con fuerza contra su pecho. —Escúchame, nunca podría estar enojado contigo. ¿Entendido?

—Te amo, Oso.

Oso la apretó y pasó sus grandes manos por su cabello. Por primera vez en mucho tiempo, una lágrima cayó de sus ojos.

CAPÍTULO 71

Sergei Ivanov se quedó quieto frente al espejo de cuerpo entero que había en un rincón de su estudio. Se admiraba a sí mismo. La mayoría de los hombres de su edad no tenían su físico. Demonios, algunos hombres con la mitad de su edad tampoco. Le gustaba la atención que atraía. Las miradas que provocaba en las mujeres. Por supuesto, esas miradas podrían deberse al miedo y al poder que tenía sobre ellas. Él lo sabía y no le molestaba. No había mayor arma que el miedo. Mantuvo a las masas bajo control. Mantenía bajo control a quienes estaban bajo su mando. Había aprendido hacía mucho tiempo a utilizar el miedo a su favor.

Sonrió ante su reflejo y se secó el cabello y las cejas. Se puso el abrigo y se saludó a sí mismo. Una sonrisa apareció.

—Hoy—, dijo, —es un buen día para el miedo.

Un golpe en la puerta llamó su atención. Giró sobre sus talones y caminó hacia el otro lado de la habitación. —¿Quién es?

—Julij.

Ivanov abrió la puerta e hizo señas a Julij para que entrara en su estudio mientras él se retiraba hacia su escritorio.

—Señor—, dijo Julij. —El americano y el francés están siendo preparados para el juicio.

Ivanov miró por la ventana el sombrío patio. La hierba marrón cubría el suelo. Los árboles muertos se mecían con la brisa fría. —¿Sabes qué diferencia a estos hombres de los demás?

Julij se encogió de hombros y no dijo nada.

—¿Qué los hace tan diferentes—, continuó Ivanov, —incluso de nosotros?

—Son una abominación.

—No—, dijo Ivanov, con la mano extendida. —Todos los hombres, a su manera, son abominaciones, Julij—. Estaba sentado en la esquina de su escritorio, con una pierna en el suelo y la otra colgando en el aire. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de su abrigo. Encendió uno y se lo ofreció a Julij, quien meneó la cabeza. Ivanov continuó: —Incluso el Papa tuvo que abrirse camino hasta la cima con garras y hachazos. No mató hombres. No. No pudo, ¿verdad? — Ivanov hizo una pausa y dio otra calada. —Sin embargo, mató almas durante su búsqueda hacia la cima. Hizo tratos secretos con otros, otros que pueden ser de naturaleza dudosa, para asegurar su posición entre la élite y ser recordado para siempre. Ha sido así durante siglos, Julij.

Julij asintió.

Ivanov se enderezó y se rio de la expresión inexpresiva del joven. —No lo entiendes, ¿verdad?

Las pálidas mejillas de Julij se sonrojaron. —No señor.

Ivanov le dio la espalda a su joven pupilo y volvió a mirar por la ventana. Una mujer

caminaba con su hijo hacia el patio de juegos donde jugaban otros niños. Una sonrisa apareció en su rostro mientras miraba a los niños. Abrió la ventana y arrojó la ceniza afuera. —Haz otra suposición. ¿Por qué estos hombres son diferentes?

—¿Matan sin propósito?

—¿Estás preguntando o asegurando, Julij?

Julij se frotó las manos y sacudió la cabeza.

—No, tienen un propósito, amigo mío. Así como tú y yo tenemos un propósito para matar. Sólo que nuestro propósito tiene el poder de la creencia detrás. ¿Entendido?

Julij no dijo nada.

—Estos hombres…

Un golpe en la puerta interrumpió a Ivanov. Miró a Julij con el ceño fruncido. —¿Quién es?

La puerta se abrió y un joven entró y saludó. —Señor, están listos para recibirlo en la corte.

Ivanov asintió y esperó a que se cerrara la puerta. —Estos hombres matarán a cualquiera por dinero. No pararán hasta que lo hagan. Prometemos a nuestros propios hombres libertad, poder y la capacidad de ser temidos. Sin embargo, algunos nos dejan a la primera oportunidad que tienen para regresar a sus vidas mundanas. No importa la cantidad de dinero u otros beneficios que les ofrezcamos—. Apagó el cigarrillo en el cenicero de su escritorio. —Si les ofreciéramos suficiente dinero a estos hombres, matarían a sus propios líderes por nosotros. No lo cuestionarían. Y no pararían hasta terminar el trabajo. Pitbulls, Julij. Estos hombres son pitbulls.

—Tiene sentido—, dijo Julij.

—Por supuesto que sí—, dijo Ivanov. Dio un paso hacia la puerta. —Vamos.

—Señor—, dijo Julij. —Una cosa más que discutir.

Ivanov se volvió. —¿Sí?

—Los documentos, señor. Los que se perdieron en tránsito hace unas semanas.

Iványov asintió.

—La inteligencia encontró un problema.

Ivanov se rascó la corta barba gris de su rostro. —¿Un problema? ¿Dónde?

—Francia.

Ivanov estudió el techo durante un momento. —¿Coincidencia?

—Podríamos intentar averiguarlo.

—Odio hacer preguntas para las que no estoy seguro de tener la respuesta, Julij. Ese es el tipo de cosas que pueden causarnos un problema. Descúbrelo.

El joven asintió. —Entendido, señor. Podemos continuar con esto más adelante.

—Preparémonos para la corte.

CAPÍTULO 72

Jack se rio de Pierre. —Pareces un imbécil con ese mono.

Pierre miró hacia abajo y se encogió de hombros. —Tú también.

Jack sonrió. La combinación de gris apagado y rayas delgadas los hacía parecer prisioneros de alguna mala película de serie B. —Parecemos idiotas.

—¿Idiotas? — dijo Pierre. —No estoy familiarizado con esta frase.

Jack dejó de reír. —Idiotas—, dijo con una sonrisa.

—Como ya dijiste tan elocuentemente. Imbéciles.

Escuchar a Pierre decir idiotas con su fuerte acento francés era más de lo que Jack podía soportar. Se inclinó riendo.

—¿Cómo puedes reírte en un momento como este? — preguntó Pierre.

—Cállense ahí dentro—, dijo el guardia fornido.

—Que te jodan—, dijo Jack.

El guardia se dio la vuelta.

La sonrisa de Jack se desvaneció y sus ojos se endurecieron mientras miraba al guardia. —Si tan sólo pudiera tener cinco minutos a solas con estos tipos.

Pierre asintió. —Tú y yo, los dos.

—¿Nosotros dos? — dijo Jack. —No sería justo para ellos.

Pierre se rio. —Escucha, Jack. Si uno de nosotros no...

—No lo digas—, dijo Jack.

—Jack—, dijo Pierre.

Jack se movió y se enfrentó a Pierre. —Tú vas a salir de aquí. Yo no.

Pierre se inclinó hacia adelante. —¿A quién quieres que le diga si eso sucede?

—Oso—, dijo Jack. —Empieza con Oso.

—¿Alguien más?

Jack se levantó y se dirigió a los barrotes de la celda. Volvió la cabeza tratando de ver hacia dónde conducía el pasillo. Uno de los guardias golpeó su porra contra los barrotes, cerca de la cara de Jack. Jack no se movió. Finalmente, se giró, caminó hasta el fondo de la celda y tomó un sorbo de agua del grifo del lavabo. Clarissa merecía saberlo. Pero sería mejor que Oso se lo dijera. Después de eso, a Jack no le importa quién lo supiera.

—Nadie más—, dijo Jack. —Oso sabe a quién decirle.

—No tengo a nadie—, dijo Pierre sin que nadie se lo preguntara.

Jack se giró para mirarlo y vio a Pierre mirando por encima de su cabeza, con los ojos desenfocados, como si estuviera mirando el mar o la ciudad de París desde lo alto de la Torre Eiffel. ¿Realmente no tenía a nadie?

—Bueno, hay una persona, Jack. Una joven llamada Kat. ¿Se lo dirías?

Jack suspiró. Abrió la boca para decirle a Pierre que eso no sería necesario, pero se contuvo. En lugar de eso preguntó: —¿Dónde puedo encontrarla?

Pierre describió a Kat y le dio a Jack la ubicación del café.

Jack se sentó en el banco, se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos.

—Cinco minutos—, dijo el guardia. —Fuma ahora.

Tanto Jack como Pierre se iluminaron. Fumaron en silencio.

Minutos más tarde, el guardia fornido apareció al otro lado de las rejas. Gritó órdenes en ruso y otro guardia abrió la puerta de la celda. Las pesadas rejas de hierro se deslizaron hacia los lados y el ruido metálico resonó en toda la celda cuando la puerta se acomodó en su lugar.

—Fuera—, dijo el guardia fornido, con el arma en la mano y apuntando a Jack.

—Sabes—, dijo Jack, —él es más peligroso que yo.

El guardia sonrió. —Por eso somos cuatro.

Jack miró más allá de él. Vio a otro guardia con su arma apuntando a Pierre.

—Lo intenté—, dijo Jack.

Pierre se rio.

—Cállate ahora—, dijo el guardia fornido. —Un arrebato más y te sacaremos arrastrado por los pies.

Jack contempló la posibilidad de aceptar la oferta del hombre. Pierre debió haber leído la mente de Jack porque negó con la cabeza. Jack decidió no enfadarse más con los guardias. Necesitaba tener la cabeza despejada para lo que vendría, fuera lo que fuese.

Los guardias los condujeron a través de un laberinto de pasillos, cada uno igual al resto. Jack dejó de seguir la pista después del octavo giro. No importó. No iba a salir de allí por sus propios medios con esposas y grilletes sobre sus piernas. El pasillo se hizo más estrecho y el suelo se inclinó hacia arriba. Saliendo a la superficie, pensó. Jack hizo una mueca ante la luz del sol que entraba a través de las altas ventanas descubiertas. *Definitivamente sobre el suelo*. Volvió la cabeza. Vio a Pierre hacer una mueca también.

—Mira hacia adelante—, dijo un guardia.

El pasillo volvió a ampliarse. Caminaban hombro con hombro, sin muebles ni adornos que los bloquearan. En el otro extremo había puertas dobles de madera oscura. Dos hombres vestidos con uniforme militar y armados con rifles semiautomáticos custodiaban ambos lados.

El fornido guardia detrás de Jack gritó algo en ruso.

El otro grupo de guardias gritó y se hizo a un lado. Jack miró al que estaba más cerca mientras pasaba, pero el hombre se quedó quieto, con la cabeza hacia adelante y los ojos fijos en algún lugar imaginario al final del pasillo.

Buen chico. Aquí tienes el premio para tu perro.

Los guardias se reposicionaron. Dos al frente, Jack y Pierre uno al lado del otro en el medio, y el guardia fornido y otro detrás. Entraron a la habitación como un grupo. Los dos guardias del frente se hicieron a un lado. Jack sintió el arma en su espalda empujándolo hacia el frente de la habitación. Cuatro filas de bancos de madera se alineaban a cada lado del pasillo. Algunas personas permanecían inmóviles, mirando hacia adelante.

—¿Sala de justicia? — le susurró a Pierre.

Pierre asintió.

—Siéntate—, dijo el guardia fornido, señalando dos sillas de madera detrás de una mesa sencilla.

Jack y Pierre se sentaron. La silla se sentía dura y fría. Jack puso sus manos sobre la mesa e hizo una mueca cuando las astillas penetraron su carne. Miró alrededor de la habitación. Un

aparente palco del jurado estaba vacío.

—Ningún taquígrafo judicial—, le dijo Jack a Pierre.

—No esperes uno—, dijo Pierre. —No hay más registros de ti y de mí.

—Siempre me gustó la idea de ser un fantasma—. Jack sonrió.

Pierre no lo hizo.

No importó. La sonrisa fue forzada. El estómago de Jack se hizo un nudo mientras se preparaba para lo que estaba a punto de suceder.

No había relojes en la pared. No tenía reloj en su muñeca. No había forma discernible de decir la hora. Si Jack o Pierre hablaban, los guardias los amenazaban. Así que se sentaron en completo silencio, como todos los demás en la sala del tribunal.

Finalmente, se abrió una puerta cerca del estrado del juez. Salió un hombre alto con cabello castaño corto y ralo. Tenía una mandíbula cuadrada y un rostro endurecido. Miró directamente a Jack sin cambiar de expresión. Jack estudió al hombre. Le resultaba familiar, pero Jack no podía localizarlo. Tal vez simplemente coincidía con la visión estereotipada que Jack tenía de un líder militar ruso.

El hombre subió a una plataforma antes de tomar asiento detrás del banco. Colocó una placa con su nombre frente a él, pero Jack no entendía el alfabeto cirílico. Le dio un codazo a Pierre.

—¿Qué dice eso? — preguntó Jack.

—General Ivanov—, susurró Pierre.

Jack se apartó de la mesa y le sonrió a Pierre, impresionado por el dominio del idioma ruso por parte del francés.

Ivanov dejó de ajustar su asiento, levantó la vista y miró a los hombres. Su mirada era dura. Apretó los labios y abrió mucho las fosas nasales. Habló en ruso y luego señaló a Jack y Pierre. —No hablen—, dijo en inglés.

Jack le devolvió la mirada, pero no dio señal de reconocimiento al general. El nombre pasó por su mente repetidamente. Él lo sabía, Ivanov, pero no sabía de dónde. Ni un objetivo ni un empleador. Al final se le ocurriría.

Un hombre alto vestido con un traje oscuro y sentado al otro lado del pasillo de Jack y Pierre se levantó y se acercó al banco. No saludó, por lo que Jack supuso que era un civil. Se pasó las manos por el pelo oscuro y se alisó la chaqueta antes de leer en ruso un documento mecanografiado.

—¿Que está diciendo? — Jack le preguntó a Pierre.

Pierre sacudió la cabeza.

Jack suspiró. ¿Sería así todo el juicio, si es que se pudiera llamarlo juicio? ¿Tendrían a alguien que los represente?

El hombre terminó de hablar y bajó el periódico. Miró por encima del hombro a Jack. Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero entrecerró los ojos.

—Gracias *gospodin* Zykov—, dijo Ivanov en inglés.

Zykov asintió y se volvió hacia Jack y Pierre. Se acercó a su mesa y se paró frente a ellos. Su mirada pasó de Jack a Pierre y luego de nuevo a Jack. Levantó la mano y señaló. Tenía los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de hablar. En lugar de eso, sonrió de nuevo antes de regresar a su asiento, sin pronunciar una palabra.

Ivanov se dirigió al tribunal en ruso.

Jack le dio un codazo a Pierre. —¿Que está diciendo?

El francés no respondió más que negar con la cabeza.

Ivanov se detuvo a mitad de la frase. Miró a Jack. —Tal vez no lo dije claramente—, dijo

Ivanov en inglés. Señaló con la cabeza a los guardias y dijo algo en ruso.

Pierre agarró a Jack del codo y se puso de pie.

Jack se encogió de hombros y se negó a ponerse de pie.

Se acercaron dos guardias. Uno de ellos tomó la silla de Pierre. El otro tiró de la silla de Jack. Jack puso las manos sobre la mesa y se tomó su tiempo para ponerse de pie.

Ivanov dijo: —Ahora usted se presentará por el resto de este juicio.

Jack exhaló ruidosamente.

Ivanov entrecerró los ojos y señaló a Jack. —No me pruebe, señor Noble. Puedo...

—¿Qué? — dijo Jack. —¿Qué vas a hacer?

Ivanov levantó un mazo y lo golpeó varias veces. —Traédmelo—. Se levantó y salió por la puerta detrás del banco. La puerta se abrió rápida y fuertemente, se estrelló contra el marco y rebotó hacia el pasillo.

Dos guardias agarraron a Jack por los brazos y tiraron de él por los codos. Lo llevaron hasta la puerta y lo empujaron por la abertura. Los grilletes se tensaron y él se desplomó en el suelo. Levantó la cabeza. El pasillo oscuro era más estrecho que el que conducía de las celdas a la sala del tribunal. Se volvió a poner de pie y los guardias volvieron a tirar de sus brazos. Continuaron por el pasillo, pasando de vez en cuando por una habitación cerrada. Llegaron a una puerta abierta. Los guardias empujaron a Jack al interior.

—Déjennos—, dijo Ivanov con un gesto de la mano.

Los guardias empujaron a Jack al suelo y se marcharon según lo ordenado, cerrando la puerta detrás de ellos. Se cerró con un clic. Jack supuso que se quedaron justo afuera de la puerta, listos para entrar y dispararle si intentaba algo.

—Señor Noble—, dijo Ivanov. —¿Estás buscando que te maten?

Jack no dijo nada.

—Noble, habla.

Jack sonrió. Estaba molestando a Ivanov. Él todavía no respondió.

Ivanov dio un paso adelante y puso una mano en el hombro de Jack. Su rostro se suavizó. Él sonrió.

Jack se quedó quieto. Miró por encima del hombro de Ivanov, por la ventana, al cielo gris apagado.

Ivanov se inclinó más cerca de Jack, su aliento pesado y caliente golpeaba la mejilla de Jack. Metió su mano libre en medio del estómago de Jack.

Jack había tensado sus músculos abdominales, esperando el ataque. Pensó que el general atacaría la ingle, pero esperaba los abdominales. Aun así, el golpe fue asestado con suficiente fuerza como para hacer que Jack se doblara ligeramente, aunque los efectos posteriores fueron mínimos.

—Ahora—, dijo Ivanov. —Respóndeme.

Jack suspiró y giró la cabeza, con los ojos fijos en la pared. Tomó un respiro profundo.

Ivanov presionó su cuerpo contra el de Jack. —No eres más que un estúpido americano—, le susurró al oído a Jack.

Jack luchó contra el impulso de estremecerse ante el aliento del hombre en su oído. Luchó contra el impulso de estirar la mano y enrollar la cadena entre sus muñecas alrededor del grueso cuello del hombre. Apretó la mandíbula y los dientes.

Ivanov hizo el golpe que Jack estaba esperando. Directamente a su ingle.

Jack se dobló y cayó de rodillas. Sin embargo, se negó a llegar hasta el suelo y mantuvo las manos por encima de la cintura. Miró a Ivanov, manteniendo el rostro tenso y duro.

El ruso lo miró fijamente con una sonrisa, luego se giró y caminó hacia su escritorio.

Jack puso sus manos en el suelo y se balanceó hacia atrás y luego hacia adelante, ganando impulso.

—No lo pienses—. Ivanov se volvió y se sentó en la esquina de su escritorio. —Además, si ibas a hacer algo, deberías haberlo hecho cuando yo estaba a tu lado—. Sacó dos cigarrillos del bolsillo, los encendió y le tendió uno a Jack.

Jack negó con la cabeza.

—Tómalo—. Ivanov se inclinó y sostuvo el cigarrillo frente a Jack, con la colilla filtrada hacia los labios de Jack.

Jack extendió la mano y lo agarró. —Bueno, un gran agradecimiento es necesario. Estaba tratando de dejar de fumar. Gracias por nada.

Ivanov inhaló profundamente y señaló una silla vacía, ignorando el comentario de Jack.

Jack luchó contra el dolor en su abdomen, se puso de pie y se sentó en la silla. Mantuvo sus ojos en Ivanov, quien actuaba de manera bastante casual considerando que estaba en presencia de un hombre enjuiciado por matar sin ayuda a cinco rusos.

—Jack, mírame—, dijo Ivanov.

Jack lanzó humo en dirección a Ivanov. No dijo nada.

—Puede que esto no salga como esperabas, Jack—. Ivanov se volvió hacia las ventanas que bordeaban la pared trasera de su oficina. Caminó lentamente, de espaldas a Jack. —Si te quisiera muerto, estarías muerto. Lo sabes, ¿verdad? — No esperó a que Jack respondiera. —Verás, Jack, creo que puedes ser un miembro valioso de mi equipo—. Miró por encima del hombro e hizo contacto visual. —¿Entiendes?

Jack negó con la cabeza.

Ivanov se giró y puso su mano sobre su enorme silla de cuero. Sus dedos trazaron los remaches dorados a lo largo de la parte superior. —Primero tendrás que demostrar tu valor, por supuesto.

—¿Qué significa eso? — preguntó Jack.

Iványov sonrió. —Tu lealtad hacia mí, Jack, debe ser demostrada.

Jack golpeó su cigarrillo contra el cenicero de cristal sobre el antiguo escritorio de madera. —¿Y si no lo hago? ¿Me matarás?

Ivanov alejó la silla de cuero unos metros y se sentó. Puso los brazos sobre el escritorio y se inclinó sobre ellos, indicándole a Jack que se acercara. —No es tan fácil, amigo mío.

Jack se encogió ante las palabras.

—Verás—, continuó Ivanov, —no renuncio a mis objetivos tan fácilmente. Si rechazas mi oferta, esta oferta que te hago sólo esta vez aquí, para que vengas a trabajar para mí, para ser parte de este gran equipo, luego regresaremos a la sala del tribunal. Yo soy el juez. Soy el jurado. Si no recuerdo mal, había dos hombres en esa sala esperando a ser juzgados.

—Pierre no tuvo nada que ver con esto—, dijo Jack.

—No me importa, Jack—. Ivanov dio una chupada al cigarrillo. El extremo se iluminó, de color rojo brillante, antes de convertirse en cenizas cuando lo bajó. El humo le salía por la comisura de la boca y la nariz.

Jack se levantó y se inclinó sobre el escritorio.

Ivanov se recostó y le indicó con las manos a Jack que se sentara.

Jack lo ignoró. —Escúchame. Si quisiera matarte, estarías muerto ahora mismo. Tú eres...

—Por supuesto, hazlo—. Ivanov se puso de pie, puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante, ahora cara a cara con Jack. —Haz tu mejor tiro.

Jack se quedó helado. Si le disparaba al general, la puerta se abriría de golpe y *le dispararían.*

Ivanov se rio mientras se enderezaba. Le hizo un gesto a Jack para que se fuera. —Tal como sospechaba. No puedes derribar a un hombre mientras lo enfrentas. Típico asesino. Coño.

Jack mordió con fuerza y apretó la mandíbula. Se obligó a regresar a su asiento.

—Como estaba diciendo—, continuó Ivanov, —tienes que tomar una decisión, Jack. Puedes tomarla ahora o puedes retrasar la decisión. Sin embargo, puede que haya o no consecuencias si retrasas la decisión.

Los ojos de Jack se encontraron con Ivanov. Él no dijo nada.

Ivanov encendió otro cigarrillo y se lo entregó a Jack. —Tómese cinco minutos, señor Noble, para tomar una decisión.

Jack ya había tomado su decisión, pero prefirió sentarse en silencio durante cinco minutos disfrutando del cigarrillo rancio.

Ivanov se recostó en su silla y pateó sus pesadas botas negras sobre el escritorio. Miró al techo, tarareando una melodía. Sin alguna preocupación en el mundo.

Jack imaginó las distintas formas en que podría matar al general. Algunas le divirtieron más que otras.

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó Iványov.

Jack negó con la cabeza. —Nada.

Ivanov miró su reloj. —¿Has tomado una decisión?

—Sí—, dijo Jack. —Vete al infierno.

Ivanov se rio mientras se levantaba. —Muy bien, señor Noble. Volvamos a la corte—. Se dirigió hacia la puerta, se detuvo a medio camino y miró a Jack. —Sólo recuerda esto. Cuando estés acostado en la cama preguntándote cómo diablos te metiste en este lío, recuerda que tenías una opción.

—Lo tendré en mente.

CAPÍTULO 73

Clarissa perdió la noción del tiempo mientras estaba sentada en la habitación blanca sin ventanas. Se sintió desorientada. Aburrida. Se le acabaron las formas de divertirse hace aproximadamente una hora. Se dedicó a cantar melodías de espectáculos para pasar el tiempo, algo que ella y su madre hacían cuando era niña.

Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad. La puerta se abrió y Sinclair entró. Tenía una carpeta en la mano en lugar de su bolso negro. Sus finos labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa. Su bigote plateado y negro ahora envolvía todo su mentón puntiagudo.

Clarissa sintió que el ritmo de su corazón se aceleraba. El ritmo de su respiración aumentó. Ella respondió respirando lenta y profundamente.

Sinclair colocó la carpeta sobre la mesa y mantuvo las manos en el aire. —Relájate, niña. No estoy aquí para hacerte daño.

Clarissa respiró hondo y apretó los puños. —Sea lo que sea, no voy a hablar—. Ella inclinó ligeramente la cabeza y lo siguió con la mirada.

Él sonrió y se movió detrás de ella, puso sus manos sobre sus hombros y apretó suavemente. Ella sintió su aliento en la nuca. —No estoy aquí para interrogarte.

Clarissa se encogió ante su toque. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una lágrima corrió por su mejilla. Se mordió el labio y respiró hondo otra vez.

Sinclair la soltó de los hombros. Caminó alrededor de la mesa hacia la puerta. La abrió y se asomó. —Está bien, caballeros. Pueden irse—. Regresó a la habitación y la puerta se cerró de golpe detrás de él. Se reclinó contra ella, metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil. El teléfono se iluminó cuando Sinclair tocó la pantalla. Levantó la vista, sonrió y luego se lo guardó en el bolsillo. —Ahora, ¿dónde estaba yo? — Sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó. —Una vez más, no estoy aquí para interrogarte, sólo para hacerte una pregunta.

Clarissa se reclinó, enarcó una ceja y no dijo nada.

—¿No estás intrigada?

—¿Intrigada? — dijo Clarissa. —La última vez que me hiciste una pregunta me pusiste un picahielos hirviendo en la cara.

Sinclair hizo una mueca y miró hacia la mesa. Extendió las manos. —Por favor, perdónenme por mis acciones anteriores. Sólo estaba haciendo el trabajo que mi empleador me pidió esa noche.

Clarissa sacudió la cabeza y se rio. —¿Eso lo hace estar bien?

—Fue sólo una táctica de miedo. Nunca quise hacerte daño.

—Dilo suficientes veces y tal vez lo crea—, dijo Clarissa.

Sinclair se humedeció los labios y abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

Ella arqueó las cejas y extendió las manos. —¿Cuál es la pregunta? — Ella lo miró fijamente

a los ojos, haciéndole señas para que respondiera.

—Quizás—, dijo, —debería explicar algunas cosas.

—Oh, eso estaría bien—, dijo Clarissa. —Por favor, explíquese.

—Hija, no soy quien crees que soy.

—Entonces ¿por qué diablos me noqueaste para traerme aquí?

—Lo admito, te sedé, pero por tu propio bien y sólo para traerte aquí—. Hizo una pausa, con los ojos muy abiertos y centrados en ella. —¿Habrías venido por tu propia cuenta?

—No—, dijo sin dudarlo. —Y si quieres preguntarme si quiero irme, la respuesta es sí.

—No te estoy preguntando eso. Al menos todavía no—. Se levantó y caminó por la habitación a lo largo de la pared del fondo. —Clarissa, me dejaste una gran impresión. Nunca he visto a nadie resistir el abuso como tú lo hiciste—. Él se detuvo y le sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Correcto—, dijo. —Bueno, no he podido olvidar eso—. Apartó la silla vacía de su camino y puso las manos sobre la mesa. Se inclinó y acercó su rostro al de Clarissa. —El trabajo que hice para el anciano esa noche fue simplemente trabajo por contrato. No trabajo para él. Trabajo para... — se enderezó y caminó hacia la puerta. La abrió y volvió a comprobar el pasillo.

—¿Trabajas para? — preguntó Clarissa.

Rodeó la mesa y se arrodilló junto a ella, colocando su rostro junto al de ella, cara a cara. Se puso mechones de cabello detrás de las orejas.

Ella reprimió el impulso de estremecerse.

Se inclinó y susurró: —Trabajo para el gobierno, querida—. Se levantó y se apoyó contra la pared detrás de Clarissa.

Ella no se movió. No dijo nada.

—Verás, no puedo decir exactamente para quién, pero dirijo un equipo—, hizo una pausa y luego añadió, —un equipo altamente especializado. Y me encuentro en la necesidad de otro operador.

—¿Quieres que entregue a Jack? — Lo dijo demasiado rápido. Ella sabía que él no tenía nada que ver con esto.

Sinclair se rio. —Jack, no. Nunca se uniría a nosotros. Y no por falta de intento de mi parte. Lo intenté reclutar hace años cuando salía de sus dos años con, bueno, si lo sabes, entonces lo sabes. Si No, no debería decirlo.

Clarissa asintió. Sabía todo sobre el tiempo que Jack pasó en el gobierno después de que dejó los Marines.

—Necesito a alguien como tú—, dijo. —No, lo retiro. Te necesito.

—¿A mí? — Clarissa se giró a medio camino en su asiento y lo miró. Ella ladeó la cabeza hacia un lado. —¿Por qué yo?

—Eres fuerte, para empezar. Más fuerte que los hombres que tengo en estas instalaciones—. Volvió a poner su mano sobre su hombro. —No creo haber conocido a alguien tan fuerte como tú.

Clarissa sonrió. Una cosa de la que se enorgullecía era su dureza.

—Sexy también. Y no seas modesta y lo niegues. Eres una mujer bastante atractiva. Tienes la mirada sensual que todos los hombres desean.

Clarissa se rio. —Dame un respiro.

—Supongo que también debería añadir humildad, ¿no?

Clarissa se levantó. Ella se preparó, lista para que él la obligara a retroceder o la golpeara, pero él no lo hizo. Ella se sentó en la mesa y lo miró. —¿Qué haría yo en este equipo?

—Infiltrarte—, dijo. —Serías un espía, al menos la mayor parte del tiempo.

—¿Infiltrar qué?

—Yo... verás, niña, no puedo decir mucho más que eso sin revelar la naturaleza del equipo que dirijo—. Se llevó los dedos a la boca. —Simplemente no puedo hacer eso. Sabrías demasiado y hay gente en Washington que no estaría muy contenta con eso.

—¿Washington?

—Mira, así de simple—. Él sonrió. —No puedo decirte nada más sin una respuesta.

—¿Qué gano con esto?

—Estoy seguro de que estás cansada de desnudarte.

—Soy una bailarina exótica—, dijo Clarissa sin dudarlo.

—Seguro que lo eres—, dijo. —Esos hombres vienen al club por tu arte.

Ella bajó la cabeza y centró los ojos en el suelo.

—Lo siento—, dijo. —Sólo has hecho lo que tenías que hacer. Lo sé. Perder a tu padre tan joven no ayudó.

Ella sacudió su cabeza.

—Otra vez, lo siento.

—Entonces, si no puedo responder todavía o simplemente decir que no, ¿me retendrás aquí?

Sinclair sacudió la cabeza y señaló por encima del hombro. —Ahí está la puerta. Eres libre de irte si quieres.

Ella no se movió.

—Aunque no veo por qué lo harías.

Clarissa cruzó las piernas y miró fijamente el techo de acero inoxidable.

—¿Cuál es la fascinación con los techos de acero? — preguntó ella.

—El hombre en el barco lo conocía como Mike—, dijo Sinclair. —Lo pusimos allí.

Los ojos de Clarissa bajaron y se encontraron con los de Sinclair. Ella se centró en su ojo bueno. —¿Qué?

—Una prueba.

—Pusiste mi vida en peligro.

—Tenía que hacerlo. Él sólo era para someterte—. Sinclair caminaba a lo largo de la pared del fondo. —Le dimos órdenes de que, si lo obligabas a someterse, te dejaría en paz. Perdimos nuestro rastreo en mar abierto.

—¿Le dijiste que intentara violarme?

—No—, dijo Sinclair. —Eso no era parte de sus órdenes.

Clarissa sonrió. —Bueno, no llegó a hacerlo. Y está muerto. O lo supongo. Todavía estaba vivo cuando cayó al océano".

Sinclair se encogió de hombros. —No me importa—. Se detuvo frente a ella. —Es lo que esperaba. Por eso estás aquí ahora.

Clarissa no dijo nada.

—Ahora, ¿qué dices? ¿Quieres unirte a nosotros?

Ella sacudió su cabeza. —No lo sé. Necesito saber más sobre Jack.

Sinclair asintió. —Te puedes ir.

—Quiero pensarlo bien—. Ella se bajó de la mesa y se paró frente a él.

Sinclair metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Tocó la pantalla, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y le sonrió. Él estaba de pie contra la pared, con las manos en los bolsillos, con los ojos, tanto el bueno como el malo, puestos en ella.

Clarissa no se movió. Se sentía tranquila y cautelosa al mismo tiempo. ¿Podría ser esto una

trampa? No tenía nada más que ofrecer en cuanto a información, a menos que quisieran a Jack. Pero incluso entonces, ella no tenía nada que dar. No tenía idea de dónde estaba ni si alguna vez iba a regresar.

La puerta se abrió y entró un hombre de cabello rubio.

—Señor Montgomery—, dijo Sinclair. —¿Podría acompañar a la señora Abbot a la casa y asegurarse de que esté instalada en una habitación de invitados?

—Sí, señor—, dijo Montgomery.

Sinclair señaló la puerta. Clarissa se fue con Montgomery.

—Estaré arriba para verte esta noche, niña—, llamó Sinclair desde la habitación.

CAPÍTULO 74

Los guardias escoltaron a Jack de regreso a la sala del tribunal. Se detuvieron en la puerta. Jack pasó. Las sillas habían sido devueltas a la mesa durante su reunión con Ivanov. Pierre se sentó a la mesa, con la espalda recta y las manos en el regazo. Jack se sentó a su lado. Los hombres se saludaron con la cabeza, pero no dijeron nada.

Ivanov entró en la habitación y la puerta se cerró de golpe detrás de él. Las conversaciones rápidamente cesaron cuando el general tomó asiento en el banco. Hojeó carpetas y papeles y luego miró hacia la habitación. Habló en ruso durante un rato. Luego volvió a mirar los periódicos y guardó silencio.

Jack miró a Pierre en busca de interpretación. Como era de esperar, no obtuvo ninguna.

—Señor Noble—, dijo Ivanov. —Levántese.

Jack puso sus manos sobre la mesa y se tomó su tiempo para ponerse de pie. Miró alrededor de la sala del tribunal. Todos los ojos estaban puestos en él.

Ivanov bajó la cabeza unos centímetros y lo fulminó con la mirada. —Acérquese al banco.

Jack se hizo a un lado y luego caminó hacia adelante, deteniéndose a un metro del banco.

Ivanov se inclinó hacia adelante y le indicó a Jack que diera un paso adelante.

Jack lo hizo.

—Última oportunidad, Jack—, susurró.

Volvió la cabeza hacia el estrado vacío del jurado.

—Usted será juzgado por los asesinatos de Grigori Dorofeyev, Fyodr Olkhovsky y Mikhail Korzhakov—, dijo Ivanov en voz alta para que el resto de la sala pudiera escucharlo. —¿Cómo se declara?

—Te olvidaste de Aleksandr y Viktor—, dijo Jack. —Los guardaespaldas.

Ivanov no dijo nada. Su labio superior se torció y su cara se puso roja.

—Aunque, técnicamente—, continuó Jack, —Viktor saltó al océano con una cuerda atada alrededor de su cintura. Aleksandr cayó poco después. Traté de ayudar, pero la corriente, ya sabes lo fuerte que puede ser a veces.

Ivanov se levantó y señaló a Jack. —No os burlaréis del asesinato de mis hombres.

Jack sonrió. —Demasiado tarde.

—¿Cómo se declara? —, gritó Ivanov. —¡Ahora!

—Asumo toda la responsabilidad por la muerte de esos hombres. Actué por mi propia voluntad. No hay nadie más en esta sala que sea culpable aparte de mí.

Era un riesgo, pero Ivanov ya se había dado cuenta. Si había alguna forma de sacar a Pierre y a él mismo de aquí con vida, Jack pensó que ésta sería la solución.

—¿Está diciendo que el hombre de la mesa es inocente? — El dedo de Ivanov permaneció en el aire, señalando a Pierre por encima del hombro de Jack.

—Sí—, respondió Jack. —Pierre es inocente. Asumo toda la responsabilidad.

Ivanov sacudió la cabeza hacia Jack. Articuló algo, pero Jack no pudo descifrar lo que el general intentaba decir.

—Siéntese, señor Noble.

Jack se volvió e Ivanov dijo algo más en ruso.

La sala quedó en silencio. Pierre miró a Jack por el rabillo del ojo y asintió levemente.

La puerta detrás de ellos se abrió. Jack se volvió. Dos guardias entraron a la habitación. Tomaron a Oscar por los codos, lo condujeron más allá de la mesa hasta un asiento al lado del banco del general. El hombre corpulento tenía marcas en el rostro. Su párpado derecho estaba tan hinchado que le cubría el ojo por completo. Una venda le cubría la mitad de la frente. El espeso cabello a los lados de su cabeza sobresalía en todas direcciones.

¿Oscar intentó protegerlos?

—Diga su nombre—, dijo Ivanov.

—Oscar.

Iványov suspiró. —Su nombre completo.

Oscar miró ciegamente hacia la pared del fondo y no respondió.

—No importa. Ya hemos establecido su credibilidad—. Ivanov miró más allá de Oscar y miró a Jack y Pierre. —¿Qué hombre se acercó a usted para organizar los asesinatos?

Los ojos de Oscar cambiaron lentamente de enfoque desde el fondo de la habitación hacia Jack y Pierre. Miró a Jack por un momento, luego a Pierre. Volvió a mirar a Jack y permaneció allí unos momentos más.

—¿Bien? — dijo Iványov.

—No lo veo.

Ivanov se inclinó hacia un lado y le hizo un gesto con la mano a Oscar. —¿Qué tipo de juego está jugando?

—¿Juego? — dijo Oscar. —No estoy seguro de seguirlo.

—Usted nos dijo un nombre antes. Vino a nosotros con ese nombre. Dígale al tribunal ese nombre.

—No preguntaste un nombre. Me pediste que señalara al hombre que me contactó. Oscar volvió a mirar a la sala del tribunal y una leve sonrisa levantó sus regordetas mejillas. —El hombre me contactó por teléfono. Ahora dime ¿cómo debo señalarlo? — Se rio mientras terminaba su frase.

Ivanov se levantó del banco, sacó a Oscar de su asiento y lo sacudió. —Dame un nombre, maldita sea.

Oscar dejó de reír. Puso sus manos carnosas sobre las de Ivanov. Los guardias apuntaron, separaron al hombre pesado y al general y arrojaron a Oscar al suelo. Uno se arrodilló sobre su espalda y le apuntó con una pistola a la cabeza.

—Última oportunidad—, dijo Ivanov. —Nombra al asesino.

—Pierre—, dijo Oscar. —El hombre llamado Pierre arregló el golpe conmigo.

—Eso no es cierto—. Jack se levantó de un salto. —Fui yo.

—Le tocará otra vez, señor Noble—, dijo Ivanov. —Siéntese.

Jack permaneció inmóvil por un momento antes de regresar a su asiento.

—Sáquenlo de aquí—, dijo Ivanov.

Voces murmuraron por toda la habitación. Ivanov golpeó su mazo para silenciar la sala del tribunal. Señaló a Pierre. —Ven aquí.

Pierre hizo lo que le indicaron y se paró ante el banco de Ivanov.

—¿Estás detrás de esto o no?

Pierre volvió a mirar a Jack, que permanecía inexpresivo.

—Míreme, Pierre—, dijo Ivanov. —Responda la pregunta y tenga en cuenta que, si fueron dos, la sentencia podría ser más indulgente. Pero si sólo un hombre—, asintió hacia Jack, —es declarado culpable, entonces la sentencia será la muerte.

—Yo—, la voz de Pierre tembló, —no tuve nada que ver con esto. Ese hombre se hizo pasar por mí para organizar los asesinatos y cumplir su propia agenda—. Pierre cerró los ojos y mantuvo la cabeza en alto.

Jack sonrió.

Ivanov se frotó la frente. —Siéntese.

Pierre volvió a la mesa y se sentó. Sus manos temblorosas golpearon la mesa. El sonido de su respiración rápida y laboriosa llenó el aire entre él y Jack.

—Relájate—, dijo Jack. —Está bien. Sé lo que estoy haciendo.

Pierre sacudió la cabeza, evitando el contacto visual con el amigo al que acababa de condenar a muerte.

—Jack Noble—, dijo Ivanov. —Acérquese.

Jack se levantó y avanzó hacia Ivanov.

—¿Es verdad todo lo que dijo este hombre?

—Sí—, dijo Jack. —Cien por ciento cierto. Lo arreglé. Lo llevé a cabo. Lo disfruté.

Los llamados por su vida surgieron detrás de él. Jack sonrió a Ivanov, quien respondió sacudiendo la cabeza.

—Tonto—. Ivanov golpeó el banco de madera con el mazo. —Regrese a su asiento—. Ivanov se levantó. —Quince minutos de receso—. Salió por la puerta detrás del banco.

—Gracias, Jack—, dijo Pierre. Finalmente miró a Jack. Sus ojos rojos, sus mejillas manchadas con los restos de sus lágrimas.

—No tienes que agradecerme.

—Acabas de dar tu vida por la mía—, dijo Pierre. —Por supuesto que te lo agradezco.

Jack negó con la cabeza. —No voy a morir—. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera demasiado cerca. —En su oficina me pidió que trabajara para él.

Pierre se inclinó y arqueó una ceja. —¿Aceptaste?

—No—, dijo Jack. —Pensé que esta era la mejor manera de hacerlo, sacarte de aquí. Aceptaré mi sentencia. Una vez que sepa que todos están a salvo, aceptaré su oferta y volveré a casa.

Pierre asintió. Se cruzó de brazos y echó la cabeza hacia atrás. —¿Qué pasa si no sucede de esa manera?

Jack se encogió de hombros. Abrió la boca para hablar, pero el golpe de la puerta de la cámara al abrirse lo interrumpió.

Ivanov cruzó la puerta y ocupó su lugar detrás del banco. Nunca quitó los ojos de Jack. De vez en cuando sacudía la cabeza y murmuraba algo en voz baja. —Levántense los dos.

Jack y Pierre estaban juntos.

Ivanov señaló a Pierre y le hizo un gesto para que se acercara.

Pierre se acercó al banco, de pie con la cabeza erguida.

—No lo considero culpable—, dijo Ivanov. —Quedará bajo nuestra custodia hasta que se pueda organizar el transporte de regreso a...

—Llévalo al aeropuerto—, dijo Jack.

Ivanov señaló a Jack. —Tendrás tu turno.

Jack lo ignoró y se sentó.

Ivanov volvió a centrar su atención en Pierre, intentando parecer tranquilo. Sus mejillas rojas y su voz temblorosa lo traicionaron. —Como decía, tan pronto como organicemos el transporte, serás devuelto a París. Ahora siéntate.

Pierre asintió y regresó a su asiento, evitando ver a Jack.

Jack sintió su culpa y apretó el hombro del hombre.

—Acérquese, señor Noble—, dijo Ivanov.

Jack se volvió y miró los rostros en la sala del tribunal. La mitad de ellos miró hacia atrás. La otra mitad miró hacia otro lado. Es interesante lo divididos que estaban ante la perspectiva de mirar a los ojos de un hombre muerto. Se tomó su tiempo para caminar hasta el banco. Cuando finalmente estuvo frente al Ivanov, mantuvo la cabeza en alto y ladeada hacia atrás. Miró por encima del general, no a él.

—Desafiante hasta el final, ¿eh? — Ivanov tamborileó con los dedos sobre el banco. —¿Es así como quieres que te recuerden, Jack? ¿O es mejor decir estúpido hasta el final?

Jack se encogió de hombros. —Suena bien.

Ivanov miró más allá de Jack y escudriñó la sala del tribunal. —Jack Noble, lo considero culpable de los asesinatos de Dorofeyev y otros—. Volvió a centrar su mirada en Jack. —Usted está condenado a muerte. Usted esperará su sentencia en la Colonia Penal número 6 de la Penitenciaría Federal—. Un murmullo se extendió por toda la sala del tribunal. Ivanov añadió: —También conocido como Delfín Negro.

Jack se mantuvo erguido y no dijo nada.

—¿Alguna vez ha oído hablar del Delfín Negro, señor Noble?

Jack siguió sin decir nada.

Iványov sonrió. —Dicen que sólo hay una manera de salir del Delfín Negro, señor Noble. La muerte. Y puedo asegurarle que la muerte será mucho más atractiva que la vida en el Delfín Negro.

Jack sintió que le ardía la cara. ¿Fue esto un juego de poder? ¿La única oportunidad que le iba a dar Ivanov?

Ivanov alzó una ceja, como si invitara a Jack a decir algo.

Jack miró fijamente el espacio sobre la cabeza de Ivanov y no dijo una palabra.

—¿Algunas últimas palabras antes de hacer esto oficial, Jack? — preguntó Iványov.

Jack maldijo a Ivanov y luego escupió en el suelo.

—Llévenselo—, dijo Ivanov.

Se acercaron dos guardias. Uno apuntó con su arma a Jack mientras el otro enhebraba una cadena entre las esposas de las muñecas de Jack. Lo obligaron a retirarse a un lado de la habitación. Jack se volvió y asintió hacia Pierre. El francés no hizo nada a cambio.

Los guardias condujeron a Jack a través de una puerta al costado de la sala y por un pasillo poco iluminado. Se detuvieron junto a una puerta de hierro e hicieron que Jack mirara hacia la pared, con las piernas abiertas. Un guardia abrió la puerta, mientras el otro se inclinaba junto a Jack. —Estarás soñando con este lugar una vez que estés dentro del Delfín Negro.

Jack volvió la cabeza.

Los guardias lo hicieron retroceder y lo arrojaron por la puerta abierta a una habitación vacía.

—Volveremos pronto—, dijo uno de ellos.

La puerta se cerró. Jack se deslizó hacia la pared, buscó en su bolsillo un cigarrillo, pero lo encontró vacío. —Maldita sea—, murmuró.

CAPÍTULO 75

—¿Estás listo? — preguntó Charles.

—Como siempre—, respondió Alonso.

Charles atravesó las puertas francesas y salió al balcón que daba a París. Se apoyó contra la barandilla. Observó a la gente pasar. Turistas, lugareños, lo que sea. Pronto cada uno desempeñaría su propio papel en la retorcida red que estaba tejiendo.

—¿A quién más deberíamos traer? — preguntó Alonso.

Charles se enderezó y se giró, apoyándose contra la barandilla. Una brisa soplaba a través del balcón, trayendo los aromas de la ciudad. Cerró los ojos e inhaló profundamente. No era Nueva York, pero serviría. Tenía su propio sabor. —Solo nosotros.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí—, dijo Charles. —Más personas podrían causar problemas. Problemas que no queremos.

Alonso asintió.

—Queremos ganarnos su confianza—, continuó Charles. —Si nos presentamos con cuatro o cinco muchachos, eso los pondrá a la defensiva.

—De acuerdo—, dijo Alonso.

Un teléfono sonando interrumpió. —Trae eso—. Él asintió hacia la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

Alonso entró y reapareció un momento después sosteniendo el teléfono de Charles. —Es el viejo.

Charles puso los ojos en blanco. Tomó el teléfono. —Sí, ¿qué pasa?

—Buenos días, señor Charles.

Charles entrecerró los ojos hacia el sol. —¿Supongo que es bastante temprano allá?

—Tengo noticias emocionantes para usted.

—¿Los Jets se están disolviendo? — Levantó la mano y giró el dedo en círculos.

Alonso meneó la cabeza y se sentó en una silla de bistró de hierro forjado. Le tendió un cigarrillo a Charles, quien lo rechazó.

El viejo se rio. —Sabe que no me importan en absoluto sus deportes paganos.

Charles se encogió de hombros. —Sí, el ajedrez es mucho más emocionante.

—Nuestro amigo—, dijo el anciano, en tono serio. —El señor Jack.

—¿Qué hay con él?

—Condenado a muerte por los rusos.

Charles se agarró a la barandilla y se inclinó hacia adelante, como si intentara acercarse al anciano. —Repítelo.

El viejo se rio. —Está fuera de camino. Nunca volverá a ver la luz del día, según tengo

entendido.

—Esas son…—, Charles se frotó la barbilla y el labio superior con la mano, —buenas noticias.

Alonso se encogió de hombros y levantó las manos. Articuló: —¿Qué? — y apoyó los codos sobre la mesa del bistró.

Charles sacudió la cabeza y levantó un dedo. —Jefe, todavía está el asunto de su socio principal. Y la mujer.

—¿Por qué no puede olvidar el pasado? — dijo el anciano con un suspiro. —Déjelos en paz, al menos por ahora. Tiene asuntos más importantes que atender. Ponga a París en orden y luego podremos hablar sobre limpiar el resto del desastre.

—Tienes razón—, dijo Charles.

—Estaba con un espía francés. Me refiero a Jack. El francés fue o será liberado pronto. Quiero que se comuniques con él.

—¿Quién es él?

—Le enviaré los detalles de forma segura—. El anciano hizo una pausa. —Eso es todo, señor Charles. Buena suerte con sus reuniones.

Se cortó la comunicación. —Sí, reuniones. Se volvió hacia Alonso y sonrió.

—¿Bien?

—Jack está muerto.

—¿Muerto? — Alonso se apoyó contra la pared junto a las puertas francesas.

—Va a estarlo. Condenado a muerte por los rusos—. Charles se giró y rodeó la barandilla con sus grandes manos.

Alonso estaba a su lado. —Excelente.

—Vamos.

CHARLES SIGUIÓ EL RITMO DE ALONSO A TRAVÉS DEL LABERINTO DE CALLES Y CALLEJONES QUE conforman el corazón de la ciudad. No había tenido muchas oportunidades de aventurarse desde que llegó. Demasiado ocupado preparando las cosas, seleccionando hombres para las operaciones en Europa occidental y haciendo (o sobornando) algunos contactos locales. Por eso le encargó a Alonso que conociera la ciudad, e incluso le compró un coche para hacerlo.

—¿Por qué no usamos el coche? — preguntó Charles.

—Muy complicado. No tenemos que ir muy lejos. ¿Por qué lidiar con este desastre—, levantó los brazos y señaló a la multitud de personas en las aceras y calles, —cuando podemos caminar durante treinta minutos? — Volvió a mirar a Charles.

Charles se encogió de hombros. —Lo que sea.

—Es bueno para ti—, dijo Alonso. —El ejercicio.

—¿Parece que necesito más ejercicio?

Alonso se encogió de hombros.

—¿Estás diciendo que estoy gordo?

—¿Realmente es necesario decirlo? — Alonso señaló el estómago de Charles.

Es cierto que había ganado algunos kilos en los últimos años desde que se instaló en la vida sedentaria como la mano derecha del anciano, pero no estaba gordo. Se consideraba en buena forma. En mejor forma que esos que empujan lápices y se pasan la vida con el trasero en una silla golpeando algún teclado estúpido.

—Que te jodan—, dijo Charles.

Alonso se rio. —Casi llegamos.

La reunión fue con dos de los mejores chicos de Foster. Sus hombres estaban peleando por los restos del negocio de Foster que otros jefes criminales aún no habían atacado y tomado. Charles tenía toda la intención de relevarlos de sus deberes y ofrecerles la oportunidad de trabajar para él.

Siguió a Alonso sin pensarlo dos veces. Claro, podría ser una trampa. Aunque si ese fuera el caso, mejor dejar que suceda. Si el viejo quería matar a Charles, no pararía hasta terminar el trabajo. Además, Charles pensó que había leído bastante bien a Alonso, y nada en el lenguaje corporal del hombre indicaba que estuviera haciendo algo fuera de lo común.

—Allá—. Alonso señaló un edificio que Charles supuso tenía al menos trescientos años de antigüedad. Faltaban trozos de yeso en la fachada y las ventanas tenían el distintivo aspecto de vidrio centenario. Se detuvieron frente a una puerta vieja, pintada de rojo. Trozos de pintura colgaban de la puerta y estaban esparcidos por el pequeño porche. Diminutas motas rojas cubrían el porche de hormigón, incrustadas en los hoyuelos.

Alonso llamó a la puerta.

Unos momentos más tarde la puerta se abrió. Un hombre asomó la cabeza por la abertura, dejando al descubierto un cabello castaño puntiagudo. Tenía la cara sin afeitar y sus ojos se movían salvajemente.

Charles lanzó una mirada a Alonso. Alonso asintió.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó el hombre.

—Alonso—, Alonso señaló su propio pecho, —y Charles. ¿Podemos? — Hizo un gesto hacia la puerta.

El hombre abrió la puerta y dio un paso atrás. —Soy Adrien.

Charles cruzó la puerta y esperó a que Adrien los guiara por el pasillo. El hombre pasó y miró a Charles media docena de veces durante no más de un segundo por mirada.

Un drogadicto desagradable.

—Bonito lugar el que tienes aquí—, dijo Charles.

—Sí—, dijo Adrien. —No está mal.

Charles escuchó un parloteo por encima de ellos, voces femeninas ligeras y suaves. Extendió la mano y tocó el hombro de Alonso, señalando al techo.

Alonso se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Se llevó un dedo a la boca.

Charles asintió.

Adrien abrió una puerta y condujo a los hombres a la cocina. Otro hombre estaba sentado a la mesa.

Se puso de pie y extendió un brazo. —Casper—. Su acento espeso y francés.

—¿Como el maldito y fantasma amigable? — preguntó Charles.

Casper parpadeó y no dijo nada.

—Por favor—, dijo Adrien mientras sacaba dos sillas. —Siéntense.

—Tú primero—, dijo Alonso.

Adrien le lanzó una mirada, con los ojos entrecerrados y la boca abierta.

—Lo siento—, dijo Alonso. —Tú primero por favor.

Casper asintió hacia Adrien, quien tomó asiento frente a su compañero.

Alonso tomó asiento contra la pared y Charles se sentó de espaldas a la cocina abierta. El hombretón se movió en su asiento y jugueteó con sus manos.

—¿Incómodo? — preguntó Casper.

—No me gusta dar mi espalda a la habitación. ¿Sabes a qué me refiero? — Los golpes arriba llamaron su atención. Él miró hacia arriba.

Casper asintió. —No te preocupes, somos los únicos aquí.

Charles miró a Alonso, que permaneció inexpresivo.

Casper habló. —Podemos conseguirte algo para…

—Vayamos directo al grano—, dijo Charles. —Yo me haré cargo de estas operaciones. De ahora en adelante usted informa.

—Al diablo—. Casper se levantó y pateó su silla hacia el suelo.

Charles respondió de la misma manera. Los dos hombres se enfrentaron.

—Lo que dice mi amigo aquí presente—, dijo Alonso, —es que nos gustaría llegar a un acuerdo con ustedes.

Un silencio tenso llenó la habitación. Charles y Casper estaban a centímetros de distancia, cada uno listo para atacar.

Casper respiró hondo, dio un paso atrás, cogió su silla y se sentó, más lejos de la mesa que antes. —¿Qué tipo de arreglo?

—Necesitas protección, ¿verdad? — dijo Alonso. —Podemos proporcionártela.

Charles estudió los rostros de los hombres.

Casper se sujetó el codo y se golpeó la barbilla con el dedo índice derecho. Sus labios se fruncieron. Sus ojos miraron un punto imaginario en el techo. —No conoces esta ciudad ni la forma en que funcionan las cosas—, dijo Casper. —¿Cómo puedes ofrecer protección?

—A través de la maldita fuerza bruta—, dijo Charles.

—Eso no funciona—, dijo Casper. —No aquí.

—Sí, hombre—, dijo Adrien. —No llegarás a ninguna parte con eso.

—Oh— Charles golpeó su puño en el costado de la cara de Adrien. El impacto del golpe hizo girar al hombre. Se cayó de su silla y se desplomó en el suelo.

—¿Pero qué putas? — Casper se levantó de nuevo y alcanzó su cintura. Su mano apretó con más fuerza la empuñadura de una pistola que había estado escondida debajo de su camisa.

—Todos cálmense—, dijo Alonso.

Charles se puso de pie y caminó hasta el otro extremo de la cocina. Se reclinó contra la estufa.

Adrien se levantó del suelo y se sentó en su silla. Su cabeza se tambaleó.

—Escucha—, dijo Alonso. —Sabemos lo que está pasando. Algunas personas muy poderosas están atacándolos por ambos lados. Podemos ayudarlos con eso. Nosotros mismos tenemos algunos patrocinadores bastante grandes.

—¿Y si decimos que no? — dijo Casper.

—Por el amor de Dios—, dijo Charles. Sacó una pistola de debajo de su camisa y le disparó a Adrien en el pecho.

Casper comenzó a sacar su pistola de su cintura. Alonso lo abordó por detrás y lo inmovilizó contra el suelo, con la rodilla en la espalda y el codo en la cabeza.

Charles escuchó gritos desde arriba.

—Está bien—, dijo. —¿Qué demonios es eso?

—Pensé que sabías sobre nuestro negocio—, dijo Casper respirando con dificultad. —Esas son las chicas que vendemos.

—Bastardo enfermo—. Charles pateó al hombre en la cara y el cuerpo de Casper quedó inerte.

Alonso se levantó. —Eso salió bien.

—Que se jodan—, dijo Charles. —Átalo. Podría sernos útil más tarde.

Alonso rebuscó en los cajones de la cocina y encontró algo de cordón. Sentó a Casper en una

silla y aseguró las piernas y el torso del hombre.

Los gritos continuaron penetrando a través del techo.

Charles pasó por encima del cuerpo sin vida de Adrien, teniendo cuidado de evitar el charco de sangre que rodeaba su torso. —Veamos eso—. Regresó por el pasillo hasta las estrechas escaleras cerca de la puerta. Le indicó a Alonso que se adelantara y lo siguió hasta el segundo piso.

—¿Hola? — Alonso gritó.

Silencio. Charles se detuvo en el rellano y se apoyó contra la pared. Cerró los ojos.

—Aquí—, respondió una voz, una mezcla de esperanza y desesperación.

Una puerta cerrada con candado les impedía la entrada.

Alonso se encogió de hombros.

Charles puso los ojos en blanco. —Aléjate de la puerta—. Esperó un momento y luego pateó el centro de la puerta. Se agrietó y se dobló con el impacto de su zapato talla 47.

Alonso dio un paso adelante y apartó la puerta.

Los hombres se congelaron ante la vista que tenían ante ellos.

La habitación no tenía que medir más de seis por seis metros. Quince mujeres jóvenes, posiblemente adolescentes, acurrucadas al fondo de la sala.

—Jesucristo—, dijo Charles. —¿Qué diablos es este lugar? ¿Quiénes son?

Ninguna de las mujeres dijo nada. Se miraron la una a la otra, con los rostros torcidos y los ojos suplicantes.

Alonso miró con los ojos muy abiertos y boquiabierto a la multitud de chicas.

La habitación tenía un hedor a podrido. Las mujeres vestían ropas sucias y andrajosas. Su cabello enredado y despeinado. Algunas lloraron, otros cayeron al suelo. Parecía como si no supieran si estar felices o tener miedo.

Charles sacó su teléfono y marcó el número del anciano.

—¿Todo bien, señor Charles?

—Feng, tienes que ser sincero conmigo. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Disculpa?

—Acabamos de tener una reunión con los muchachos de Foster. Este lugar—, Charles hizo una pausa mientras exploraba la habitación. —parece sacado de una película de terror.

El viejo no dijo nada.

—Quiero decir, hay mujeres, diablos, niñas aquí, retenidas en una habitación. Una sola y pequeña habitación.

—Escuché algo sobre el señor Foster antes—, dijo el anciano. —Algunas cosas malas.

—Puedo confirmarlo—, dijo Charles.

—Esto es lo que quiero que haga. Ayude a las chicas por ahora. No haga nada más hasta que tengas noticias mías.

—De acuerdo.

—Quiero que se comunique con el francés. Mañana le daré su información de contacto. Enviaré un hombre.

—De acuerdo.

—Él podrá ayudar y llevar a esas niñas a casa.

—De acuerdo—. Charles colgó. Agarró el hombro de Alonso. —Ve a buscar a Casper. Tráelo aquí.

Alonso salió de la habitación.

Charles dirigió su atención a las chicas al otro extremo de la habitación. Su corazón lloró por

ellas, sus familias que no tenían idea de lo que les había pasado a sus pequeñas.

—Damas—, dijo Charles. —No voy a haceres daño. Las llevaremos a casa.

Ninguna de ellas dijo una palabra. Algunas lloraron. Algunas se abrazaron. Algunas lo miraron fijamente.

Finalmente, una dio un paso adelante, deslizándose desde el fondo del grupo. Se metió el pelo oscuro y rizado detrás de las orejas. Sus ojos marrones ardieron. —¿Por qué deberíamos confiar en ti?

¿Por qué deberían hacerlo? Charles no pudo pensar en una buena respuesta. Abrió la boca, se detuvo un momento y luego dijo: —No soy un buen hombre. Lo admito. Pero si no quisiera ayudarte, ya estarías muerta.

Algunas de las chicas se quedaron sin aliento. La chica de cabello oscuro asintió. —Todo estará bien, chicas. Confío en él. Confiemos en él—. Se volvió hacia ellas con los brazos extendidos y ligeramente inclinada por la cintura. —Tenemos que confiar en él.

La voz de Alonso resonó por el pasillo mientras él y Casper se acercaban a la habitación.

Charles esperó a que llegaran a la puerta. Extendió la mano, agarró a Casper por la nuca y lo arrojó al otro lado de la habitación.

Casper se estrelló contra la pared y cayó de rodillas. Se dio la vuelta y se apoyó contra la pared. La sangre le cubría la barbilla, el cuello y la camisa.

Charles enarcó una ceja y miró a Alonso.

Alonso se encogió de hombros.

—¿Este hombre alguna vez lastimó a alguna de ustedes?

Las adolescentes no dijeron nada.

—No habrá represalias—, dijo. —¿Él hizo…?

La chica de cabello oscuro habló primero. —Me violó en mi primera noche aquí.

Charles se acercó a Casper, lo agarró por el cuello y lo estrelló contra la pared. Se agachó, desabrochó el grueso cinturón de cuero negro de Casper y luego lo empujó hacia un rincón de la habitación. Apuntó su arma a la cabeza de Casper. El cinturón de cuero colgaba de su brazo extendido, hacia el grupo de mujeres.

—¿Quieres golpearlo? preguntó Charles.

La chica de cabello oscuro hizo una pausa. —Sí—, dijo ella. Dio un paso adelante y le quitó el cinturón a Charles.

Él la miró a la cara. Sus fosas nasales se dilataron, abrió mucho la boca, frunció el ceño y entrecerró los ojos. Levantó el brazo en alto, dejando que el cinturón colgara detrás de su espalda. Se retorcía y giraba como una serpiente. Pasó su brazo por encima de su cabeza y pasó el cinturón por la cara de Casper. El pesado cuero golpeó con un fuerte golpe. Dejó una marca de color rojo oscuro y un corte en la mejilla. La sangre goteaba de la herida.

—Él también me violó—, dijo otra chica del grupo que ahora se había extendido.

Charles no miró hacia atrás. Mantuvo su arma y sus ojos en Casper y sonrió cuando los ojos del condenado se encontraron con los suyos.

Una por una, las chicas se turnaron para azotar a Casper con el cinturón. A mitad de camino, Charles lo desnudó. Cuando las mujeres terminaron, el cuerpo de Casper parecía como si hubiera sido atropellado por un camión. Maltratado y magullado. Su cuerpo convulsionó. Lloró en el suelo.

Charles volvió a mirar a Alonso, que estaba en la puerta, con el rostro tenso y demacrado. ¿Estuvo de acuerdo? ¿Estaba molesto? No importó.

Charles levantó su arma en el aire. —¿Debería?

La chica de cabello oscuro dio un paso adelante. —Déjame.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Charles.

—Missy.

—¿Alguna vez has matado a un hombre?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Charles la estudió. Tenía los ojos enfocados y su respiración era normal. Mantuvo la cabeza en alto y los hombros hacia atrás. Desafiante. Sin miedo. Quitó el seguro, metió una bala y le entregó el arma a Missy.

Ella sonrió mientras miraba el arma pesada en su mano. Admiró su peso mientras balanceaba la pistola en su mano. Trazó el cañón con los dedos. Parecía disfrutar del poder. Parecía poderosa sosteniéndolo. Como un ajuste natural.

—¿Algunas últimas palabras, Casper? — preguntó.

—Que te jodan—, dijo Casper, con la voz entrecortada y ahogada por la sangre en su boca.

—Nunca más—, dijo Missy.

Ella se arrodilló a su lado y le susurró al oído.

Casper dejó caer la cabeza al suelo.

Missy colocó el arma a un lado de su cabeza. Tiró del gatillo. El sonido del disparo atravesó el aire y resonó por toda la habitación.

Algunas de las chicas gritaron. Otros sollozaron. Algunos sonrieron.

Charles miró por la ventana. La calle estaba, en su mayor parte, vacía. Miró por encima del hombro catorce rostros aliviados y miró a Missy, de rodillas y apoyada sobre los talones. Ella miró hacia arriba. Sus ojos se encontraron. Ella sonrió. Charles le ofreció la mano y ella la tomó. La puso de pie, se inclinó y le susurró al oído. —Voy a cuidar bien de ti, si quieres quedarte.

—Sí—, dijo ella. —No tengo ningún otro lugar a donde ir.

—¿Cuántas duchas tiene este lugar? — preguntó Alonso.

—Tres—, dijo una de las chicas.

—Lávense—, dijo Alonso. —Rápidamente.

—Llama para pedir algunos autos—, dijo Charles.

Alonso asintió y sacó su teléfono celular del bolsillo. Desapareció por la puerta, por el pasillo.

—Las vamos a sacar de aquí, señoritas—, dijo Charles. —Y luego las llevaremos a casa.

CAPÍTULO 76

Las horas se fundieron unas con otras. Oso había estado conduciendo sin parar desde que salió de Florida. Se acercaba la frontera del estado de Nueva York. No irían a la ciudad. Al menos no todavía. La primera parada sería una hora al norte. Un pequeño lugar que él y Jack mantenían. Una casa de vacaciones para cuando uno de ellos quería escaparse y pescar. O simplemente desaparecer. Miró a Mandy. La pequeña estiró los brazos, bostezó y abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? — preguntó ella.

—Casi en Nueva York—, dijo Oso.

Se aferró al cinturón de seguridad. Su respiración se aceleró. —No quiero volver a Nueva York.

Oso se acercó y puso su mano sobre su cabeza. —Está bien, cariño. Estaremos fuera de la ciudad—. Por ahora.

Ella respiró hondo, como él le había enseñado, y pareció controlar sus emociones. —Está bien, Oso. Confío en ti.

Él rio. —Eso espero—. Él esperó, pero ella no dijo nada. —¿Qué tal una película esta noche?

Ella se encogió de hombros. —Supongo que sí.

No sabía qué esperar de la chica. Había pasado por muchas cosas las últimas semanas. Sería una buena idea ponerse en contacto con su hermana, una terapeuta autorizada, para pedirle consejo. Por supuesto, eso significaría contactar a su hermana. No habían hablado en cuatro años y no estaba seguro de cuán receptiva sería ella ante la situación. Katie no era la mayor admiradora de su trabajo. Dejó a un lado la idea y se centró en la autopista y el tráfico que tenía delante.

En ese momento, sonó su teléfono. Miró el identificador de llamadas. Brandon.

—¿Qué tienes para mí? — preguntó Oso.

—Algunas buenas noticias—, Brandon hizo una pausa. —Y algunas malas noticias, Oso.

—Dame la buena noticia.

—Tengo confirmación sobre sus muchachos, el equipo de Russ.

—Está bien. Guarda los detalles. No puedo ocuparme de ellos ahora.

—De acuerdo.

—¿Qué otra cosa? — preguntó Oso.

—No tengo doble confirmación, pero creo que tengo suficiente para decirte que Clarissa está a salvo.

—¿Por qué no puedo comunicarme con ella?

—Me siento seguro al decir que podrás hacerlo pronto.

—¿Dónde está ella?

—Realmente no puedo decir nada más. Dependerá de ella qué revelar.

—Un misterio. Genial.

Mandy le dio una palmada en la pierna y le dirigió una mirada severa.

Oso se rio.

—¿Qué? — preguntó Brandon.

—Nada—, dijo Oso. De mala gana, añadió: —¿Cuáles son las malas noticias? Apretó el volante con la mano izquierda, esperando la respuesta que ya conocía.

—Es Jack—, dijo Brandon.

Oso bajó la voz. —¿Muerto? — Por el rabillo del ojo vio a Mandy inclinar su oído hacia un lado.

—No, no todavía.

Oso esperó, pero Brandon guardó silencio. —¿Entonces?

Brandon suspiró. —Los rusos lo declararon culpable de asesinar a esos políticos...

—Dos políticos y un general—, dijo Oso.

—Y dos guardaespaldas y un marinero. Eso no viene al caso, Oso. Lo declararon culpable. También cargó con la culpa del francés.

—¿Cuál es la sentencia? — preguntó Oso. Aunque él ya lo sabía.

—Muerte.

Oso no dijo nada.

—Está cumpliendo su condena en un lugar llamado Delfín Negro—, dijo Brandon. —¿Alguna vez has oído hablar de eso?

—Sí, un mal lugar—. Oso bajó la ventanilla y escupió, tratando de deshacerse del mal sabor de boca. —¿Tenemos a alguien que pueda ayudar?

—Lo estoy intentando, amigo mío, lo estoy intentando.

—Me comunicaré con Pierre—, dijo Oso. —Cualquier cambio con Clarissa, házmelo saber. Envíame la información sobre ese otro tipo también.

—Lo haré, hombre.

Oso colgó.

—¿Vamos a ver pronto a la señorita Clarissa? — preguntó Mandy.

—Sí—, dijo Oso. No lo sabía con seguridad, pero ¿por qué decirle eso?

Oso pasó las siguientes dos horas sumido en sus pensamientos. Demasiados pensamientos para encontrarles sentido. Luchó por encontrar una manera de ayudar a Jack, pero no encontró ninguna solución. Sólo sabía que tenía que hacer algo. Salió de la I-287 y tomó Skyline Drive hacia el norte, hacia Ringwood, donde tenían una casa cerca del embalse de Wanaque.

Mandy se despertó cuando el auto redujo la velocidad. —¿Dónde estamos?

—Ya casi llegamos—, dijo Oso.

Guio el coche por la sinuosa carretera y entró en un barrio residencial. Dos minutos más tarde aparcó el coche en un camino pavimentado, detrás de la casa.

—Quédate aquí—, dijo.

Mandy se reclinó en el asiento y miró por la ventana.

Oso salió y caminó bajo la ligera lluvia a lo largo del costado de la casa, hacia el frente y hacia el otro lado. Fue hasta la puerta y se asomó por las ventanas. Finalmente sacó una llave y abrió la puerta. Entró y sonó su teléfono. Respondió sin comprobar el identificador de llamadas.

—Hola Oso—, dijo Clarissa.

—Jesús, niña—, dijo Oso. —Me asusté muchísimo.

—Lo lamento.

—¿Qué pasó?

—Uhmm, realmente no puedo decirlo—, dijo.

—¿Qué diablos quieres decir? ¿Después de lo que me hiciste pasar?

—Dije que lo siento, Dios mío.

—¿Dónde estás?

—Regresaré pronto a Nueva York—, dijo.

—¿Conoces la casa en el embalse?

—Sí, he estado allí.

—Necesito que vengas aquí y cuides a la chica. Tengo negocios en la ciudad. ¿Puedes hacer eso?

—Claro—, dijo ella. —De todos modos, no quiero volver a mi apartamento todavía.

Oso suspiró. El plan se estaba concretando.

—Mierda, me tengo que ir, Oso.

—Espera, antes de que te vayas necesito decirte algo—, la línea se cortó. —Acerca de Jack…

Oso arrojó el teléfono sobre el sofá. Entró por la puerta e indicó a Mandy que saliera del coche.

La niña se deslizó por la puerta abierta, corrió bajo la lluvia, subió las escaleras y cruzó el porche. Encontró el sofá y el control remoto del televisor, sonrió mientras pasaba las estaciones y encontraba su programa favorito, *Phineas y Ferb*.

Tan simple, tan fácil. Todas las preocupaciones borradas por el consuelo de rostros y voces familiares.

—La señora Clarissa estará aquí mañana, cariño.

—Genial—, dijo Mandy, apenas girando la cabeza para responder.

—Genial—, repitió Oso. Muy bueno, de hecho.

CAPÍTULO 77

Jack estaba sentado en el banco situado en la parte trasera del viejo autobús. Los vapores del diésel llenaron el aire. De vez en cuando aparecían náuseas. Eso o sus nervios se apoderaron de él. Miró alrededor del autobús casi vacío. Sólo él, otros cinco prisioneros, cuatro guardias y el conductor. El conductor miraba hacia atrás por el amplio espejo retrovisor cada pocos minutos. Tenía una cara ancha con mejillas rojas e hinchadas que hacían que sus párpados inferiores estuvieran más altos de lo que naturalmente se sentarían. Papá Noel ruso regalando cebo fresco al Delfín Negro. Los guardias no se movían a menos que alguien dijera algo. Sin embargo, sólo una persona dijo algo y la paliza que recibió fue suficiente para mantener callados al resto de los prisioneros.

El hombre se sentó frente a Jack, dijo algo en ruso y luego se echó a reír. Dos guardias no perdieron el tiempo y lo sacaron del pasillo. Cuando terminaron, la sangre brotó de la boca del hombre. Ahora estaba sentado de lado en su asiento, con la cabeza hacia atrás y un hilo de sangre corriendo por su barbilla.

Jack se giró en su asiento y miró por la ventana el sombrío paisaje marrón que daba paso a cielos grises en el horizonte. Su mente divagó y comenzó a recordar todo lo que sucedió para llevarlo a esta situación. Rápidamente desechó esos pensamientos. No tenía sentido seguir ese camino. Pensó que tendría mucho tiempo para eso dentro de una celda de prisión.

Prisión.

La idea le provocó náuseas.

No tenía idea de qué esperar cuando el autobús se detuviera. Pierre había intentado hablarle del lugar apodado Delfín Negro, supuestamente una de las prisiones más antiguas y duras de Rusia.

Sólo hay una salida del Delfín Negro.

Uno de los guardias se levantó y empezó a caminar hacia la parte trasera del autobús. Jack se enderezó y miró hacia adelante.

El guardia se detuvo y miró a Jack. El hombre tenía cabello y ojos castaños claros. Su rostro no estaba endurecido como los otros tres. No, este hombre todavía tenía la juventud de su lado. —¿Puedo sentarme? — preguntó en inglés.

Jack asintió y se deslizó hacia la ventana.

—Tú eres el hombre, Noble, ¿verdad?

Jack asintió y no dijo nada, con la mirada todavía al frente.

El guardia miró por encima del hombro y bajó la voz. —Me alegra que hayas hecho lo que hiciste.

Jack no se movió.

—Esos hombres eran malas noticias.

Jack miró al guardia. —No deberías decir estas cosas.

El guardia se encogió de hombros. —Nadie aquí habla inglés. Creo.

Jack sonrió. El guardia tenía pelotas. Jack podría respetarlo por eso.

—Si hubieras ido a un tribunal real, habrías ganado.

Un verdadero tribunal. Como si tuviera una oportunidad. Jack se encogió de hombros.

—Puedes apelar—, dijo el guardia. Él miró hacia arriba. —Ya casi llegamos. Mi nombre es Alik. Estaré adentro y haré lo que pueda para asegurarme de que lo traten justamente, señor Noble.

Jack asintió hacia Alik. —Bien, entonces no tendré que matarte.

—Me gusta tu confianza—, dijo Alik mientras se levantaba. —No la pierdas. La necesitarás allí—. Señaló hacia el frente del autobús.

Jack estiró el cuello y vio una doble capa de alambradas de púas dando vueltas. Más allá de la valla se alzaba la prisión, larga y gris, de dos pisos de altura. Un arco techado adornaba el centro del edificio y estaba flanqueado por buhardillas. El autobús se detuvo en la puerta. La puerta se abrió y ocho guardias la atravesaron. Caminaron a lo largo del costado del autobús, gritando en ruso, una cadencia para sus llamadas. Los hombres dieron vueltas y se cruzaron en la parte de atrás. Dos entraron al autobús y caminaron hacia atrás. Dos más subieron y se pararon al frente, apuntando con rifles a los prisioneros.

Los guardias detrás de Jack susurraron unos a otros en ruso y luego se rieron. Uno puso su mano sobre el hombro de Jack.

Jack luchó contra el impulso de estremecerse. Deseó tener las manos libres. Observó cómo un solo guardia escoltaba a los otros prisioneros fuera del autobús, uno a la vez. El autobús estaba vacío excepto por él y los dos guardias detrás de él. Volvió la cabeza.

—¿Nos vamos, caballeros? — preguntó.

El guardia más cercano le dio un puñetazo en la nariz a Jack.

La cabeza de Jack se giró hacia un lado y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tocó su nariz de arriba a abajo. No estaba rota. Se tocó el labio superior con la lengua. Sin sangre. Él sonrió.

Cuatro guardias más entraron al autobús. Uno dio un paso adelante, apuntó con un rifle de asalto en dirección a Jack y gritó órdenes en ruso.

Los guardias detrás de Jack lo levantaron de su asiento. Cada uno lo agarró por dentro de los brazos y lo empujó hacia adelante.

Jack escuchó los ladridos fuertes y profundos de lo que supuso eran perros muy grandes fuera del autobús.

El guardia con el rifle de asalto retrocedió hasta el asiento del conductor. Los otros tres guardias se deslizaron entre los bancos y apuntaron con sus pistolas a la cabeza de Jack.

Miró su reflejo en el amplio espejo retrovisor y sonrió al ver rayos láser rojos bailando en su frente. Asintió con la cabeza a cada guardia al pasar. Ninguno devolvió el saludo. Cuando llegó al frente, el guardia en la cabecera del autobús clavó el cañón de su rifle de asalto en el costado del cuello de Jack.

—Baja las escaleras—, dijo en inglés. —Despacio y sin problemas.

Jack miró hacia abajo, a través de la puerta abierta. Dos guardias estaban a dos metros de la entrada, ambos equipados con rifles de asalto. Detrás de ellos, esperaban seis guardias adicionales, cada uno sosteniendo una cadena que conectaba a pastores alemanes extremadamente grandes que debían pesar 70 kilos, si no más.

—Te matarán cuando se les ordene—, dijo el guardia detrás de él.

Jack subió las escaleras una a la vez. Lento pero seguro. Mantuvo sus manos encadenadas

frente a él, extendidas lo más que pudo. Bajó del autobús. Los dos guardias dieron un paso atrás y le hicieron señas para que avanzara. Dio tres pasos. Le hicieron señas para que se detuviera.

Los guardias restantes salieron del autobús y lo rodearon. Los guardias con los perros se hicieron a un lado.

Jack sintió dos barriles en su espalda, empujándolo hacia adelante.

—Muévete—, dijo una voz con mucho acento detrás de él.

El convoy de guardias se redujo a cuatro después de que ingresaron a la prisión. Dos delante, dos detrás. Rostros presionados contra el grueso vidrio mientras Jack caminaba por el área abierta de la prisión. La mayoría se burló de él. Algunos lo miraron fijamente. Dejó de mirar a su alrededor y mantuvo su atención hacia adelante.

—Detente.

Jack se detuvo.

El guardia que estaba delante a su derecha dio un paso adelante, giró a la derecha y abrió una puerta. Dos guardias rodearon a Jack con sus brazos y lo condujeron a una pequeña habitación vacía con un solo casillero en el rincón más alejado. Los cuatro guardias se amontonaron y se posicionaron en cada esquina.

Uno le tendió una llave. —Ven aquí.

Jack dio un paso adelante.

—Tus brazos.

Jack no lo hizo.

El guardia le dio un puñetazo a Jack en el estómago.

Jack dio un paso atrás pero no se dobló, lo que pareció enojar aún más al guardia.

El guardia se agachó y levantó las muñecas de Jack. Abrió las esposas. —Quítate la ropa.

Jack no lo hizo.

El guardia asintió con la cabeza al hombre que estaba al fondo de la habitación y Jack sintió sus manos sobre él.

Un movimiento, eso sería todo lo que haría falta, y Jack podría acabar con la vida del hombre. Probablemente eso también significaría el fin de su vida, así que dejó la idea para más adelante.

El guardia desnudó a Jack. Le pincharon y pincharon. Se quedó quieto. Permaneció en silencio.

El guardia en la esquina más alejada abrió un casillero y sacó un mono negro y un sombrero a rayas blancas y negras. Le arrojó la ropa a Jack.

Jack cogió el bulto. Levantó la gorra. —¿En serio? ¿Qué es esto, una maldita caricatura?

—No, humillación es lo que es—, dijo un guardia. —Póntelos.

Jack se vistió.

Lo llevaron de regreso al pasillo. —De ahora en adelante—, dijo el guardia, —así es como serás transportado—. El asintió.

Dos guardias agarraron los brazos de Jack y los tiraron hacia un lado y hacia atrás de su espalda. El tercero agarró la nuca de Jack y trató de empujarlo hacia adelante, con la nariz pegada al suelo.

Jack resistió, empujado hacia atrás a pesar del ardor en sus brazos mientras los otros guardias le retorcían las muñecas. El dolor le quemó los hombros.

—Inclínate y mira al suelo—, gritó un guardia.

—Que te jodan—, dijo Jack con los dientes apretados.

Un guardia se acercó al frente y empujó a su compañero fuera del camino.

Jack giró el cuello.

—Aquí caminas como te decimos que camines—, dijo el guardia. —Brazos hacia atrás, cabeza gacha, mirando al suelo.

Jack no dijo nada.

—Ahora inclínate.

Jack siguió sin decir nada.

El hombre sonrió y golpeó la culata de su rifle de asalto en el abdomen de Jack, haciéndolo doblarse. Sintió una mano en su cabeza. Los guardias lo empujaron y arrastraron por los pasillos blancos de la prisión, gritándole en ruso a lo largo del camino. Entre sus gritos, los pasillos estaban en silencio. No como él lo imaginaba. En sus visiones, este lugar parecía sacado de una película antigua, con hombres apoyados en barras oxidadas golpeando tazas y gritando obscenidades.

Se detuvieron. Un guardia abrió una sólida puerta de metal. Detrás de la puerta había otra puerta, ésta forrada de barrotes. Una celda dentro de una celda.

—Su nueva residencia, señor Noble—, dijo el guardia.

La presión en sus brazos disminuyó. Un brazo rodeó su cuello y lo enderezó. Miró fijamente la habitación. Parecía ser hormigón sólido con barras recubriendo las paredes delantera y trasera.

—Parece hogareño—, dijo Jack.

—Espero que haya disfrutado su tiempo afuera, señor Noble—, dijo el guardia. —Nunca lo volverás a estar.

Empujaron a Jack dentro de la habitación y cerraron las puertas detrás de él.

Tropezó al suelo. Se impulsó y se puso de pie. Se volvió hacia la litera y vio a su nuevo compañero de cuarto.

El hombre se sentó y Jack notó sus ojos oscuros y hoscos, hundidos profundamente en su cabeza calva y deforme. Puso los pies en el suelo y extendió sus gruesos brazos hacia arriba, usándolos para agarrar la litera encima de él y levantarse del colchón. Se puso de pie y miró a Jack.

Jack miró hacia arriba y estimó que el hombre medía cerca de dos metros de altura.

El hombre giró sus anchos hombros y sonrió, dejando al descubierto una boca medio llena de dientes podridos, medio llena de vacío.

—Soy Jack.

—Te mataré—, dijo el hombre en inglés, con un acento más marcado que el de los guardias.

—Bonito lugar el que tienes aquí.

—Es mi lugar.

—¿Qué pasó con tu último compañero de cuarto?

—Hizo demasiadas preguntas.

CAPÍTULO 78

—Ya casi llegamos—, dijo Sinclair.

Clarissa asintió. Miró por la ventana polarizada a la bahía de Chesapeake. El sonido rítmico del coche pasando por las juntas del puente la adormeció en un estado de realidad suspendida. El coche descendió a un túnel y una luz amarilla apagada llenó la parte trasera de la limusina.

—Odio los túneles—, dijo Sinclair.

—¿En serio? — preguntó Clarissa. —No pensé que temieras nada algo.

Sinclair se rio. —Tengo mucho miedos, niña. Superar esos miedos es lo que me convierte en quien soy.

Ella asintió de nuevo. Él había sido cordial los últimos días, pero ella estaba lista para irse a casa. Por eso aceptó la reunión.

—Está muy emocionado de conocerte—, dijo Sinclair.

—¿Cómo es él?

—Mayor. Muy inteligente y en excelente forma. Líder fuerte. Severo, pero justo.

La limusina salió del túnel y la luz del sol filtrada penetró en el coche. Se frotó los ojos y se puso las gafas de sol en la cara. —¿Base de la Fuerza Aérea de Langley?

—Correcto—, respondió rotundamente.

—¿Hiciste la tarea?

—Sí, pero no es por eso por lo que elegimos Langley.

Clarissa se encogió de hombros.

—Además, probablemente nunca hayas estado en el lugar al que vamos—. Metió la mano en su bolso.

—No me vuelvas a sedar.

Sinclair levantó la vista y sonrió. —No te preocupes—. Sacó algo de la bolsa y lo levantó. —Sólo una venda en los ojos.

—¿Por qué?

—Conoces la base como la palma de tu mano. ¿Correcto?

Ella no dijo nada.

—Hasta que no aceptes unirte a nosotros, no puedo mostrarte el camino. ¿Entendido?

Ella suspiró. —Sólo dame la venda.

Sinclair arrojó la venda en el espacio entre ellos. —No tienes que usarla todavía.

Clarissa no respondió. Giró la cabeza y observó los árboles, las casas y los edificios que pasaban borrosos junto a la I-64.

Diez minutos más tarde se detuvieron ante una puerta de seguridad en las afueras de la Base de la Fuerza Aérea de Langley. Sinclair se aclaró la garganta e hizo un gesto con la mano.

Clarissa suspiró, se puso la venda sobre los ojos y levantó el dedo medio en el aire. Qué fastidio. Pero tenía razón. Clarissa había pasado suficiente tiempo en esta base cuando era niña y conocía bastante bien el diseño. Quizás algo no era lo que parecía ser. Oyó el sonido de los nudillos golpeando el cristal. Ella contuvo la respiración. El sonido de la ventanilla entre el asiento delantero y el trasero de la limusina bajándose se escuchó a unos metros delante de ella. Sinclair le dijo algo al conductor, pero su voz era demasiado baja para que ella pudiera entender las palabras. Pasaron cinco minutos, luego otros cinco. Su paciencia se agotó.

—Dejen de dar vueltas en círculos—, dijo. —No recuerdo muy bien este lugar.

Él rio. —Tú eres otra cosa. ¿Cómo lo supiste?

Ella sacudió la cabeza y no dijo nada.

—Llévanos allí—, le dijo Sinclair al conductor.

Unos minutos más tarde el coche se detuvo. Oyó que la puerta del conductor se abría y luego se cerraba, seguido por el sonido de un metal chirriando contra otro.

—¿Puedo quitarme esto ya? — preguntó, tirando de la esquina de la venda de los ojos.

—Todavía no—, respondió Sinclair.

La puerta del conductor se abrió y se cerró. El coche se hundió y rebotó cuando el conductor se sentó. El motor arrancó, el coche avanzó y se detuvo de nuevo. Oyó voces de fondo, indistinguibles. Las cadenas resonaron cuando se levantó lo que parecía una puerta enrollable de metal. Más voces desde fuera del coche.

—Salgan adelante—, dijo una voz de hombre.

La limusina empezó a moverse. Sintió que la levantaban de su asiento y avanzaban. Estaban descendiendo.

—¿Ahora? — preguntó ella.

—Sí—, dijo Sinclair. —Mantén la cabeza hacia adelante.

Se quitó la venda de los ojos y se la arrojó a Sinclair. Miró por las ventanas y vio que estaban en un túnel estrecho. El coche rodó a centímetros de la pared a ambos lados.

—Dije adelante.

—¿Cuál es tu problema? No hay nada que ver aquí.

Sinclair suspiró. —¿Siempre eres así de difícil?

—¿Aún no te has dado cuenta de eso?

—No es de extrañar que Noble se sienta tan atraído por ti.

—¿Que se supone que significa eso? — Ella entrecerró los ojos y ahogó una sonrisa.

—Un desafío—, respondió. —Eres un desafío.

Ella sonrió.

Sinclair pareció devolverle la sonrisa, aunque rápidamente la ocultó con un bostezo falso. Cruzó los brazos sobre el pecho y luego los volvió a colocar a los costados. Sus piernas se cruzaron y descruzaron.

—¿Qué? — preguntó ella.

Él frunció el ceño. —Nada.

—No parece que fuera sólo nada—, dijo.

—Casi estamos allí—. Se inclinó hacia adelante y le señaló. —Sólo dirígete a él como señor. No lo contradigas. Y, por el amor de Dios, no le digas que no.

Antes de que pudiera responder, la limusina se detuvo y Sinclair salió.

—Clarissa—, dijo.

Abrió la puerta y salió del auto. Estaban en un búnker al menos a unos sesenta metros bajo la superficie, a juzgar por el ángulo del camino detrás de ella y el tiempo que les tomó llegar hasta

allí. Las paredes eran altas y estaban pintadas de gris.

Sinclair avanzó y abrió una puerta en medio de la pared. Clarissa lo siguió, permaneciendo cerca mientras él la conducía a través de un laberinto de pasillos con poca luz. Cien preguntas pasaron por su mente, pero no hizo ni una sola. Se acercaban a las puertas a intervalos regulares y su corazón latía más rápido por la anticipación.

—Más adelante—. Sinclair señaló con un dedo estrecho hacia el final del pasillo. El área se ensanchó y reveló una puerta de acero sin ventanas. Al lado había una especie de máquina. Sinclair se detuvo en la puerta y se acercó a la máquina. Puso su mano sobre ella y se inclinó hacia adelante. —Salto del zorro de marea roja.

Siguió una serie de pitidos y clics. Extendió la mano y abrió la puerta. —Sigue—. La condujo por otro largo pasillo y se detuvo frente a otra puerta sólida. —Espera aquí—. Se perdió de vista.

Clarissa se reclinó contra la pared. El lugar parecía sólido. Tallado en la tierra y revestido de hormigón. Había oído a su padre hablar de lugares como éste. Aunque nunca imaginó que estaría dentro de uno.

Sinclair abrió la puerta. —Él está listo para verte.

—¿El líder de la revolución alienígena?

Sinclair puso los ojos en blanco.

Clarissa se encogió de hombros. —Sabes que fue gracioso, Sinclair. No seas tan tonto.

—No lo vuelvas a decir. Y nunca uses la palabra *tonto* en mi presencia.

—Bien—. Siguió a Sinclair por otro pasillo. Ahora se sentía más cómoda con él y su preocupación por su seguridad parecía genuina.

Finalmente, entraron a una pequeña habitación. Cruzó la puerta y sonrió al hombre mayor que ya estaba sentado a la mesa.

Él asintió hacia ella. Tenía una cabellera gris, muy corta, y ojos de un azul profundo. Su barbilla era cuadrada y daba paso a una línea de mandíbula endurecida. El hombre parecía cortado en acero.

—Clarissa—, dijo Sinclair. —Este es…

—Señor, bastará por ahora—, dijo. —Dada su historia, es mejor que no sepa mi nombre.

—¿Mi historia? — preguntó ella.

El hombre se aclaró la garganta. —Ya estaba llegando a eso, Clarissa.

Ella miró al suelo.

—Sus antecedentes, señora Abbot—, continuó. —Es posible que haya oído hablar de mí antes y, si es así, es mejor que no sepa quién soy.

Ella asintió.

—Y le agradecería que me llamara señor—, añadió.

—Sí, señor.

—¿El señor Sinclair le ha contado los detalles?

—No—, dijo Clarissa. —No tengo idea de lo que estoy haciendo aquí.

—Quiero que sea parte de mi equipo—, dijo. —Trabajará con Sinclair. Creemos que tiene un potencial increíble y puede trabajar como nuestro agente preparador.

—¿Agente preparador? — preguntó ella.

—Trabajará encubierta, en su mayor parte. Se infiltrará en grupos que queremos acabar acercándose a sus líderes.

—¿Cómo lograré eso?

—Tendrás que ser creativa—, dijo Sinclair.

—Sí—, dijo el hombre mayor. —Pero eso no es todo lo que hará. La capacitaremos en diferentes áreas y hará un gran trabajo de inteligencia.

—¿Para quién trabajaré? — preguntó ella.

Los hombres se miraron, asintieron y se volvieron hacia ella. No dijeron nada.

—¿No puedes decírmelo? ¿O no me lo vas a decir?

—En este momento—, dijo el hombre mayor. —No podemos decírselo.

—Es para tu protección—, dijo Sinclair.

—Puedo resolverlo—, dijo. —No hay muchas opciones para elegir.

—Más de las que cree—, dijo el hombre.

Clarissa se recostó y lo estudió. Su rostro endurecido hacía casi imposible interpretarlo. Ella confiaba en Sinclair y él confiaba en este hombre. Además, el trabajo la intrigaba.

—¿Qué pasa con mi vida normal? — preguntó ella.

—Puede seguir viviéndola—, dijo el hombre. —Solo que ya no tendrá que preocuparse por bailar. Ganará más que suficiente haciendo esto.

—Y mis amigos, mi familia—, dijo. —¿Podré decirles lo que estoy haciendo?

El hombre puso su antebrazo sobre la mesa y se inclinó. —Ya sabe la respuesta a eso. Pero la reiteraré aquí—. Hizo una pausa para asegurarse de tener su atención. —No.

—¿Nunca sabrán dónde estoy cuando esté fuera? — preguntó ella.

—Correcto—, dijo Sinclair.

—¿Qué dice? — preguntó el hombre mayor. —¿Se nos une?

Clarissa juntó las manos detrás de la cabeza y miró hacia el techo de hormigón. *No digas que no*. —Tendré que pensar en ello.

El hombre suspiró y asintió. —Lo entiendo. Hay mucho en qué pensar—. Miró a Sinclair.

—Hemos depositado un…— Sinclair se frotó la mandíbula mientras buscaba las palabras correctas, —una especie de bono de firma en una cuenta para ti—. Le puso un papel doblado en la mano. —Puedes verificar el saldo de la cuenta cuando llegues a casa. Puedes informarme si aceptas o simplemente gastas dinero de la cuenta.

Clarissa se metió el papel dentro del sujetador.

Sinclair salió de la habitación dejándola a ella y al hombre mayor solos. Ella lo estudió, pero todavía no podía leerlo.

Rompió el silencio. —Conocí a su papá. Lo conocía bien.

Clarissa sonrió.

—Servimos juntos hace muchos años—, dijo. —Después de que dejé la Infantería de Marina y vine aquí, él continuó ayudándome.

—Es esa la razón de…

—¿Por qué estás aquí? — dijo él. —No. Todo esto es por Sinclair. Él responde por ti.

Clarissa no dijo nada.

—Bueno, espero que consideres unirte a nosotros. Te necesitamos—. Se levantó y pasó junto a ella, deteniéndose para apretarle el hombro antes de salir de la habitación.

Sinclair volvió a entrar. —Vamos. Tengo un vuelo a Nueva York para ti. Sale en cuarenta y cinco minutos.

CAPÍTULO 79

—¿Qué quieres decir con que no puedes ayudarme, Michel?

—Lo siento, Pierre, no hay nada que podamos hacer.

Pierre apretó la mandíbula y respiró hondo. —Este hombre arriesgó su vida por nosotros. Mintió durante un tribunal para salvarme el trasero. ¿Ahora me estás diciendo que no podemos hacer nada por él?

—¿Qué quieres que hagamos? — dijo Michel. —¿Conseguir un equipo e infiltrarse en la prisión más segura de Rusia? Eso funcionará muy bien.

—Que te jodan, Michel—, dijo Pierre. —Sigue trabajando en esto.

Golpeó su teléfono contra el fregadero de porcelana. Se miró a sí mismo en el espejo.

—Cobarde—, le gritó a su reflejo.

Levantó los brazos y golpeó el espejo con ambos puños. Se hizo añicos. Le sangraron los dedos. Los pasó bajo agua fría y los vendó. Fragmentos de vidrio cubrían el suelo. Pasó por encima de ellos y atravesó su apartamento hasta la cocina. Abrió un gabinete y tomó la primera botella de alcohol que pudo encontrar sin revisar la etiqueta. Sólo había estado en casa unas pocas horas, pero la culpa lo devoraba. Continuó creciendo con cada momento que pasaba. Quizás el alcohol ayudaría a frenarlo.

Salió al balcón, se inclinó sobre la barandilla y encendió un cigarrillo. Los niños jugaban en el patio de abajo. La luz del sol se desvaneció. También lo hizo su culpa cuando el alcohol se abrió camino a través de su cuerpo. Esto embotó sus sentidos. Atenuó su dolor.

Te sacaré de allí, Jack. De alguna manera.

Fumó tres cigarrillos sin parar y se acabó la mitad de la botella en el mismo lapso. El sol se puso y el patio se vació, salvo por una pareja besándose en un rincón. Pierre volvió a su apartamento y miró a su alrededor. Él tuvo que salir. Se cambió de ropa y salió a la calle.

El aire refrescó su rostro sonrojado. Aspiró los olores de la ciudad. *Hogar*. Había estado alrededor del mundo, pero ningún lugar se parecía a París. Deambuló sin rumbo fijo durante media hora. Dobló una esquina y vio *Le Café* al otro lado de la calle. Sonrió. Quizás no había estado vagando tan sin rumbo como pensaba.

El patio estaba lleno, todas las mesas llenas. Observó a los clientes mientras comían y mantenían una animada conversación. Buscó a Kat, pero no se veía a ningún camarero en el patio. Se reclinó contra un edificio y fumó.

Kat atravesó la puerta hacia el patio con una bandeja de comida. Esta noche llevaba el pelo recogido hacia atrás. Impresionante fue la única palabra que le vino a la mente mientras Pierre la veía deslizarse entre las mesas.

Aplastó su cigarrillo, se giró y localizó el bar más cercano.

Es hora de llenar el tanque.

Cuarenta y cinco minutos más tarde salió del bar y cruzó la calle. El patio de *Le Café* estaba casi vacío ahora. Buscó a tientas el pestillo de la puerta. Se rindió, saltó la valla y se sentó en un rincón, de espaldas a la carretera.

Kat cruzó la puerta.

Pierre se enderezó y esperó a que ella lo viera. Él sonrió.

Ella retrocedió contra la puerta.

—Por favor—, dijo. —Al menos permíteme explicarte.

Ella sacudió su cabeza.

Pierre se puso de pie, caminó hacia ella y tomó sus manos entre las suyas. —Kat, lo siento. Si hubiera sabido que esos hombres me estaban siguiendo...

—¿Quién eres? — preguntó ella.

Pierre bajó la cabeza. —No puedo decírtelo.

—¿Que me puedes decir?

—Te puedo decir que durante dos años te he observado. Te quería. Siempre me convencí de lo contrario por lo que hago. Pero ahora...

—¿Ahora qué?

Él suspiró. —Estoy cansado de esa vida, Kat. Quiero empezar de nuevo.

—¿Conmigo?

—¿Tal vez?

—Ni siquiera me conoces.

—Ya ni siquiera me conozco a mí mismo.

—¿Qué?

Pierre se volvió y miró al cielo.

Ella puso su mano sobre su hombro. —Me voy en veinte minutos. Vamos a tomar esa bebida, Pierre.

—Me vendría bien un trago.

Pierre y Kat estaban en el patio de su edificio de apartamentos. El alcohol ya le hacía efecto y pudo ver lo mismo en ella. Los ojos de Kat estaban muy abiertos y vidriosos. Sus mejillas se sonrojaron. Ella se paró frente a él, con los brazos a los costados y la boca entreabierta. Ella parpadeó lentamente. Él extendió la mano y tomó sus manos. Ella dio un paso adelante. Se inclinó. Se besaron.

—Sube—, dijo.

Pierre la acercó. Su cabello cayó sobre su rostro. Él inhaló su aroma.

Ella dio un paso atrás y tiró de él. —¿Por favor?

Pierre retrocedió. —Quiero hacerlo. No tienes idea de cuánto lo deseo.

—¿Pero?

—Kat, esta noche no es una buena noche. Simplemente no está bien.

Ella dio un paso adelante. Le rodeó el cuello con los brazos. —Puedo hacer que sea una buena noche—. Sus dedos recorrieron su cabello, sus uñas rasparon ligeramente su cuero cabelludo.

—No lo dudo—, dijo. —Pero hay algo de lo que necesito ocuparme antes de poder hacer esto.

Ella dio un paso atrás y sonrió. —Puedo encargarme de lo que quieras.

—Sube las escaleras, Kat—. Pierre se dio la vuelta. —Te llamare mañana.

—¿Promesa?

—Sí.

Pierre comenzó a caminar hacia el arco que pasaba por debajo del frente del complejo. No miró hacia atrás. No había oído a Kat entrar y sabía que si miraba hacia atrás nunca se iría. Eso simplemente no era aceptable esa noche. Atravesó la pesada puerta de hierro que se extendía desde el suelo hasta el techo. Se cerró de golpe detrás de él. El sonido resonó en el tranquilo vecindario. Se giró y vio a Kat todavía parada frente a su edificio. Llegó a la puerta y tiró de la manija. Bloqueada. Fue para mejor.

Ella le lanzó un beso.

Él se despidió con la mano.

Ella se giró y desapareció en la oscuridad.

Pierre respiró hondo y emprendió el camino a casa. Se oyeron pasos detrás de él, igualando paso a paso los suyos. Miró por encima del hombro y vio a dos hombres, ambos vestidos con trajes oscuros. Giró en el siguiente cruce y volvió a mirar por encima del hombro. Ellos también se volvieron.

Lo estaban siguiendo.

Oyó que un coche se acercaba por detrás. Miró hacia atrás una vez más y vio el auto avanzando lentamente, al lado de los hombres. Buscó dentro de su abrigo, pero su funda no estaba allí.

¡Maldita sea! Eres un tonto borracho.

En las prisas y la borrachera había olvidado su arma.

Los pasos detrás de él se aceleraron. Aceleró el paso y giró hacia la siguiente calle. Su mente se aceleró, trazando un mapa de las calles que tenía delante. De repente, el coche se detuvo a su lado y frenó bruscamente. Pierre se detuvo, se volvió y miró hacia el coche.

La puerta se abrió y salió un hombre corpulento. Él no dijo nada. Los dos hombres con trajes oscuros lo alcanzaron y se colocaron a ambos lados de Pierre. Finalmente, el gran hombre habló.

—Pierre, ¿verdad? — No esperó una respuesta. —Mi nombre es Charles. Tú y yo tenemos un amigo en común.

—¿Quién? — preguntó Pierre.

—Jack Noble.

Pierre sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Miró el coche y vio a dos hombres más dentro.

—Sí, no tiene sentido intentar correr o pelear—, dijo Charles. —Siéntate en el asiento trasero.

Pierre apretó los labios con fuerza, dio un paso adelante y se deslizó en la parte trasera del coche.

Charles se acercó a él, sacó una petaca de su abrigo y se la ofreció a Pierre.

—No, gracias—, dijo Pierre.

—Haz lo que quieras—. Charles abrió la petaca y tomó un largo trago.

—¿Qué quieres de mí?

—Soy nuevo en la ciudad—, dijo Charles. —Necesito todos los amigos que pueda conseguir.

—No tengo amigos—, dijo Pierre.

—Eso es lamentable.

—¿No es así?

—Cuéntame todo lo que sabes sobre Mitchell Foster—, dijo Charles.

—Me temo que no puedo hablar sobre eso—, dijo Pierre.

Charles lo miró. —¿Por qué?

Pierre se encogió de hombros.

—¿Tienes algo que ver con su... desaparición?

Pierre se encogió de hombros de nuevo y miró al frente a través del parabrisas.

—Me haré cargo de las operaciones de Foster—, dijo Charles. —Nos reunimos con dos de sus muchachos, pero no nos fueron de mucha utilidad. En el camino descubrimos algunas cosas bastante interesantes sobre Foster. ¿Sabes algo sobre eso?

—Sí—, dijo Pierre. —Ya nos habíamos enterado antes, pero nunca pudimos conseguir las pruebas.

—Ahora tengo la evidencia—, dijo Charles.

—¿Me estás diciendo que planeas mantener esa parte de su negocio en funcionamiento?

—No—, dijo Charles. —Estoy tratando de hacerte una oferta.

—No soy policía—, dijo Pierre. —No puedo hacer ningún trato contigo.

Charles asintió. —¿Entonces eres como Jack?

Pierre extendió las manos. —Estoy clasificado—. Sacó un cigarrillo. —¿Cómo conoces a Jack?

—Ha hecho algunos trabajos para nosotros.

—Para mí también—, dijo Pierre.

El coche se detuvo. Pierre miró más allá de Charles y vio su edificio de apartamentos. Estos chicos eran buenos.

Charles abrió la puerta y salió. Le entregó a Pierre una tarjeta con su información. —Si alguna vez necesitas un trabajo, o incluso si sólo quieres trabajar un poco por tu cuenta, me vendría bien un tipo como tú. ¿Entiendes?

—Está bien—, dijo Pierre. Miró la tarjeta. —Estaré en contacto.

CAPÍTULO 80

Oso y Mandy estaban sentados a la mesa cenando. Un golpe en la puerta interrumpió su conversación sobre el *Capitán América*, la película que acababan de ver.

—Quédate aquí—, dijo.

Atravesó la sala, agarró su arma y abrió la puerta.

—Hola—, dijo Clarissa.

Se guardó el arma detrás de él, empujó a Clarissa hacia la puerta y la abrazó.

Ella le devolvió el abrazo. —Es muy bueno verte.

—No tienes idea—, dijo. —Adelante.

—¿Dónde está Mandy? — preguntó ella.

Oso asintió hacia la parte trasera de la casa. Clarissa pasó a su lado y él la siguió hasta la cocina.

—Oye, pequeña—, dijo Clarissa.

Mandy dejó caer el tenedor, saltó de la mesa, corrió hacia Clarissa y la abrazó.

Clarissa levantó a la niña y la abrazó cerca de su pecho. —Oh, te he extrañado. Colocó mechones de cabello detrás de las orejas de Mandy y besó sus mejillas.

—Yo también—, dijo Mandy mientras enterraba su rostro contra el pecho de Clarissa y envolvía sus brazos alrededor de su espalda.

Clarissa tomó asiento a la mesa y sentó a Mandy en su regazo.

Oso miró desde el otro lado de la habitación y sonrió. ¿En cuántos hogares se vivía esa noche una escena como ésta? ¿Cientos? ¿Miles? Seguramente ninguna en estas circunstancias.

—¿Hambrienta? — preguntó Oso.

—Sí—, dijo Clarissa.

Oso le preparó un plato de bistec y brócoli y lo colocó frente a ella. Regresó al frigorífico y se apoyó en él. Se rascó el crecimiento de su rostro por un momento. —Hay algo que necesito decirte.

Levantó la vista de su plato con la boca llena de comida. —¿Qué?

Oso abrió la boca para hablar cuando sonó su teléfono. Miró el identificador de llamadas. —Tengo que contestar—. Entró por la puerta trasera y esperó a que se cerrara detrás de él. —¿Brandon?

—Oso—, dijo Brandon. —Los tengo.

—¿Quienes? — La mente de Oso corría con posibilidades. ¿Jack? ¿Los rusos? ¿Qué pasaría si Brandon estuviera jugando con Oso y contara a Clarissa?

—Russ y su tripulación.

—¿Dónde?

—Detrás de algún local chino. Esta noche. Juego de póquer.

—¿Hay seguridad allí?

—Sí—, dijo Brandon. —Pero puedo enviar a mis muchachos. Entras, boom-bam-boom, vuelves a salir. Sencillo.

—Sí, sencillo—. Oso miró hacia el cielo. —¿Dónde está este lugar?

Brandon leyó el nombre y la dirección del restaurante.

Oso conocía el lugar. Incluso comió allí en alguna ocasión hasta que leyó el informe del departamento de salud. Estaba a menos de una manzana del apartamento de interrogatorios. —Excelente. ¿A qué hora?

—Nueve de esta noche.

Oso colgó. Miró su reloj. Las seis y media. Regresó al interior y se paró frente a la mesa, buscando a tientas las palabras que necesitaba decir.

Jack está en una cárcel rusa de máxima seguridad sin esperanzas de salir. Sólo dilo.

—¿Bien? — dijo Clarissa, con los brazos extendidos a los lados.

—Hay que esperar.

Clarissa puso los ojos en blanco. —¿Se trata de Jack?

Oso lanzó una mirada a Mandy, quien ahora estaba sentada en posición firme, escuchando atentamente la conversación. Decir cualquier otra cosa sólo estresaría aún más a la chica, sin mencionar a Clarissa. No podía hacer lo que tenía que hacer con ese tipo de presión sobre él.

—Espera hasta que regrese, ¿de acuerdo? — dijo.

—Está bien—, dijo Clarissa. —¿A dónde vas?

—A la ciudad. No te preocupes por eso—. Agarró las llaves de la parte superior del refrigerador y volvió a abrir la puerta trasera. —No esperes despierta.

—Está bien—, dijo.

OSO ENTRÓ EN EL APARCAMIENTO DETRÁS DEL EDIFICIO DE APARTAMENTOS Y APARCÓ SU COCHE junto al contenedor de basura. Un gran lugar para estacionar pensó, en caso de que alguna vez alguien le disparara. El contenedor de basura podría recibir el golpe y protegerlo. Además, eran excelentes lugares para esconder un cadáver.

Abrió la puerta, entró en el oscuro apartamento y se dirigió a la parte trasera. Marcó un código, abrió un casillero y se armó con dos pistolas Smith and Wesson de 9 mm. Agarró tres granadas paralizantes, una para entrar, otra para salir y otra en caso de momento *de mierda*, lo que ocurría con demasiada frecuencia en estos días. Y con ese pensamiento, se quitó la camisa y se puso un chaleco antibalas. No tenía dudas de que entraba en una habitación llena de hombres armados.

Salió del apartamento por la puerta principal, giró a la derecha, dobló una esquina y se detuvo frente a Ling's, el restaurante chino local para cenar con mala comida y un bar completamente abastecido. Gran combinación. Delante de la puerta había un hombre alto con una chaqueta de cuero negra. Observó a Oso acercarse.

Oso asintió y esperó la respuesta del hombre.

El hombre asintió y se hizo a un lado, dándole a Oso un amplio margen para entrar.

Brandon vuelve a aparecer.

Oso entró al restaurante, que estaba completamente vacío, aparte de algunos camareros sentados en una mesa redonda jugando a las cartas y tomando tragos. El camarero estaba ocupado preparando bebidas. Al fondo del restaurante, otro hombre se encontraba frente a una puerta cerrada. Era prácticamente un clon del primer guardia, sólo que este tipo estaba armado con un rifle de asalto.

Oso asintió de nuevo.

El hombre asintió y se hizo a un lado.

—Tal vez quieras salir al frente—. Oso sacó una granada paralizante y la levantó para que el hombre la inspeccionara.

El guardia caminó hacia el frente del restaurante sin decir una palabra.

Oso esperó a que saliera a la calle. Tomó un respiro profundo. Empujó la puerta y arrojó la granada al centro de la habitación. Cerró la puerta antes de la explosión, contó hasta cinco y volvió a entrar a la habitación. Los destellos de luz habían cesado. El humo envolvió la habitación. Cuatro hombres yacían en el suelo, aturdidos y confundidos.

Oso escaneó sus rostros. Rápidamente disparó a los dos que no reconoció. Golpe directo, entre los ojos, a ambos hombres. Siguió con un disparo en la nuca mientras estaba de pie sobre ellos.

Russ se puso de pie tambaleándose y Oso le atravesó la nuca con el arma y el hombre se desplomó.

Oso levantó a James Reston del suelo y lo sostuvo contra la pared. —¿Como disparas a niñas y niños y matas a sus padres?

James tartamudeó, pero logró hablar. —¿Qué?

Oso golpeó con un gran puño la cara del hombre.

James se quedó inerte.

—Despierta—, dijo Oso mientras ponía el cañón de su arma en la cabeza de James. Lo levantó del suelo y lo inmovilizó contra la pared.

Russ gimió desde el otro lado de la habitación.

Oso miró por encima del hombro y vio al hombre ponerse de pie nuevamente.

Oso disparó dos balas a James y lo vio caer al suelo. Dirigió su atención a Russ. —¿A dónde diablos crees que vas?

Russ lo maldijo mientras se arrastraba hacia la puerta.

—¿Quién te envió? — dijo Oso.

—¿Q-Qué?

—Montana—, dijo Oso. —¿Quién te envió a Montana para matar a la chica?

Russ se rio. —Mátame, hombre—. Tenía la mano en el pomo de la puerta.

Oso se colocó detrás de Russ y le rodeó la garganta con el brazo. —Vienes conmigo.

Arrastró a Russ por el restaurante.

El barman y los camareros se apiñaban junto a la puerta principal. Ninguno de ellos hizo contacto visual con Oso.

—Nunca estuve aquí—, dijo Oso. —Vi todas vuestras caras. ¿Entendieron eso?

Ninguno de ellos dijo nada, se dieron la vuelta al unísono. Por supuesto que lo entendieron. Sabían estar callados. En el lugar prácticamente habitaban delincuentes.

Oso abrió la puerta un poco.

—¿Todo listo? — preguntó uno de los guardias.

—Sí—, dijo Oso.

—Vamos a limpiar.

Oso pasó junto a los hombres. Mantuvo a Russ erguido y le apuntó con un arma al costado. El bloque estaba desierto. Durante el corto paseo desde el restaurante hasta el apartamento no pasó ni un solo coche. Condujo a Russ escaleras arriba y se detuvo frente a la puerta.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Russ.

—Cállate—, dijo Oso.

Oso abrió la puerta del apartamento y empujó a Russ por el pasillo, escaleras abajo y contra la pared. —No te muevas—. Oso abrió la puerta de acero reforzado y la abrió. Agarró a Russ por la nuca y lo arrojó dentro de la habitación.

—Juguemos un juego—, dijo Oso.

Russ se puso de rodillas, se arrastró hasta la pared de hormigón y se puso de pie. Respiró hondo y no dijo nada.

—Vamos—, dijo Oso. —Enfréntate a mí y podrás irte.

Russ no se movió. Sus ojos recorrieron, se detuvieron y se centraron en Oso.

Oso se acercó. —¿Qué dices?

Russ agitó su puño rápido y fuerte. Golpeó a Oso en la mandíbula. Cogió al grandulón por sorpresa.

Oso dio un paso atrás, recuperó el equilibrio y se rio. —¿Eso es todo lo que tienes?

Russ dio un paso adelante y dio otro golpe.

Oso lo esquivó, se lanzó hacia adelante y tacleó a Russ, aterrizando encima del hombre que era más pequeño, luego lanzó dos golpes rápidos en la parte posterior de la cabeza de Russ. Oso se puso de pie, levantó a Russ y lo empujó contra la pared.

El hombre parecía aturdido mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

Oso asestó un gancho que dejó a Russ inconsciente. Lo arrastró por la celda y lo encadenó de brazos y piernas a la pared.

Russ se sacudió y volvió en sí. —¿Quién eres?

Oso lo ignoró y caminó hacia la puerta. —Buenas noches—, dijo mientras cerraba la puerta de acero. —Si no te vuelvo a ver con vida, fue un placer jugar.

La puerta se cerró con un clic y los gritos de Russ se desvanecieron, ahogados por la habitación de concreto insonorizada.

CAPÍTULO 81

Jack yacía en la litera superior de la celda de un metro por tres por metros. Le desconcertaba cómo los rusos esperaban que dos hombres adultos compartieran ese espacio. Sólo habían pasado un par de días, pero la rutina comenzaba a asentarse. La barrera del idioma planteaba algunos problemas con los guardias. Lo golpearon cuando no reaccionó lo suficientemente rápido a sus órdenes extranjeras. Su alto compañero de cuarto no ofreció ayuda, solo lo miró fijamente con sus ojos oscuros y ardientes. Jack todavía no sabía su nombre y tampoco le importaba.

El hombre caminó por la celda, sin quitar nunca los ojos de Jack. Se detenía de vez en cuando y enseñaba los pocos dientes retorcidos que le quedaban.

Las primeras docenas de veces Jack no reaccionó, pero esta vez ya había tenido suficiente.

—Haz tu movimiento—, dijo Jack.

El hombretón dejó de caminar. Levantó los brazos y los presionó contra el techo. —Cuando haga mi movimiento, será cuando duermas. Te despertarás y me encontrarás comiendo tu carne.

—Espero que te guste el…

Los guardias empezaron a golpear la pared exterior de la celda. Gritos en ruso llenaron el aire. El hombre alto se inclinó, retrocedió hasta la pared y colocó las manos en la ranura donde los guardias entregaban sus comidas.

Jack no se movió.

—Disfruta de tu paliza—, dijo el ruso mientras los guardias le colocaban esposas en las muñecas. Dio un paso adelante unos metros y se enderezó.

Los guardias gritaron más fuerte.

Jack no se movió.

La sólida puerta se abrió. Un guardia se adelantó y abrió la puerta hecha de barras de hierro, la puerta de entrada a la celda dentro de la celda. Gritó y señaló a Jack, luego al suelo. Tres guardias más entraron en la habitación. Dos sacaron al compañero de celda de Jack.

Jack arrojó los pies por el costado de la cama y levantó las manos.

Los guardias no esperaron. Sacaron a Jack de la cama por los pies. La litera de abajo impidió que la parte posterior de su cabeza se hundiera dos metros en el suelo de cemento. Le torcieron las piernas y lo obligaron a tumbarse boca abajo, mientras gritaban en ruso. Le esposaron las manos y lo obligaron a ponerse de pie. Uno estaba detrás y otro delante.

—Asume la posición—, dijo en inglés el guardia que iba delante. Un garrote de plástico duro y grueso colgaba de su mano.

Jack suspiró, miró hacia arriba y cerró los ojos. De ninguna manera estos tipos iban a doblegarlo. Sabía lo que se avecinaba y se preparó para ello.

No importó.

El garrote se estrelló contra su abdomen con la fuerza de un auto pequeño. Jack se dobló. El guardia detrás de él sostuvo los brazos de Jack en alto detrás de su espalda, evitando que cayera al suelo. Le tomó unos buenos treinta segundos antes de que lograra llenar sus pulmones con aire y deshacerse del doloroso ardor en sus pulmones privados de oxígeno.

Lo arrastraron desde su celda al pasillo. Los guardias se posicionaron a ambos lados de él. Sintió sus manos alrededor de sus codos. Uno colocó una mano en la parte posterior de su cabeza, manteniéndolo inclinado y mirando hacia abajo. Lo obligaron a caminar en esta posición, una posición de estrés. Llegaron a una puerta por donde entraba la brillante luz del sol y se reflejaba en el suelo de baldosas blancas. Jack sintió otra mano en la parte posterior de su cabeza y su visión se oscureció cuando una venda se deslizó por su rostro. Igual que el día anterior. Mantuvieron a los prisioneros con los ojos vendados para que no pudieran reaccionar si algo sucedía mientras los transportaban. No tendrían idea de dónde estaban en las instalaciones. Brillante.

Los guardias lo llevaron por un camino firme. Siguieron gritando en ruso y él seguía sin entender una sola palabra. Los perros ladraban y gruñían a lo lejos. Los guardias lo detuvieron. Oyó el ruido del metal raspando contra las bisagras oxidadas. Lo empujaron hacia adelante, le quitaron la venda de los ojos y lo enderezaron. Jack giró la cabeza y vio a su compañero de celda parado a su lado, con la mirada al frente. Los guardias abrieron otra puerta y empujaron a los dos hombres dentro de una jaula grande. La sala de ejercicios.

No había ningún patio de prisión donde los prisioneros pudieran reunirse en el Delfín Negro. Esto fue. Noventa minutos al día en otra jaula con el hombre con el que pasaste las otras veintidós horas y media.

Jack caminó a lo largo de la habitación. Por encima de él, los guardias patrullaban en un pasillo que daba a los gimnasios. Una valla de alambre flotaba a cinco metros de altura, paralela al suelo, manteniendo a los prisioneros alejados de los guardias y dándoles a los guardias fácil acceso para disparar si era necesario.

¿Dispararían?

Jack miró fijamente a su compañero de celda. El hombre alto se apoyó contra la pared. Un cigarrillo encendido colgaba de su boca. El humo fluyó hacia el techo abierto, envolviendo la gran cabeza deformada del hombre.

—¿Tienes otro de esos? — preguntó Jack.

El ruso dio una calada, exhaló y escupió en el suelo.

—Sólo uno, hombre—, dijo Jack.

El ruso sacó un cigarrillo, lo partió por la mitad y se lo arrojó a Jack.

Jack se detuvo a medio paso y se dirigió hacia él. Un guardia gritó desde arriba. Jack se detuvo. El idioma no importaba. Entendió el tono.

El hombre alto sonrió. Sacó otro cigarrillo, lo encendió y se lo tendió a Jack. —No vuelvas a preguntar nunca más.

Jack pasó la siguiente hora aproximadamente caminando, corriendo por la habitación y haciendo flexiones.

Finalmente, los guardias empezaron a gritar desde fuera de la habitación. El compañero de celda de Jack fue el primero en retroceder hasta la puerta. Jack se quedó quieto. Los hizo venir a él. Tres guardias lo rodearon y se preparó para lo peor. Pero no le ganaron. Esta vez lo esposaron y lo inclinaron. Él también los dejó.

Le pusieron la venda y lo llevaron de regreso a su habitación. Diez minutos más tarde entregaron el almuerzo. Sopa y pan. De nuevo.

Jack dejó su comida en la mesita que los hombres tenían que compartir.

Su compañero de celda lo tomó como una invitación abierta a servirle el almuerzo a Jack. Se metió el pan en la boca de una sola vez y vertió la sopa en su plato vacío.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? — preguntó Jack.

El hombre giró la cabeza para mirar a Jack. Él se rio y pequeños trozos de pan salieron disparados, brillando en el aire antes de caer al suelo.

Jack se acercó a la pequeña mesa donde comían. El ruso se empujó hacia atrás y se volvió ligeramente para mirar a Jack. Jack se agachó, agarró el cuenco y vertió la sopa sobre el pecho y el regazo del ruso.

El hombretón miró hacia abajo y se sacudió los trozos de carne y verduras del pecho. — Espero que hayas disfrutado de tu último cigarrillo—, dijo.

Jack sonrió. De una forma u otra estaba saliendo de esa jaula. Miró alrededor de la celda en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma. No había mucho que pudiera ser efectivo contra un hombre de dos metros de altura. Sin embargo, el tamaño de la celda podría ser una ventaja para Jack. También podría jugar en su contra si el ruso lo arrinconaba.

El ruso se puso de pie y se estiró.

Jack no esperó a que terminara. Echó los brazos hacia atrás y hacia la litera superior, se empujó y le dio una patada en el abdomen al hombre con ambas piernas.

El ruso se dobló.

Jack se dejó caer al suelo y le dio un codazo en mitad de la espalda al ruso.

El ruso dejó escapar un gemido, se arrojó hacia adelante y se detuvo en la jaula que cerraba el frente de la habitación. Rápidamente se dio la vuelta, con los brazos en posición defensiva.

Jack sabía que no podía esperar demasiado. Los guardias llegarían en cualquier momento. Se abalanzó sobre el ruso, quien reaccionó lanzando un gancho de derecha. Jack se agachó y saltó, golpeando su puño en la barbilla del ruso.

El hombretón cayó hacia atrás y su cuerpo chocó con los barrotes con un ruido sordo.

Jack lo agarró por la camisa y comenzó a moverlo hacia adelante. El ruso logró pasar un brazo alrededor del torso de Jack, luego su otro brazo alrededor del cuello de Jack.

Jack sintió que su cuerpo se levantaba y sus pies ya no tocaban el suelo. Hizo palanca en el brazo del hombre, pero no logró que el ruso aflojara el agarre que tenía alrededor de su cuello. Jack giró su cuerpo y le dio un codazo en el costado, pero no pudo lograr suficiente torsión para causar daño. Finalmente, extendió la mano hacia atrás y encontró las cuencas de los ojos del hombretón. Clavó sus pulgares en los ojos del hombre.

El ruso soltó a Jack y cayó al suelo. Jack se giró rápidamente y hundió el codo en el estómago del ruso. El hombretón se desplomó sobre la espalda de Jack.

Jack rodeó el cuello del hombre y lo puso sobre su hombro. Moviéndose rápidamente, Jack levantó al hombre aturdido y lo empujó hacia el extremo opuesto de la celda. Agarró sábanas de la litera inferior y las envolvió alrededor del cuello del ruso, y luego pasó los extremos a través de los barrotes de la celda.

Jack se giró y comenzó a avanzar hacia el frente de la celda, sosteniendo los extremos de la sábana sobre sus hombros. Miró hacia atrás y vio que levantaba al ruso.

El hombretón arañó la sábana que le rodeaba el cuello, pero no pudo meter los dedos entre la tela y el cuello. Sus pies se deslizaron por el suelo buscando tracción mientras su rostro se oscurecía y sus ojos se agrandaban.

Jack se abalanzó unos metros más, miró hacia atrás y vio al ruso suspendido en el aire, a unos pies del suelo. Jack siguió avanzando hasta que la cabeza del hombre casi tocó el techo. Se

sacudió hacia adelante varias veces causando que el cuerpo del ruso rebotara y finalmente su cuello se rompiera.

El ruso se quedó inerte. Jack dio un tirón más violento y luego lo soltó. El cuerpo del hombretón cayó al suelo.

Jack buscó el pulso, pero no encontró ninguno.

Luego esperó.

Los guardias aparecieron momentos después. Entraron corriendo en la celda, esta vez sin palabras, sólo los guardias y sus garrotes.

Jack logró evitar los dos primeros palos que se dirigieron hacia su cabeza. Le dio un puñetazo al tercer guardia. Casi llegó a la puerta antes de que el garrote del cuarto guardia cayera pesado y duro contra la parte posterior de la cabeza de Jack. Cayó al suelo con un ruido sordo. Botas de combate negras rodeaban su cabeza. Él se desmayó.

CAPÍTULO 82

—¿Señorita Clarissa? ¿Está despierta?

Clarissa abrió los ojos. Mechones de pelo rubio colgaban sobre su rostro y le hacían cosquillas en la nariz. Sintió el aliento caliente de Mandy mientras la chica le susurraba al oído.

—Despierta.

—Estoy despierta, cariño.

La niña dio un paso atrás y sonrió.

Clarissa se sentó, estiró los brazos por encima de la cabeza y le devolvió la sonrisa. Se sentía descansada, pero tenía la espalda tensa.

—¿Qué hora es? ¿Lo sabes? — preguntó Clarissa.

—Las siete en punto.

Clarissa miró alrededor de la habitación en un intento de orientarse. Se puso de pie, caminó hacia la cocina, encontró la cafetera y puso una jarra.

—¿Has comido? — preguntó ella.

Mandy se sentó a la mesa y sacudió la cabeza.

Clarissa le preparó un plato de cereal, se llenó una taza de café y luego se unió a Mandy en la mesa.

—¿No vas a comer? — Mandy dijo con la boca llena de cereal.

—Demasiado pronto—, respondió Clarissa mientras se frotaba los ojos. —¿Está Oso aquí?

Mandy se encogió de hombros. —Su habitación está vacía.

Clarissa se levantó. —Quédate aquí—. Ella caminó por la sala y no lo vio. Subió las escaleras y lo llamó por su nombre desde el escalón superior.

Sin respuesta.

Ella revisó su habitación.

Vacía.

Regresó a la cocina y encontró su teléfono, marcó el número de Oso y esperó.

Sin respuesta.

Ella buscó afuera su auto, no estaba allí.

—¿Qué ocurre?

Clarissa miró por encima del hombro. Mandy estaba en el porche, entrecerrando los ojos para protegerse del sol.

—Nada—, dijo Clarissa. —Probablemente se quedó en la ciudad anoche, eso es todo—. Llevó a la niña al interior. —Creo que desayunaré algo. ¿Qué hay de bueno aquí?

Mandy sonrió e inclinó su plato de cereal. —Esto.

—Uhmm, buena elección. Creo que eso es lo que comeré—. No había terminado de llenar su

plato cuando el sonido de un auto deteniéndose llamó su atención. Dejó caer la caja de cereales y salió. Se quedó en la puerta, medio dentro, medio afuera, y esperó. El coche se detuvo, fuera de la vista.

Oso apareció a la vuelta de la esquina. —Perdón por no llamar, querida.

Clarissa suspiró. —Sí, gracias por eso.

Oso se encogió de hombros.

—¿Hambriento?

—Sí—, dijo Oso. —Pero espera un segundo.

Mandy salió al porche. —Hola, Oso—, dijo.

—Entra, cariño—, dijo Oso. Esperó a que ella desapareciera. —Cierre la puerta.

Clarissa lo hizo. Bajó las escaleras mordiéndose el labio inferior. —¿Qué está sucediendo?

—No sé cómo decirte esto—, dijo Oso.

—Sólo dime. ¿Qué le pasó a Jack?

Oso miró hacia el suelo. Pateó la hierba con un pie. —Está en una cárcel rusa llamada Delfín Negro.

Clarissa envolvió su mano alrededor de la barandilla de madera y sus uñas se clavaron en la madera.

—No es... no es un buen lugar, Clarissa—, dijo Oso. Respiró pesadamente por la nariz. —Ha sido condenado a muerte.

Clarissa sintió que le temblaban los labios y se le llenaban los ojos de lágrimas. Miró hacia arriba y luego hacia un lado para evitar la luz del sol.

Oso puso sus grandes manos sobre sus hombros y la acercó.

Clarissa se dejó tragar por sus enormes brazos. Ella enterró la cara en su pecho y lloró, gritó y le golpeó la espalda con las manos. Sintió que su energía se agotaba y sus piernas se debilitaban. Ella se desplomó, manteniéndose erguida sólo por el abrazo de Oso.

—¿Qué ocurre? — preguntó Mandy.

—Está bien—, dijo Oso. —La señora Clarissa está triste.

El sonido de la voz de Mandy hizo que Clarissa volviera. Ella se alejó de Oso.

Él captó su atención. —Estamos haciendo lo que podemos.

Ella lo miró a los ojos. Levantó la mano y colocó su mano en un costado de su cara. —Lo sé. Y sé que esto te duele tanto como a mí.

Oso miró hacia otro lado.

—Tengo que tomar una decisión—. Se detuvo por un momento. —Tengo que hacerlo pronto.

No dijo nada.

Se giró, subió las escaleras y recogió a Mandy. Llevó a la niña adentro y la sentó a la mesa.

—¿Qué ocurre? — preguntó de nuevo.

—Acabo de recibir malas noticias sobre un amigo.

Mandy se levantó y la abrazó. —Lo lamento.

Clarissa sacó su teléfono y salió de la cocina.

—Sinclair—, dijo.

—Hola niña."

—Necesito unos días más.

—No hay problema—, dijo.

Miró por la ventana del frente a la calle vacía. —¿Me puedes hacer un favor?

—Si se trata de Jack Noble, me temo que no hay mucho que pueda hacer.

—Sólo haz un poco de ruido.

—Voy a tratar.

Se metió el teléfono en el bolsillo y se dio la vuelta.

Oso estaba en la puerta de la cocina, su gran cuerpo hacía que la entrada pareciera pequeña.

—¿Quién era?

—Nadie.

CAPÍTULO 83

Jack yacía en la cama, con la cabeza palpitante. El dolor valió la pena. Ahora tenía la celda para él solo. Alguien le dijo que tendría que acudir nuevamente a los tribunales, esta vez por el asesinato de Isai Goraya, su antiguo compañero de celda. Jack se limitó a sonreír. Ya era un muerto viviente, ¿qué diferencia haría un cargo más de asesinato? Les había dicho que mataría a cualquier otro hombre que metieran en su celda y, a juzgar por las expresiones de sus caras cuando lo dijo, le creyeron.

Miró hacia atrás, a través de la ventana opaca que dejaba entrar la luz del sol, pero no ofrecía ninguna vista del mundo exterior. La idea de no ver nunca el cielo ni la hierba verde lo deprimía. ¿Estaría en prisión hasta su muerte? ¿Qué clase de vida sería esa? Dejó esos pensamientos a un lado. Sabía que algo así siempre había sido una posibilidad. Llegó con la vida que eligió, el trabajo que realizó. Había que dar una vida por todas las vidas quitadas. Tenía que ser así.

Y fue su vida la que tuvo que ser sacrificada.

Había oído que sólo una persona ganó una apelación y fue liberada del Delfín Negro. Sin embargo, no existieron apelaciones para Jack Noble, no por la forma en que fue condenado. Supuso que su sentencia se ejecutaría pronto. Cuanto antes mejor, porque la habitación de noventa pies cuadrados lo volvía loco.

El sonido de las llaves contra la puerta exterior de su celda interrumpió el tranquilo silencio. Se apoyó sobre los codos, preparándose para lo que pudiera suceder.

Alik atravesó la abertura, la abrió y abrió la puerta interior. —Déjennos—, dijo a los guardias detrás de él.

Jack se sentó.

Alik se volvió y asintió con la cabeza. —Señor Noble, ¿cómo está?

Jack se encogió de hombros y se frotó la nuca. Dijo: —Mejor que Isaí.

—Seguro—. Alik arrojó una bolsa sobre la mesa. —Ven aquí. Quiero hablar contigo.

Jack rodó por el costado de la cama y dejó caer los pies al suelo. Estaba de espaldas a Alik y Jack se detuvo por un momento, preguntándose si el guardia le dispararía.

No lo hizo.

—Siéntate—, dijo Alik.

Jack se giró y tomó asiento en la mesa pequeña.

Alik sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y los colocó sobre la mesa junto con una caja de cerillas. —Confío en que no intentarás quemar el lugar.

Jack levantó una ceja y se encogió de hombros. —No puedo prometerlo—. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. —¿Sabes qué? Iba a dejarlo.

—No tiene sentido ahora—, dijo Alik.

Jack asintió, sonrió y no dijo nada. Estudió al guardia y notó que el hombre entraba

desarmado en su celda. ¿De dónde vino esta confianza? Tal vez decirles a los otros guardias que se fueran fue un espectáculo y se sentaron afuera de la celda esperando una señal.

¿Por qué entraría Alik desarmado y dejaría las puertas de la celda abiertas?

—Jack—, dijo Alik. —Quiero ayudarte. No perteneces aquí.

—No pertenezco a la mayoría de los lugares.

—Eso no viene al caso. Permíteme ayudarte a presentar una apelación.

—¿Por qué lo harías? ¿Por qué arriesgar tu propio cuello?

—No tengo que hacer nada si lo prefieres—. Se giró y añadió en un susurro: —Si pudiera sacarte de aquí, lo haría, Jack.

Jack apagó el cigarrillo. Se recostó en su silla y colocó las manos detrás de la cabeza. Estudió a Alik. Vio confianza detrás de los ojos del hombre. En ese momento, Jack decidió que podía confiar en el guardia.

Alik señaló la bolsa. —Comida de verdad. Come.

La bolsa marrón estaba sobre la mesa, con la parte superior doblada. Jack había sentido curiosidad por saber qué había dentro. Lo recogió y arrojó el contenido sobre la mesa. —¿De dónde sacaste esto?

—Tengo mis maneras—, dijo Alik.

Jack desdobló un envoltorio de papel y dio un gran mordisco a una gruesa hamburguesa. La saboreó mientras la grasa y los jugos corrían por su barbilla.

—¿Buena?

Jack recogió la bolsa y miró dentro. —¿Sin papas fritas?

Alik no dijo nada. Se reclinó contra los barrotes que formaban la pared interior de la celda. Él sonrió. Sus ojos seguían a Jack.

Jack dejó la hamburguesa a mitad de camino y encendió otro cigarrillo. Dijo: —Entonces, este proceso de apelación, ¿cómo funcionaría?

Alik negó con la cabeza. —Realmente no importa, Jack.

—¿Qué?

—He discutido esto extensamente con Ivanov. Él no revocará la sentencia.

Jack sintió que su corazón se aceleraba y su respiración se volvió superficial y rápida. Gotas de sudor se formaron en su frente y corrieron por su pecho y espalda.

¿Qué diablos está pasando?

Se le hizo un nudo en el estómago y se arañó el abdomen.

—Primero—, dijo Alik. —El veneno corroe el revestimiento del estómago para llegar al torrente sanguíneo.

Jack se puso de pie. Su pecho empezó a arder. ¿Fue el pánico o algo más?

—Entonces entra en el corazón, Jack.

El corazón de Jack gritó de dolor. Se apretó el pecho. El hombre que tenía delante se convirtió en una masa borrosa. El mundo empezó a apagarse.

—El resultado es un ataque cardiaco masivo. Del tipo que ningún hombre puede sobrevivir.

Jack sintió que el corazón le explotaba en el pecho. Le dolía el cerebro por la falta de oxígeno y su visión comenzó a oscurecerse. Cayó de rodillas y extendió la mano, buscando a Alik. —Por favor—, intentó decir, pero el poco aliento que le quedaba en el cuerpo fue todo lo que escapó de sus labios.

—Finalmente, señor Noble—, dijo Alik, —te caes en ese sueño oscuro y profundo. Aquel al que enviaste a innumerables hombres. Que nunca encuentren tu alma, bastardo sin corazón.

Pero tengo corazón.

—Ya terminé aquí, guardias—, dijo Alik.

Jack cayó hacia delante. Apenas notó el impacto cuando su cabeza golpeó el suelo con un ruido sordo. Los calambres en su pecho cesaron. Su corazón moribundo latía esporádicamente, el sonido silbaba en sus oídos.

Thump-thump...thump...pasaron segundos...thump...

Entonces nada.

CAPÍTULO 84

Boris clavó la hoja de la pala en el suelo, la pisó y la alzo. Arrojó la tierra y hierba a un lado. Repitió el proceso otra docena de veces antes de detenerse a encender un cigarrillo. Se apoyó en el extremo de su pala.

—¿Sabes qué, Pasha? — dijo él.

Pasha levantó su cara regordeta desde su posición inclinada. Sus mejillas rojas brillaban de sudor. Soltó su pala y se puso de pie, arqueando la espalda y gimiendo mientras giraba de un lado a otro. —¿Qué, Boris?

—Están perdiendo el tiempo cavando esta tumba—. Inhaló profundamente, esperando que su compañero respondiera con el obligatorio por qué.

—¿Por qué? — preguntó Pasha con un suspiro.

—Este hombre, este Jack Noble, no es más que basura americana—. Escupió en la tumba poco profunda.

Pasha se encogió de hombros y le tendió la mano. —Dame un cigarrillo.

Boris metió la mano en el bolsillo y arrojó el paquete de cigarrillos por el agujero.

—Basura o no—, Pasha hizo una pausa para encender su cigarrillo, —merece un entierro digno.

—Tal vez sea así, pero ¿por qué no quemar su cuerpo primero? ¿No preferirías cavar un hoyo de sesenta centímetros en lugar de uno de dos metros y medio?

—Me pagan sin importar lo que haga—, dijo Pasha. —Así que un agujero de sesenta centímetros me habría venido bien.

—Usted, señor—, dijo Boris, —es un vago.

Pasha se rio mientras le arrojaba el paquete a Boris. —Tú y yo, amigo mío.

Boris miró a su alrededor, al paisaje desolado y al cielo gris. —La lluvia llegará pronto. Será mejor que nos demos prisa.

—Un trago primero—, dijo Pasha. —En honor a nuestro nuevo amigo, Jack Noble—. Señaló con la cabeza la caja de pino situada a cinco metros de distancia.

Los hombres se acercaron al palco y se sentaron encima. Boris pateó las piernas y las dejó golpear contra el costado, una a la vez, una y otra vez, como un niño pequeño sentado en un asiento demasiado grande para él. Le quitó la petaca a Pasha y dio un largo trago.

—Cosas buenas—, dijo. —¿Qué tal una copa, señor Noble?

Pasha tomó la petaca que le tendía Boris y la volcó para que se derramara por una de las costuras al final del ataúd de madera.

Ambos hombres se rieron. Terminaron el matraz y luego regresaron a sus palas.

Boris se bajó la cremallera de los pantalones y orinó en el agujero.

—Espera hasta que terminemos de cavar, idiota—, dijo Pasha.

Borís se rio. —Lo siento—. Se subió los pantalones y volvió al trabajo.

Pasó media hora mientras los hombres se turnaban para enterrar sus palas en la tierra blanda para crear el lugar de descanso final de Jack.

—Eso es suficiente—, dijo Pasha. —Ahora puedes encargarte del resto.

Borís se encogió de hombros. —Sólo quiero entrar. Hace frío aquí afuera—. Se dirigió hacia el ataúd, miró hacia atrás y vio a Pasha siguiéndolo de cerca. —No tienes otra petaca, ¿verdad?

—No—, respondió Pasha. —¿Tienes otro cigarrillo?

Boris encendió dos y le entregó uno a Pasha. Se pararon frente al ataúd.

—Pobre bastardo—, dijo Pasha. —¿Morirte así? ¿Nadie te despedirá cuando partas de la Tierra? ¿Ni un alma alrededor que se preocupe por ti?

Boris miró a su compañero y le puso una mano en el hombro. —Si no te callas con esa mierda tan profunda, serás tú quien irá a la tumba. No él.

Pasha se rio. Arrojó su cigarrillo sobre el ataúd. —Pongamos a este bastardo bajo tierra.

Boris estaba en un extremo y Pasha en el otro. Gruñeron mientras levantaban la caja, que debía pesar cerca de ciento treinta y siete kilos.

—Mejor que el último que enterramos—, dijo Pasha mientras luchaba por mantener el ataúd alejada del suelo.

—Este tipo es el causante del último—, dijo Boris.

Llegaron al lado de la tumba y dejaron caer el ataúd al suelo. Ambos hombres recuperaron el aliento y se agacharon, preparándose para el empujón final.

—¿Qué demonios es eso? — dijo Boris.

Ambos hombres miraron hacia la prisión y vieron un camión que se acercaba hacia ellos, encendiendo las luces y sonando la bocina. Se levantaron juntos y caminaron hacia el costado del camino.

El camión se detuvo y Alik salió. —Tengo órdenes de transportar el cuerpo a…

—Al diablo que no—, dijo Boris. —Acabamos de pasar dos horas cavando un hoyo. Estamos poniendo el cuerpo en el suelo.

—Entonces tendrá que ser uno de ustedes dos el que entre—, dijo Alik. —Estas órdenes provienen de Ivanov. Han negociado con los estadounidenses. El cuerpo de Noble por algunos de los nuestros.

Boris dio un paso adelante y chocó el pecho de Alik con el suyo. —Muéstrame.

—Que te jodan—, dijo Alik.

—Entonces no recibirás el cuerpo.

—Déjalo—, dijo Pasha.

—¿Qué? — dijo Boris.

—Déjalo. Tal vez envíen el cuerpo de Mikhail de regreso.

—Escucha al hombre—, dijo Alik mientras avanzaba hacia la parte trasera del camión. Abrió y levantó la puerta. —Tráelo aquí.

Boris suspiró y siguió a Pasha hasta la tumba. —Dejémoslo ahí.

Pasha sacudió la cabeza, se inclinó y levantó el extremo del ataúd hasta la cintura. Boris hizo lo mismo. Cargaron el cuerpo en la parte trasera del camión.

Alik cerró la puerta y volvió a abrirla. —¿Ustedes dos quieren acompañarnos?

—No lo creo—, dijo Boris.

—Vamos—, dijo Alik. —¿Qué vas a hacer? ¿Volver adentro y perseguir mierdas?

Los sepultureros se miraron y se encogieron de hombros, caminaron hacia la parte delantera del camión y subieron a la cabina.

CAPÍTULO 85

Pierre caminó junto a Charles. Se detuvieron a medio camino del Pont des Arts, un puente peatonal que cruza el Sena. Pierre miró hacia el río y observó los barcos que pasaban flotando. La gente pasaba detrás de ellos a toda prisa, corriendo por el puente. Normalmente, juzgaría a cada uno a medida que se acercaban. Hoy no lo hizo.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta? — preguntó Charles.

—Estoy dispuesto—, dijo Pierre. —Sin embargo, solo como un trabajo secundario. Todavía tengo mis compromisos con la agencia.

Charles asintió. Golpeó la barandilla con el puño. —¿Puedo contar contigo?

—¿Para?

Charles se giró y se reclinó contra la barandilla. —Señorita, ven aquí.

Pierre miró por encima del hombro a la joven y atractiva mujer de cabello oscuro mientras cruzaba el puente. Deslizó su brazo alrededor del cuello de Charles y lo besó. Pierre se sintió rechazado.

—Señorita—, dijo Charles. —Este es mi nuevo amigo Pierre. Trabajará para nosotros de vez en cuando.

—Encantada—, dijo.

Pierre asintió y luego volvió a mirar a Charles. —¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—La sacaron de su casa en Dakota del Norte. La vendieron como esclava—. Charles hizo una pausa. —Esclavitud sexual—, dijo lentamente, alargando cada sílaba. —Lo primero que quiero que hagas es acabar con ese anillo.

—Dame nombres y tomaré nota.

—Sin nombres—, dijo Charles. —Usa tu información para hacerlo.

—No puedo usar mis recursos de esa manera.

Charles frunció el ceño. —¿Me estás diciendo que no, Pierre? Porque no me gusta que me digan que no.

—Él no lo hace—, dijo Missy.

Pierre suspiró ruidosamente. —¿Sabes quién soy?

—¿Sabes quién soy? — dijo Charles. —¿A quién represento?

Pierre volvió la cabeza, miró hacia el río y no dijo nada.

—¿Puedo contar contigo?

—Sí—, dijo Pierre.

—Esa es una maldita gran noticia. Me alegra que... — Su teléfono celular lo interrumpió. — Disculpa un momento.

Pierre observó a Charles alejarse. Le sonrió a Missy, pero mantuvo su atención en Charles.

—Sí, jefe—, dijo Charles. Hizo una pausa, asintió, se volvió hacia Pierre y sonrió. —Esas

son excelentes noticias, Feng.

—¿Qué es excelente? — preguntó Pierre.

Charles lo ignoró. Parecía mirar fijamente a la nada. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Parecía un niño en Navidad mirando el juguete que anhelaba durante todo el año.

Missy se acercó a él y se tendió a su lado. —¿Qué pasa, bebé?

—Algo bueno—, dijo Charles. —Oh, es algo bueno.

Pierre se apoyó contra la pared de concreto, pensando que Charles le contara cuando estuviera listo. Si es que lo iba a hacer, claro está.

—Cruza el puente, Missy—. Charles caminó hacia Pierre y se apoyó contra el puente reflejando la postura de Pierre. —Usted y el señor Noble son amigos, ¿verdad?

—Sí—, dijo Pierre, haciendo todo lo posible para mantener la preocupación fuera de su rostro.

—Supongo que debería decir que eran amigos.

—¿Qué quieres decir?

—Murió en prisión ayer.

Pierre dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Luchó por contener las lágrimas que brotaron detrás de sus párpados cerrados. Sintió la gran mano de Charles rodear su hombro.

—Aunque estoy feliz, sé cómo te sientes. Mi más sentido pésame.

Pierre levantó la vista con ojos llorosos. —Haré lo que necesites.

—Estaré en contacto—, dijo Charles.

CAPÍTULO 86

Clarissa estaba sentada en la mecedora que colgaba del techo del porche. Observó a Mandy mientras la niña jugaba en el patio delantero con un par de niños que vivían al otro lado de la calle. Oso se recostó en una mecedora de mimbre y leyó un libro.

Qué pequeña familia tan extraña.

Ella apreciaba esos momentos, sin que pasara nada, completamente aburrida. Y no le importaba en lo más mínimo. No después del mes que había tenido.

—Vaya—, dijo Oso. —Ese fue un buen libro.

Ella lo miró y sonrió, volvió su atención a Mandy. Una brisa fresca pasaba cada pocos minutos, helándole la cara. El sol poniente calentó sus mejillas cuando el viento amainó. La sensación la invadió, dejándola tranquila.

El desagradable tono de llamada de Oso sonó, interrumpiendo el momento.

—Sí—, dijo por teléfono.

Clarissa lo miró mientras él se levantaba y se volvía hacia ella. Su rostro se tensó y desapareció dentro de la casa. Ella se levantó y caminó hacia la puerta, tratando de escuchar, pero él debió haber salido por la puerta trasera.

—Mandy—, dijo Clarissa. —Es hora de entrar.

—Pero no quiero—, dijo Mandy.

Clarissa miró hacia adentro. *Todavía no he llegado*. Ella luchó contra las punzadas de pánico.

Mandy siguió jugando en el jardín.

Clarissa escudriñó la calle buscando algo o alguien fuera de lo común.

—Mandy—, dijo de nuevo. —Vamos. Necesito que…

—Clarissa—, dijo Oso detrás de ella. La puerta mosquitera se cerró de golpe.

Se enderezó y se dio la vuelta, esperando ver miedo o preocupación en el rostro de Oso. En lugar de eso, la miró con lágrimas en los ojos que corrían por sus mejillas y se posaban en su barba.

—¿Qué? ¿Qué es?

—Jack—. Oso hizo una pausa para limpiarse la cara con la manga. —Él se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? — Clarissa dio un paso atrás y buscó algo detrás de ella para sostenerse. Sentía las rodillas débiles y la cabeza ligera.

—Se ha ido, Clarissa.

Ella cayó de rodillas. —No no no...

Oso se arrodilló y la acercó, envolviéndola en sus brazos. Lloraron juntos.

—¿Qué pasa? — Mandy dijo desde atrás.

—Oh, cariño—, dijo Clarissa. —Ven aquí.

Mandy rodeó el cuello de Clarissa con sus brazos y colocó la barbilla sobre su cabeza.

—Señor Jack—, Clarissa hizo una pausa y miró a Oso en busca de ayuda.

Oso sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Su gran cuerpo se agitaba mientras luchaba contra el dolor.

—Ha fallecido, cariño.

Mandy acarició la cabeza de Clarissa. —Lo siento, Clarissa.

APENAS HABLARON EL RESTO DE LA NOCHE. OSO SE HABÍA IDO POR UN TIEMPO, DEJANDO SOLAS A Mandy y Clarissa. Sostuvo a la niña cerca de ella mientras miraban la televisión. Revisaba su teléfono cada pocos minutos, esperando recibir una llamada o un mensaje de texto de Jack diciendo que todo fue un gran error y que estaba bien. Vivo. En camino a buscarla y llevársela.

Sin embargo, nunca sucedió.

Finalmente, Mandy se quedó dormida.

Clarissa salió y sacó su teléfono. Esta vez hizo una llamada.

—Hola, Clarissa—, dijo Sinclair.

Clarissa permaneció en silencio, con el teléfono en la cabeza.

—¿Está ahí? — preguntó él.

—Jack está muerto—, dijo Clarissa.

Sinclair se aclaró la garganta. —Lamento oír eso. Era un buen hombre.

—Sí que lo era.

Sinclair no dijo nada.

—¿Vas a hacer algo? — preguntó ella.

—¿Qué puedo hacer? ¿Iniciar una guerra con Rusia por la muerte de un sicario?

Clarissa no dijo nada.

—Únete a nosotros y tal vez tengas la oportunidad de vengar su muerte.

Clarissa caminó por el porche, se detuvo y miró hacia la luna llena. —Estoy dentro.

—Excelente. Estaremos allí para recogerte en la mañana.

—No estoy en mi apartamento.

—Lo sé.

El teléfono quedó en silencio.

El coche de Oso se detuvo en el camino de la entrada. Él salió y subió pesadamente las escaleras, se reunió con ella en el borde del porche.

Ella se inclinó hacia él y notó que apestaba a alcohol.

—¿Te vas? — preguntó.

—Sí—, dijo ella.

—¿Quieres decirme a dónde?

—No—, dijo ella.

CAPÍTULO 87

Un jadeo obligó a los pulmones marchitos a llenarse de aire, estirándolos al máximo de su capacidad. Siguió una lucha por exhalar. Jadeó para llenar sus pulmones por segunda vez. Una sensación de ardor atravesó su pecho cuando su corazón cobró vida y comenzó a bombear sangre a través de sus venas a más de 120 latidos por minuto, enviando el oxígeno que tanto necesitaba a su cerebro y otros órganos vitales.

Su cuerpo frío hormigueó con la sensación mientras sus vasos sanguíneos y capilares se llenaban. Los nervios adormecidos volvieron a la vida, gritando de dolor y placer al mismo tiempo.

Intentó sentarse, pero se encontró confinado, incapaz de moverse más que unos pocos centímetros hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda o hacia la derecha.

Se tomó un segundo, permitió que su cuerpo volviera a la normalidad y dejó que sus sentidos se hicieran cargo. Sus ojos lucharon contra la oscuridad.

Jack Noble se estabilizó.

Controló su respiración.

Se apoderaron de su mente las dudas y temores que arruinan a la mayoría de los hombres.

Su sentido del tacto se recuperó y sintió un objeto metálico frío en su mano. Jugó con el objeto, deslizándolo hacia arriba y hacia abajo. Una lengüeta de goma sobresalía cerca de un extremo. Empujó hacia abajo y el espacio se llenó de luz, una luz tan brillante que inicialmente tuvo que parpadear para disipar el dolor en sus ojos mientras se adaptaban a ella.

Miró a izquierda, derecha, arriba y atrás, hacia los paneles de madera que lo rodeaban.

¿Dónde diablos estoy?

Cerró el puño con la otra mano, sintió y oyó cómo se arrugaba el papel.

Se llevó la mano al pecho, se pasó la linterna por la cabeza y enfocó el haz en el papel. Era una carta de Frank.

—Es amable de su parte—, pensó Jack, *considerando que fue él quien me dio el trabajo en París para matar a Foster.*

JACK,

Perdón por matarte. Era la única manera de sacarte de ese infierno. Como ya habrás adivinado, en realidad no moriste. En caso de que no lo hayas adivinado, no, esto no es el Cielo. Estás vivo. Te daré los detalles más tarde, si los quieres. Mientras tanto, intenta relajarte. Estás en un ataúd de pino en la parte trasera de un camión que se dirige al sur a través de Rusia. Es posible que escuches o no disparos en el camino. Lo más probable es que sean los buenos disparando las armas. Si son los malos, bueno, al menos ya sabes cómo se siente la muerte.

Nos vemos pronto,
Frank

JACK CERRÓ LOS OJOS Y SINTIÓ LAS LEVES VIBRACIONES MIENTRAS EL CAMIÓN AVANZABA. ÉL sonrió. Después de todo, alguien lo apreciaba.

El camión se detuvo. Voces rusas, un sonido familiar, resonaron en la parte trasera del camión y dentro de la caja de pino. Siguió una discusión. Dos disparos atravesaron el aire. Una puerta se abrió y luego se cerró. Se abrió otra puerta, seguida de dos golpes sordos, como el sonido de cuerpos golpeando el suelo. Un golpe contra el costado del camión llenó el vacío silencioso.

Clics y ruidos metálicos llenaron los oídos de Jack. Se imaginó al hombre fuera del camión, abriendo la puerta y levantándola. Vio la puerta abrirse en su mente mientras los sonidos del metal chirriando contra el metal reverberaban a través del ataúd.

¿Era amigo o enemigo?

—Despierta, Jack—, dijo el hombre.

Conocía la voz. Pero no fue Frank. Esta era una voz rusa.

Alik.

Algo se estrelló contra el otro extremo del ataúd. Se formó una grieta en la madera, sólo una astilla. La luz del sol se extendió a través del ataúd y llenó los ojos de Jack.

—Ahora eres un fantasma—, dijo Alik. —Y eres libre.

Soy libre. Un fantasma viviente.

Una sonrisa apareció en el rostro de Jack mientras esperaba pacientemente a que abrieran la tapa.

La historia continúa en Muerte en Grecia, Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/muerte-en-grecia

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

MUERTE EN GRECIA: CAPÍTULO 1

Palaiochóra, Grecia.

Los ancianos se aglomeraban en la terraza de azulejos blancos. Se reunían en el café una vez por semana para su torneo de backgammon. Hacían apuestas. Hablaban basura. Guiñaban los ojos a las camareras. Traían su propio café a escondidas. Unos minutos después de su llegada, el aroma a tostado oscuro invadía el contiguo mar de Libia.

Esta fue la primera vez que logré permanecer de pie el tiempo suficiente para ver la ronda inicial de partidos. Pasé mis primeras dos semanas en Palaiochóra acostado boca arriba, recuperándome de mis heridas. Un pulmón colapsado. Bazo magullado. Pequeñas fracturas en la mandíbula, el cúbito derecho y ambas tibias. Varias costillas rotas además de huesos rotos en mi mano izquierda.

La mayoría de las heridas las había sufrido durante una desagradable pelea el ruso de dos metros de altura que tuve como compañero de celda en el infierno llamado Delfín Negro. Los guardias de ese hermoso lugar tuvieron la amabilidad de hacer el resto del daño.

Luego estaba la manera en que escapé. No fue obra mía. Pero, maldita sea, los efectos persistieron.

Durante el último mes el dolor físico había disminuido. Aunque todavía no era yo mismo. Me fatigaba rápidamente. Mis fuerzas estaban agotadas. Mi agudeza mental no estaba ni cerca de la agudeza a la que estaba acostumbrado. Supuse que estos eran los efectos secundarios de lo que sea que el ruso, Alik, me había dado para enviarme a ese sueño profundo. Era difícil estar enojado con él. Sólo había hecho lo que Frank Skinner le había ordenado que hiciera. Y había logrado sacarme de esa prisión de mierda.

Sentencia de vida y muerte cumplida.

La mitad de los viejos celebraron cuando concluyó el último partido de la primera ronda. Se pararon con los pies separados, las manos en alto y aplaudiendo, mientras los perdedores sacaban billetes de sus billeteras y se los entregaban a los vencedores. La siguiente parada para los ancianos fue adentro del café, para reponer sus reservas de alimentos y cafeína antes de que comenzara la siguiente ronda.

Así que entré primero al café para llegar antes que ellos al mostrador.

Isadora Georgiou estaba detrás de la vitrina de cristal que albergaba una selección de bocadillos para el desayuno a esa hora del día. Sus dedos bailaron juguetonamente a lo largo de la tapa de acero inoxidable. Se metió un mechón de pelo oscuro y rizado detrás de la oreja. Sus labios carnosos se abrieron en una sonrisa cuando me vio acercarme. Un delantal impecable, ceñido a la cintura, suelto alrededor de sus senos y colgando de sus caderas, cubría sus jeans y camiseta roja descolorida. Ella era el tipo de mujer que lucía hermosa sin rastro de maquillaje.

No había ni siquiera una arruga en su rostro.

—Te ves bien hoy, Jack—. Si el terciopelo tenía un tono, era su voz.

Los ancianos se pusieron en fila detrás de mí. Su charla se redujo a un zumbido.

—Aunque no tan guapo como estos caballeros—, le dije.

Ella se encogió de hombros exageradamente con las manos hacia arriba y los labios fruncidos. —Cierto. Pero tú no tienes la culpa. No es culpa tuya no haber nacido griego.

Un par de viejos se rieron de los comentarios. Uno dijo algo que no pude entender. Presumiblemente, el comentario había sido inapropiado, porque Isadora lo reprendió y lo despidió con un gesto con su mano.

—Sí, estos hombres—. Ella agitó las manos en el aire fingiendo exasperación. Sonriendo, se volvió hacia mí. —Sé lo que quieres, Jack. Te lo traeré después de que me ocupe de ellos.

Me retiré a una mesa y observé cómo Isadora y su tío, Esau Rokos, manejaban la prisa. Esau era dueño del lugar. Durante un tiempo, en los años 80, dividió su tiempo entre Estados Unidos y Grecia, dirigiendo una cadena de restaurantes griegos en Virginia, cerca de Washington D.C. Este café, según explicó, era su retiro. Juntos, Esau e Isadora sirvieron café, bocadillos, unas cuantas raciones de huevos y cordero. Uno a uno, los ancianos regresaron apresuradamente a la terraza para comer y reanudar el juego.

Diez minutos más tarde, Isadora me llevó un plato humeante y una taza de café fresco. Olía tan bien que pude saborearlo antes de que ella lo dejara sobre la mesa. Me preguntó si necesitaba algo más y luego hizo una pausa en la oficina administrativa. La vi cruzar la habitación, balanceando ligeramente sus caderas mientras se alejaba de mí. Mientras su trasero me hipnotizaba, me di cuenta de lo agradecido que estaba de que los eventos en el Delfín Negro no me hubieran robado mi apreciación por la forma femenina.

La puerta se cerró detrás de ella y volví mi atención a la comida en la mesa. Me envolvió el olor a huevos fritos en mantequilla y a cordero salteado. La devoré.

El pequeño pueblo me había gustado. Me relajó. Un poco tranquilo para mi gusto. Pero la gente era amigable. Todos parecían conocerse. Los olores y sonidos del mar estaban siempre presentes. Me recordó un poco a donde crecí.

Alik y yo no estábamos seguros de cuánto tiempo tendríamos que permanecer en Grecia. Lo único que Frank había dicho era que nos quedáramos quietos. Él enviaría a buscarme cuando me necesitara. No habría ningún aviso previo. Hasta entonces, Alik me cuidó y yo observé a Isadora, a los ancianos y a los demás que frecuentaban el café.

Tómate tu tiempo, Frank, pensé. *No hay prisa*.

—Realmente te ves mejor—. Isadora pasó junto a mí y se detuvo al otro lado de la mesa. No la había notado acercarse. ¿Estaba perdiendo mis habilidades o la comida era tan buena? Su perfume la siguió. Olía a lavanda. Conocía el olor porque mi madre cultivaba la hierba por docenas y en varias variedades. No podía entrar a la casa sin olerla. Isadora cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla y se inclinó hacia mí. Las patas de la silla rasparon las baldosas. —Casi parece como si pudieras lanzar una pelota. Eso es lo que les gusta hacer a ustedes, los estadounidenses, ¿no? Fútbol, béisbol y esas cosas.

—Algo como eso—. Apuré el resto del café de mi taza y comencé a levantarme. —De todos modos, volver a la vida es más difícil de lo que muestran en las películas.

Ella me miró extrañada, luego extendió la mano y envolvió su delgada mano alrededor de mi brazo. Su toque se sintió frío.

—Puedo tomar eso por ti—, dijo.

—Necesito el ejercicio—, dije.

—Hombre testarudo—, dijo.

Ella le guiñó un ojo, sonrió y se volvió hacia el mostrador. Esperé un par de segundos y luego seguí su perfume atenuado. Debió haberse vuelto a aplicar el perfume mientras estaba en la oficina porque no me había dado cuenta antes. O tal vez había tenido demasiada hambre y solo se filtró el olor a comida. De cualquier manera, no podía culpar a la señora por querer oler tan bien como lucía.

Mirándola alrededor del mostrador, presté poca atención al tintineo cuando se abrió la puerta principal y a las suelas duras golpeando las baldosas detrás de mí. Pero la persona se detuvo demasiado cerca. Miré y vi a un hombre de mi edad, con una nariz ancha en medio de una cara cubierta de barba incipiente. Estaba vestido con pantalones negros, una camisa blanca y gafas de sol oscuras.

Su hombro golpeó el centro de mi espalda. Su codo y antebrazo encontraron el punto sensible en mis costillas. No sé si puso su pierna delante de la mía o si tropecé conmigo mismo. Pero caí.

Duro.

Primero a la vitrina, luego al suelo.

La taza se estrelló contra las baldosas y se partió en pedazos. Fragmentos de cerámica volaron en todas direcciones. Varios me golpearon en la cara. Sentí que me habían hecho una pequeña herida.

—Apártate de mí maldito camino—, dijo el tipo, con un acento profundo y marcado.

Isadora se giró con los brazos abiertos. Se inclinó sobre el mostrador y me miró. —¿Estás bien?

Asentí mientras plantaba mis manos en el suelo y levantaba mi torso. El tipo había pasado por mi lado. Entró a la oficina. Un minuto más tarde regresó y volvió a pasar junto a mí hacia la puerta principal.

Isadora saltó sobre el mostrador y se dirigió hacia la puerta principal, lanzando un torrente de palabras que no entendí.

El hombre abrió la puerta de una patada. Las campanas tintinearon fuertemente. Mantuvo la puerta abierta con el brazo derecho y miró por encima del hombro izquierdo.

Él dijo: —*Psolapothiki*.

No estaba seguro de la traducción literal, pero sabía que él le había dicho el equivalente a *puta*. El insulto la detuvo. Ella me miró. Su rostro se ensombreció y se volvió hacia el frente del café nuevamente. Apuntó con un dedo extendido al chico y luego se lanzó hacia él.

—¡Isa! — La voz de Esau llenó el café. Su ralo cabello blanco estaba despeinado. Una mejilla estaba más roja que la otra. La sangre manchó la comisura de su boca. —Para.

El chico de la puerta se rio entre dientes, dijo algo que no entendí y se fue.

MUERTE EN GRECIA: CAPÍTULO 2

Que la gente al azar intentara sacar lo mejor de mí no era nada nuevo. Parecía suceder donde quiera que fuera. Quizás fue mi aspecto. La confianza que exudaba. Siempre hay alguien que quiere acabar con el perro alfa. Pero la mayor parte del tiempo iba a algún lugar por una razón. Una misión. Un trabajo. Lo que sea.

Ese no fue el caso en Grecia. Aparte de Frank y Alik, nadie sabía que estaba aquí. Demonios, nadie más sabía que estaba vivo. Frank incluso había ocultado la información a sus superiores en Washington, D.C.

Entonces, ¿por qué este tipo me había atacado? A juzgar por la mirada de Esau, que ahora estaba desplomado sobre el mostrador, supuse que había estado en el camino. Él era el objetivo. No yo.

Hice una mueca de dolor mientras me ponía de pie. Sentí como si el tipo me hubiera golpeado con un bate en lugar de con el codo. Las malditas costillas ya casi se habían curado.

Isadora miró fijamente la puerta principal como si esperara que se abriera de golpe en cualquier momento. Su ira no se había desvanecido. Parecía más enojada ahora que antes de que su tío le gritara. Después de unos segundos, se dio vuelta y caminó hacia mí. La ira en su rostro se disipó. Sus ojos y labios se suavizaron. Ella alcanzó y puso su mano sobre mi codo. Su toque no fue tan frío como antes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Yo? — Ella se detuvo y me miró de arriba a abajo. Extendió la mano y tocó mi mejilla con su dedo carmesí. —Tú eres el que recibió una paliza.

Me encogí de hombros y señalé con la barbilla a su tío. —No creas que me llevé la peor parte.

—Tío—, dijo, rozando su pecho contra el mío mientras pasaba a un lado. Mechones de su cabello se me enredaron y permanecieron por un segundo, antes de ser retirados. —¿Qué está sucediendo? ¿Qué te hizo?

Esau rechazó sus intentos de ayudar.

—Deja de ser tan terco, viejo tonto—. Ella le pasó el brazo alrededor de su espalda y lo sentó en una silla.

Esau hizo una mueca mientras se recostaba en su asiento. Un pequeño hilo de sangre goteaba desde su labio hasta su barbilla. Lo secó con una servilleta y luego miró la mancha roja como si fuera una vieja amiga que casi había olvidado que existía.

Isadora se había escondido detrás del mostrador. Llenó una bolsa con hielo y la envolvió con una toalla. Se la llevó a Esau. Él la sostuvo contra su mejilla, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasó? — pregunté.

Levantó el párpado derecho y me miró por un momento. —No sé a qué te refieres.

—¿Me vas a decir que te pegaste con la puerta?

Esau cerró los ojos y no dijo nada. Una exhalación entrecortada se escapó de su boca. Me llegó un aliento caliente y estancado.

—¿Quién era ese tipo? — pregunté. —No recuerdo haberlo visto aquí antes. Pensé que había visto la mayor parte de la ciudad en un momento u otro.

—Él no era nadie—, dijo Esau.

—Eres un mentiroso horrible, viejo.

Murmuró algo en griego, se inclinó hacia adelante y dejó la servilleta manchada de sangre sobre la mesa. —Dejé que tú y tu amigo ruso se quedaran aquí. No hice preguntas, aunque es obvio que les pasó algo. ¿Por qué no puedes darme el mismo respeto?

Levanté las manos en señal de rendición. —Solo intento ser de ayuda, Esau. Eso es todo.

—Bueno, no necesito tu ayuda—. Se puso de pie y tropezó hacia la oficina.

Miré hacia Isadora. Observó a su tío retirarse. Esperé un momento a que se cerrara la puerta de la oficina y luego me acerqué a ella.

—¿Que está pasando aquí? — pregunté.

Ella suspiró. —Mi tío…, él esta... no estoy segura de cómo decirlo.

—¿En problemas?

Ella me estudió por un momento, tal vez decidiendo hasta dónde dejarme saber. Inhaló bruscamente. —Creo que deberías honrar su solicitud y dejar de hacer preguntas.

—Mira, sólo digo que si necesitas ayuda…

Ella se alejó de mí y fingió estar ocupada.

Entendí la indirecta y salí a la terraza donde todavía se reunían los ancianos. Si no fuera por un par de miradas curiosas, habría pensado que habían ignorado todo el incidente. ¿Estaban preocupados por Esau? ¿Avergonzados de verme derribado? ¿Avergonzados porque no hicieron nada para ayudar? Asentí a aquellos que miraban en mi dirección, luego pasé y me apoyé en la barandilla. Las olas llegaban hasta un metro de altura y golpeaban la costa. La niebla salina cubría la pared debajo de mí con una fina niebla. La brisa constante secó el sudor que me cubría la cara y los brazos.

Después de unos minutos de contemplar el mar, volví a entrar al café y me senté contra la pared del fondo. Isadora me ignoró. Me daba igual. Mi ritmo cardíaco apenas había bajado desde que me tiraron al suelo. Una señal segura de que ya había tomado suficiente café.

La mayoría de los viejos también vinieron. Habían superado otra ronda de partidos. Si bien algunos resultaron ganadores, otros se quedaron sin su presupuesto semanal de juego. Tomaron un refrigerio, una bebida o una taza y se sentaron en varias mesas. La charla se elevó y llenó el café. Quitó el frío del lugar. Me sentí normal otra vez. O, al menos, parecía normal.

La puerta principal se abrió, creando un túnel de viento de brisa salada. Las servilletas se levantaron de las mesas y giraron en espiral hacia la puerta.

Alik entró. Le hizo un gesto con la cabeza a Isadora y luego caminó hacia mí. Si Esau era un mal mentiroso, entonces yo era aún peor ocultando el hecho de que algo había sucedido.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Alik.

—No mucho—, dije.

—Tienes un corte en la cara.

Me había olvidado de la taza destrozada. Quizás eso era lo que miraban los chicos del patio. Quizás no se habían dado cuenta de que algo había sucedido.

No era probable.

—Me tropecé—, dije.

—Te tropezaste, ¿eh? — Alik tamborileó con las yemas de los dedos sobre la mesa. — ¿Crees que esto es un juego?

—¿Un juego? ¿Qué?

—Tienes que permanecer invisible, Jack. Puede que no entiendas el poder que ejerce Ivanov, pero yo sí. Tiene títeres por todas partes en Moscú. Si descubre que estás aquí, este lugar estará plagado de sus hombres. Ambos sufriremos. Por lo menos, hasta que Frank pueda sacarnos de aquí, no debes meterte en problemas.

—Jesucristo—, dije. —Me atropelló alguien que salía apresuradamente de aquí. Eso es todo. No comencé nada. No dije nada. Me dieron un codazo en el costado y mi cara se plantó en el suelo. Mi taza se hizo añicos. Por eso estoy sangrando.

Deslizó una servilleta sobre la mesa. —Está bien, bueno, considera esas otras cosas como un recordatorio.

—Créeme, hombre. Solo quiero irme a casa. Cuanto antes suceda, mejor. Por muy bonito que sea este lugar, mi corazón da un vuelco cada vez que se abre esa puerta.

Alik asintió como si sintiera lo mismo.

Luego ambos nos giramos cuando la puerta se abrió de nuevo.

La historia de Jack Noble continúa en Muerte en Grecia… Haga clic en el siguiente enlace: https://links.ltryan.com/muerte-en-grecia

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com